P.D. MAGRO

BÁRATRO

EL PURGATORIO



ESTA PODRIA SER UNA HISTORIA REAL

Báratro

El purgatorio

P.D Magro

Copyright © 2023 Pablo Daniel Magro Llorca
Todos los derechos reservados. ISBN: 9798399529561

A mi padre, por enseñarme que si se cree y se trabaja, se puede. A mi madre, por regalarme la vida y enseñarme a ponerle una sonrisa. A mi mujer, por regalarme su corazón sin querer nada a cambio. A Roxy y a Bimba, por poner su grano de personalidad en este libro.

Quizá eso sea el amor. Los más afortunados mueren primero. Las colinas tienen ojos.

Lo que pasó fue un accidente no fue su culpa. Yo tal vez culparía a Dios. Si creyera que hay un Dios a quién culpar.
Servant.

¿Has sentido alguna vez esas cosas punzantes en la nuca? Son ellos.
El sexto sentido.

Querida luz de mi vida. No voy a hacerte daño. No me dejas terminar mi frase. Dije que no voy a hacerte daño. Sólo voy a golpearte los sesos.

El resplandor.

Si quieres que la gente te escuche, ya no puedes simplemente tocarles el hombro para que se den la vuelta. Tienes que golpearlos con un martillo, así te darás cuenta que tienes su estricta atención.

Se7en.

ACTOS

PRÓLOGO.....1
MIRABILE VISU 7
NO TE ACABO DE MENTIR, LO SIENTO.....47
LA CASA: ACTO I.....73
ACTO II 85
LA CASA: COMIENZOS.....95
LA CASA: ACTO FINAL. 105
¿DÓNDE ESTOY? 117
COMIENZOS 133
¿DÓNDE ESTOY? PARTE II 143
LA MAÑANA SIGUIENTE.....155
OSCURIDAD.....171

CAMINO SIN RESPUESTA 189
OSCURIDAD PARTE II 213
LA ÚLTIMA CENA.....239
PAPÁ Y MAMÁ 275
MISA NEGRA 301
DANIEL 331
TRES AÑOS MÁS TARDE 351

PRÓLOGO

¡Qué grandes diferencias existen entre hacer el bien o el mal! Entre hacer algo positivo o, lo contrario. Lo más negativo que pueda existir. Entre crear y destruir. Entre hacer crecer a los demás o a uno mismo y hundir a todo lo que nos rodea y, también, hundirse al mismo tiempo en el fango. Entre crecer y decrecer y empobrecer.

Si en las sociedades de todos los países predominaran mucho más los que llevan a cabo conductas positivas y se anularan los que las hacen negativas qué distinto sería todo y cómo podríamos enfocar el futuro de la humanidad. Pero por más que veamos lo negativo del mal y seamos conscientes de lo positivo del bien muchas personas siguen empeñadas en perturbar la convivencia y hacer el mal constantemente, bien de forma individual, y hasta de forma organizada. Porque estas personas saben constituirse ante un objetivo común de hacer el mal como “bandera” y portaestandarte de quienes consideran que hacer el mal es más “rentable” que hacer el bien. Y, además, les resulta más fácil llevarlo a cabo que tener una actitud constructiva, porque su posición mental los lleva más a la maldad que a la bondad.

En muchas ocasiones hemos comprobado cómo ante hechos horribles que han llamado la atención por la maldad desenfrenada llevada a cabo y las víctimas dejadas detrás se ha alegado que quien lo ha hecho “no debe estar bien”, cuando, en realidad, ha sido totalmente consciente de lo que ha hecho.

Pero la cuestión es que se trataba de una “persona mala”. Así de simple. Porque no es justo tratar de justificar un hecho delictivo en un problema mental, porque ello no debe asociarse al mal en modo alguno, aunque en muchas ocasiones se hace injustamente. La maldad existe y no es una enfermedad en modo alguno. Simplemente es maldad, o el deseo y el gusto de hacer el mal a los demás. Sin compasión y sin sufrir ningún tipo de arrepentimiento cuando han ejecutado un delito sea del tipo que sea. Porque lo peor de quienes causan el mal a los demás es que no se arrepienten de nada. Y, más aún, hasta se jactan de haberlo causado, están orgullosos de ello y se regocijan en el placer de haber dejado tras de sí víctimas y perjudicados. Les da igual y les resulta indiferente haberlos causado. Para ellos no es un problema, sino que es un placer causar el mal. ¿Para qué y de qué se van a arrepentir? Pensarán.

Y el problema de todo ello es que a medida que pasan los años el grupo de los que implementan la maldad en el mundo se está incrementando de forma exponencial y cada vez son más las noticias que hablan de maldades de todos los tipos. De guerras sin piedad, matando a seres humanos en cifras elevadas, de personas que sufren porque lo han perdido todo por estas malditas guerras y enfrentamientos sin sentido, de la comisión de delitos sexuales gravísimos que dejan tras de sí a muchísimas mujeres y menores que ya no serán igual después de haber sido víctimas de estos graves delitos, de violencia de género y doméstica, un auténtico drama en la

sociedad que no tiene fin ni soluciones prácticas y eficaces, de crímenes de todo tipo y sin piedad, de delitos patrimoniales y económicos, así como de infinidad de hechos que lo único que hacen es crear sufrimiento en los demás.

Y lo peor de todo es que el incremento de este tipo de sucesos se nos presenta en una línea ascendente que es imparable. Porque seguro que el lector de esta extraordinaria novela, que trata del bien y del mal y de las desgracias que este último deja tras de sí, se habrá preguntado muchas veces sobre a dónde nos está llevando todo esto y si hay alguna fórmula mágica que alguien podrá poner encima de la mesa para acabar con tanta maldad.

Por otro lado, parece que hoy en día nadie está exento de considerar que nunca le pasará nada malo, o que nadie le causará un mal de tanta gravedad como está presenciando en los medios de comunicación. Pero a buen seguro muchas personas piensan que esos males tan graves "solo le pasan a los demás", pero nunca a mí. ¿No es verdad? ¡Eso solo les pasa a otros, pero nunca a mí! Se suele pensar con frecuencia.

Y es que este es un pensamiento que les pasa por la cabeza a muchas personas. Pero el problema es que nadie está exento de ser víctima o perjudicado. Y ante la situación tan grave a que nos está llevando esta sociedad cualquiera está en condiciones de sufrir cualquier ataque a su persona, bienes o a los suyos. Esta es la desgraciada realidad que estamos viviendo, salvo que seamos capaces de "resetearnos" de inmediato y adoptar una solución mundial y global por la que se metan en un cajón, o quemen en una especie de hoguera de San Juan, todos aquellos instrumentos, medios y formas de ser y pensar que nos han llevado a esta situación.

En cualquier caso habrá que ser optimista y considerar que algún día el bien impere sobre el mal y que éste se quedará en un recuerdo de quienes llevaron a cabo hechos que solo la historia reflejada en los libros de la escuela reflejará para saber… lo que nunca debimos haber hecho.

Vicente Magro En las páginas que siguen, se desarrolla una historia que podría ser real. Los personajes que conoceremos, los lugares que visitaremos y los eventos que se desencadenarán podrían existir en algún rincón del mundo. Algunos elementos podrían ser producto de mi imaginación, mientras que otros podrían tener raíces en la realidad. Recuerda, las historias tienen el poder de transportarnos a lugares desconocidos y hacernos cuestionar nuestra percepción de la realidad. Así que déjate llevar y descubre si esta historia es un simple relato de ficción o si, en algún rincón de la existencia, puede haber una verdad oculta esperando ser revelada. La elección es tuya, lo que estas a punto de vivir…¿es real, o simplemente es fruto de una mente perturbada?.

Te invito a dejar de lado todas las concepciones preconcebidas sobre el cielo y el infierno. Abandona tus certezas y adéntrate en un mundo donde el bien y el mal se entrelazan en cada rincón de nuestra existencia. En cada cafetería, en cada lugar de trabajo, incluso en nuestras relaciones más íntimas, nos vemos enfrentados a elecciones que pueden parecer insignificantes, pero que en realidad son cruciales.

¿Somos verdaderamente dueños de nuestras decisiones o acaso el mal tiene la capacidad de influir y manipular nuestros actos sin que siquiera nos demos cuenta? ¿Es posible que alguien caiga presa del mal de forma irremediable? Y, en ese sentido, ¿existen realmente las posesiones demoníacas tal como las conocemos en la cultura popular?

Este libro pretende desafiar tus convicciones más arraigadas y llevarte a cuestionar los valores que siempre consideraste inquebrantables. Te sumergirás en un viaje de introspección y reflexión, donde descubrirás que la línea entre el bien y el mal puede ser difusa, y que incluso las personas más virtuosas pueden verse tentadas por la oscuridad.

Atrévete a adentrarte en este relato donde las fuerzas opuestas se enfrentan y las verdades absolutas se desvanecen. Prepárate para explorar los recovecos más profundos de tu propia naturaleza y para desafiar tus propias creencias. Al final del camino, quizás te encuentres con una nueva comprensión de lo que significa ser humano y las complejidades de la lucha entre la luz y la sombra en nuestro interior.

¿Estás preparado para cuestionarlo todo y explorar los misterios ocultos bajo la superficie de nuestra existencia? Abre las páginas de este libro y adéntrate en un viaje que desafiará tu percepción de la realidad.

MIRABILE VISU

En este árido desierto de acero y piedra, elevo mi voz para que puedas oírla, al Este y al Oeste hago una seña, al Norte y al Sur muestro una seña que se proclama: ¡Muerte a los débiles, salud para los fuertes!

Me vi obligada a levantarme de la cama. Odiaba madrugar, pero sentía como si una especie de fuerza me obligase a estar en pie. Sentí el corazón acelerado y la respiración entrecortada, como si algo o alguien me estuviese oprimiendo el pecho. Abrí los ojos y parpadeé varias veces, intentando acostumbrarme a la oscuridad de la habitación. Pude sentirme extrañamente despierta, aunque el reloj de la mesita de noche aún marcaba las 6 de la mañana. Observé la habitación con detenimiento como quien se despierta sin estar muy seguro de que es el lugar donde tenía que despertar, pero todo parecía estar en orden.

De repente, una extraña sensación me invadió. Como si algo estuviera allí, observándonos en la oscuridad. Traté de ignorarla y me giré hacia Martin, que seguía durmiendo plácidamente a mi lado. Pero la sensación no desaparecía, al contrario, parecía intensificarse. Intenté convencerme a mí misma que era mi imaginación, pero un escalofrío empezó a subir por mi espina dorsal como el escalador que busca coronar cima antes de que la tempestad le atrape. Pude ver en mi mente una figura extraña con una especie de sombrero de copa observándonos a Martin y a mí mientras dormíamos, dejando tras de sí una sensación extraña y opresiva. Intenté convencerme de que solo se trataba de esa clase de extrañas figuras que nos solemos imaginar cuando nos despertamos de forma repentina en una habitación a oscuras, me obligué a creerme mi propia teoría. No es que padeciese Nictofobia, como algunos compañeros que tuve en el centro de rehabilitación, ni nada por el estilo, pero sentí como si algo me empujase a salir de la habitación. Me giré hacia Martin de nuevo con la esperanza de que abriese los ojos, no me atrevía a despertarlo. Pero al no ver reacción, me decidí a levantarme, la sensación de presión en mi pecho cada vez era mayor.

Lo intentaba achacar a que la noche anterior nos habíamos quedado bastante temprano dormidos en el salón viendo el último capítulo de una serie de Netflix, pero recordaba que me había costado dormir por la lluvia. Fue una de esas noches donde las ramas de los árboles golpean con

fuerza movidos por el viento como si de una danza conjunta se tratase. En cuanto pasó la tormenta, la luz de la luna se filtró durante toda la noche por la pequeña ventana que teníamos junto a la cama, iluminando débilmente la habitación, me quedé dormida viendo el reflejo de la luna intentando acompañarnos en nuestro descanso.

Traté de no hacer ruido mientras me levantaba de la cama, conseguí que nuestro suelo de madera no diese a entender que ya me había levantado con cada uno de mis pasos. No quería despertar a Martin, aún era muy temprano. A medida que avanzaba por la habitación, hasta llegar al pasillo que llevaba hasta las escaleras, la sensación de opresión iba desapareciendo con cada uno de mis pasos. Una mala noche, no había sido nada más que eso.

Madrugar era lo que peor podía llevar en este mundo, sé que te lo había dicho anteriormente, pero es que realmente odiaba madrugar. No había cosa que me pusiese de peor humor. Últimamente estábamos cogiendo la rutina en la que yo salía a correr sobre las 10:00 , volvía y desayunábamos juntos, eso sí, me encargaba yo de pasear a Robi… ¿Robi?, no estaba en la cama, eso en él era muy extraño, le gustaba dormir con nosotros toda la noche y casi siempre era el último en levantarse, no era el típico perro que se levanta con cualquier ruido, que va, era más bien el perro grande, pachón que se queda en la cama durmiendo mientras su dueño se va a trabajar. Empecé a bajar las escaleras que separaban nuestra habitación del salón. Ahí estaba, una gran meada en el suelo como un gran lago y Robi moviendo la cola de un lado para otro tan contento de verme despierta…
–¿Que has hecho?– Le preguntaba sabiendo que no iba a obtener respuesta.

Coloqué la cápsula de café en la máquina y me quedé mirando a través de la ventana, aún era de noche y el cielo parecía haberse impregnado de un gris oscuro y profundo. Tras ver el exterior, pude verificar que efectivamente no había sido un sueño el sonido de la lluvia durante la noche. Parecía haber caído sin cesar, lo cual explicaba la sensación húmeda y pesada que se respiraba en el ambiente. Me sentí atraída por la ventana, como si algo fuera a aparecer de repente en la calle vacía. Los cuadros de la época de Goya me vinieron a la mente y me imaginé a mí misma dentro de una de esas obras, como si todo lo que estaba fuera de mi ventana se hubiese transformado en un mundo de sombras y misterio.

Mientras observaba el paisaje a través de la ventana, notaba como el viento frío se colaba por los resquicios de la ventana, erizando mi piel y haciendo que mi cabello se moviera suavemente. El cielo seguía oscuro, como si la noche no hubiera terminado del todo, pero a lo lejos se podía ver una tenue luz, indicando que el sol estaba tratando de abrirse paso entre las nubes grises. El jardín estaba empapado de rocío, las hojas de los árboles brillaban como si hubieran sido recubiertas de diamantes, y las flores parecían más vívidas de lo normal, como si la lluvia les hubiera dado un impulso de energía. Me sentía como una intrusa en la tranquilidad de la mañana, como si estuviera espiando a la naturaleza en su momento más íntimo y personal. Era una sensación extraña, pero a la vez reconfortante, como si fuera la única persona en el mundo en ese momento y pudiera observar todo sin ser vista. Sin embargo, había algo más en el aire, algo que no podía explicar, y sigo sin poder explicarlo. En ese momento lo achaqué a que efectivamente, odiaba madrugar y no me sentaba nada bien.

Se notaba que había terminado el verano, pero aún no terminaba de llegar el frío invierno característico de las montañas. Las hojas de los árboles empezaban a cambiar de color, de un

verde vivo a un amarillo dorado, como si un artista hubiera cogido su paleta de colores y hubiera pintado con maestría cada hoja del bosque. Los rayos del sol, aunque cálidos, no eran tan intensos como en verano, y el viento fresco te obligaba a abrigarte un poco más. El paisaje era un espectáculo para los ojos, las montañas se veían majestuosas, cubiertas por una suave neblina que se desvanecía lentamente. En el Valle, las casas con sus tejados de tejas rojas parecían acurrucarse unas con otras, como para protegerse del frío viento que soplaba desde lo alto de las montañas. Era una época de cambio y transición, pero también de belleza y encanto.

Cuando ya tenía listo el café, me puse el chándal que tenía preparado del día anterior, me até las nuevas Saucony que me había dado el capricho de comprarme el mes pasado, y fui a por Robi, aunque se hubiese hecho pis, tendría que estirar un poco esas enormes patas… ¡El pis!, que no se me olvide fregarlo.

Mientras salía de casa, pude sentir el frescor del aire en mi rostro, como si el valle acabara de despertar de su letargo nocturno. Caminaba por el sendero de tierra que bordeaba mi casa, entre los árboles y las plantas que aún estaban húmedos por el rocío de la mañana. A lo lejos, se escuchaba el canto de los pájaros y el sonido del agua que corría por el arroyo que teníamos justo enfrente de nuestra casa, el cual te llevaba hasta el pueblo como si de un gruía se tratase.

Robi iba a mi lado, saltando y corriendo por el camino, feliz de tener la libertad de moverse sin restricciones. Observaba el valle a mi alrededor, los montes que se alzaban majestuosos, los árboles que se inclinaban hacia el arroyo, y el verde intenso de la naturaleza que rodeaba todo el lugar. Me sentí afortunada de estar allí, en ese momento y lugar, disfrutando de la belleza de la Vall de Esterri. Toda opresión desapareció de mí pecho para dar lugar a una agradable sensación de paz y tranquilidad a la cual me había olvidado de abrazar.

Llegamos al arroyo, donde Robi se metió de inmediato para refrescarse, mientras yo me sentaba en una roca a disfrutar de mi taza humeante de café. Observaba el agua cristalina que fluía y el brillo del sol que empezaba a iluminar todo el valle. Era como estar en un cuadro paisajístico, donde cada detalle era importante para crear la obra de arte.

Finalmente nos levantamos para continuar nuestro paseo solitario de vuelta a casa, respirando profundamente el aire fresco y sintiendo la energía renovada de un nuevo día en este lugar. Esperé unos segundos en la calle que conectaba nuestra casa con las colindantes de la ladera del río con la esperanza de que Elena hubiese madrugado también, no le había avisado de que iba a salir a correr, y me parecía muy temprano como para escribirle, a lo mejor estaba de guardia, no estaba segura, la verdad, no recordaba la última vez que había hablado con ella.

–¡Buenos días Be!, una hermosa mañana para un paseo matutino con vuestro precioso can, ¿no crees?– El corazón me dio un giro completo. El silencio era abrumador, me sobresalté al escuchar la voz de Artur a mis espaldas. Me giré rápidamente para enfrentarme al origen del sonido y allí estaba él, con su peculiar forma de hablar, como si fuera un personaje salido de un cuento de hadas. La efusividad con la que se dirigía hacia mí era desconcertante, normalmente apenas cruzaba palabra conmigo, solo con Martin, por el cual, tenía una extraña fascinación.
–Bue… Buenos días Artur, ¡qué susto me has dado!, no esperaba encontrarme a nadie a estas horas– Dije con la risa entrecortada.
–¡Ah! ¿No?, justamente pensé que habías quedado con alguien, como te vi con la mirada perdida

en una dirección… Me sorprendió verte aquí sola tan temprano– Dijo Artur como si estuviese tratando de ocultarle algo.
–No, es que… iba a salir a correr y pensé que quizás Elena… Bueno es igual– Reí con la sonrisa más forzada que pude ofrecer sin parecer falsa.–¿De dónde vienes tan temprano Artur?– Crucé los brazos mientras preguntaba intentando ponerme una coraza. Algo había en ese hombre que lo poco que hablábamos hacía que me pusiese a la defensiva. Pero esta pregunta sí la hice con cierto tono de curiosidad. Nuestra casa era la última del arroyo del río, y calle más arriba llevaba directamente hacía un camino que se adentraba en el bosque. Típica excursión para los turistas veraneantes, pero en aquel contexto era por lo menos más que curiosa.

Nuestro vecino Artur era un personaje singular en el valle. Siempre vestía con pantalones cortos, camisa a cuadros y unas sandalias de cuero que ya parecían parte de sus pies. Su escasa estatura junto con su gran barba grisácea le daba una apariencia mágica en aquel lugar. Había vivido casi toda su vida en el Valle, y conocía cada rincón de la montaña como si fuese su propio hogar. Aunque yo no tenía mucho trato con él, Martin solía charlar con Artur largamente sobre todo tipo de temas. Había que destacar que Artur era nuestro casero, pero no se metía mucho en nuestro estilo de vida, aunque solía venir a casa con bastante frecuencia a beber vino y a sus largas charlas distendidas con Martin. Alguna vez le propuse que trajera a su mujer, para intentar relacionarnos más con el vecindario, pero parecía rehuir siempre con alguna excusa.

Artur se detuvo en seco ante mi pregunta, mientras me miraba con una expresión extraña en el rostro.
–Oh, yo… Vengo del bosque, estaba recogiendo unas hierbas para… para hacer un té especial– Respondió con una voz grave y pausada.
Fruncí el ceño, ya que la respuesta de Artur me pareció un poco extraña. –¿Hierbas para un té especial?. Suena interesante, ¿Qué clase de té?– Pregunté.
Artur se rascó la barba con una sonrisa enigmática.
–Es…Es solo una mezcla que aprendí de un individuo que estuvo viviendo muchos años en el bosque, perdido en las montañas. Se cansó de la civilización y quiso vivir cómo los antiguos brujos y druidas que según la leyenda de las laderas, vivían en el interior del bosque. Él me enseñó esta mezcla. Tiene propiedades curativas y espirituales, pero no todo el mundo puede manejarlo. Un pequeño error en su mezcla y puede tener un resultado catastrófico. Artur levantaba los brazos con aspavientos para dar mayor magnitud a aquello que estaba contando. No sabía si toda aquella historia era real, o fruto de la imaginación de un pobre viejo que estaría empezando a perder la cabeza. Aunque tengo que admitir, que me sentí un poco inquieta por la forma en que Artur hablaba, como si fuera un personaje de una película de fantasía.
–Bueno, suena interesante, pero yo prefiero el té normal– Dije con una pequeña risa nerviosa. Porque más bien, su té sonaba más a tener propiedades alucinógenas que curativas, y de eso ya había tenido más que suficiente.
–Ya te has acostumbrado al característico té de tu querido Martin, ¿no?. Le tengo cariño, pero es una auténtica bazofia lo que bebe, por cierto, ¿Dónde está?– Artur preguntó extrañado como si fuese una hora normal para encontrárselo en la calle o a lo mejor tenía intención de entrar en casa.
–Pues… durmiendo Artur, es muy temprano– Dije en tono evasivo por si tenía intención de venir a casa a esas horas.
–Jajaja cierto es Be, cierto es. No había caído. Bueno querida… si sales a correr disfruta y ten cuidado, como te he dicho, este bosque sigue plagado de brujos y druidas en sus profundidades–

–Descuida Artur, me llevaré un diente de ajo por si acaso– Dije mientras me dirigía hacia nuestro porche. Me ponía nerviosa cuando se ponía a contar historias mágicas del Valle. Por aquel entonces, no caí en la cuenta que los ajos no hacían referencia a los seres mágicos a los cuales se refería Artur, sino más bien era una referencia a Drácula de Bram Stoker . Quizás ese fuese el motivo por el cual Artur se quedó ensimismado mirando cómo Robi y yo nos dirigíamos hacia nuestra casa.

A pesar de que en ese preciso instante, todo lo que necesitaba era la tranquilidad que me brindaba el Valle, echaba de menos vivir en Madrid. El anonimato que gozábamos en el Valle me recordaba a la vida anónima de la gran ciudad. Madrid es un universo en constante movimiento, lleno de ruido y actividad, con sus edificios imponentes que se elevan hacia el cielo, y sus calles abarrotadas de gente de todas las edades, razas y nacionalidad. Es como si todo el mundo hubiera convergido en un solo lugar, creando un caos organizado que tenía su propio ritmo, su propia música, y como bien dice el dicho, de Madrid, al cielo.

En cambio, el valle de Esterri era todo lo contrario. Aquí el silencio era el rey y el ritmo del día estaba marcado por la luz solar y el canto de los pájaros. Las casas eran pequeñas, de piedra y madera, y se escondían entre la vegetación del valle, como si estuvieran tratando de mimetizarse con el entorno. Las carreteras eran angostas y con curvas cerradas, y el tráfico era escaso, compuesto principalmente por los lugares que conocían cada recodo del camino. Cierto es que en verano multitud de curiosos y veraneantes abarrotaban sus laderas repletos de papel de aluminio, sillas, sombrillas y niños llorando deseando volver a sus lujosos hoteles al otro lado del Valle. Esa era precisamente la esencia de este lugar. No tenía ningún hotel o parador cercano, estaba a la otra ladera del Valle, la que conectaba con la zona más turística del Pirineo. Pero las campañas de turismo sobre un Valle encantado, alejado de la civilización, donde únicamente residen lugareños desde hace siglos junto a brujas en el interior de sus bosques, resultaba lo suficientemente atractivo, como para coger el coche y conducir con tu familia durante varias horas con tal de hacerte una foto y enseñársela a tus compañeros de oficina.

Este Valle tenía ese encanto capaz de atraer a multitud de personas, pero yo echaba de menos el ajetreo y el bullicio de la ciudad, donde siempre había algo que hacer, algo que ver. Extrañaba caminar por las calles repletas de gente y escuchar sus conversaciones, el caótico tráfico de la ciudad. Sentarme en una cafetería y ver el mundo pasar, y disfrutar de la energía que emanaba de la multitud, los hombres trajeados hablando por teléfono en su carrera diaria. En el Valle, la vida era más tranquila, más pausada, pero a veces me sentía como si estuviera en una burbuja, desconectada del mundo exterior. Aunque esa misma burbuja, era una pieza clave en mi recuperación y quizás la llave de la vuelta a mi anhelada civilización.

Regresé a casa tratando de hacer el menor ruido posible, quería que Martin siguiera durmiendo tranquilamente mientras me preparaba otra taza de café antes de salir a correr. Pero, antes de eso, tenía que darle a Robi su recompensa por portarse bien durante el paseo. Soy consciente de que soy demasiado indulgente con él, pero para nosotros es como un hijo.

–¡Cómo no vamos a mimar a este pachangón!– Dije acariciando su cabeza mientras le entregaba su palo para limpiarse sus afiliados dientes.

–Ahora, sé bueno y ve a dormir, no despiertes a papá– Le dije con una sonrisa mientras veía cómo subía las escaleras a toda velocidad con su nuevo tesoro en la boca.

Realmente creo que este perro entiende más de lo que aparenta, aunque a veces siento que solo hace lo que quiere con nosotros.

Me acerqué a la encima de la cocina y cogí la taza de café humeante que había preparado nada más entrar en casa. La tomé con ambas manos, sintiendo su calor en las palmas mientras aspiraba

el aroma del café recién hecho. Acerqué la taza a mis labios y di un pequeño sorbo, sintiendo la sensación del líquido caliente y el sabor amargo y dulce al mismo tiempo. Me dejé llevar por ese momento de disfrute antes de dejar la taza en la encimera y dirigirme hacia la puerta, ahora sí, estaba lista para salir.

Salí por la puerta con determinación, ansiando volver a sentir esa sensación de liberación al correr. Cada zancada que daba hacía que el aire fresco acariciara mis mejillas, mientras mi cabello se agitaba al ritmo de mi carrera. La cadencia de mis pasos, el golpe de mis pies contra el suelo, resonaba en mis oídos como una música rítmica y armoniosa.

Mientras avanzaba, sentía como la adrenalina se apoderaba de mi cuerpo, como si estuviera flotando en el aire, como si la gravedad no pudiera detenerme. Cada vez que exhalaba, una nube de vapor salía de mi boca y desparecía en el aire frío.

A medida que seguía avanzando, notaba cómo mi corazón latía con fuerza, como si quisiera salirse del pecho, pero en lugar se asustarme, me llenaba de emoción. No corría para huir de nada, lo hacía para alcanzar algo, para llegar a mi destino, para cumplir con mi objetivo.

Solo aquellos que aman el running podrán comprender esa extraña sensación, esa euforia que te embarga al correr, como si pudieras conquistar el mundo con cada zancada.

Tenía la motivación por las nubes, pero sabía que el camino no sería fácil, tendría que luchar contra mi propio cuerpo y mi mente para llegar hasta el final. Sin embargo, estaba decidida a superar cualquier obstáculo que se interpusiera en mi camino.

Había tardado 45 minutos en correr 5 kilómetros. No era mi mejor tiempo, pero después de un año de recuperación, me sentía la mujer más fuerte y ágil del mundo. Cada paso que daba era una victoria, un pequeño logro que saboreaba con gratitud. Antes, habría encontrado excusas como ‘’No es lo mismo correr en la montaña que en la ciudad’’ o ‘’entrenar en ayudas no es lo mío’’, pero ahora estaba comprometida con mi proceso de superación. Había nacido una nueva Begoña, decidida a dar lo mejor de sí misma para alcanzar su mejor versión y no dejarla escapar. Aunque aún había momentos en los que el pesimismo me acechaba, me daba cuenta de que había estado literalmente atrapada en este idílico Valle durante un año, y todavía quedaban algunos meses más si todo iba bien y mi proceso de recuperación continuaba.

Afortunadamente, yo conocía cada rincón del Valle como la palma de mi mano. Había pasado suficiente tiempo allí para fundirme con el entorno y confundirme con los lugareños de los pequeños pueblos y aldeas que se encontraban al otro lado de las laderas. Nadie sospechaba, o eso pensaba yo, que era una forastera, una urbanita huyendo del bullicio de la gran ciudad y buscando la paz y la tranquilidad de la vida rural. Parecía que estábamos experimentando un nuevo éxodo, pero en sentido inverso al que ocurrió a mediados del siglo XX. Ahora éramos jóvenes agobiados por el ritmo frenético de la vida urbana, con un sinfín de dudas y preguntas sobre lo que realmente nos hacía felices.

Llenábamos las consultas de los psicólogos con problemas que nosotros mismos creamos y generábamos en nuestras cabezas, mientras veíamos pasar la vida frente a nosotros. Por estas y muchas otras razones, cada vez más personas se mudaban a los pueblos en busca de una vida más tranquila.

Pero, gracias a Dios, Esterri todavía resistía esta nueva invasión y solo los oriundos de la zona, y en raras ocasiones personas como yo, que necesitaban un lugar para escapar de sus demonios internos, se quedaban por un tiempo.

El Valle era como sacado de un cuento de hadas. A ambos lados de las colinas que lo rodeaban, se alzaban majestuosamente iglesias románicas, que atraían a miles de turistas en la temporada de verano, a pesar de que varias de estas iglesias, estaban totalmente desangeladas y sin

reformar. Estos turistas convertían cada pueblo en una especie de oasis comercial en plena temporada de Agosto. Era tradición visitar cada una de las iglesias, situadas en las cuatro aldeas que flaqueaban el Valle, en una especie de ofrenda a las Vírgenes de cada templo, según la creencia popular. Pero yo no podía evitar pensar que esto había sido idea de algún genio empresarial, que supo cómo atraer turistas y convertir los pueblos en un verdadero espectáculo.
Rodeando el Valle, se extendía un frondoso bosque que alcanzaba la cima del Pico Aneto, que se encontraba fuera del Valle con Lleida, lo que significaba que en invierno él Valle quedaba aislado del resto del mundo. A día de hoy, varias carreteras facilitan el acceso a cada uno de los pueblos, pero el aislamiento sigue siendo una realidad en algunos momentos del año.
Una mañana soleada, mientras corría por la carretera que cruzaba el bosque, me encontré con dos jóvenes corriendo a gran velocidad junto con otra persona que rondaba los 50 años. Me sonó mucho su cara, pensé que quizás era alguien de los pueblos que había conocido durante mi estancia en el Valle.
Nos cruzamos las miradas por un segundo y le sonreí amablemente, sin saber que eran en realidad unos jugadores profesionales de fútbol que habían elegido un hotel de 5 estrellas en el otro extremo del Valle para su pretemporada. La belleza y la tranquilidad del Valle no solo atraían a turistas y forasteros, sino también a deportistas de élite en busca de un lugar tranquilo para entrenar.
Tropecé con miles de ramas, intento fallido de emular al Último Superviviente en este bosque que parece haber estado intacto desde el inicio de los tiempos. Rellené mi botella en un arroyo natural que fluye río abajo desde lo alto de una ladera hasta adentrarse en la profundidad y el follaje del bosque que me rodea. Este afluente se llama el Negro de Cabanes, lo descubrí hace unos meses en una salida tutelada.
Todos los paisajes naturales del Pirineo Catalán tienen ese aura de misterio y magia qué me hace pensar que están habitados por Druidas, Hadas y seres mágicos que se esconden en la inmensidad de sus bosques, tal y como decía Artur. A pesar de vivir en el 2022, parece que estos territorios siguen siendo inexplorados y virginales.
Mientras relleno la botella, escucho con más nitidez que nunca el ensordecedor ruido del silencio absoluto. Solo escucho el sonido del viento rozando con las copas de los árboles a mi alrededor, y algún Carbonero revoloteando sin rumbo fijo. La simbólica paz y tranquilidad que se respira aquí es para algunos un paraíso terrenal, pero para mí es algo inquietante. Esta sensación de soledad y aislamiento me hace sentir pequeña y vulnerable en este bosque donde cada rama y cada piedra parecer ser parte de un universo desconocido y peligroso.
–¡Me cago en…!– grité–
Con las manos entumecidas por el frío y la botella a rebosar, no pude evitar maldecir en voz alta. La niebla se había extendido por las colinas de Esterri como una sábana que lo cubría todo. Menos mal que Martin me había regalado el último modelo de Garmin, que tenía más tecnología que la de los propios militares. Había guardado la dirección de nuestra casa en el dispositivo y con solo presionar el botón Start , me indicaría la ruta más rápida para volver. Martin siempre era tan exagerado… Pero siempre estaba cuidando de mí. Pensé en volver para desayunar con él, pero sabía que si tardaba demasiado, llamaría a todos los servicios de emergencia para encontrar cualquier rastro de mí. Si tardaba mucho más en volver, no tardaría en llamar a Luis y a Elena, la pareja de Guardia Civiles que vivía justo en la casa contigua a la nuestra.
Tomé tres sorbos de agua del manantial, el cual desconocía si era potable o no, pero nunca me había sentado mal. Decidí no poner música, quería disfrutar de los sonidos naturales del entorno. Aunque en mi cabeza sonaba Kickstart My Heart de Motley Crüe , una canción muy dura para

una mañana como esta. Empecé a sentir el frío y el hambre apoderarse de mí, algo muy típico de mi personalidad es que podía ponerme irascible fácilmente si el hambre me atacaba sin preaviso. No quería preocupar a Martin, así que decidí seguir corriendo en busca del camino de regreso. Empecé a moverme con energía, repitiéndome mentalmente lo que me decía mi hermana Sara cuando estábamos corriendo nuestros primeros 10 Kilómetros juntas.
–Mira al suelo Be, cuando notes que estás empezando a sufrir, mira al suelo, te concentrarás más por dónde vas y todo pasará más rápido, tu mira al suelo y céntrate en tu respiración y en tus zancadas, lo vas a conseguir, no levantes la mirada, mira al suelo–
Ella siempre fue optimista por naturaleza, no teníamos nada que ver en muchos aspectos, pero la quería, la quería con todas las fuerzas que se le quiere a una hermana pequeña, tienes la sensación y necesidad de protegerla por más que pasen los años. Aún me culpo de todo lo que ocurrió.
De repente, un sonido me sacó de mis pensamientos. Era un crujido de ramas a lo lejos, un sonido que llamaba la atención en medio de un bosque solitario. Me detuve en seco, alerta. Sentí que había alguien más conmigo. Pero nadie apareció, miré a lo lejos tras las copas de los árboles intentando divisar algún animal, pero no había nadie más.
Decidí seguir corriendo, pero ahora con más precaución. No estaba del todo segura de que alguien estuviese acechando desde la distancia. Mi mente comenzó a divagar sobre posibles escenarios, cada cual más siniestro. Fue entonces cuando mi Garmin comenzó a vibrar en mi muñeca. Según él, había llegado a un cruce de dos caminos, pero el bosque seguía un sendero recto, sin ninguna bifurcación, así que decidí no hacerle caso. Tomé una bocanada de aire frío y continué mi carrera.
Pasaron unos 15 minutos y seguía corriendo en el mismo sendero. No recordaba haber ido por allí en el camino de ida, pero me resultaba familiar, así que decidí seguir corriendo en la misma dirección. El reloj parecía haber recuperado su función tras el error anterior, y me marcaba que siguiese recto. Justo en ese instante, pude divisar a lo lejos una figura en medio del sendero a lo lejos aún dentro del bosque, parada frente a mí. Era una mujer alta y delgada, con el pelo oscuro y la piel extremadamente pálida. Llevaba un vestido negro que le cubría hasta los tobillos y unos zapatos de tacón. Su mirada se clavó en mí como si pudiera ver mi alma. Me acerqué a ella pensando que quizá era una excursionista que se había perdido.
–Hola– Dijo con una sonrisa que no llegó a sus ojos.
–Ho…Hola– Respondí tratando de ocultar mi miedo.
–¿Estás perdida?– Preguntó ella con una voz seductora.
–Eso mismo iba a preguntarte yo a ti… ¿te… te encuentras bien?– El tartamudeo me empezaba a delatar, o a lo mejor era el frío, no lo recuerdo bien.
–Muy bien. A decir verdad, solo estoy dando un paseo, ¿Quieres venir conmigo?– Me tendió su mano tratando de que la acompañase a algún lugar dentro de la inmensidad del bosque.
–No… no, gracias. Yo estaba corriendo y ya estaba volviendo a casa– Dije tratando de mantener la calma.
La mujer asintió y continuo su camino, esta vez caminando fuera del sendero, hacía el interior del bosque.
–Quizás luego nos veamos– Dijo mientras se iba. No pude evitar sentir un escalofrío recorrer por todo mi cuerpo, y de eso si estaba segura que no era producto del frío, más bien era una sensación de terror que me había producido aquel encuentro más que inesperado. Seguí corriendo con el corazón intentando salir de su sitio.
El camino hacia el Negro de Cabanes era un verdadero desafío, y no solo por la belleza natural

del lugar, sino también por los obstáculos que había que superar para llegar allí. El puente de madera que cruzaba el caudal parecía estar en un estado deplorable, como si una familia de termitas hubiese estado disfrutando de un banquete a su costa. La madera rechinaba bajo nuestros pies cada vez que un grupo de personas pasaba por encima, lo que hacía temblar el corazón y la mente. Era difícil de creer que este puente todavía pudiera soportar el peso de los caminantes, pero estaba decidida a llegar al otro lado.
Una vez que cruzabas el puente, la siguiente prueba era una cuesta empinada flanqueada por árboles centenarios que seguramente habían visto más años de los que podía contar. Sudando y jadeando, me obligaba a subir la maldita cuesta. Pero sabía que merecía la pena, porque después de todo este esfuerzo venía la mejor parte: una carretera serpenteante que bajaba desde la cima de la colina, brindando vistas impresionantes del valle. Era una sensación de libertad y superación, como una droga que te enganchaba fácilmente, y me hacía sentir viva.
Ese recorrido me iba a llevar unos 3 kilómetros hasta llegar a la Ermita de Sant Antoni de les Codines. Allí escribiría a Martin para decirle que en 15 minutos estaba en casa y pedirle que fuese preparando el café… Me encantaba llegar a casa y ver cómo me recibía con una taza humeante de café y su sonrisa de oreja a oreja, las mañanas que me animaba a madrugar últimamente para hacer este recorrido, siempre me las recompensaba con ese recibimiento, y con el desayuno recién preparado. Era como un premio simbólico, pero la verdad que surgía su efecto.
Pero me estaba adelantando. Primero tenía que concentrarme en hacer estos 3 Kilómetros hasta llegar a la Ermita. Había tanto silencio que era ensordecedor, ¿Nunca has estado o te has sentido tan sola, tan pequeña, rodeada de tanto silencio que parecía el peor de los ruidos? Así mismo me sentía yo, era una mañana extraña, no pasaba ningún coche, ningún grupo ciclista, ninguna familia ‘’feliz’’ paseando en busca de aventuras. Vale que la carretera no fuera la Gran Vía de Madrid, pero esa mañana no pasaba absolutamente nadie. El cielo parecía una inmensa manta gris que cubría todo el horizonte, como si quisiera borrar cualquier rastro de color en el mundo. La lluvia de la noche anterior había dejado su huella en todo lo que había a mi alrededor, y el rocío cubría cada hoja y rama de los árboles que me rodeaban. El suelo estaba empapado, y cada paso que daba se hundía en el barro que se había formado en los senderos. Mi chaqueta, que apenas podía protegerme de la humedad, estaba completamente mojada, y podía sentir el frío calándome los huesos.
–¿Por qué Demonios habré salido en una mañana como esta?–
Me detuve por un instante y escudriñé a mi alrededor, buscando algo que me indicara que estaba en el mundo real. Pero todo parecía tan irreal, como si hubiera entrado en un cuadro de las Pinturas Negras de Goya. Las nubes grises colgaban pesadas en el cielo, como sí amenazaran con desplomarse en cualquier momento. El aire era húmedo y fresco, y el rocío de la mañana empapaba el suelo y mi ropa, haciéndome sentir fría y mojada.
Pero lo que realmente me impresionó fue la sensación de estar dentro de una obra de arte. Me sentía como si estuviera protagonizando mi propia versión de Dos hombres comiendo, la obra maestra de Goya que había visto en El Prado. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al recordar cómo esa imagen me había impresionado. Ahora, aquí, en medio de esta naturaleza desbordante, me sentía parte de algo igual de intenso y poderoso.
Seguí corriendo y llegué a la carretera ya asfaltada de bajada que llevaba hasta la Ermita, pero en el otro lado de la mediana de la carretera, algo me hizo detenerme en seco. Allí estaba ella de nuevo la misma mujer que había visto kilómetros atrás, con el pelo negro, delgada, muy delgada, con su figura espectral y mirada penetrante clavada en mí. Pero esta vez no estaba sola. A su

lado, apareció un hombre de una estatura fuera de lo común, muy alto, más alto que cualquier persona corriente, vestido en una túnica negra y sombrero de copa que parecía sacado de otra época.
Mi corazón latía con fuerza, mi mente gritaba por salir de allí y alejarme lo más rápido posible de esa terrorífica presencia. Pero algo me mantenía allí, como si estuviera atrapada en una pesadilla de la que no podía despertar. Entonces, la mujer comenzó a hablar, con una voz ronca y siniestra qué parecía salir de lo más profundo del infierno.
–Los demonios aún siguen a Satanás como su líder y batallan con los ángeles santos en un intento para frustrar el plan de Dios e impedir al pueblo de Dios, Daniel 10:13–
No podía asimilar lo que mis oídos captaban. ¿Era una cruel realidad o simplemente una ilusión engendrada por mi mente atormentada? Todo se volvía confuso y aterrador, y la ominosa compañía de ese hombre sombrío a su lado hizo que mi cuerpo temblara fuera de sí.
Por un instante, el impulso de huir invadió cada fibra de mi ser, pero algo misterioso me mantenía anclada en aquel lugar, incapaz de apartar la mirada. ¿Era mi insaciable curiosidad la que me retenía o había fuerzas más oscuras conspirando para atraerme hacia ellos? Mis sentidos se agudizaron, alerta ante cualquier indicio de peligro inminente. Cada músculo de mi cuerpo se tensaba, preparado para lo desconocido. Sabía que debía mantener la calma y encontrar una salida, pero ¿cómo escapar cuando me encontraba cara a cara con dos figuras enigmáticas de las que nada sabía? En ese preciso instante, un escalofrío glacial se apoderó de mi cuerpo, recorriendo cada rincón de mis extremidades. Un dolor punzante se unió al frío, entrelazándose como amantes furtivos.
El sonido ensordecedor de un motor acelerando me hizo voltear la cabeza en dirección al ruido, y de repente, vi algo que se acercaba a gran velocidad hacia mí. Una sensación de pánico me invadió y traté de alejarme de la carretera, pero algo me lo impidió. Sentí un fuerte impacto que me hizo volar por los aires, como si fuera un muñeco de trapo, y aterricé en el suelo con un fuerte golpe. Mi cuerpo estaba paralizado, no podía moverme ni gritar. Una mezcla de miedo y dolor me invadía por completo. Los faros de aquel vehículo que me arrolló parecían ser dos soles cegadores que me envolvían en una esfera luminosa. Y entonces, todo se volvió oscuro.
Intenté abrir los ojos, pero una punzada de dolor se clavó en mi cabeza, impidiéndome ver con claridad. Me sentía como si hubiera sido atropellado por un camión, mi cuerpo era un peso muerto y una sombra parecía cargar conmigo como si fuese un cadáver. Intenté mover las piernas, pero sólo sentí un entumecimiento que se extendía por todo mi cuerpo. En la oscuridad de aquel espacio reducido, no podía distinguir nada, no sabía ni dónde estaba ni quién me había llevado allí. Un sudor frío empezó a recorrerme la espalda mientras me aferraba a la única certeza que tenía: algo terrible había sucedido, alguien me estaba intentando secuestrar. El dolor de cabeza era insoportable, como si me hubieran golpeado con un mazo en la nuca, y no dejaba de aumentar. Intenté articular alguna palabra, pero mi boca estaba seca y no salía ningún sonido. Sólo podía pensar en qué había pasado y cómo había llegado allí.
Empecé a sentir una opresión en el pecho y un sofocante calor que me envolvía por completo. Mi respiración se hacía cada vez más difícil y entrecortada. No había aire fresco ni luz en aquel lugar, solo una espesa oscuridad que me envolvía y me asfixiaba. Traté de moverme, de liberarme, pero estaba atrapada en aquel pequeño espacio, con las paredes cerrándome el paso y la cabeza dando vueltas por culpa del calor y la falta de oxígeno. La puerta se abrió de nuevo, pero el aire que entró era aún más sofocante, como si fuera un horno ardiente que abrasaba todo a su paso. No había rastro de humanidad ni de bondad en aquel lugar, solo maldad y una sensación de que algo muy malo estaba por suceder. –

¡Por favor, alguien ayúdeme!– grité con todas mis fuerzas, pero mi voz apenas salió un susurro.
–¡Sácame de aquí no puedo respirar!– Empecé a gritar con la certeza de que la sombra no me iba a hacer caso alguno.
La falta de aire comenzaba a agobiarme, el calor era insoportable, como sí me encontrara en un horno, la opresión en mi pecho era tan grande que sentía que no podía respirar. Traté de gritar nuevamente pidiendo ayuda, pero apenas pude emitir un sonido ronco y seco debido a la sequedad de mi garganta. El traqueteo del suelo seguía y seguía, y yo me sentía cada vez más desorientada y mareada. Por un momento pude mantener la poca cordura que me quedaba y pude darme cuenta que estaba en el maletero de un coche, o algo similar pero tampoco estaba segura, el espacio era muy pequeño, angosto y estaba muy oscuro y…
–¿Dónde cojones esta mi móvil? Lo llevaba encima cuando salí a correr–, nunca salía sin él.
El recuerdo de esa sombra gigante y la imagen de la mujer vestida de negro, extremadamente delgada, se me aparecían en flashes, como si se tratara de un sueño, pero podía recordar su rostro pálido y su cuerpo esquelético, que parecía flotar en el aire. Sus ojos eran profundos y oscuros, y parecían estar clavados en los míos, como si la estuviera hipnotizando.
Sin embargo, la figura del hombre con la túnica negra se le presentaba más claramente en su mente. Recordaba su silueta alargada, su sombrero de copa y su túnica negra que ondeaba al viento. No podía ver su rostro, ya que parecía estar cubierto por una sombra oscura, pero podía sentir su presencia y el frío que emanaba de su figura. Parecía estar flotando en el aire, sin pisar el suelo, y una imagen de los árboles en llamas a su alrededor le causaba una sensación de opresión en el pecho.
Era como si hubiera sido transportada a otro mundo, oscuro y siniestro que nunca había imaginado antes. La sensación de opresión era cada vez más intensa, como si el espacio en el que me encontraba se estuviera cerrando a mi alrededor. Intenté gritar para liberarme, pero no podía moverme ni emitir un sonido. Solo podía escuchar los susurros en mi cabeza, con palabras que no comprendía. Era una pesadilla hecha realidad, y no sabía cómo salir de ella. Mientras tanto, el calor se hacía insoportable y la sequedad en mí boca me impedía respirar adecuadamente. Todo esto era demasiado real para ser una simple alucinación. Intentaba mantenerme racional, pero el dolor de cabeza cada vez era más fuerte, hasta que me dormí.
Soñé que estaba en mi habitación de la infancia, un lugar que debía ser de refugio, pero que en mi mente estaba dibujado como el lugar donde algo se rompió dentro de mí. Seguramente fue el lugar donde todo empezó, la raíz de mi auténtico problema.
La tenue luz de la lámpara de noche iluminaba cada rincón, revelando los objetos familiares que adornaban el espacio. Mi mirada se posó en el viejo escritorio de madera, donde había pasado horas dibujando y soñando. Las paredes estaban cubiertas de pósteres de mis bandas favoritas y fotografías de momentos felices con mi familia.
Mis ojos, llenos de nostalgia, buscaron el estante donde se encontraba mi colección de libros, cada uno de ellos cargado de aventuras y fantasías que me transportaban a mundos desconocidos. Allí, entre ellos, reposaba un oso de peluche desgastado y amado, un compañero de confidencias en las noches solitarias de mi niñez. Sus ojos brillantes y suave tacto me reconfortaban, recordándome que en tiempos oscuros siempre había tenido un refugio seguro.
Pero a medida que mis sentidos se adaptaban a la oscuridad, percibí una sutil alteración en el ambiente familiar de mi habitación. El aire parecía cargado de una energía inquietante, como si las sombras que se agitaban en mi sueño hubieran dejado su marca en cada objeto, susurrando secretos oscuros entre los pliegues del tiempo. Una extraña quietud invadía el espacio, interrumpiendo el palpitar familiar de mi refugio.

A pesar de ese ambiente perturbador, aferré con fuerza el oso de peluche, buscando en él la inocencia y la calidez de los días pasados. Cerré los ojos e intenté revivir los recuerdos, invocando imágenes de risas y juegos infantiles. Pero en lugar de la tranquilidad esperada, la opresión se intensificaba, como si los rincones de mi habitación ocultaran secretos inconfesables. Los susurros en mi mente se volvían más audibles, sus palabras ininteligibles parecían mezclarse con risas burlonas y murmullos siniestros. Traté desesperadamente de bloquear esas voces, de negar la realidad turbia que se imponía ante mis ojos. Sin embargo, los recuerdos que se entrelazaban con mi presente eran cada vez más oscuros y confusos, desdibujando la línea entre lo real y lo imaginado.

En medio de ese oscuro sueño, un fragmento de recuerdo emergió de las profundidades de mi mente, llevándome de vuelta a los días tumultuosos de mi infancia. Sentí una presencia, una figura masculina que se alzaba en la penumbra de mis pensamientos. Era mi padre, un hombre marcado por sus demonios internos y un pasado lleno de oscuridad.

El recuerdo de su rostro borracho y sus pasos vacilantes resonaba en mi ser, dejando una estela de melancolía y amargura. La imagen de su cuerpo ensangrentado me perturbaba, tenía el pecho repleto de cuchilladas que atravesaban su zona central dejando rebosar una gran cantidad de sangre del color más rojo que jamás había podido imaginar hasta ese momento. Pero más allá de las acciones y los errores, había una sensación oculta, una conexión frágil y dolorosa que se aferraba a mí. Era una mezcla de deseo y rechazo, de anhelo y repulsión, como un vínculo roto que aún intentaba sostenerse. Siempre le había considerado Demonio de Demonios… ¿Cómo puedes odiar tanto a alguien cuando realmente te pareces tanto a él?.

No podía articular con precisión qué era lo que sentía en ese recuerdo. Era una tormenta de emociones confusas, donde el amor filial y el resentimiento se entrelazaban en una danza incesante. Las heridas causadas por sus desmanes aún estaban frescas en mi memoria, pero también había una extraña sensación de complicidad, de una conexión que trascendía la razón. El recuerdo se desvanecía rápidamente, dejando solo un eco de esa compleja relación padre–hija. No quería confrontar directamente los detalles de aquellos tiempos oscuros, sino más bien sentir la carga emocional que llevaba dentro. Era como si en esos momentos fugaces, pudiera comprender la profundidad del legado familiar y los matices contradictorios que formaban parte de mi ser.

El sueño proseguía con su guion, pude escuchar unos pasos que se aproximaban hacia mí lentamente. El sonido resonaba en la habitación como un eco ominoso, envuelto en una bruma de intriga y misterio. Cada paso parecía arrastrar consigo una presencia inquietante, una energía que erizaba los vellos de mi piel. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, mientras la curiosidad y el temor se entrelazaban en un torbellino de emociones.

–Be, ¿qué haces aquí? – la voz resonó en el aire, envolviéndome con una extraña familiaridad.

–¿Sara? – apenas pude articular mi respuesta, sorprendida por la repentina aparición de mi hermana en ese lugar enigmático.

Sabía que era Sara, esa voz me era tan familiar como el latido de mi propio corazón. Durante nuestra infancia, ella me llamaba "B" como un apodo cariñoso, una forma de decir que yo era la hermana buena, la que siempre obedecía a nuestros padres. En contraste, Sara era la rebelde, la que desafiaba las normas y trataba de vivir a su manera. Aunque con el paso de los años nuestros roles habían cambiado, el mote de la infancia seguía persiguiéndonos.

Pero algo en la atmósfera cambió de repente. La perturbadora presencia que envolvía la habitación se disipó, como si un rayo de luz atravesara la oscuridad. Y allí, de pie frente a mí, estaba Sara, con una sonrisa radiante y un brillo angelical en sus ojos. Era como si toda la

negrura que antes había sentido se hubiera transformado en pura luz y calidez.
–Levántate ya, pedazo de vaga, que llegamos tarde – exclamó Sara con su característico tono divertido y desenfadado. – ¿Qué haces aún en pijama?
Aquel encuentro inesperado en mi habitación de la infancia despertó recuerdos y emociones que creía olvidados. Sara y yo solíamos ser inseparables, pero la vida nos había llevado por caminos diferentes, alejándonos poco a poco. La culpa recaía en su pareja, cuyo nombre prefería omitir, pues aún no lograba superar las heridas que me había causado.
En ese instante, sentí una mezcla de nostalgia y ternura. A pesar de todo, Sara seguía siendo mi hermana, alguien que conocía mis secretos más profundos y que compartía conmigo una historia única. Era un recordatorio de que, a pesar de nuestras diferencias y las pruebas que la vida nos había impuesto, el lazo de sangre y el amor fraternal seguían presentes, dispuestos a resurgir de las cenizas del pasado.
–¿Sara, cómo hemos llegado aquí? – mi voz temblaba, cargada de confusión y miedo. – Yo estaba corriendo por la montaña, camino a la Ermita de Sant Antoni. Vi un coche, una sombra que me cogía, un hombre con una túnica negra rodeado de unos árboles de fuego...
–¡Pero qué película me estás contando! – exclamó Sara, aún sonriendo. Pero su risa era ahora más desquiciada. – Vaya noche tienes que haber pasado, Bego... ¡Vaya noche! Ni te oí entrar en casa, y menos mal que papá y mamá no están aquí, porque si te vieran así... Vaya cara de susto tienes, como si hubieses visto un muerto. El tequila nunca te sienta bien, pero tú siempre a lo tuyo. Cámbiate que llegamos tarde.
–¿A dónde llegamos tarde? – pregunté con desesperación, buscando respuestas en los ojos de Sara. – Me estaba esperando Martin, déjame tu teléfono, estará preocupadísimo.
–¿Quién es Martin? – Sara entrecerró los ojos, su sonrisa se volvió aún más perturbadora. – Be, me estás empezando a dar mucho miedo... Espera... ¿o es qué conociste a ese famoso 'Martin' anoche, pedazo de golfa?
Intenté que mis palabras la alcanzaran, pero parecían perderse en el aire. La inquietud crecía en mí mientras observaba a Sara, cuya presencia se volvía cada vez más inquietante y desconcertante. Era como si estuviera presenciando una transformación, una metamorfosis hacia algo que no podía comprender.
–Sara, por favor, escúchame – supliqué, sintiendo que la realidad se desmoronaba a mi alrededor. – ¿Qué está pasando? ¿Qué hacemos en casa de nuestros padres?
Sara me miró fijamente, sus ojos brillando con una frialdad que me hizo estremecer. Era como si hubiera algo oculto detrás de esa mirada, algo que no podía descifrar. Me di cuenta de que aquella sonrisa que tanto conocía se asemejaba ahora a las caras pintadas de los perturbadores payasos de circo, como los del inquietante mundo creado por Stephen King en su novela "It". Me convertía en un reflejo vivo de las pesadillas que Hollywood había implantado en nuestras mentes, y me preguntaba cómo había llegado a ser parte de esa oscura realidad.
–¿Sara? – murmuré, casi en un susurro, mientras la incertidumbre y el terror se apoderaban de mí.
Seguía fija con su sonrisa, cada vez más inquietante. Su mirada permanecía fija en un cuadro que parecía haber aparecido de la nada. En él, árboles retorcidos se alzaban con sus ramas convertidas en llamas danzantes, como si fueran portales hacia un infierno surreal. Y en medio de ese paisaje infernal, allí estaba él una vez más, el hombre de la túnica negra con su sombrero de copa, emanando una presencia siniestra y enigmática que helaba hasta el último rincón de mi ser. Sus rasgos seguían ocultos bajo la sombra de su indescifrable figura, como si un velo oscuro lo protegiera de la mirada mortal. Era imposible desviar la atención de aquel cuadro macabro y

de la presencia amenazante que emergía desde su centro.
En un parpadeo, la presencia oscura de ese ser se materializó junto a Sara, quien parecía acoger su cercanía con una extraña fascinación. No se inmutaba ante su presencia, sino que parecía sucumbir a un deseo incontrolable hacia él. Aquel ser cada vez se acercaba más, pero su rostro seguía oculto, como si hubiera sido borrado por una mano invisible. Sin embargo, sus ojos sin rostro me penetraban con intensidad gélida, como si pudieran escudriñar mi alma sin necesidad de una expresión facial. Un frío glacial me envolvía por completo, y la certeza de que podía ver en lo más profundo de mi ser se apoderaba de mí, a pesar de su falta de rostro.
–¿Sa…ra? Estaba tiritando, veía como podía exhalar mi aliento con cada una de las palabras que pronunciase.
Sara ladeó el cuello hacia un lado dejando caer su larga melena hacia el mismo lado sin quitarme la mirada, abriendo cada vez más los ojos. Tenía las pupilas totalmente dilatadas.
–Mirabile Visu– Me dijo con su típica voz angelical y serena, pero simplemente con la forma en la que lo decía, se dejaba ver que no había nada de angelical en ese mensaje.
¿Qué… que quieres decirme Sara? ¿Qué significa eso? ¿Quién es ese hombre que está detrás de ti? Estaba claro que eso no era Sara, pero era el primer momento en el que me encontraba serena, o lo más serena que podía estar y quería saber que estaba sucediendo y como podía haber pasado de estar corriendo camino a mi apartamento para desayunar y tomar un café mientras hablaba con Martin y Robi a estar viviendo y protagonizando esa auténtica pesadilla de la que no sabía salir.
La risa de Sara se desató en una carcajada desquiciada, resonando por toda la habitación. Su risa, en lugar de disminuir, se intensificaba a medida que su tono se volvía cada vez más siniestro. Observé con horror cómo giraba su cabeza hacia el hombre de la túnica negra y ambos fijaron su mirada en mí. El ambiente se cargó de una energía oscura y opresiva, mientras el corazón me latía desbocado en mi pecho.
Y entonces, en un tono de voz que parecía emerger de las profundidades mismas del abismo, Sara pronunció esas dos palabras, como si estuviera invocando una fuerza maligna: "¡Mirabile Visu!" El eco retumbó en mi mente, enviando escalofríos por todo mi cuerpo. La habitación parecía vibrar con una presencia sobrenatural, como si las paredes se estuvieran cerrando lentamente a mi alrededor.
Y de repente, la luz inundó el oscuro maletero cuando la puerta se abrió bruscamente. La Sombra emergió una vez más, cargándome en sus brazos como si mis 50 kilos fueran insignificantes. Estaba completamente inmovilizada, sin ataduras visibles pero incapaz de moverme, condenada a encontrarme atrapada en su macabra presencia. Mis ojos se encontraron con... con... su rostro, o más bien lo que parecía ser una distorsión grotesca de la humanidad. El terror se apoderó de mí al comprender que esta pesadilla no era mera invención de mi mente. Aunque mi cabeza aún latía de dolor y mareo, la realidad de mi situación era innegable.
La Sombra cubría su cabeza con un saco, similar a aquellos utilizados antiguamente para transportar patatas. Dos pequeños agujeros apenas me permitían vislumbrar sus ojos, pero su mirada me penetraba hasta lo más profundo. Me aferraba a la esperanza de que esta Sombra fuera simplemente un ser humano, pero mis esperanzas se desvanecían rápidamente. Medía aproximadamente metro noventa, y su fuerza sobrenatural me aterraba. No mostraba el menor signo de esfuerzo mientras avanzaba conmigo en brazos. Vestía una túnica negra, similar a la del hombre sin rostro que se manifestaba en mis peores pesadillas, pero a diferencia de él, esta Sombra no portaba un sombrero de copa. Sus pies descalzos eran grotescos, provocando un escalofrío en mi espina dorsal al observarlos detenidamente.

–¡Suéltame, monstruo! ¡Te advierto que si me haces daño, te arruinaré! Soy abogada, ¡te buscaré hasta el fin del mundo!– Desesperadamente intenté patalear, pero mis esfuerzos eran en vano. Estaba completamente impotente, limitada a un mero intento de gritar, aunque mi voz salía débil y apenas audible. Cada palabra que pronunciaba se veía acompañada por una nube gélida que escapaba de mi boca. El frío parecía estar en todas partes, pero extrañamente no sentía nada.
–¿Dónde me llevas? ¿Quieres dinero? Dime cuánto necesitas y te prometo que lo conseguiré. Estoy a punto de recibir una suma de dinero excesiva, ridículamente grande. ¡Puedo ayudarte!– Mis palabras, cargadas de desesperación, se convirtieron en un eco de impotencia mientras la figura continuaba avanzando conmigo en sus brazos. No tenía idea hacia dónde nos dirigíamos, y ese desconocimiento me llenaba de un terror absoluto, penetrando aún más en las profundidades de mi ser.
Intenté mantener la calma y ser racional, obligándome a apartar la mirada de la criatura que me sostenía. Sin embargo, resultaba casi imposible apartar los ojos de semejante monstruosidad. ¿Qué demonios quería de mí?
Mi entorno era una escena sacada de las pesadillas más oscuras. Estaba completamente rodeada por un impenetrable bosque de árboles altos y retorcidos. Sus ramas parecían estirarse hacia el cielo en una danza macabra, entrelazándose entre sí como garras retorcidas. Las sombras se movían y ondulaban alrededor de nosotros, creando una atmósfera opresiva y lúgubre.
Seguíamos un estrecho camino de tierra que se extendía en línea recta desde el coche abandonado en el pequeño arcén. La tenue luz de los faros se filtraba entre las ramas de los árboles, proyectando sombras inquietantes sobre el camino. El suelo estaba cubierto de una capa de hojas secas y crujientes que parecían susurrar bajo mis pies, como si el propio bosque me estuviera susurrando su malévola bienvenida.
A medida que avanzábamos, el viento soplaba con fuerza, arrastrando consigo susurros ininteligibles y lamentos susurrantes. El aire se volvía cada vez más helado, penetrando hasta los huesos y haciéndome temblar involuntariamente. La oscuridad reinante parecía devorarlo todo, sumiéndome en un abismo de sombras y misterio.
En medio de ese sombrío escenario, la figura que me llevaba continuaba su marcha sin mostrar esfuerzo alguno. Sus pisadas apenas producían ruido sobre el camino de tierra, como si estuviera en perfecta sintonía con el oscuro ambiente que nos rodeaba. Era una presencia desoladora, un ser de pesadilla que me arrebataba cualquier atisbo de esperanza.
Aterrada y desorientada, luché por encontrar alguna salida de aquel entorno siniestro. Pero mientras el bosque se cerraba a nuestro alrededor y la noche envolvía todo en un manto de oscuridad. Solo podía percibir el camino que seguíamos gracias a la débil iluminación proveniente de los faros del automóvil. En ese momento, caí en la cuenta de que un período de tiempo desconocido había transcurrido sin que me percatara de ello. El reloj parecía haberse detenido y el paso del tiempo se había vuelto difuso en aquel ambiente tenebroso.
La noche parecía interminable, sin indicios del amanecer ni señales de vida en los alrededores. Las horas se habían vuelto eternas, como sí el tiempo mismo se hubiera congelado en ese rincón olvidado del mundo. Me sentí sumergida en una dimensión distorsionada, donde los minutos se dilataban y las sombras se retorcían en una danza macabra.
Mis pensamientos se volvieron confusos y fragmentados, mientras el terror se apoderaba de mi mente.
¿Cuánto tiempo había estado en manos de esa entidad malévola? ¿Cuántas horas habían transcurrido desde que me encontraba atrapada en aquel bosque oscuro?
El temor me envolvía como un manto, alimentado por la incertidumbre de no saber si alguna vez

volvería a ver la luz del día. El desconcierto se mezclaba con la angustia, mientras intentaba desesperadamente encontrar alguna pista que me indicara cuánto tiempo había pasado y si había alguna posibilidad de escapar de aquel tormento interminable.
El reloj en mi muñeca se había detenido, sus manecillas inmóviles en un momento suspendido en el tiempo. La sensación de estar atrapada en un ciclo interminable de oscuridad y horror se apoderaba de mi ser, haciendo eco en mis pensamientos y llenando cada rincón de mi conciencia. En medio de la desesperación, comprendí que el tiempo se había vuelto relativo en aquel lugar maldito. Ya no importaba cuántas horas hubieran pasado, sino cómo lograría encontrar una salida y escapar de la pesadilla en la que me encontraba atrapada. Con cada latido acelerado de mi corazón, me aferré a la esperanza de salir de esa pesadilla.
–¿Cómo es posible? – me preguntaba, asombrada y confundida. Había salido a correr temprano por la mañana, y la última vez que revisé la hora eran las 8:30 a.m., pero ahora estaba envuelta en la oscuridad de la noche. Un escalofrío recorrió mi espalda mientras el frío penetrante se hacía cada vez más evidente. Cada respiración se convirtió en una nube de vapor que se disipaba en el aire gélido. Traté de enfocar la vista en la distancia, pero mis ojos se resistían a discernir con claridad lo que se encontraba al fondo.
A lo lejos, se vislumbraba una estructura alargada, de no más de dos pisos de altura. No podía distinguir con certeza qué era, pero su presencia despertaba una sensación de inquietud en lo más profundo de mi ser. A pesar de mi creciente lucidez, la visión seguía borrosa y el persistente dolor de cabeza no mostraba señales de disminuir.
–Me duele muchísimo la cabeza. Por favor, ayúdame – supliqué a mi captor, aunque sabía que mis súplicas caerían en oídos sordos. Estaba desesperada, buscando cualquier atisbo de piedad, pero también era consciente de mi completa impotencia. Algo en mí luchaba por aferrarse a la esperanza de que todo aquello fuese solo un sueño, pero en lo más profundo de mi ser, sabía que cada vez estaba más despierta y que aquella pesadilla era una realidad ineludible.
La incertidumbre se apoderaba de mí mientras caminábamos por aquel sendero en medio de la noche. No reconocía esta zona de Esterri, lo cual aumentaba mi inquietud. ¿Cómo era posible que estuviéramos en un lugar desconocido y fuera de hora? La pregunta retumbaba en mi mente sin obtener respuesta. Mi cuerpo estaba inmovilizado, como si estuviese atrapada en un mundo ajeno a mi voluntad.
–¡Dios mío! ¿Cómo puede ser de noche? – exclamé, sintiendo que una mezcla de desesperación y asombro se apoderaba de mí. Un rastro de esperanza luchaba por aferrarse a la posibilidad de que todo aquello fuese una ilusión, pero la realidad tangible que me rodeaba era innegable. Estaba despierta y atrapada en una pesadilla de la que no sabía cómo escapar.
El viento hizo que me fijase más en los árboles que tenía alrededor, estaba casi segura por la luz de los faros que eran Pinos Negros, a Martin le encantaba la naturaleza y siempre que salíamos de excursión los fines de semana por la Sierra de Madrid, empezaba a decirme de qué clase de árbol o planta se trataba o cual era más común en esa zona. Cómo echaba de menos Madrid… Su alboroto, su tráfico, el sonido de las coches a cualquier hora del día… Sé que ya te lo conté antes, pero no te imaginas lo que lo echo de menos, aun sabiendo que no me hizo ningún bien, a fin de cuentas, mi estilo de vida, es lo que me había llevado allí.
Mientras mi mente divagaba en medio de la confusión, pude distinguir varias luces amarillas entre los árboles. ¿Qué demonios eran esas luces? Permanecían estáticas, sin moverse, apiladas en pares entre los troncos, y parecían seguirnos con cada uno de nuestros movimientos. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral al darme cuenta de que aquellos puntos luminosos eran... ¿ojos? ¿Nos estaban observando?

–¡Socorro!
– grité nuevamente, esperando

desesperadamente obtener alguna respuesta, pero el eco de mis propias palabras se disipó en la oscuridad sin obtener ninguna reacción.

Por un instante, consideré la posibilidad de que aquellas luces fuesen simples animales, tal vez lobos hambrientos. En ese momento, ya no sabía qué era peor: ser secuestrada por un misterioso individuo de estatura imponente o ser devorada por lobos salvajes. Mi estado de ánimo había llegado al punto en el que la indiferencia se apoderaba de mí.

En ese momento, el gigante enmascarado se detuvo abruptamente. ¡Funcionó! Parecía que iba a soltarme. Aunque no sabía cómo podría volver, ya que no podía caminar ni moverme, al menos parecía que el miedo había invadido a mi captor, y había reconsiderado su accionar. Finalmente, volvería a mi aburrida vida, o eso pensé.

–¿Aburrida? – murmuré para mí misma, confundida por mis propias palabras. ¿Por qué había dicho eso? En realidad, quería decir "fabulosa vida". El dolor de cabeza empeoraba y mis pensamientos se volvían cada vez más caóticos.

El gigante enmascarado permanecía inmóvil, plantado en medio del camino, sin mostrar intenciones de seguir adelante. Fue entonces cuando volví la cabeza y vi una pequeña iglesia frente a nosotros. Pero...

¿Cuál era esa iglesia? No se parecía a ninguna de las que yo conocía, no era una de las cuatro famosas iglesias del Valle que se aprovechaban de los veraneantes para sacarles dinero. ¿Dónde demonios estábamos? ¿Nos habíamos alejado tanto? Salir del Valle solía llevar más de una hora, y era imposible que nadie se hubiera percatado de la presencia de semejante monstruo. En la entrada y salida del Valle había una comandancia de la Guardia Civil, ¿cómo era posible que hubiéramos pasado sin que les llamara la atención? Pero... era de noche, sí, era de noche. Me estaba volviendo loca. El dolor de cabeza seguía aumentando, acechándome sin piedad.

La hilera de árboles rodeaba la pequeña iglesia desconocida, cerrando cualquier posible salida, como si el bosque mismo la hubiera engullido. La iglesia se asemejaba en cierta medida a las demás de Esterri, pero era un poco más grande, como un pequeño templo. Su entrada era amplia y llamativa, pero lo que más me inquietaba era la ausencia total de elementos religiosos. No había figuras ni símbolos evangélicos, ni siquiera una cruz. Algo no cuadraba con las iglesias que conocía hasta ahora. Sin embargo, a simple vista, podría haber pasado por una iglesia común y corriente. Al fondo, un pequeño campanario remataba en un pico puntiagudo. Desde mi posición, pude distinguir unas letras blancas en lo alto del campanario... ¿qué decían? Mi corazón se hundió al leer las palabras:

"Marabile Visu".

En el preciso instante en que mis ojos captaron el mensaje, empecé a escuchar voces a mi alrededor, susurrando el mismo enunciado una y otra vez, como si fuera un mantra sagrado. Las voces parecían surgir de la oscuridad del bosque circundante, susurros que se entrelazaban en un coro inquietante.

"Marabile Visu, Marabile Visu, Marabile Visu..." El coro de voces se intensificaba, envolviéndome en un aura de inquietud y misterio. Las puertas de la iglesia se abrieron lentamente, revelando una penumbra que se extendía desde su interior.

Mi secuestrador, con el saco en la cabeza, me sostenía firmemente en sus brazos, su mirada vacía fija en la mía. Pero ahora, su sonrisa macabra parecía ampliarse, generando escalofríos en mi espina dorsal. La oscuridad de sus cuencas oculares no lograba ocultar el placer retorcido que sentía al contemplarme en su poder.

De pronto, su mirada se desvió hacia adelante, y mis ojos lo siguieron. Allí, al fondo de la iglesia, se encontraba el hombre de la túnica negra, con su sombrero de copa alargado, manteniendo su rostro oculto. La mera presencia de ese enigmático ser era suficiente para desatar un torrente de temor en lo más profundo de mi ser. Pero aun así, no podía apartar la mirada de él.

Mientras tanto, las voces continuaban su recitación, cada vez más intensa y envolvente. El ambiente dentro de la iglesia se volvía opresivo, cargado de una energía desconocida y siniestra. El suspense alcanzaba su punto máximo, dejándome sumida en un estado de angustia y expectación, sin saber qué sería de mí en aquel lugar aterrador.

Mi voz se desgarró en un grito desesperado cuando sentí una mano aferrarse a la mía. ¡Era Sara! La emoción y el alivio se entremezclaron en mi interior mientras intentaba procesar lo que estaba sucediendo.

–Tranquila Be, no tengas miedo. Vas a ser libre –me tranquilizó Sara con voz suave, tratando de infundirme esperanza en medio de la oscuridad y el caos.

Agarré su mano con fuerza, aferrándome a ella como si fuera mi única conexión con la realidad. La confusión y el miedo se reflejaban en mis ojos mientras le suplicaba que me sacara de allí y le preguntaba desesperadamente dónde nos encontrábamos.

–Este es tu lugar. Cierra los ojos, no puedes moverte, estate tranquila. Pronto todo acabará y serás libre. Deja de culparte de lo que hiciste con Daniel. Solo abre los ojos para mirarle a él –respondió Sara, volviendo a sonreírme de manera perturbadora.

El escalofrío se apoderó de mí, envolviendo mi cuerpo en un abrazo gélido que parecía penetrar hasta lo más profundo de mi ser. Una sensación de temblor recorrió mi columna vertebral, como si una ráfaga de frío intenso hubiera encontrado su camino a lo largo de mi espalda, dejando un rastro helado en su paso. Con una mezcla de temor y desconfianza, cerré los ojos como me había indicado. La presencia de Sara se volvió inquietante, y mi mente se llenó de dudas y sospechas. ¿Realmente era mi hermana quien estaba junto a mí?

–¡Tú no eres Sara! –exclamé finalmente, dejando escapar mi angustia y desesperación. –¿Dónde está mi hermana?
Sara se acercó a mi rostro lentamente, levantando su mano con la intención de acariciar mi cabello. Sin embargo, en ese instante, su voz cambió, susurrando en mi oído palabras que no eran suyas, sumergiéndome aún más en el abismo de la incertidumbre.
–Sara no está aquí –murmuró la voz ajena, confirmando mis peores temores.
Desperté de mi desmayo y, al abrir los ojos, me encontré en medio de un altar majestuoso, dentro

de una imponente catedral que contrastaba con la iglesia que había visto anteriormente. Los techos se alzaban en grandes bóvedas de color gris, creando un ambiente sofocante. Al fondo, una enigmática estructura de madera se desvanecía en la oscuridad, sus detalles ocultos a mi vista. El frío que envolvía aquel lugar era más intenso y lúgubre que nunca, como si cada rincón estuviera sumido en un gélido abrazo. No había ni una sola vidriera que permitiera la entrada de la luz solar, dando la sensación de estar en un lugar subterráneo.
Finalmente, pude moverme, pero me di cuenta de que estaba atada de pies y manos. Miré a mi alrededor y noté que me encontraba en el propio altar, tumbada en una posición que recordaba a la figura de una cruz. A mi derecha, la nave central se extendía con sus cuatro filas de bancos de madera, ocupadas por alrededor de quince personas vestidas con túnicas negras y con sus cabezas cubiertas por sacos. A través de los agujeros en los ojos de los sacos, noté que todos dirigían su mirada hacia el suelo mientras murmuraban palabras incomprensibles en un tono apenas audible, creando un eco misterioso en el ambiente.
De repente, escuché un fuerte golpe detrás de mí. Ahí estaba él, el extraño hombre de la túnica negra, a escasos centímetros de distancia. Aunque lo tenía tan cerca, su rostro seguía siendo un enigma, como si hubiera sido borrado con tinta negra de forma deliberada.
El hombre de la túnica, con voz serena y solemne, comenzó a recitar un conjuro (estimado lector, se recomienda no leer esto en voz alta bajo ninguna circunstancia, ya que cualquier consecuencia resultante es de su entera responsabilidad).
Estoy ante ti descubriendo lo poderosa que son mis palabras.
Descubriendo lo poderosa que es mi mente que rinde culto para ti.
Estoy arrodillado para que puedas acudir ante mí.
Estoy esperando que me des las fuerzas que necesito para matar a las fuerzas hipnotizadoras y a todos sus siervos.
Necesito que tu ejército de la verdad se una a mí hoy.
Necesito que sean tus pasos los que me lleven ante el enemigo.
Necesito tu luz y tu permiso para pertenecer a las fuerzas que solo tu comandas.
Todos los que una vez se atrevieron a negarte temerán. Temerán por quienes en un tiempo fueron condenados.
Se arrastrarán por la corriente de nuestra pureza y verdad.
Aquí está tu nueva hija, tu nueva sierva,
Para hacerla tuya a través de mi cuerpo, haz que este ser sé convierta y se rinda ante ti.
Jaldabaoth.
–Marabile Visu Jaldabaoth, Marabile Visu Jaldabaoth, Marabile Visu Jaldabaoth seguían recitando desde los bancos.
El hombre de la túnica se colocó sobre mí, comenzó a bajar mis leggins deportivos mientras los demás seres continuaban aumentando el volumen de su mantra, cada vez más fuerte.
Desesperadamente intentaba moverme, pero me resultaba imposible. Grité con todas mis fuerzas, cerré los ojos y seguí gritando, anhelando que aquel tormento terminara lo más rápido posible.
De repente, escuché un grito que pronunciaba mi nombre.
–¡Bego! –exclamó la voz.
–¿Ma...Martin? –respondí confundida.
Al abrir los ojos al escuchar su voz, noté que ya no estaba atada. Me encontraba tumbada sobre el altar, pero la sala estaba completamente vacía, y... era de día. Me sentía exhausta, como si un camión hubiera pasado por encima de mí.
–Martin, ¿qué ha sucedido? –pregunté con agotamiento evidente.

–¡Be, dónde coño has estado!–

NO TE ACABO DE MENTIR, LO SIENTO

El silencio en el coche era abrumador, parecía adquirir una densidad palpable que llenaba el espacio entre nosotros. Era un silencio incómodo, cargado de tensión y emociones no expresadas. Ese silencio estaba lleno de reproches no dichos, las palabras se guardaban como armas que podrían causar más daño que bien. El peso de lo no dicho era insoportable, abrumador, cada intento de iniciar una conversación moría en el vacío, dejándonos sumidos en un mutismo incómodo. Cada segundo que pasaba sin palabras se sentía como una eternidad, como si estuviera lleno de un ruido ensordecedor de pensamientos y sentimientos no compartidos. Aunque no había sonidos externos, el silencio interno era atronador, recordándonos la brecha que existía entre nosotros en ese momento. Era como si los coches estuvieran atrapados en un atasco ruidoso dentro de mi cabeza, mientras tratábamos de encontrar una manera de romper esa barrera silenciosa y conectar de nuevo.

Miré por la ventana, observando los árboles que pasaban rápidamente. Sentía un nudo en el estómago y un peso en el pecho, sabiendo que las palabras que quería pronunciar no traerían consuelo ni solución.

¿Cómo podríamos romper ese ciclo de silencios incómodos y malentendidos?
El ruido del motor del coche se convirtió en la banda sonora de nuestra incomodidad. Cada segundo que pasaba sin palabras era una oportunidad perdida para entendernos y sanar las heridas del pasado. Pero ¿qué podía decir en ese momento que realmente hiciera la diferencia? El silencio entre Martin y yo se volvió un reflejo de nuestra falta de comunicación, de nuestras diferencias irreconciliables. Era como si nuestras palabras estuvieran condenadas a caer en oídos sordos, incapaces de romper la barrera que se había levantado entre nosotros.
–¿No los odias?– solté con un suspiro, esperando una respuesta que pudiera aliviar la tensión en el aire. Martin me miró con una mezcla de sorpresa y enojo, su expresión era como un libro abierto en el que podía leer su disgusto.
–¿El qué?– Respondió con tono áspero. Sabía que no debía haberme precipitado en plantear el tema, pero ya era demasiado tarde para retractarme.
–Estos silencios incómodos– continué, tratando de explicar mi frustración. –Cuando estamos pasando por algo así, parece que sentimos la necesidad de llenar el vacío con palabras sin sentido, como si eso pudiera hacer que nos sintiéramos mejor. Y lo peor es que casi ni nos damos cuenta de lo absurdo que es–
Martin se mantuvo en silencio por un momento, sus ojos reflejando una mezcla de emociones. Pude ver en ellos una mezcla de tristeza, decepción y quizás un atisbo de comprensión. No me atreví a interrumpirlo, sabiendo que necesitaba expresar sus sentimientos.
–No lo sé– Finalmente respondió en voz baja. –Es una buena pregunta. Pero ahora mismo, lo que menos deseo es hablar contigo. Sé lo que vas a decir, y no puedo soportarlo–
Mis palabras se quedaron atrapadas en mi garganta. Me sentí impotente, deseando poder deshacer el pasado y encontrar las palabras adecuadas para reparar nuestra relación. Pero sabía que las palabras por sí solas no eran suficientes. Había heridas profundas que requerían más que disculpas y promesas.
–Martin, te juro por lo que más quieras que…– Intenté decir, pero él me interrumpió con un

gesto desesperado.
–Por favor, Bego, no lo vuelvas a decir– Me suplicó. –En serio, no lo soportaría–
El silencio volvió a envolvernos, esta vez con un matiz diferente. Era un silencio cargado de pesar y desesperanza. Sentí lágrimas amenazando con salir de mis ojos mientras luchaba por encontrar una forma de reparar lo irreparable
–Martin, sabes que lo que más odio en este mundo es que no me creas– respondí con voz temblorosa, luchando por contener las lágrimas
Él me miró con ojos llenos de frustración y angustia, sus palabras salieron como un torrente de emociones contenidas.
–¿Cómo esperas que te crea otra vez? – exclamó, su voz quebrándose en el proceso. – ¿Sabes todo lo que estoy haciendo y sacrificando por estar aquí, perdidos de la mano de Dios, con tal de ayudarte? Lo que no puedo tolerar ni soportar es que después de un año sobria, desaparezcas durante casi un día entero y te encuentre delirando dentro de la Ermita de Sant Antoni, con las pupilas dilatadas, temblando y teniendo alucinaciones. No me lo merezco, Bego. Sabes que hago todo por ti, sabes que te quiero más que a nada en este mundo y siempre estaré a tu lado, pero necesito que me ayudes. No podemos seguir así, no podemos seguir así – sollozó, dejando escapar su dolor acumulado.
Me sentí completamente abrumada por sus palabras, la tristeza y el arrepentimiento llenaron mi ser. Mi voz apenas era un susurro cuando respondí, con sincera determinación.
–Martin, te entiendo y sé que no puedo esperar que me creas de inmediato. Cometí un error terrible y me duele verte sufrir. Pero quiero que sepas que estoy dispuesta a hacer todo lo necesario para recuperar tu confianza. Estoy aquí porque te necesito, porque te amo y porque no quiero perderte. Pero también necesito tu apoyo y comprensión en este camino hacia la recuperación. Prometo hacer todo lo posible para evitar recaer y demostrarte que puedo ser digna de tu confianza nuevamente, pero te prometo que no… Hoy no, no volví a recaer–
El silencio volvió a envolvernos, por un momento estaba muy segura de mi afirmación, pero algo dentro de mí, sabía que no era del todo firme aquella certeza.
Martin se encontraba tan abrumado por la situación que tuvo que detener el coche en el borde de la carretera para poder calmarse. Sus sollozos llenaban el aire mientras intentaba controlar sus emociones. Observé su sufrimiento con el corazón apretado, deseando poder consolarlo y encontrar una solución para nuestras dudas y angustias.
En un impulso, decidí bajarme del coche y caminar unos pasos hacia el borde del bosque que nos rodeaba. Algo me inquietaba, una sensación de *déjà vu* se apoderaba de mí. Miré a mi alrededor, examinando la familiaridad del entorno. Nos encontrábamos a solo un par de kilómetros de llegar a Esterri, en una carretera asfaltada de doble sentido rodeada por altos abetos que formaban un bosque frondoso.
Entonces, mi mente hizo una conexión alarmante. Esta carretera se parecía a la que la Sombra me había llevado o a la que había visto en mis sueños. ¿Había sido real o simplemente fruto de mi imaginación? La vivencia era tan vívida, tan tangible en mi memoria, pero ¿cómo podía ser cierto? ¿Qué hacía yo en la Ermita de Sant Antoni? Recordaba haber estado corriendo en esa dirección antes de que la Sombra me secuestrara, pero la iglesia a la que me llevó no era la Ermita... ¿Qué había ocurrido exactamente?
Salí del coche con la esperanza ilusoria de encontrar alguna señal en el bosque circundante, una sombra que se moviera entre los altos pinos negros, algo que confirmara mi inquietante sensación de estar siendo observada. Sin embargo, solo encontré la oscuridad imperturbable y la quietud del entorno. La carretera estaba desierta, no había nadie más a la vista. Aunque algo en

lo más profundo de mí seguía insistiendo en que no estábamos solos, opté por guardar ese pensamiento para mí misma. No quería preocupar a Martin ni que pensara que estaba perdiendo la cordura.
El tiempo se había desvanecido en el caos de los sucesos, y me encontré incapaz de recordar cuánto tiempo había pasado desde que desaparecí. Por un breve instante, creí que aún era por la mañana, como cuando salí a correr. Pero al comprobar la hora en mi reloj, vi que ya eran las 22:00. Un escalofrío recorrió mi espalda, sumando una capa más de desconcierto a toda la situación.
Me giré hacia el coche y vi a Martin hablando por teléfono, urgido y ansioso por continuar nuestro viaje. Me apresuré a entrar en el vehículo, sintiéndome como una niña pequeña que había hecho algo mal y estaba a punto de recibir un regaño. Martin intentaba una y otra vez encender el motor de nuestro viejo Seat Ibiza, pero parecía negarse a cooperar, negándonos la huida que tanto anhelábamos. La frustración y la incertidumbre se reflejaban en su rostro mientras luchaba con los controles, buscando una solución en medio de la desesperación creciente.
–¡Joder! Este maldito coche siempre igual –exclamó Martin con frustración.
–Te dije que lo llevaras al taller –respondí, intentando contener mi impaciencia.
–No empieces a darme un sermón ahora, Bego. En serio, no ahora –me interrumpió Martin, con un tono agotado y desafiante.
–Aún no me has dejado ni que me explique, ni siquiera me has dado la oportunidad de contarte lo que ha pasado
–dije con un atisbo de dolor en mi voz, tratando de mantener la calma a pesar de su actitud defensiva.
–Escucha, Begoña García –Martin habló con un tono más serio y directo–. Está bastante claro lo que ha pasado. Llevabas ya un tiempo con un comportamiento ejemplar en Galatea, y logré convencer a la Dra. Puyol de que en lugar de estar en un piso tutelado, yo viniera de excedencia para vivir contigo.
Pensé que sería mejor para tu recuperación. Después de un año, un maldito año encerrados en este valle, parecía que finalmente estabas logrando salir adelante. Y ahora, tengo que encontrarte gracias a la geolocalización de tu móvil
¿Mi móvil? Cómo pudo encontrarme por la localización de mi móvil si lo había per…
Metí la mano en el bolsillo de mi sudadera empapada por el sudor y ahí estaba, mi teléfono móvil. Vi que tenía 20 llamadas perdidas y 35 mensajes de Martin.
–Pensaba que lo había perdido –murmuré, sintiendo un alivio momentáneo al tenerlo en mis manos nuevamente.
–Acabo de hablar con Ana –dijo Martin con urgencia–. Vamos directo a la clínica.
–¿Desde cuándo llamamos Ana a la Dra. Puyol?
–cuestioné confundida, notando un cambio en el nombre utilizado.
–¡No intentes desviar la atención! Siempre haces lo mismo, estoy cansado de todo esto, de tus mentiras, de tus escapadas, de tus fantasías. Siempre es igual, y no voy a tolerarlo más, Be. Debemos encontrar una solución definitiva, tanto por ti como por mí –respondió Martin con frustración evidente en su voz.
–¡Estoy limpia, Martin! Te juro que no volveré a meterme nada, quiero regresar a Madrid y retomar nuestra vida. Estoy cansada de estar aquí –exclamé, tratando de transmitirle mi deseo sincero de cambiar.
–¿Y cómo crees que me siento yo? Aquí, sin nada más que hacer que esperar y preocuparme por tu progreso. No sé si en el trabajo me despedirán. Todavía recuerdo la expresión en el rostro de

mi jefe durante nuestra última videollamada cuando le dije que no tendría el texto a tiempo. Paso más tiempo pendiente de ti que de mis propias responsabilidades, y no soy tu padre como para estar preocupado todo el día por lo que estarás haciendo.
Volvió el silencio al coche, solo interrumpido por el sonido del motor que finalmente arrancó. Martin puso las manos en el volante y nos quedamos ambos en silencio, dejando que la calefacción comenzara a calentar el habitáculo. El ruido del traqueteo del viejo motor resonaba en medio de la noche, creando una atmósfera de intimidad en el interior del coche.
Sin embargo, antes de que Martin pudiera poner la primera marcha, detuve su mano colocando la mía encima, transmitiéndole sin palabras la necesidad de hacer una pausa. Nuestros ojos se encontraron en un instante que pareció eterno, como si el tiempo se hubiera detenido.
Entonces, impulsada por el amor y la nostalgia de tiempos pasados, me abalancé sobre él y nuestros labios se encontraron en un beso apasionado. Fue como en las películas, como aquellos besos que solíamos darnos antes de que esta pesadilla se apoderara de nuestras vidas. En ese momento de intimidad, me deshice de los leggins, liberándome simbólicamente de las cargas que nos habían separado.
Llena de deseo, mis manos se movieron rápidamente para despojarlo de sus pantalones, mientras le susurraba con voz entrecortada:
–Be, ¿qué estás haciendo?–
Levantando la mirada, encontré sus ojos llenos de pasión y deseo, y su respuesta fue tajante:
–Cállate, por favor–
El calor de la calefacción nos envolvía mientras nos fundíamos en un abrazo apasionado. Mi cuerpo se acomodó encima del suyo, moviéndonos al unísono, en una danza de placer y entrega. En medio de la oscuridad del exterior, donde no había ni un alma ni un coche a la vista, nos dejamos llevar por la intensidad del momento.
Nos volvimos a amar de verdad en ese preciso instante. Entregándonos al placer que solo nosotros éramos capaces de crear. El éxtasis se apoderó de nosotros y, durante aquel encuentro íntimo en el coche, nos convertimos en uno solo, recuperando la conexión perdida tras tanto tiempo de separación. Fue un reencuentro ardiente, lleno de amor y pasión, donde el mundo exterior desapareció por completo.
Durante ese año en el que estuve fuera de la clínica, supuestamente retomando una vida normal, Martin y yo debíamos trabajar juntos en mi recuperación en el mundo exterior. Había visitas regulares a la Dra. Puyol para evaluar mi progreso y, finalmente, permitirme regresar a mi antigua vida. Sin embargo, la realidad era que nos habíamos distanciado enormemente.
A lo largo de ese año, no habíamos compartido momentos íntimos. Si bien todavía existían gestos cariñosos entre nosotros, había una frialdad latente. Los besos apasionados que solíamos intercambiar se habían desvanecido. Yo llevaba sobre mis hombros el peso de la culpa por haber llevado nuestra relación hasta ese punto, y él, a pesar de no demostrarlo ni decirlo abiertamente, cargaba con cierto resentimiento. Después de diez años juntos, nos conocíamos mutuamente de manera profunda.
Era evidente que algo había cambiado entre nosotros, y la chispa que solíamos tener se había debilitado. Aquellos momentos de pasión y complicidad parecían haber quedado atrás, enterrados bajo las presiones y las dificultades que enfrentábamos. Ambos éramos conscientes de ello, pero ninguno de los dos sabía cómo abordar esa situación. El tiempo y las circunstancias habían dejado su huella en nuestra relación, y ahora, más que nunca, necesitábamos encontrar la manera de reconstruir lo que habíamos perdido.
Mientras nos vestíamos, sentí la esperanza de que finalmente volveríamos a ser la pareja que

solíamos ser, esa pareja que todos admiraban cuando salíamos a cenar los viernes por las calles de Madrid.
–Date prisa, nos están esperando en la clínica –respondió Martin en un tono algo distante.
–Por favor, vámonos a casa y déjame explicarte todo. Necesito contártelo, te lo ruego.
–Espero que esto no sea solo una excusa para evitar volver a la clínica.
Mis ojos se llenaron de lágrimas ante su respuesta. No podía culparlo por ser cauteloso después de todo lo que habíamos pasado. Me acerqué a él, buscando su mirada, pero él me rehuía. Permanecí en silencio mientras el coche comenzaba a circular. En ese momento, ya no estaba obsesionada con la Sombra ni con el hombre sin rostro de la túnica negra. Algo dentro de mí me decía que habían sido producto de mi imaginación, pero tampoco iba a darle la razón a Martin. Él pensaba que me había escapado para volver a caer en el cóctel de ansiolíticos que solía consumir la antigua Bego, pero yo sabía que había superado esa etapa. Como la única mujer en un bufete de abogados conocido por su agresividad en la ciudad, no luchaba por estar a la altura, yo era la mejor.
Mientras miraba por la ventana, las luces de la ciudad iluminaban mi rostro. Sentía la determinación crecer dentro de mí. Había trabajado duro para construir mi carrera y no dejaría que nada ni nadie me detuviera.
Después de una intensa semana de trabajo en el despacho de abogados, los viernes por la noche se habían convertido en nuestro momento de escape y celebración. Siempre que ganábamos un caso importante o simplemente necesitábamos desconectar, nos dirigíamos al Irish Pub de la esquina en Castellana. Era nuestro rincón especial, donde éramos recibidos con una cálida bienvenida por los camareros que ya nos conocían muy bien. Al entrar, sus ojos se iluminaban y sabíamos que nos aguardaba un McCallan Reserva, una joya guardada especialmente para nosotros.
No importaba quién viniera del despacho, siempre trataba de persuadir a algunos compañeros para que se unieran a la celebración. Al principio, eran los compañeros con los que trabajaba mano a mano, pero con el tiempo, las responsabilidades familiares los alejaron de mis salidas. Así que, me vi obligada a recurrir a los "pasantes" o a los recién licenciados, quienes siempre estaban dispuestos a disfrutar de un rato con una veterana del despacho. Para mí, no importaba quién me acompañara, lo importante era la excusa para perderme en la embriaguez, entrar al baño y consumir Zolpidem, DMT o el famoso Diacepam.
Mi ansiedad y nerviosismo en el trabajo eran insoportables. Si bien era reconocida como una de las mejores en el campo, siempre sentía la necesidad de superarme a mí misma. Vivía bajo el estigma y el sentimiento de inferioridad por ser mujer en un mundo dominado por hombres. La única forma de ganar respeto era pisar a cualquiera que se cruzara en mi camino, mostrarme fuerte y temible. Todo esto generaba una ansiedad inmensa en mí, las noches eran un tormento. No podía conciliar el sueño, experimentaba palpitaciones, hormigueo en las piernas.
Martin no estaba del todo convencido de recurrir a los fármacos para lidiar con mi ansiedad, me insistía en que era fundamental reducir mi carga de trabajo, tomar las cosas con calma y priorizar mi salud. Él siempre pensaba en mi bienestar y en hacerme feliz, pero a veces interpreté sus palabras como un ataque personal en lugar de reflexionar sobre lo que realmente sería mejor para mí, para nosotros.
A menudo me preguntaba si lo que Martin deseaba era una mujer que trabajara menos y se ocupara más de las tareas del hogar. Sin embargo, eso no reflejaba quién era él en realidad. Siempre buscaba mi crecimiento personal y profesional de manera exponencial, queriendo sacar lo mejor de mí cada año que pasaba. Él me apoyaba incondicionalmente y solo quería verme

triunfar, pero mi terquedad y mi deseo de demostrar algo a alguien siempre me jugaban malas pasadas. No podía evitar querer dar cada día más de mí misma, impulsada por una necesidad de superación constante.
Aunque habíamos luchado mucho por la inclusión de la mujer en el mundo laboral, todavía me sorprendía tener a un hombre a mi lado que me apoyaba de esa manera y solo quería lo mejor para mí. Pero era hora de dejar de lado mis inseguridades y escuchar a Martin, valorar su perspectiva y recordar que el cuidado de mi salud era primordial. Había una parte de mí que el desconocía por completo, una parte de mí que no quería mostrarle. Sentía que dentro de mí habitaba un monstruo que de vez en cuando se despertaba. Me esforzaba para no dejarle entrever a ese monstruo dormido, mi mayor miedo era perderle si se daba cuenta de la clase de persona que era yo realmente. Le quería más que nada en este mundo.
–No te acabo de mentir, lo siento
–¿Y por qué lo sientes entonces? No tiene sentido lo que dices, ¿No querrás decir ‘’Te soy sincera’’ o ‘’No te estoy mintiendo’’?
–No, quiero decir justamente eso, son dos cosas diferentes. Por un lado, no te acabo de mentir. Para que sepas y tengas la certeza que estoy siendo sincera. Y, por otro lado, lo siento, porque siento mucho todo lo que te estoy haciendo pasar.
–Creo, sinceramente, que no eres dueña de tus actos, no te estoy juzgando ni atacando, solamente creo que estás enferma y necesitas ayuda. Aunque ya lleves mucho tiempo con esto, entiendo que estés cansada, pero cosas como la de hoy, demuestra que no estás recuperada y ni de coña podemos volver a nuestra vida normal. Acabaría contigo.
Estaba abatida. No tenía fuerzas para contestarle, porque sabía que tenía razón. Llevaba los últimos 5 años consumiendo ya de forma prácticamente diaria. No se reducía a los viernes. Eso fue al principio. Ya me dijo la Dra. Puyol que era muy importante el proceso de recuperación fuera de la clínica, tenía que estar vigilada, porque después de tantos años consumiendo grandes cantidades de hipnóticos, podría haber efectos secundarios. Imagino que se refería a algo como lo que acababa de vivir. Lo que no entiendo es que me hubiese llamado tantas veces Martin que ni me hubiese dado cuenta de…¡El audio de Sara! Aún no lo había escuchado.
–Ya hemos llegado.– Me dijo Martin mirándome a los ojos una vez había aparcado fuera de la clínica.
La Clínica Galatea se alzaba majestuosamente en lo alto del Valle, envuelta en un aura a su alrededor de misterio y secretos ocultos. Su imponente fachada de piedra blanca, rodeada de un entorno natural sereno, parecía guardar mil historias sin revelar. El aparcamiento al aire libre, ubicado estratégicamente junto a la entrada principal, parecía observar discretamente a quienes llegaban, como si tuviera sus propios ojos vigilantes.
Cuando traspasabas las puertas de la clínica, una sensación inquietante te invadía. Los pasillos, iluminados por tenues luces, parecían susurrar susurros desconocidos mientras caminaba por ellos. Imponentes cuadros con connotaciones religiosas adornaban las paredes, despertando preguntas sin respuesta y alimentando la intriga. El personal, con su mirada penetrante y gestos enigmáticos, se movía con una precisión casi hipnótica, como sí supieran más de lo que revelaban.
La Clínica Galatea, reconocida por su especialización en el tratamiento de hipnóticos y problemas del sueño, albergaba áreas especializadas que emanaban un aura de misticismo. Las salas de terapia, donde los pacientes compartían sus experiencias, parecían estar imbuidas de energías desconocidas, mientras las sombras bailaban en los rincones más oscuros.
A medida que exploraba las instalaciones, me intrigaba la falta de interacción entre los pacientes.

Parecía haber una especie de secreto compartido que mantenía a cada uno inmerso en su propio mundo de sanación y transformación.
La financiación de la estancia en la clínica era otro enigma por resolver. Martin y yo no teníamos problemas de pagos gracias a la suculenta herencia por parte de mi padre, pero me preguntaba cómo otros pacientes podían permitirse estar allí. ¿Qué misteriosas fuentes de riqueza les habían permitido acceder a aquel refugio de sanación?
Tras superar las fases de recuperación, los pacientes se trasladaban a los enigmáticos pisos tutelados. Allí, bajo la guía de tutores, compartíamos un espacio habitado por ex residentes de la clínica.
Galatea seguía siendo un enigma envuelto en un halo de misterio. Representaba una puerta hacia lo desconocido, un camino hacia la recuperación y el renacimiento. En aquel lugar, lo tangible se entrelazaba con lo oculto, dejando entrever que había mucho más por descubrir en las sombras que se escondían tras sus puertas.
Con la decisión de Martin de tomarse una excedencia en su trabajo, logramos alquilar una acogedora casa en las afueras de Esterri, convirtiendo así a Martin en tutor las 24 horas del día. La Dra. Puyol no puso demasiadas objeciones, ya que todo este proceso era voluntario y podíamos abandonar la clínica en cualquier momento si firmábamos la baja voluntaria del programa. Esta clínica, situada en un enclave apartado de la civilización, tenía un propósito claro: aislarnos de todo lo conocido, desde nuestras antiguas amistades hasta cualquier posible tentación que pudiera entorpecer nuestro proceso de recuperación.
La ubicación estratégica de la clínica, alejada de las comodidades y distracciones de la vida cotidiana, tenía sus razones. Pretendía disuadirnos de abandonar el programa, ya que una vez que salíamos de sus instalaciones, no teníamos un destino seguro al cual acudir. Nuestros familiares no estaban dispuestos a respaldar nuestra decisión de abandonar el programa de desintoxicación, y nos encontrábamos sin un lugar al cual llamar hogar. Era una situación desoladora, pero al mismo tiempo era una medida preventiva y cautelosa para asegurar nuestro compromiso con el proceso de recuperación.
Así pues, la casa que alquilamos en las afueras de Esterri se convirtió en nuestro refugio, un espacio donde podíamos ejercer nuestro rol y mantenernos firmes en nuestro objetivo de superar los obstáculos que la vida nos había presentado. En este lugar apartado de la civilización, nos sumergíamos en nuestra tarea, sabiendo que la serenidad y el aislamiento eran elementos clave para nuestro éxito.
Las primeras semanas tras mi salida de la clínica resultaron todo menos sencillas. Martin, consciente de su papel como tutor, buscó desesperadamente ayuda y consejos de la Doctora para poder desempeñar su papel de manera efectiva. Después de meses de sentirme constantemente observada, la sensación de libertad que experimenté al abandonar aquel entorno controlado fue abrumadora. Sin embargo, a pesar de la aparente libertad, una voz interna seguía susurrando en mi interior, recordándome que necesitaba tomar algo para calmar mis nervios o, de lo contrario me enfrentaría a una inminente crisis de ansiedad. A pesar de los avances que había logrado en la clínica, la sombra de la dependencia aún persistía en mi mente. Aquella voz, arraigada en la memoria de mis luchas pasadas, insistía en que debía buscar algún tipo de tranquilizante para calmar mis temores y evitar un posible colapso nervioso. Era un recordatorio constante de la fragilidad de mi equilibrio emocional y de la lucha diaria que enfrentaba para mantenerme en el camino de la recuperación.
Martin, consciente de mis luchas internas, se esforzaba por brindarme apoyo constante. Sin embargo, comprendía que su papel como tutor requería más que simples palabras reconfortantes.

Me animaba a expresar mis emociones, a buscar alternativas saludables para enfrentar el estrés y a recordarme constantemente los logros que había alcanzado hasta el momento. Aunque el camino hacia la estabilidad emocional era arduo, sabía que contaba con Martin y el apoyo de la Doctora para enfrentar los desafíos que se avecinaban.

Las primeras noches en nuestra nueva casa fueron agobiantes, sin poder conciliar el sueño. Martin se mantuvo vigilante a mi lado, preocupado por mi bienestar. Encontrar restos de medicamentos era una tarea imposible, pues la casa estaba completamente desprovista de cualquier tipo de sustancia farmacológica. Recuerdo una noche en particular en la que Martin, aquejado de fiebre, se negó a tomar siquiera un simple Paracetamol. Su determinación era evidente.

La casa que habíamos alquilado se encontraba justo a la entrada de Esterri, una construcción de dos plantas que se fundía con las demás viviendas adyacentes. En una hilera contigua al río que dividía el valle, estas casas se alineaban como soldados en formación. Un pequeño camino, iluminado por farolas, serpenteaba junto al río, marcando el límite entre las edificaciones y las aguas que fluían serenas. Entre las casas apenas había una pequeña valla que ofrecía una ilusión de privacidad, pero no había ninguna verja que limitara el acceso a la propiedad. Nuestra parcela verde se extendía abierta y despejada, conduciendo directamente a la entrada de la casa.

Era un lugar donde parecía que nunca sucedía nada fuera de lo común. Rara vez alguien nuevo se mudaba a este tranquilo rincón, y la idea de que alguien se aventurara a robar o cometer actos delictivos allí resultaba absurda. Además, entrar o salir del valle no era precisamente una tarea sencilla. Pese a que a simple vista parecía un lugar idílico, yo sabía en lo más profundo de mi ser que esa tranquilidad y soledad podrían llegar a ser abrumadoras. Era un desafío enfrentar la calma que reinaba en aquel valle, pues intuía que la paz aparente podría ejercer una influencia desgarradora en mi frágil estado emocional.

Las primeras semanas fueron un desafío. Pero a pesar de ello, sentía una profunda felicidad al estar junto a Martin y Robi. Ellos eran mi apoyo incondicional, y su presencia llenaba de alegría cada rincón de nuestra nueva morada. Para Robi, nuestro fiel compañero canino, aquel lugar era como un paraíso terrenal. Tenía un espíritu aventurero y juguetón, se movía por los alrededores de la casa con una energía contagiosa. Era todo un maestro en el arte de explorar su entorno de manera "Robinsoniana", como si fuese el protagonista de su propia aventura en la isla desierta. Corría de un lado a otro, siguiendo su instinto curioso y persiguiendo cualquier rastro olfativo que capturara su atención. Saltaba y brincaba con destreza, sorteando obstáculos imaginarios en su camino. Aprovechaba cada rincón del terreno, desde el jardín con sus flores y arbustos hasta los senderos cercanos que se adentraban en el bosque circundante.

Con su habilidad natural para el juego, encontraba diversión en los elementos más simples. Se entretenía persiguiendo mariposas que revoloteaban a su alrededor, saltando entre charcos de agua después de una lluvia, o desenterrando palos enterrados en la tierra. Su cola se agitaba con entusiasmo mientras se adentraba en su propio mundo de diversión.

A veces, se convertía en un explorador intrépido, desapareciendo por un momento detrás de algún arbusto o árbol, solo para reaparecer triunfante como si hubiese descubierto un tesoro escondido. Sus ojos brillaban de emoción y su lengua asomaba por su sonriente hocico, revelando la felicidad pura que experimentaba en su juego.

Observar a Robi disfrutar de su libertad y de los pequeños placeres que el entorno le ofrecía era una fuente constante de alegría para nosotros. Era como si estuviésemos presenciando su propio paraíso de juego y exploración, una muestra viva de la felicidad que se puede encontrar en las cosas más simples de la vida.

Sin embargo, la simplicidad de la felicidad se podía resumir en lo que era ahora nuestro nuevo hogar. Al entrar, te recibía una sensación cálida y acogedora. La decoración era sencilla pero elegante, con muebles de madera oscura que añadían un toque de rusticidad al ambiente. Las paredes estaban pintadas en tonos suaves, creando una atmósfera tranquila y relajante.
El salón era amplio y luminoso, con grandes ventanales que permitían la entrada de luz natural. Un cómodo sofá de color crema ocupaba el centro de la habitación, invitando a sentarse y relajarse. Junto a él, una estantería de madera albergaba libros, muchos libros, cada uno de los cuales Martin había traducido años atrás, cuando se le consideraba el mejor en su profesión. Al adentrarnos en la cocina, nos encontrábamos con un espacio más bien sombrío. La falta de luz natural daba lugar a una atmósfera oscura, pesada, tediosa. Aunque era el corazón de la casa, no solíamos pasar mucho tiempo allí. Nos limitábamos a tomar su café matutino mientras observaban el paisaje a través de la ventana, pero no más de cinco minutos, ya que nos abrumaba la sensación de pesadez en la cabeza.
Al fondo de la entrada, se alzaba la escalera, una estructura típica de las casas antiguas, hecha de madera de pino oscurecida. Los amplios peldaños invitaban a subir, pero requerían una buena zancada entre uno y otro. Si alguna noche nos quedábamos dormidos en el sofá y nos levantábamos apresurados, debíamos tener cuidado al ascender para evitar un traspié. Cada escalón era un pequeño desafío, pero al llegar al final de la aventura, se desplegaba un largo pasillo con un suelo enmoquetado de color rojo sangre.
Este dichoso pasillo y la cocina, eran las dos partes de la casa que menos me gustaban. No encajaban con el ambiente calmado y relajado del resto de estancias. Recordaban a la famosa escena de "El resplandor", donde las gemelas aparecían al fondo del pasillo. Sin embargo, en este caso, se encontraban dos habitaciones a cada lado, junto con dos cuartos de baño. Una habitación de invitados lucía un espantoso estampado floral, mientras que el dormitorio principal presentaba una pintura verde oscuro capaz de generar las peores pesadillas. A pesar de estas particularidades, la casa tenía su encanto.
En general guardo un recuerdo muy entrañable de aquel tiempo, aunque hubo momentos excepcionales. Una noche en particular quedó grabada en mi memoria, una noche en la que Martin estuvo a punto de enviarme de regreso a la clínica de manera inmediata. Era una noche como cualquier otra en la que me encontraba incapaz de conciliar el sueño, así que bajé al salón en busca de distracción. Solía sumergirme en la lectura, escuchar música o simplemente ver alguna serie en Netflix. Esa noche en particular, decidí ver un clásico, "Misterioso asesinato en Manhattan" de Woody Allen. Disfrutaba mucho de ver esa película junto a Martin los fines de semana cuando vivíamos en Madrid. En una escena en concreto, Woody Allen está en el coche con Diane Keaton y ella comienza a hablarle sobre lo aventurero y audaz que solía ser él. Mientras tanto, Woody interrumpe constantemente su conversación con objeciones divertidas. En esa escena, Martin solía hacerme gestos cariñosos, y esa noche no fue la excepción. Estaba tumbada en el sofá de espaldas a la mesa del comedor cuando sentí una caricia en la cabeza. Giré la cabeza, tratando de seguir la mano con mi mirada en busca de complicidad, pero no había nadie más en el salón. El pánico me invadió y comencé a gritar desesperadamente. Corrí hacia una esquina del salón, derribando una lámpara que se encontraba allí, y se hizo añicos en mil pedazos. Robi, nuestro fiel compañero canino, bajó corriendo las escaleras ladrando histéricamente. Al entrar en el salón, se lastimó una pata con uno de los cristales rotos.
Martin descendió las escaleras rápidamente, lleno de alarma, mientras yo intentaba explicarle lo que acababa de suceder. Sin embargo, su atención se centró únicamente en Robi, mientras yo balbuceaba y temblaba sin cesar. Una vez en la clínica veterinaria de urgencias, Martin adoptó un

tono serio y me informó de que la Dra. Puyol le había advertido sobre los posibles efectos secundarios, incluyendo alucinaciones, que podían ocurrir después de haber estado un largo tiempo "limpia" o, en el peor de los casos, si había vuelto a consumir drogas. En ese preciso momento, no sabía en qué categoría me encontraba. Juré fervientemente que se trataba de un efecto secundario y me aferré a la teoría de que no tenía acceso a nada, ni siquiera dinero para buscar un "camello". Sin embargo, pude percibir en Martin cierta falta de convicción. Por eso, cada vez que vivía una experiencia que parecía sacada de una historia de fantasmas, como en este caso, prefería guardar silencio. Siempre vivía bajo la sombra de la duda, y muy pocos confiaban en mis palabras debido a todas las mentiras que había contado en el pasado.
Al bajar del coche, recordé que Sara me había mandado unos mensajes de audio por WhatsApp.
–Be ¿Cómo estás? te quería llamar pero… no sé, en fin, que tuve un sueño raro en el que salías tú y quería saber si iba todo bien. Te Quiero–
Sinceramente, tenía la esperanza que aquel audio de Sara tuviese otro mensaje, no me preguntes cual, pero pensaba que iba a decirme algo más, otra cosa. Lo único que me inquietaba era lo del sueño que decía que había aparecido yo…¿Era demasiada casualidad que haya soñado con ella, sentada en mi habitación de adolescente mientras miraba aquel cuadro….? Dios, como me sonaba… ¿Cómo se llamaba?.
–Bego, por favor, te quieres dar prisa, nos están esperando, es casi media noche.
–¿Qué haces con el teléfono?– Preguntó Martin serio.
–Na… nada– Le respondí intentando evitar por alguna extraña razón decirle la verdad.
La entrada principal se encontraba flanqueada por dos imponentes bloques de edificios, erguidos a ambos lados. Estas estructuras albergaban las habitaciones de los internos, los cuartos del personal y diversas salas destinadas al entretenimiento y esparcimiento. Además del comedor típico de colegio, contábamos con una acogedora sala de televisión, donde un celador tenía el privilegio de controlar el mando a distancia y decidir qué programa o película disfrutaríamos en cada momento.
A menudo, nos deleitábamos con clásicos cinematográficos en blanco y negro, lo cual, al principio de mi ingreso, me inspiraba a desplegar mi característico humor negro. Bromas recurrentes sobre la posible proyección de "Psicosis" de Alfred Hitchcock, con su tensión y suspense, resonaban en mis labios. Sin embargo, para evitar cualquier posible obsesión o perturbación en los internos, las películas seleccionadas carecían de mensajes profundos. Se prefería evitar que cualquiera de nosotros se sumergiera en reflexiones incómodas o se dejara arrastrar por pensamientos inquietantes.
Había un pequeño gimnasio, pero solamente estaba equipado con unas gomas elásticas , alguna máquina de correr, y aparatos de rehabilitación. Quitando algún interno y yo que nos pasábamos los días en la cinta de correr cuando me encontraba bien , la mayoría de veces solamente pisábamos el Gimnasio cuando tocaban los entrenamientos y estiramientos grupales con un monitor.
No tuve ninguna relación especial con ningún otro interno, solamente nos juntábamos en esos 3 lugares y sinceramente, al principio me creía un poco superior al resto, como que ese no era mi lugar, como si solo hubiese cometido un error y estuviese ahí de casualidad, pero cuando empecé a aceptar mi problema, tampoco quise relacionarme mucho, quería salir de ahí lo antes posible, el ambiente era pesado, cargante y asfixiaba por momentos.
–Buenas noches Sr. Milner, Begoña… una vocecita en mi interior me dijo que volverías pronto.–
Típico saludo con tono soberbio de la Dra. Puyol
–Buenas noches Ana, cuidado con las voces que llegues a escuchar, aquí por menos encierran a

uno…–
Su tono era vacilante, siempre que podía, intentaba que mis respuestas fueran duras con ella, ya que cuando estaba ingresada, no estaba siempre lo suficientemente lúcida como para contestarle. Le tuteaba siempre. A mí me lo permitía. No estaba en mi mejor momento, obviamente, pero parecía gustarle el enfrentamiento intelectual, y conmigo sabía que tenía tiempo para jugar y todo por ganar. Nunca había estudiado cómo funcionan esta clase de centros, pero a mi parecer, y como ‘’clienta’’, por lo visto ya habitual de esta clase de lugares, el aislamiento no lo contemplaba como algo positivo para la recuperación y reinserción en una sociedad. Nos trataban de forma individualizada, casi como si fuésemos especímenes, no digo que sufriésemos ningún tipo de abuso ni nada parecido, no, solamente no nos trataban, no nos humanizaban.
La función de este asentamiento era la de entrar, y en menos de 2 años estar rehabilitado fuese cual fuese la sustancia o exceso al que estabas enganchado, a no ser que tu adicción hubiese generado en un problema psicológico, si eso ocurría, ya te podías dar por jodido. Ana, aparte de ser la Directora de este campo de concentración Nazi, era la psicóloga encargada de dar el alta a los internos con problemas mentales, lo dicho, podías darte por jodido.
Nos separaban por módulo de hombres y mujeres, cosa que me parecía correcta y necesaria, pero jamás entendí el mantenernos casi enclaustrados. Había días, en los que yo pensaba que estaba un poco más ‘’despierta’’ en los que pensaba que estaban haciendo experimentos con nosotros. Nunca, jamás vi a los mismos pacientes cuando coincidíamos en la sala de televisión o en las salidas con un monitor a hacer rutas de senderismo, cierto es que disponía de capacidad para unos 300 ingresados y que lo más seguro es que fuésemos más, era un centro privado, pero era una de las cosas que más me extrañaba.
Nunca quise profundizar más. Lo único que quería era portarme bien, cumplir con lo que me decían y salir de ahí…Sí, y recuperarme… sobre todo recuperarme, no quería ser una carga para Martin, y lo que más ansiaba era recuperar mi matrimonio y mi vida pasada.
–Ya sabes lo que tienes que hacer.– Me dieron el clásico bote de plástico para hacerme un análisis de orina para detectar qué había consumido.
Mientras estaba en el baño, Ana hablaba en el mostrador con Martin, lo más seguro de las condiciones de mi reingreso en aquel centro. En mis adentros no quería volver a pisar ese lugar melancólico nunca más, pero lo que acababa de vivir, era lo suficientemente fuerte como para darme cuenta yo misma sin necesidad de nadie más, que necesitaba ayuda, pero… yo no recuerdo haber consumido nada, allí no podía comprar en ninguna Farmacia, Sara no me daba recetas… ¿Qué había pasado? Realmente, hasta ese momento, no me había parado a pensar lo que acababa de vivir en el último día.
En lo que menos pensaba era en la pesadilla de la Sombra y el Hombre sin rostro, solamente pensaba en ¿cómo había podido pasar un día entero en la Ermita sin recordar absolutamente nada?, lo último que recuerdo es ver los faros de un coche, soñar con esa horrible pesadilla y despertarme Martin.
–Es para hoy Begoña–
Tenía una enfermera dentro del aseo observando cada uno de mis movimientos como cuál carcelero observa a su detenido.
–Ya… ya voy–
Le entregué de inmediato el bote casi lleno de orina. Salimos juntas la enferma y yo del cuarto de baño y seguían hablando Ana y Martin. Giraron ambos hacia mí y ella empezó a hablar en tono solemne.
–Vamos a proceder a analizar tu muestra de orina para ver si tienes restos de algún tipo de

hipnosedantes , que era lo que solías tomar, pero también veremos si hay restos de cualquier otro tipo de sustancia. Si deseas contarnos algo, este es el momento. Debes recordar, que sea cual sea el resultado del análisis, la entrada a Galatea es totalmente voluntaria, nosotros no vamos a obligarte, pero en el caso de que salga positivo, y quieras volver a entrar, sabes que tendrás que empezar todo el procedimiento de nuevo.–
Le encantaba alargarse en sus explicaciones y regocijarse en su razón.
–Yo…. no.– Me quedé por un momento sin saber qué decir, porque tampoco estaba muy segura de qué responder al no tener la certeza de nada de lo que había pasado las últimas 24 horas.
–Sí o no Begoña, solo necesito que me afirmes o niegas con la cabeza y firmes el consentimiento de hacer las pruebas.–
–Sí… Sí.– Esta última afirmación pude hacerla aún más contundente. No quería que me viese abatida, y mucho menos darle fuerza a ella, debido a que se agrandaba ante la debilidad de otra persona presente.
–Los resultados pueden tardar unas horas, viendo la hora que es, os aconsejo que vayáis a casa y mañana os llamo con los resultados, una vez esté todo esclarecido veremos entre los 3 cuál es la mejor manera de proceder, ¿entendido?.–
Martin movió la cabeza en gesto afirmativo entendiendo que eso última era para él a modo de que me quedaba bajo su guardia. Subimos al coche y no hablamos en todo el trayecto, lo único que quería era meterme en la cama, acariciar a Robi sabiendo que posiblemente sería mi última noche en mucho tiempo y con las serias dudas de que Martin fuese a aguantar más tiempo recluido en ese Valle por mí. Tal vez sería la última noche que íbamos a dormir en la misma cama, con nuestra pequeña familia de 3, quería disfrutar ese momento, no quería discutir ni sacar el tema, sabía que tenía un problema y la única manera de terminar con ello era afrontándolo.

LA CASA: ACTO I

Muy bien —le contestó el Señor—. Todas sus posesiones están en tus manos, con la condición de que a él no le pongas la mano encima. Dicho esto, Satanás se retiró de la presencia del Señor.

Job1:12

Los viajes de regreso nunca son sencillos. Sabía que no podía quedarme más tiempo allí. Necesitaba retomar mi rutina, mi vida cotidiana, escapar de aquel lugar. Aunque llevaba meses intentando apoyar a Be en su proceso de rehabilitación, ahora veía qué tendría que pasar más tiempo acompañándola en su regreso a Galatea. Me preparaba para volver a nuestra casa, donde solo tenía en mente llevar a Be a la clínica al día siguiente, pues casi podía anticipar los resultados de los análisis. Acto seguido, planeaba hablar con el casero a primera hora de la mañana para llegar a un acuerdo y entregar las llaves, abandonando la casa lo más pronto posible. Empacaría mis cosas, o más bien, nuestras cosas, junto con Robi, y volvería a Madrid. De lo contrario, acabaría volviéndome completamente loco en medio de la inmensidad de aquel valle, preguntándome día tras día si realmente todo esto tendría algún resultado, si Be lograría recuperarse, o si en realidad deseaba rehabilitarse. No lo sé. Cuando alguien está tan atrapado en ese estilo de vida, es sumamente difícil que cambie, porque parece que solo desea vivir de esa manera.

Para mí era muy duro darme cuenta de que este paso tan difícil era el que tenía que dar. El

Martin anterior, habría esperado minuto a minuto, día a día, la salida de Be de la clínica, pero algo dentro de mí me decía que tenía que ser yo quien empezase a dar pasos hacia delante, quizás así era la única manera de salir en primer lugar yo de esa situación y por consiguiente empujar a Be a avanzar. ¿Puede que mi psique realmente lo que quiera es dejar a Be y empezar una vida solo en Madrid? ¿Volver a mis antiguas amistades, esas que había dejado de lado por el estilo de vida en el que me había visto envuelto por las malas decisiones que tomó los últimos años? Aún estaba a tiempo de empezar, obviamente no era un veinteañero, pero aún se me podía considerar ’‘joven`` y tenía mucho por hacer.

–¡NO! No pienses eso Martin– Me decía a mí mismo.

Realmente era la salida más fácil, con lo que conllevaría dejar sola de la mano de dios a Be en aquel lugar, pero no podía hacer eso, aunque fuese egoístamente lo mejor, estoy seguro de que aún teníamos un futuro juntos, los dos, tal y como todo era antes.

Trabajaba como traductor en una empresa que se dedicaba a traducir libros escritos en otros idiomas, traducía de todo. Una mañana podía estar traduciendo una novela de una escritora escocesa, como por la tarde podía empezar a traducir un ensayo clínico de un reputado Médico Estadounidense. Siempre intentaba mantener la esencia del escritor en sí, eso era lo más difícil. En alguna ocasión, un compañero hizo una traducción más ’‘libre’’ en lo que a la interpretación se refiere y poco a poco vio como le empezaron a mandar menos novelas… de ahí a no mandarle ninguna, solo textos. Nosotros cobrábamos por traducción finalizada en plazos que nos marcaban, si nos salíamos de los tiempos o los márgenes de traducción que nos daban, te podían despedir, o lo que es peor, tenerte en plantilla, pero mandarte las ’‘migajas’’. Lo mejor que se suponía que tenía mi trabajo es que podía hacerlo en cualquier sitio, mientras cumpliese mis plazos, y tuviese buena conexión a Internet. Facilitó mucho al principio el tiempo que estuvimos en el Valle tener este trabajo, pero con el paso de los meses, al estar más pendiente día a día en la recuperación de B, empecé a dedicarle menos tiempo de calidad a las traducción, en un par de ocasiones me avisó mi superior, incluso me insinuó cogerme una excedencia temporal, pero sabía lo que eso significaba y suponía. En nuestra empresa no dan excedencias así como así. La puedes coger, pero al reincorporarte ya se las apañaran para despedirte por falta de ‘’rendimiento’’ o descenso del volumen de trabajo, era un clásico. Yo añoraba estar en Madrid. Me gustaba ir cada día a la oficina, aunque no fuese necesario, ver a los compañeros, el café de media mañana, comer algo cerca de la oficina y por la tarde a casa. Be solía llegar casi siempre tarde a casa, algunas veces en mejor estado que en otras. Por eso mismo muchas veces seguía trabajando por la tarde desde casa y en algunas ocasiones, más bien escasas, quedaba con algún amigo para tomarme una cerveza y ver un partido de la Champions League. Pero en alguna ocasión, no siempre, realmente yo mismo no estaba bien por dentro. Nunca me gustó que Be trabajase tanto y mucho menos me gustaba la manera en la que se había habituado para quitarse el estrés. Si hubiese sabido antes a lo que iba a desembocar… A lo mejor no hubiésemos llegado a este punto, o a lo mejor sí, no lo sé, pero sé que a lo mejor nuestra vida ahora mismo sería diferente.

Conducía por la carretera de Esterri que llevaba hasta nuestra casa. Be estaba sentada en el asiento de al lado totalmente callada. No sé si estaba avergonzada por todo lo que había ocurrido, o si prefería no oírme enfadado. Yo casi nunca me enfadaba pero cuando lo hacía…

–¿No vas a decir nada?–

Be me miró fijamente mientras conducía, sus ojos estaban hinchados de llorar, siempre que lloraba se le inflamaban los ojos como si fuese un dibujo animado. Era horrible porque en seguida me generaba mucha ternura.

–No me mires así. Estoy muy, pero que muy cabreado Be. No puedo más con esta situación. Si sigo adelante es porque en cierto modo siento que todo esto es parte de culpa mía por no haber actuado antes–
–¿Cómo que culpa tuya?
–Sí, tenía que haber cortado de raíz esta situación hace tiempo. Haber cortado por lo sano. Quizás, así no estaríamos en esta situación.
–Claro, lo mejor hubiese sido dejarme hace tiempo ¿verdad?. Sabes como soy, sabes quién soy, me conociste y sabías que me desvivía por mi trabajo, al igual que tú.
–¡Si yo me centraba tanto en el trabajo es porque tú estabas todo el día fuera de casa emborrachándote con tus compañeros y vete a saber qué más…!– Grité
–Tenías que decirlo, siempre has estado celoso de cualquier compañero de trabajo, ¿sabes qué Martin? De cara al resto de la gente te muestras de una manera, como una persona muy buena, que me cuida mucho, pero me tienes un rencor que no puedes con él. Yo no elegí esto, reconozco que tengo un problema pero me estoy esforzando mucho por salir de esta situación.
–¿Esforzando mucho? ¿Acaso no recuerdas lo que acaba de pasar? Has estado casi todo el día desaparecida y cuando te encontré estabas con las pupilas dilatadas y diciendo sin parar que había un hombre vestido de negro. En cuanto nos den mañana los resultados veremos qué hacemos Be, pero si vuelve a salir lo que tú y yo sabemos que saldrá, voy a hablar con el dueño de la casa para decirle que nos vamos, y si tienes que ingresar en la clínica, cojo las cosas a Robi y me voy de vuelta a Madrid, lo tengo decidido.
–¿Quieres… Quieres acabar con esto? ¿Estás diciendo eso Martin?
–No, no estoy diciendo eso. Pero yo no puedo seguir aquí, este no es mi lugar ahora mismo y me doy cuenta que nunca lo fue, yo no puedo ayudarte, vas a tener que pasar por esto tu misma y cuando realmente puedas salir, ahí estaré, eso te lo prometo, por todo lo que hemos vivido juntos , por nuestro pasado y por nuestro futuro, pero si sigo aquí, acabaré perdiendo la cabeza, te culparé de absolutamente todo en un futuro y seguro que acabaríamos mal. Y no quiero eso, sé que podemos tener un futuro, pero si sigue así la cosa… Lo siento Be, pero vas a tener que afrontar esta parte del proceso tu sola.

Lloraba de manera desconsolada, me mataba verla así, pero creo que era una conversación que teníamos pendiente desde hace mucho tiempo, y de verdad pensaba que debíamos pasar por esto, por doloroso que pudiese ser.

Al salir de la carretera rodeada de los característicos Pinos Negros del Valle, hacía un pequeño giro la carretera hacia la izquierda e inmediatamente las luces en las oscuridad de los coches que circulaban en esa dirección iluminaban el porche de nuestra casa.

Se podía ver a través de la luz de los faros del coche la espesa niebla característica que inundaba el Valle la mayoría de las noches. Le daba un halo de misterio, como de cuento de hadas. Daba un poco de mala espina, pero en sí, era uno de los encantos que tenía este lugar. Nos dispusimos a bajar de nuestro viejo Seat Ibiza, el motor aún rugía con la misma fuerza que antaño, y más en

la inmensidad de la noche. No había nadie a esas horas. En general era un lugar tranquilo donde vivir, pero en temporada baja, en cuanto se hacía la noche, los habitantes del Valle se recluían en sus casas como si una manada de lobos fuese a pasearse por sus calles como en las leyendas del Chotacabras. Al apagar el motor se hizo el silencio absoluto. Be no articulaba palabra alguna. Ni nos miramos, cogí mi chaqueta del asiento trasero, estaba acostumbrado al frío inglés, pero no estaba aún acostumbrado, ni me terminaría de acostumbrar nunca a ese Esterri. Maldito Valle, necesitaba salir de ahí de una vez por todas.

–¿No vas a coger la mía también?–
–Perdona, estaba en mis cosas…–
–Siempre estás a tus cosas, estarás muy pendiente de mí,

pero en cuanto me giro, estás siempre ensimismado, absorto en tus pensamientos, como si fuese una autentica caja fuerte tu mente en la cual no tengo la llave para poder entrar, y yo siempre la tenía Martin, y desde hace un tiempo es como si me la hubieses arrebatado, y no sé el por qué.

–No seas paranoica, y creo que no estás en situación de reprocharme nada. Haz el favor, ponte la chaqueta que hace un frío de mil demonios y entra a casa, vas a coger frío. Date una ducha con agua caliente que la necesitas, ponte el pijama y acuéstate. Yo voy a sacar a Robi a estirar un poco las patas que lleva todo el día casi sin salir con el jaleo que se ha ocasionado.
–…¿Perdona?
–Que se ocasionó… como quieras decirlo, sabes a lo que me refiero. Me abrigo un poco más que estoy tiritando y me da un poco el fresco.
–¿Por qué no me dices que vas a fumar directamente? No hace falta que me lo ocultes, sé de sobra que tus largos paseos son para fumarte un par de cigarros, ¿te crees que soy tonta?
–Bueno, cada uno tiene sus vicios… ¿No crees Be?

Be cerró el coche de un portazo y se dirigió rápidamente hasta la puerta de casa a paso firme. Siempre que nos enfadábamos y se iba caminando rápido sin mediar palabra y sin mirar atrás me daba un escalofrío por la espalda, odiaba las discusiones, pero la situación me superaba por completo.

Abrió la puerta y salió Robi corriendo a recibirnos como si de una avalancha se tratase. Be le acarició tímidamente la cabeza, cogió el picaporte de la puerta y la cerró con toda la fuerza que pudo, como si con la intensidad del golpe fuese a demostrarme cual era el nivel de su enfado. Me quedé mirando por un instante la vidriera de la puerta donde salía dibujada en la misma una casa de madera con una pareja y su perro con el valle de fondo. Me recorrió al instante un escalofrío por la nuca, como si el frío de la noche quisiese abrazarme por la espalda posándose sobre mí como si de una manta se tratase. Pude escuchar cómo el sonido de sus pasos vigorosos se dirigía hacia las escaleras por el crujido de las mismas con cada uno de los pasos que daba en dirección a la segunda planta.

–Vamos chico, vamos a dar un paseo y a hacer pis, venga– Busqué en mis bolsillos y encontré el arrugado paquete de Red Apple que solía tener siempre en mi chaqueta de cuero. Really? Solo quedan 2 cigarrillos, bueno… lo suficiente como para entretener este paseo. Saqué el mechero y encendí el primero de los cigarrillos. La punta se empezó a alumbrar en rojo como si la cabeza de un volcán a punto de explosionar se encendiese en llamas.

Unas pequeñas farolas erigidas unas al lado de las otras en hilera como si de una procesión iluminada se tratase, iluminaban el camino que juntaba nuestra casa con el resto que estaban a la ladera del río, como nos encontrábamos justo a la entrada del pueblo, provocaba que no me encontrase normalmente con mucha gente en mis paseos nocturnos, los cuales, se habían convertido últimamente en tradición.

Empecé a pensar en todo lo que me había comentado Be, me costaba creer de dónde podía sacar esas historias que contaba. El hombre sin rostro, vestido de negro con sombrero de copa que la vigilaba… Sería por el escenario que me rodeaba, ya que entre la oscuridad, la soledad, y la niebla que acariciaba los bajos fondos del Valle, hacía que se pusiesen los pelos de punta. ¿Cómo era capaz de imaginarse esas escenas? ¿Cómo cojones llegó a la Iglesia si estaba tan colocada? Bueno… al día siguiente iba a saber en que daba positivo y esas preguntas se las deberían hacer los especialistas, pero a mí sinceramente se me ponía la piel de gallina solo de pensarlo, y me dolía mucho imaginar lo que debería estar pasando en su mente. Ahora lo que quería hacer era volver a casa con Robi, hacerme un sándwich y meterme en la cama. Una parte de mí quería dormir en el salón, pero mi otro yo quería abrazar a Be, dormir a su lado y hacerle sentir que todo iba a ir bien. Realmente quería pensar que era una enfermedad lo que le llevaba a hacer todo eso, y no que se pusiese hasta arriba de vete a saber que solo para huir de nuestra vida cotidiana, del día a día, pero la mente es traicionera y muchas veces, como creo que es normal, me ponía en lo peor.

Apuré la última calada a mi cigarrillo, mientras veía salir el humo lentamente de mi boca. De mis fosas nasales mientras se mezclaba entre la niebla me recreaba y me gustaba, es como un gesto de poder sobre la materia, seguramente aprendido en la infancia de la pequeña pantalla, la típica película donde el malo está a punto de cometer el delito que domina, el ladrón del banco que tiene a los rehenes atados y apura su último cigarro mientras se recrea sabiendo que la policía no podrá alcanzarle, el asesino que tiene a la víctima agonizando pidiendo clemencia con la falsa esperanza del perdón de su verdugo mientras este apura su última calada… Claramente estamos muy influenciados por el cine y nos llega a transmitir ese mismo poder por un solo instante.

Recordé en ese instante cuál había sido el motivo por el cual habíamos elegido Galatea como el lugar idóneo para la recuperación de Be. Era sábado al mediodía, típico día gris lluvioso de Madrid. Desde nuestra ventana se podía observar la inmensidad del tráfico colapsando las calles del centro de la ciudad mientras los peatones corrían con prisa huyendo de la lluvia a toda prisa. La noche anterior habíamos tenido una discusión fuerte. Be volvió a llegar bien entrada la madrugada. Discutimos, más bien discutí yo. Daniel, la pareja de por aquel entonces de Sara, le acompañó de vuelta a casa, se habían encontrado en el bar donde Be solía ir a festejar sus éxitos laborales y como era de costumbre en ella, volvió a perder el control. Ese mismo sábado, baje con la intención de comprar algo para comer. La nevera estaba vacía y tenía que pasear a Robi a pesar de la lluvia torrencial que se estaba apoderando de la capital.

Al bajar las escaleras, había un hombrecillo, no muy alto, que estaba dejando un folleto de propaganda en los buzones.
–Disculpa, ¿quién te dejó entrar?–
–¡Oh!, discúlpeme señor, solo estoy dejando unos meros papeles a modo informativo a los vecinos de todo el vecindario, siento haberle hecho confundirme con un maleante. Hoy en día no se puede confiar en nadie, ¿verdad?.

–Verdad– Dije sin quitarle la mirada al hombrecillo. Vestía una especie de capa negra que parecía haber sacado de algún cuento fantástico, el pelo enmarañado por la lluvia y unos pantalones oscuros que parecían ser de varias tallas más grandes de las que debería usar. –¿Me dejas pegarle un vistazo?– Dije mientras alargué la mano.
–Por… por supuesto señor, aquí tiene– Dijo casi con una reverencia.
–¿Galatea?– Dije a modo de pregunta. En el folleto había una breve descripción de Galatea, con un mensaje en la parte superior del mismo que decía ‘’El lugar donde volvemos a brillar, donde volvemos a ser visibles a los ojos de los demás, vuelve a nacer’’. – Parece una secta, asentí. Aquí no queremos publicidad de sectas amigo–
–Vivimos tiempos convulsos querido…¿Cómo se llama usted?
–Martin.
–Vivimos tiempos convulsos querido Martin, la sociedad está perdiendo sus valores, la gente pierde el arraigo hacía lo que tiempo atrás era un valor inquebrantable como lo son la familia y el amor, todo ello ligado a un descontrol aprobado por los mandamases de esta hipócrita sociedad. El alcohol, las drogas, el sexo, es una lacra que nos persigue y se está apoderando, y lo peor de todo, nos están obligando a que sea aceptado socialmente, como algo normal, ¿me entiende?. Puede llamarlo secta Martin, pero ante momentos desesperados, hay que tomar medidas desesperadas, y Galatea es un lugar donde se mezclan los profesionales más cualificados, junto con personas que de verdad creen y piensan que una nueva clase social puede erigirse y ayudar a reconstruir los valores–
–Dicho así… podría ser consciente, y esto no será gratis–
–No lo es, no le miento. Si lo entrego en estas zonas de la ciudad, es precisamente porque no es una solución para todos los bolsillos, pero como bien le estoy diciendo, mi querido Martin, es una solución–
Aquél encuentro parecía casual, o tal vez no lo fuera. A veces, el destino nos reserva un viaje largo e inesperado, y nos vemos obligados a lanzarnos al vacío, esperando que la moneda caiga a nuestro favor. Sin embargo, como suele decirse, la casa siempre gana.
–Vamos Robi, vamos para casa.
Me encantaba la bondad de los perros, claramente eran el mejor amigo del hombre. Sobre todo lo que más apreciaba de ellos era la capacidad para olvidar, perdonar, característica que rara vez tiene el ser humano. En mi situación Robi sé que no le habría contestado de esta manera a Be, estoy seguro. Pero sé que si le pongo una sonrisa y le doy dos besos no solucionaría nada, aunque a lo mejor no debería ser tan duro, no se… Solo quería que se diese cuenta de la gravedad de la situación. Es una mujer de un temperamento fuerte, acostumbrada a la presión y a tener siempre la razón, o al menos intentarlo, lo que me conllevaba en muchas ocasiones a tener que aparentar ser más ‘’fuerte’’ o más duro, cosa que no era en absoluto.
–Ojalá todo fuese tan sencillo como lo es para ti Robi… venga, haz tus cosas de una vez que nos vamos para casa–
Me acuerdo el día en que lo adoptamos. Be y yo no teníamos muy claro lo de ser padres. Pensábamos que era un prejuicio establecido e impostado por la sociedad de hoy en día, como sí al pasar la treintena tuvieses por obligación que empezar a formar una familia. Por lo menos dos hijos, un niño y una niña. Pasar por lo que pasan todos los padres que nos decían a modo de secta que era lo más maravilloso que le había pasado en su vida, mientras el pequeño zombi que tenía enganchado a sus hombros como un Koala regurgitaba la última papilla de cereales y frutas artificiales que había ingerido. ¡Joder que maravilla! pensaba en mis adentros, por no ahondar en el factor sueño, los Nazis a mi gusto eran unas Hermanas de la Caridad en comparación a lo que

te produce un recién nacido.
Gracias a un ser superior, llámale Dios, llámalo Alá o como bien creas, Be tenía el mismo pensamiento que yo, así que pensamos que la mejor opción sería adoptar un perro, era un punto intermedio, no éramos unos grandes amantes de la flora y fauna animal, pero un can parecía una gran opción.
Un compañero mío de la oficina colaboraba los fines de semana en un albergue, me convenció para ir un Sábado por la mañana a visitarlo y si nos animábamos, darle una mejor vida a uno de esos peludos. Como imagino que suele pasar en la mayoría de estos casos, lo tuvimos claro enseguida. Estaban en una jaula como el tamaño de una pequeña sala de tender. Había una jauría de 10 cachorros salvajes. Era imposible descifrar cual era el cruce entre razas, algunos estaban adormilados, otros haciendo sus necesidades por todos los habitáculos posibles y otros simplemente sentados sin saber muy bien que era toda esa anárquica situación. Había uno en concreto que no paraba de correr de un lado para otro. No era precisamente el que tenía pinta de ser más espabilado, no, tenía más bien la pinta del típico perro que va corriendo como un loco por el parque mientras el dueño va detrás de él brincando como un descosido llamándole por su nombre con caso omiso. A Be le hizo bastante gracia y decidimos que era el indicado para nosotros, el motivo de llamarle Robi es porque ella es muy fans del cantante Robbie Williams y a mí me pareció bien porque justo coincidía con el nombre de un jugador del Barnsley Football Club casualmente también llamado Robbie Williams, fue fácil ponernos de acuerdo.

ACTO II

Subí las escaleras lo más rápido que pude, casi tropiezo con los escalones, tenía una medida desigual, algunos eran muy bajitos y conforme llegabas al piso de arriba se hacía más grande la distancia entre ellos, Martin decía que era porque antes las personas eran más bajitas y por eso tenían una construcción irregular, yo me cansaba de decirle que no le veía ningún sentido a aquello que me decía, pero él no hacía más que repetirme una y otra vez las características físicas de los habitantes de este Valle a principios del siglo XX…

–¡Malditos escalones, maldito Martin con su maldito Síndrome de Hubris!–
Estaba en ese momento que detestas cualquier cosa que se interponga en tu camino, cuando no sabes si odiar o amar, si detestas algo o lo necesitas más cerca. Tenía una mezcla entre odio, ira, rabia y tristeza, ni yo misma sabía cómo poder expresar todos los sentimientos que tenía y afloraban dentro de mí.
Sentía que había perdido a Martin, lo único que quería era dejarme perdida de la mano de Dios en esa clínica infernal donde te trataban como un juguete con el que experimentar, irse a Madrid, fugarse y rehacer su vida, sentía que le importaba y que me quería porque claramente se preocupaba por mí, pero parecía que solamente quería dejarme encerrada para olvidarse de este lugar, olvidarse de lo nuestro, volver a su antigua vida, su antigua vida… Antes de aparecer yo.
Odiaba en lo más profundo de mi ser que me tomasen por una drogadicta, hacía muchísimo tiempo que no consumía alucinógenos, ya no sabía si todo lo que había vivido en las últimas horas era fruto de algún efecto secundario, alguna secuela que se hubiese quedado en mi cerebro por todos los excesos del pasado. ¿Por qué ahora?
¿Por qué en ese preciso instante? Había estado varios meses interna en la clínica y llevaba ya un tiempo viviendo con Martin en la casa en el pueblo, estaba volviendo a correr, tenía una vida tranquila, intentaba estar lo más racional posible mientras me disponía a entrar en el baño.

Necesitaba quitarme todo lo que sentía que tenía encima, como si una ducha fuese a quitarme todos los males, todo el peso, o toda esa sensación que recorría cada centímetro de mi piel. Empecé a caer en la cuenta que un baño caliente me sentaría bien.
–Es justo lo que necesito, un buen baño caliente–
La casa estaba helada, el frío invadía como un manto gélido todas las estancias de la casa, pensé en encender la chimenea, pero Martin no la había llenado de leña.
–Que lo haga el cuándo vuelva, yo me voy a dar un baño–
Cuando vivía en Madrid, sobre todo los días que habíamos conseguido cerrar un caso importante, o los días que el Juicio había salido justo como lo habíamos planteado, siempre después de celebrarlo por todo lo alto en The Tavern , volvía a casa y me preparaba un buen baño caliente culminado con una copa de vino tinto Rioja. Qué bien sentaba, era como el sabor de la victoria. Me encantaba el efecto que se producía cuando recorría mi boca cada uno de los tragos de esa mezcla entre dulzor y amargura, la sensación que sentía al disolverse en mi garganta como si un río de tinta roja burbujease dentro de mí, era mi momento, solamente mío, como cuando dos amantes se encuentran en un callejón para dar rienda suelta a su pasión contenida y desatada, esa era la sensación que anhelaba y deseaba.
Esta vez iba a obviar muy a mi pesar la copa de Tinto, en el proceso en el que estaba no me convenía beber alcohol, mientras menos ‘’distracciones’’ pueda tener durante un tiempo mejor, era mi nueva normalidad, como les gustaba decir a los políticos de hoy en día, aunque como decíamos todos en la época del Covid, yo quería mi normalidad, mi propia normalidad, pero eso quedaba más lejos de lo que yo pensaba por aquel entonces.
Jugué con los pomos del baño como si tratase de poner en hora un reloj de cuco para tratar de alcanzar la temperatura ideal del agua mientras esta se deslizaba por la cuenca blanquecina de la bañera intentando imitar tímidamente la fuerza de un manantial fluyendo ferozmente a su paso . Me quedé durante un lapso de tiempo ensimismada observando el fondo de la bañera con la mente en blanco, como el color de la propia tina.
El servicio de la segunda planta era lo más parecido a un baño de una época Victoriana, el paso de los años se mostraba tanto en la decoración del mismo, como en el estado de conservación, sus actuales dueños no habían puesto el mayor interés en una renovación parcial o completa de ninguna de las estancias.
Había un tocador con un espejo alargado con las puntas arqueadas intentando dar un falso aspecto de señorío que presidían la parte izquierda del baño, un pequeño grifo lo acompañaba. Al fondo un retrete básico con el típico cajón donde guardar las pastillas o pequeños enseres remachado a la pared. En el lado derecho la reina de la sala, una gran pila blanca con una vasta capacidad para almacenar agua donde cabrían dos personas tumbadas fácilmente. Parecía sacado literalmente de una novela de época, una auténtica joya.
Emanaba vapor por toda la estancia producido por el agua borboteante haciendo el efecto deseado, una especie de sauna artesanal en medio de esta pequeña locura generalizada y producida solamente por mí, algo que por desgracia había sido bastante asiduo en los últimos años .
Empecé a introducirme lentamente, como si estuviese intentando seducir a mi amante invisible conforme me introducía en la pila. Apoyé mi cabeza en unos laterales dejando únicamente descubiertos mis pequeños pies en el otro extremo.
Cerré los ojos intentando que el mundo entero se detuviese por un solo instante. Mi momento, el cual nadie podía arrebatarme. No sabía si todo mi ser era presa de la locura transitoria a la cual estaba destinada a terminar por culpa de mis excesos del pasado, ni me molestaba la pregunta de

qué pasaría si daba positivo en algún tipo de sustancia cuando estaba prácticamente segura de lo que había hecho, o al menos con qué intención había salido de casa a primera hora de la mañana. Jamás hubiese podido imaginar que, quizá, podía acabar así. O quizás, estaba predestinada a un trágico final como el que estaba a punto de acaecer.

Soñé. La temperatura de mi cuerpo ascendió como el agua en una hoya a presión y pude notar como Morfeo deseaba tenerme presa, abrazarme, susurrarme al oído y ser dueño de todo mi ser. Soñé con la noche en la que conocí a Martin. Sara y yo por aquel entonces seguíamos teniendo una relación muy estrecha, aunque yo por aquel entonces, seguía viendo a Daniel de forma esporádica. Todo eso cambió hasta que se apareció en mi camino mi futuro británico de ojos azules. Estábamos en la barra de The Tavern, como siempre. Sara siempre decía que aquel Pub no pegaba nada conmigo, pero era una chica de costumbres, me gustaba ir al mismo bar, al mismo cine, sentarme más o menos en el mismo asiento del metro (siempre cerca de la puerta) , ir a los mismos restaurantes, tomar mi café a la misma hora. Modificar mi rutina me aterraba. Si hacía cualquier cambio, por pequeño que fuese, me sentía al borde de un precipicio. Mi hermana decía siempre que tenía un trastorno obsesivo compulsivo, pero era parte de mi forma de ser, no consideraba, o al menos no era consciente que esa mentalidad fuese presa de ningún trastorno. Aquella noche cogimos el mismo metro, la línea M–9 que llevaba hasta Castellana. A la salida del metro se encontraba nada más salir la entrada de mi Irish Pub favorito. Acudimos con puntualidad británica a mi cita con el destino. Nada más abrir la puerta saludé con mi característico entusiasmo a Heliodoro, el camarero que siempre estaban a mis horas favoritas de visita, el ya comúnmente conocido como ‘’After work’’. Yo cariñosamente le llamaba Doro, era una parroquiana fiel en The Tavern y Doro me daba ciertas licencias. Mi entrada triunfal no pudo pasar desapercibida por el chico rubio que estaba sentado al fondo del Pub. Planta totalmente británica, sentado, con papel y boli como mandan los cánones, tomando apuntes en las hojas en blanco mientras le franqueaba de cerca una pinta de cerveza en cuya jarra rezaba el nombre de Hop House Lager, estaba a punto de descubrir que era la cerveza rubia favorita de aquel joven de origen británico.

Normalmente, cuando iba junto con mi hermana a cualquier lugar, ella solía siempre llamar más la atención de las personas, sobre todo de los chicos. Tenía una melena larga y rubia como la miel, una sonrisa que cubría su rostro de mejilla a mejilla y unos ojos rasgados que le daban cierto aire oriental. Nada común en nuestros rostros occidentales. Aunque no lo quisiese, llamaba la atención. Ella siempre envidiaba que por ella llamase la atención allá donde fuese, parecía que yo siempre había sido la hija predilecta de mis padres. La que tomaba siempre buenas decisiones, sacaba buenas notas… O quizás era porque ya de jóvenes mis padres habían observado en mi cierto halo de debilidad, y por ello tenían algo más de sobreprotección del que tenía sobre mi hermana. Y esto mismo se traducía en unos celos refundados por su parte… No sé, pero el destino está claro que tenían otros planes para mí.

Conforme me sirvió Doro mi caña de Paulaner, siempre previa a mi vaso de McCallan como era costumbre en mis visitas, levanté la mirada y vi a aquel solitario rubio de ojos azules y amplia sonrisa mirarme furtivamente una y otra vez sin que pudiese evitar el que se le escapase una de esas amplias sonrisas que tanto me iban a hacer estremecerme los próximos años y yo en aquel momento aún ni era consciente de ello.

Quizás, de eso trate el amor, quizás el amor sea esas sonrisas que se escapan de tu boca cuando observas a esa persona que aún no conoces, pero por algún hecho que desconocemos, con simplemente mirarle, consigue que cada parte de tu ser se estremezca por completo. De pronto te descubres a ti misma levantando la mirada del móvil y sonriendo como una boba cuando vuelves

a quedar otra vez con él, caminando por la ciudad como los últimos supervivientes, como unos auténticos desconocidos que sois. Y poco después no puedes irte a dormir sin que el roce de su espalda se encuentre contra tu pecho y sentir en ambos la respiración de uno solo, fundidos en uno solo, y entonces conoces por primera vez quizás, el sentido de la tranquilidad que te puede producir dormir al lado de él. Empiezas a conocer la mochila que esa persona lleva a cuestas, y en lugar de querer huir, esta vez lo que intentas es aligerar su peso de miedos acumulados. Te empieza a dar esos abrazos que nos has pedido, y te saca esa carcajada que tienes contenida después de un mal día. Empiezas a darte cuenta de que ya no es un juego individual, sino un juego en equipo Quizá de eso trate el amor.

Abrí los ojos conmovida. El agua seguía borboteando del grifo que presidía la parte central de la tina cada vez más caliente. La temperatura que había alcanzado el agua fue lo que consiguió desatarme de mi somnolencia prematura. Tenía una mala sensación que recorría toda mi espina dorsal, quizá por el contraste de temperatura al verme obligada de abandonar mi baño nocturno , pero realmente sabía que me sentía muy culpable tras recordar los buenos momentos pasados con Martin. A pesar de todo sabía que él siempre había estaba totalmente enamorado de mí, y que siempre se preocupó en todo momento. Tenía esa sensación cuando algo dentro de ti te dice que esa historia que tanto te enganchó está llegando a su fin, que no hay una vuelta atrás y por más que te aferres a ello lo único que vas a conseguir es hacerte más daño, como una droga de la cual no puedes desengancharte, y en eso yo era una auténtica maestra, literalmente.

La habitación entera se había sumido en una neblina de vaho que le daba un aspecto tétrico, como el profanador de tumbas que se cuela en mitad de la vigila nocturna y es atrapado por la neblina espesa que se mece bajo sus pies y algo le dice que de cualquiera de esas criptas sagradas va a salir uno de esos difuntos para darle su escarmiento por intentar entrometerse en su eterno descanso. Abrí la puerta para intentar que el vapor se diluyese y fundiese en el resto de estancias de la casa.

Me estaba secando el cuerpo, mientras me envolvía una toalla en la cabeza, como solía hacerlo. No tenía ganas de secarme el pelo en ese momento, así que opté por mi clásico turbante y lo secaría en la habitación cuando estuviera tumbada en la cama. Me acerqué al inodoro para orinar antes de acostarme. No había nada que detestara más que tener que levantarme en mitad de la noche para ir al baño, aunque no tuviera necesidad. Era una costumbre que mi madre me había inculcado desde pequeña y que seguía como si fuera un ritual religioso cada noche. Sin embargo, al rozar mis muslos con la taza fría del retrete, sentí una sensación desagradable. Aún estaban calientes y húmedos por el vapor, pero el frío se abrió paso hasta mi piel y se adentró en mis huesos, dejándome una sensación helada que parecía penetrar en lo más profundo de mi ser. En cuanto me levanté del retrete, me acerqué hacía el espejo del baño que estaba lleno de los restos del vaho, mientras tras de mí había reflejada en el espejo una figura difuminada, de cabeza alargada y oscura. Una sonrisa torcida y siniestra adornaba su rostro distorsionado.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo, mientras su corazón latía desbocado. Pero cuando giró la cabeza, no había nada allí. Solo el vacío del baño y el eco de su propia respiración acelerada. Empecé a padecer un dolor de cabeza horrible, como si algo se introdujese en mi sien por encima de mi piel. Sentía una mano oscura que yacía sobre mí y entraba a través de mi cráneo para asentarse en mi cerebro y convertirse en dueño de todo mi cuerpo, como si se apoderase de mí. Me agarraba con mis propias manos de la cabeza, de mi pelo como si estuviese enredado en él, intentaba por todas las maneras quitarme de encima esa horrible sensación que se estaba apoderando de mí.

No podía dejar de gritar del dolor. Cerré la puerta de la habitación con tal ímpetu que pensé por

un momento que habría destrozado la cerradura al golpearla. Pero la puerta no rebotó a pesar de la intensidad del golpe, se quedó cerrada. Estaba postrada en la cama intentando mientras el dolor empezó a mitigar lentamente. Me quedé totalmente agotada, sin pensar en nada, mientras las lágrimas se deslizaban por mis sonrojadas mejillas. Observaba el techo de la habitación intentando convencerme a mí misma que me había quedado dormida en la bañera y no era más que una horrible pesadilla. Solo quería cerrar los ojos y despertarme de nuevo en la bañera, o intentar que todo pasase lo más rápido posible. Aunque me acababa de tumbar, tuve entonces la sensación de que realmente llevaba una eternidad tumbada boca arriba, pero realmente no tenía la certeza de qué hora era. Solo sentía que llevaba una eternidad tumbada. Me dispuse a meter la mano en el bolsillo de mi pantalón para…

–¡Un segundo… don… donde está mi móvil!–

Había desaparecido cuando había tenido aquella alucinación, pero luego con Martin, al recobrar el sentido común sí que lo tenía, ¿dónde demonios había ido a parar ahora?

¡PUM, PUM PUM! Se escuchó tras la puerta de la habitación.

Me quedé totalmente paralizada, inmóvil. No es que no pudiese reaccionar. Es que realmente mi cuerpo estaba totalmente paralizado, lejos de toda autonomía posible. Estaba como un ser inerte sobre la cama mientras sentía que había algo al otro lado. Permanecí en silencio unos segundos sollozando, deseando que fuese fruto de mi imaginación y que no se volviese a repetir la llamada.

¡PUM, PUM PUM! Esta vez el impacto contra la madera de la fuerte fue aún más fuerte que la anterior vez.

Pude girar la cabeza hacia la izquierda en dirección al ventanal que se encontraba encima de la cómoda de la habitación como si por mirar en dirección contraria a la puerta, aquel golpeteo fuese a cesar de manera mágica. ¡PUM, PUM PUM! Se repetía una y otra vez.

¡PUM, PUM, PUM!

–¡Basta!– Sollocé.

Abrí los ojos y pude ver a través del gran ventanal, no podía ser cierto. Ahí estaba, el hombre de la túnica negra, con el sombrero de copa mirándome, no tenía rostro, solo podía divisar una gran testa negra donde tendrían que haber ojos, nariz, orejas, boca, pero nada de eso se podía divisar en ese rostro negro, solo una gran mancha negra que cubría toda su cabeza. Aún sin rasgos faciales podía saber que me estaba observando, que me miraba fijamente y que estaba sonriendo, cada vez más, una sonrisa cada vez más grande, como si se estuviese relamiendo un cazador a punto de devorar a su presa. Se encontraba bajo un gran árbol que se alzaba justo enfrente de la casa, un árbol de los que contaba más años de los que llegaríamos a imaginar dada la magnitud del mismo. Aun así el hombre de negro se veía enorme, debería medir cerca de los dos metros, dejando bajo sí, desnuda la túnica negra ya que no se llegaban a divisar sus pies.

Mi cara era de auténtico pavor. No podía quitar la mirada, no podía pestañear al igual que dar crédito sobre lo que estaba viviendo, ¿se estaba repitiendo nuevamente la pesadilla de esta mañana?

–¡Eso es!, despierta Bego, es una pesadilla, solo es una pesadilla, ¡DESPIERTA, MALDITA SEA DESPIERTA!– Vociferaba para volver en mi cuanto antes.

Alcé la mirada de manera involuntaria, una fuerza desmesurada me estaba girando el cuello y no dejaba cerrar los ojos. Intentaba pestañear, pero me estaba haciendo daño con el solo propio intento de ejercer más fuerza de la que estaba recibiendo. Una vez tenía la mirada clavada a la pared de enfrente de la cama, se empezaron a dibujar letras en sangre donde se podía rezar Mirabile Visu

LA CASA: COMIENZOS

Robi ya había llegado al porche de entrada. Yo seguía caminando por la hilera de farolas que se encontraban al frente taciturno, pensativo. Realmente no sabía en qué pensar exactamente, pero por mi manera de caminar cualquier persona que me hubiese observado, habría pensado que tenía una nube de pensamientos en mi cabeza. Volví a observar la vidriera que se encontraba en la puerta principal y me transporté directamente a la primera vez que estuve en esa misma posición y la primera vez que vi esa vidriera, el día que fui a alquilar la casa mientras Be se encontraba aún en Galatea.

–Bueno, como le comenté por teléfono, el periodo mínimo de estancia en la vivienda deberá ser de un año, prorrogable. Si a partir de esa fecha desea abandonarla recuerde que debe avisar mínimo con un mes de antelación Sr. Milner–
–Llámeme Martin por favor– Respondí al propietario.
–De acuerdo Martin, me permito entonces el gusto de tute…–
–Discúlpeme, no quiero parecer irrespetuoso, pero se pronuncia Martin, no Martin, tengo una extraña manía con las pronunciaciones y acentos, soy de origen británico, como mi aspecto y apelativo le habrá hecho adivinar–
–La verdad, para mí saber si uno es británico, islandés o americano es bastante complicado, no se ofenda mi querido Martin, llevo toda la vida en este Valle, esta casa fue de mi bisabuela, una de las primeras personas que habitaron este lugar. Ahora me dedico a alquilarla normalmente para turistas que vienen en la temporada de invierno, pero en cuanto me escribiste al ver el anuncio indicando que estabas dispuesto a estar un año como mínimo, cambié de planes. Para mí es mucho más cómodo tenerte como inquilino de manera estable, aunque desconozco los motivos que pueden haberte traído a tan inhóspito lugar. Es bastante extraño que alguien de fuera quiera hospedarse más de un mes. Aquí hay poco que hacer una vez termina la temporada de esquí, y tampoco es precisamente uno de los lugares más turísticos del lugar. Hay unas cuantas iglesias bastante bonitas que nos rodean si eres un amante de la arquitectura histórica. Cierto es, pero no hay mucho más que hacer, mi querido amigo–
–Soy… soy traductor, traduzco textos, novelas… Cualquier cosa que me demanden, necesito un lugar donde pensar, donde estar tranquilo, relajado y poder trabajar en paz. El ritmo de vida de la ciudad estaba afectándome personal y laboralmente, necesitaba un cambio de rumbo.–
–¡Me encantan las novelas! ¿Algún escritor famoso que quizá conozca demanda tus servicios?–
–Realmente trabajo para una empresa Sr. Vilamajor…–
–Artur, por favor, llámame Artur, ahora somos amigos Martin, al menos propietario inquilino, cuanto menos–
–Cierto Artur… como te decía, yo trabajo para una empresa, la cual contactan editores extranjeros que quieren entrar al mercado español y necesitan traducir sus textos con la mayor cercanía posible a lo que el autor escribe. Si no has crecido con la lengua materna en la que el escritor pone su alma en cada palabra, el lector no podrá ahondar en lo que el texto quiere decirle realmente–
–Maravilloso, eso está genial Martin, me encanta como habla, y tengo que decirle que domina perfectamente mi idioma, es más no tiene siquiera acento–

Artur esgrimió una risa aguda, casi cómica, aunque aquel hombre de las montañas que tanto quería simpatizar conmigo me daba escalofríos. Debo decir que me sorprendió el tamaño de

aquel hombrecillo, no debería medir más de metro cincuenta, no es que tenga prejuicios con la gente bajita, simplemente me sorprendía su estatura para la época en la que vivíamos.

–Bueno, como te decía, debes darme un mes por adelantado, y una fianza como depósito de la misma cantidad que el alquiler, no es que no me fie de ti querido amigo, pero en caso de ocasionar algún desperfecto en la casa, me quedaría con ese depósito. Es bastante antigua, pero tiene mucho valor sentimental cada uno de sus rincones–
–Por eso no se preocupe–
–Por cierto, mi joven británico, no se admiten animales de compañía, lo digo por la bestia peluda que veo que asoma la cabeza a lo lejos de su viejo coche–
–No describía eso en el anuncio Artur, nos encontramos en un entorno forestal, ¿Cómo no va a permitir animales de compañía? Es de locos.
–No se altere, no pretendía ofenderle. Como le decía, esta casa era de mi bisabuela, tuvo un perro muy parecido al suyo que vivió casi quince años a su lado, ella estaba totalmente loca por ese chucho. En cuanto el animal falleció, nuestro Señor se la llevó con él al reino de los cielos, fruto de la tristeza que estaba sufriendo en este paraje. Verás que en la puerta hay una vidriera donde sale la imagen de mi bisabuelo, el cual falleció muy joven, salió un día a buscar leña antes de que llegasen las nieves, se adentró en el bosque y jamás regreso. Antiguamente, cuando llegaban las grandes nevadas, el Valle se quedaba totalmente aislado durante varios meses, incomunicado totalmente del mundo exterior. Quizá por eso sus habitantes somos bastante peculiares, pero somos buena gente, y nos gusta la novedad, la gente de fuera como tú . Como te decía, en esa vidriera verás también mi bisabuela y su querido animal. Para mí, aunque ella no siga con nosotros, sigue viva en esta casa. Muchas veces la puedo sentir en su mecedora sentada, y sé que la muerte del perro le afectó bastante, y estoy prácticamente seguro que la soledad y la tristeza fue lo que la hizo fallecer… ¿No te parece algo cómico que falleciese de tristeza por la muerte de un chucho, pero que pudiese seguir su vida tras fallecer mi bisabuelo?–

Ese hombrecillo me estaba empezando a dar escalofríos.
–Si… Sí que es gracioso sí… ¿Qué le parece que si redactamos que si el perro daña alguna parte de la casa lo descontamos de la fianza?. ¿Le parecería así bien? Usted es un buen hombre Artur, seguro que no querrá que vuelva a coger el coche, vaya hasta Madrid y tenga que dejar a Robi con alguna amistad, ya que mi única familia eran mis padres que residían en Londres y ya no están entre nosotros.–
–Te he dicho que me tutees Martin, ¿acaso no somos ahora amigos?– Cambió el gesto facial Artur. Parecía haberse enfadado bastante con mi forma de expresarme.
–Sí, perdóname Artur. Me cuesta adaptarme. Es el idioma– Solté una risa tímida mientras sentía que una gota de sudor frío empezaba a crecer en mi frente. Definitivamente ese hombre me daba escalofríos.
–Bueno, eres un hombre razonable Martin, y eres buena persona, yo lo sé. Así que sí, confiaré en ti y en tu bestia de cuatro patas.–
–Maravilloso entonces, ¿Te parece que entremos los tres a la casa para terminar de verla, me enseñas donde está todo y lo dejamos todo redactado?–
–¿Los tres? respondió extrañado el siniestro casero.
–Si… Tú, yo y mi perro Robi.
Artur esbozo una risa profunda, casi forzada, exagerada.
–Qué gracioso eres mi viejo amigo, ¿este es el famoso humor británico del que tanto hablan? La verdad pensaba que no teníais la menor gracia, pero la verdad es que me parto contigo.–

Fingí la mejor de mis sonrisas, cogí a Robi, porque no me fiaba de dejarlo solo en el coche en aquel paraje con alguien así cerca y mucho menos después de la historia que me acababa de contar.
–Después de ti Martin–
Conforme pasamos la puerta dejando atrás lo que ya me pareció entonces una vidriera muy siniestra. Entré por primera vez a la que iba a ser mi casa durante al menos el próximo año. Nuestra casa si todo iba bien.
–Adelante por favor, no seas tímido, como si estuvieses en tu casa–
Siempre que soltaba algún chascarrillo se reía con un tono entre agudo y mocoso.
Nada más pasar el umbral de la entrada, te encontrabas con un gran salón bastante acogedor, lo más parecido a un salón de refugio montañero que te podías imaginar. La disposición del sofá que quedaba a la izquierda frente a una Smart TV cerca de una chimenea contrastaba bastante con el resto de la decoración, bastante austera, antigua, claramente los años habían pasado y Artur no se había inmutado en modificar absolutamente nada desde que fallecieron sus antepasados.
–Y dime Artur, ¿Siguen viviendo familiares tuyos? Dijiste que la casa era de tus bisabuelos, ¿no querrían vivir aquí tus padres o algún familiar?–
–Papá y Mamá ya fallecieron, y no tengo mucho trato con el resto de mi familia, están un poco locos
¿Sabes? y esta casa me la dejaron en herencia a mí–
Me chocó bastante que un hombre de unos cincuenta años denominase a sus padres a un tercero como
Papá y Mamá.
La amplitud del salón me llamó tanto la atención que no caí en la cuenta que al fondo se encontraban unas escaleras que parecían subir a la planta superior.
–Esas escaleras llevan a la planta de arriba, ¿verdad Artur?–
–Sí Martin, pero no seas impaciente, tienes que ver con detenimiento toda la casa. No quiero luego que me pongas objeciones una vez hayamos firmado… ¡Mira dónde mete las narices tu chucho!– exclamó en un tono de voz elevado.
Por un momento se hizo el silencio y mi cara no podía disimular el gesto de sorpresa ante su reacción.
–Discúlpame… A veces me dejo llevar y digo cosas… Cosas que no pienso realmente…Me exalto, ya sabes.–
No, no entendía a qué se refería, pero lo único que quería era terminar la visita de cortesía, firmar el contrato y poder meter mis cosas. No entendía por qué no me dejaba en paz aquel extraño hombrecillo de las montañas.
–Quería decirte querido amigo que estabas saltando una de las partes más importantes de la casa, la cocina, una magnifica cocina de época. Aquí mi bisabuela se tomaba un café todas las mañanas mientras miraba por este gran ventanal, ¿Quieres un café mi querido británico?¿Quizás un poco de agua para su acompañante peludo?
Tenía la certeza de que si dejaba solo a Robi con Artur, lo último que le daría de beber sería agua, lo más seguro es que lo intentase envenenar dada la rareza que envolvía el aura de aquel hombrecillo. La verdad hacía bastantes horas que no tomaba un café. Había sido un viaje de más de siete horas hasta llegar a aquel paraje y me vendría bien una taza de té.
–No te preocupes Artur, Té negro no tendrás, ¿verdad?– Exclamé la sonrisa más falsa que pudo salirme.

–Jajaja, no querido amigo, no, jajaja ¡Cómo sois los británicos! Tengo el café más negro y más oscuro que podrás encontrar en toda esta ladera del valle, si te sirve… Y para tu pequeño amigo agua fresca de nuestro manantial–
–Será potable esa agua, ¿no?–
–Por favor Martin, que cosas tienes, no seas así de desconfiado conmigo, me conoces, ¿qué crees que quiero hacer? ¿Envenenar a tu perro?–
Sonreí y asentí con la cabeza con gesto de aprobación.
Sacó una botella de agua fría de la nevera y rellenó un pequeño plato que tenía en la despensa con intención de dárselo a Robi.
–No te preocupes, el agua de esta botella como ya te dije es del propio manantial que hay ladera arriba, un día si quieres te lo enseño…–
Como me vaya ladera arriba con él me descuartiza, pensé.
–Además, esta misma agua de la que va a beber tu can, es la misma de que la está hecho este café, ¿Qué voy a hacer, envenenaros a los dos? jajaja.
Otra vez esa risa gangosa.
–Sí, sería curioso, pero sería una faena para ti, vaya dos cuerpos de los que habría que deshacerse–
–Hay mucho monte y mucha tierra que está hambrienta de nuevos cuerpos–
–¿Cómo dices?– Exclamé algo sobresaltado
–Jajaja, siempre te pillo Martin, siempre te pillo. Vamos, que ya está el café, vamos, camina hacia el salón y antes de rellenar el papeleo me cuentas un poco de ti, no quiero dejar mi casa a cualquiera. ¿Leche y azúcar?
–Lo tomo solo, gracias.
Cogí la taza de café humeante que me había ofrecido Artur. Era un hombre algo extravagante, que daba bastante miedo, pero creo que solamente era un hombre extraño, nada más, o eso quería pensar.
Nos sentamos ambos en el sofá que presidía el salón, cada uno sentados en un extremo. Robi se quedó en la cocina bebiendo agua del plato que le había ofrecido nuestro, posiblemente, nuevo casero. Estaba sediento después de un viaje tan largo.
–Bueno Martin, ya que nos conocemos, creo que merezco saber la verdad.
–¿Qué quieres decir? Ya te conté a lo que me dedico.
–Vamos a dejarnos de jilipolleces, ¿te parece? La casa es tuya si me cuentas la verdad. En caso contrario, coges tu puto perro, te montas en tu coche y te vas por dónde has venido, porque en este pueblo perdido de la mano de Dios no hay más casas que alquilar.
El tono de Artur cambió por completo, se abalanzó sobre la mesa dejando la taza de café humeante sobre la misma.
–Relájate Artur, somos amigos, ¿no?– titubeaba –Yo no quiero engañarte–
–Pues entonces dime qué vienes a hacer aquí, qué se te ha perdido en este maldito Valle–
–Vale…vamos a ver, no te estaba engañando ni ocultando nada. Es verdad que vengo para trabajar. Mi empresa me manda los textos y yo los traduzco, fin. Pero es verdad que no vengo aquí porque sea un amante de la naturaleza. Mi pareja, Begoña, está ingresada en una clínica llamada Galatea que está en una de las cordilleras de la montaña. Vengo aquí para estar cerca de ella y cuando pueda salir por fin , estar juntos una temporada alejados de la ciudad, que poco a poco se vaya introduciendo en la vuelta a la realidad y no sea un choque muy grande…Pero Artur, tampoco voy a mezclarme mucho con la gente del pueblo. Te agradecería si por favor no le cuentas esto a nadie. No quiero que la gente señale a Bego cuando vaya paseando por la calle,

necesitará estar lo más cerca posible de lo que una vida normal y cotidiana es, ¿entiendes?
Artur se acercó a mí mientras me agarraba fuertemente del brazo. Me miró fijamente a los ojos abriendo los suyos todo lo que podía. Parecía que se le iban a salir de las órbitas.
–Puedes confiar en mí amigo, gracias por abrirme tu corazón.
Me dio el abrazo más fuerte que recordaba hasta entonces, creo que ni mis amigos me habían abrazado así jamás.
–Gra…gracias Artur, gracias por tu comprensión–
–Venga, después de esta clase de sinceridad, ¿qué te parece si rellenamos el papeleo y dejas ya la cháchara, que aún tienes que desempaquetar todas tus cosas, sacarlas del coche y no haces más que tirarme de la lengua? Otro día, si quieres, seguimos hablando. Pero ahora tienes trabajo que hacer. Si sigues el paseo que hay frente al río rodeado de farolas, unas seis casas más arriba está la mía, cuando quieras puedes venir y nos tomamos un café amigo.
–Gracias Artur, es de mucha ayuda créeme, dime donde firmo–
Rellenamos los papeles y finalmente me despedí de Artur en la entrada mientras me daba otro gran abrazo. Tenía una mezcla entre el miedo que me había provocado y la extrañeza que sería tener a un casero tan particular cerca de casa.

LA CASA: ACTO FINAL.

Tras quitar la mirada fija de la vidriera, abrí la puerta. Be no estaba en el salón, habría subido a darse un baño caliente. Cuando nos enfadábamos era algo que solía hacer, se encerraba en el aseo para que nadie la molestase, se preparaba un buen baño caliente con una copa de vino Tinto que saboreaba lentamente. Cuando ocurría eso, pensaba que lo hacía para joderme, para castigarme con su indiferencia y dejarme de lado durante un rato. Sabía que la indiferencia era una de esas cosas que más odiaba en el mundo. Poco a poco la fui conociendo mejor y realmente me di cuenta lo que pasaba realmente. Ella era un espíritu indomable. Nadie podía encarcelarla, podías enamorarla, como lo había conseguido yo, pero ella siempre necesitaba su hueco, su espacio donde ser ella misma, donde poder olvidarse por un momento de todo lo que le rodeaba. Necesitaba anhelar a las personas. Yo siempre le decía que dentro de su locura, ella era una de las últimas romanticistas cómo me gustaba decirle.

–Ahí viene, la romanticista por excelencia, la número uno de la promoción romanticista.– Le gritaba siempre en medio de la calle cuando la veía caminar a lo lejos hacia mí.

Ella siempre me devolvía ese grito con una sonrisa de pómulo a pómulo, algo muy característico en ella y su hermana.

Robi estaba en la cocina bebiendo agua en su cuenco, saqué su saco de pienso para rellenarle con su onza la cantidad que debía tomar para la cena.

–Hay que cuidar la línea chico, que luego sabes lo que nos dice la veterinaria–
Me devolvió la mirada mientras zarandeaba su cola de un lado para otro a tal velocidad que cortaba el aire solo con el movimiento. Deposité su cuenco junto con el de su agua. Masticaba a la velocidad como si alguien tratase de robarle tan solo una croqueta de pienso.
Dejé la chaqueta en el perchero de la entrada y saqué una cerveza fría de la nevera. El Supermercado de Esterri no estaba mal, pero en cuanto a cerveza se refiere solamente tenían

Damm o alguna que otra cerveza artesanal para los jóvenes turistas que nos visitaban en invierno. Intenté hablar con uno de los trabajadores para ver si podían conseguir traer alguna cerveza de importación, pero no miraban con buenos ojos mis suplicas. Tenía que conformarme con lo que ellos tenían. ¡Thanks my friend!
Lo único que había de alcohol en casa era cerveza. Compraba una o dos latas nada más, BE la detestaba, pero aun así prefería ir con cuidado. Al principio de salir de Galatea no había absolutamente nada de alcohol en nuestro hogar. Nos habían recomendado que no hubiese absolutamente nada, mientras menos distracciones posibles, menos posibilidades de una posible recaída. Iba a ser difícil, pero tenía en ese momento que acostumbrarme yo también a esta nueva situación que nos tocaba vivir.
Iba a dejarle el espacio que Be siempre solicitaba sin pedir, sentarme en el sofá, intentar relajarme, beberme la cerveza e ir buscando una película en Netflix para ver con ella una vez hubiese salido del baño, sentarnos y hablar tranquilamente de la situación que estábamos viviendo y los pasos que teníamos que dar, y quizás así podría conseguir que se abriese a mí y me dijese qué había ocurrido por la mañana, qué se había tomado. Sabía que tenía un problema y no podía enfadarme con ella por no ser totalmente sincera con sus actos. Había épocas que, precisamente, obviaba algo tan simple como esto, ella era una persona enferma, no una enfermedad física producida por algún tipo de virus, no, esta iba más allá, era una enfermedad mental que había generado en una adicción, y vete a saber si le había ocasionado algún daño permanente tras varios años de excesos. Hacía todo lo que se suponía que debía hacer, evitar posibles desencadenantes, como era, por ejemplo, tener alcohol en casa. Establecimos ciertos límites, estaba siempre pendiente de ella, no le dejaba dinero en efectivo ni irse sola a pasear por el pueblo…Aun así, estaba cayendo en la cuenta que a lo mejor me había dejado lo más importante, no solo cuidar de ella, sino cuidar de su corazón. Había obviado por completo todo lo que se le podía haber pasado por su cabeza, el sufrimiento tan profundo que debió sentir al verse sola en la clínica, el miedo, sobre todo el miedo a que iba a pasar, yo intentaba demostrarle que estaba con ella, pero seguro que en algún momento tuvo dudas de si yo también estaría ahí de la misma manera. Estaba tan enfocado en lo que me decía Ana que quizá debería haberme centrado en algo aún más primario, más humano… Necesitaba volver a sentirse amada, y era justo lo único que no estaba haciendo.
No puedo negar que no tuviese mis dudas. Tuve muchos momentos de bajones emocionales donde no sabía si la mejor solución era la que estábamos ejerciendo. Estaba enamorado de ella, muy enamorado. Sabía que no quería generalmente apegarme a nada, salvo a lo que sentía en mi corazón, que si seguía ese sentimiento, con paciencia o impaciencia, iba a llegar a ser feliz.
Por otro lado, la distancia que tuvimos fue un mazo que cayó como una losa sobre mí, la decepción y tristeza se apoderaron de mis pensamientos el tiempo que estuvo ingresada en Galatea, casi pudo con mis fuerzas. En ocasiones se me pasó por la cabeza brindarle todas mis fuerzas, todo mi apoyo moral y económico, pero intentar rehacer cada uno nuestra vida una vez saliese de la clínica y estuviese cien por cien seguro de que, por fin estaría bien. Pero una parte de mí me decía que ni de coña… Estaba como loco por ella, totalmente enamorado, no podía dejarla en la estacada de esa manera. Pero una parte de mí pensaba eso, y me detestaba por ello.
Estaba dando el último trago de la fría cerveza. Notaba las últimas notas amargas recorriendo mi garganta. Be seguía sin bajar.
–¡Baja por favor. Vamos a hablar venga–
No respondía. Tampoco escuchaba el sonido de los pasos marcarse en la madera del suelo del piso superior. Era una casa antigua, y cada paso que dabas se respondía con un crujido por parte

del suelo como respuesta a tus movimientos.
Al no escuchar su respuesta me decidí a encender la chimenea. Hacía bastante frío en toda la casa. Había subido a darse un baño, pero la casa estaba helada, o conseguía calentar rápido todas las estancias, o cuando saliese del baño iba a coger frío.
–Be, venga por favor, no te enfades, baja. Vamos a hablar por favor– Gritaba buscando una respuesta mientras terminaba de prender los restos de madera.
Seguía sin responder a mi súplica. Empecé a estar muy extrañado. No era de esas personas que por orgullo seguía mucho tiempo sin hablar después de una disputa, más bien era de enfadarse, demostrarlo y acto seguido ir a buscar hacer las paces, o al menos hablar las cosas.
Extrañado, me dirigí hacia las escaleras dispuesto a subir al piso de arriba para hablar con ella, en cuanto dejé el sofá libre, Robi se subió para usurpar automáticamente mi sitio, el cual se situaba justo enfrente de la chimenea. Estaba prendida, se oía el crepitar de las llamas en la madera mientras el calor inundaba todas las habitaciones como si de una caricia cálida se tratase. Eso sería suficiente para que pudiésemos pasar lo que quedaba de noche sin pasar frío.
Se escuchaba el crujido de mis pasos con cada escalón que lograba subir. No sé cómo habría conseguido Artur subir alguna vez siquiera a la planta de arriba con esas extremidades tan cortas que le caracterizaban. A lo mejor nunca llegó a subir. Eso me respondería muchas cuestiones que tenía sobre la decoración del siglo pasado de la planta superior. Me lo imaginaba apoyándose en la barandilla del color leño que acompañaba de la mano a las escaleras hasta la segunda planta, enganchado a la misma mientras intentaba dar cada paso, como si de un niño, aún torpe por su corta edad, se tratase. La imagen en mi cabeza resultaba bastante cómica. Irónica, a decir verdad.
Tras llegar al final de la abusiva subida, pude observar como una ola de humo quedaba a mis pies, como si de pronto hubiese entrado en esa escena de terror donde se encuentra el protagonista en medio del pantano esperando a ser devorado por una manada de zombis hambrientos. Se respiraba un clima tétrico, el humo salía del baño. Una parte de mí estaba muerta de miedo, no quería abrir esa puerta por miedo de lo que pudiese encontrarme al otro lado, y otra deseaba echarse a correr hacía la misma, y abrazarla con todas mis fuerzas. Esa mezcla de sentimientos era lo que me hacía dudar en muchas ocasiones sobre qué era lo que realmente sentía.
–¿Estás bien?, voy a entrar en el baño–
Mis pasos se volvieron cada vez más lentos. La madera alertaba de cada uno de mis movimientos. Si alguien hubiese entrado en casa, ya se habría percatado de mi presencia, ¿Le habría pasado algo a B?
Abre lentamente la puerta del cuarto de baño, no había nadie, parecía que se había dado un baño, había restos de agua que llevaban hasta… nuestra habitación. La puerta estaba cerrada, ¿Se habría quedado dormida?, ¿Estaría tan enfadada que lo único que querría es estar a solas? Nunca había dormido en el sofá y no estaba dispuestos a dormir esa noche abajo. Vale que no estuviéramos pasando nuestro mejor momento como pareja, pero de ahí irse a la habitación y dejarme con la puerta cerrada sin decirme ni una palabra, lo veía excesivo. Cuando empezamos, siempre bromeaba con ella sobre las parejas que veíamos paseando por la calle y parecía que se estaban muriendo de aburrimientos juntos. En ese momento te pones a pensar por qué siguen juntos. Parece no tener sentido en esta vida estar al lado de alguien con el que no puedes compartir algo tan simple como dar un paseo, o simplemente, tener la ambición de querer darle un bocado a la vida juntos, de la mano. Be siempre me dejaba en evidencia diciéndome que esas parejas, como todas, han tenido y quizás siguen teniendo una historia de amor, todo el mundo la ha tenido y que en lo que yo veía aburrimiento, ella veía un grito al amor, a querer aferrarse a

ello aun estando casi marchito, intentar sacar la llama donde ya empiezan a verse cenizas. Eso era sin duda alguna para ella la mayor historia de amor. Recordar esto no hizo sino que darme más fuerzas de que no se iría a dormir sin decirme absolutamente nada, aunque nuestra relación estuviese más cercana a las cenizas que a una llamarada. Ella seguiría luchando hasta el fin, y yo en ese momento, aun con mis dudas, también quería luchar.
Intenté abrir la puerta, pero parecía que algo estaba obstruyendo el pomo. No teníamos cerradura en la puerta del dormitorio, ¿Habría puesto una silla pegada? Eso sí que sería muy extraño.
–Abre la puerta, venga– dije en tono sosegado. No obtuve respuesta.
–Be, contesta, déjame entrar–
Golpeé la puerta, una, dos , tres y hasta cuatro veces con todas mis fuerzas. Empecé a notar un escalofrío que me recorría cada una de mis extremidades mientras seguía golpeando la puerta y gritando para intentar ver qué pasaba al otro lado. Empecé a tirar vaho por la boca del frío que hacía en toda la planta. Acababa de encender la chimenea, ¿cómo era posible?. No podía parar a planteármelo, algo estaba ocurriendo, pero realmente hacía un frío de narices, cada vez más.
–¡ABRE LA MALDITA PUERTA!– Gritaba mientras seguía golpeándola con tesón.
Empecé a empujar la puerta con el hombro mientras me impulsaba en un último intento desesperado de tirar la puerta abajo. En uno de las proyecciones contra la puerta, conseguí tirarla abajo, pero no con el resultado esperado.
–¡ME CAGO EN LA PUTA!– Había apoyado el brazo en el suelo de una manera poco natural resultado de los impactos contra la puerta, sentía un dolor punzante en la parte superior del hombro.
–¡JODER COMO DUELE!– Gritaba ante tal amarga sensación.
Intente levantarme del suelo como pude, la ventana de la habitación estaba abierta mientras el viento zarandeaba las cortinas dándole un aspecto fantasmal a la escena.
Cuando terminé de incorporarme, vi a Begoña tumbada boca arriba en la cama mientras su cuerpo se zarandeaba con espasmos involuntarios, las cuencas de los ojos estaban totalmente en blanco, como si las pupilas se las hubiesen borrado. Un hilo de esputo se le salía por uno de los laterales de la boca. Me abalancé sobre ella y nada más posarme encima de ella dejo de brincar sobre la cama. Casualmente el viento dejó de soplar sobre las cortinas del ventanal dejando atrás ese clima espectral que se había creado.
–Háblame por favor. Soy yo, Martin, dime algo, por favor– suplicaba.
Mientras sollozaba a su lado como si de un amante me tratase, preso de la angustia por haber perdido a su amada, intenté incorporarla como pude, pero el dolor del hombro era cada vez más intenso. Trataba de que no se metiese la lengua dentro de la tráquea y la dejase sin respiración, tal y como me habían enseñado meses atrás en Galatea. Acto seguido sus ojos parecían volver en sí, se volvían a dibujar sus pupilas marrones, se empezaron a cerrar sus párpados a la par. Seguía respirando, pero teníamos que irnos lo antes posible a que la viese un médico. No estaba seguro de lo que acababa de ver, pero su vida parecía estar en serio peligro. La dejé recostada de lado en la cama, volví a comprobar de nuevo que seguía respirando, intenté ver si la podía despertar.
–Vamos Be, despierta, respóndeme. Por favor Bego dime algo. No te mueras por favor– Gemía mientras intentaba que las lágrimas no se hiciesen dueñas de mi vista.
Por suerte, el dolor del hombro parecía cesar, no sé si era por la excitación del momento, o porque realmente el golpe que me acababa de dar era más aparatoso que lesivo. Más me vale que así fuese, porque tenía que encontrarle ayuda lo antes posible.
Volver a Galatea era una opción, pero no era un camino lo bastante largo para llegar y no sabía exactamente lo que le estaba ocurriendo a Be. Solo quería que alguien le ayudase lo antes

posible. Recordé que Artur me dejó el típico listado de emergencias diminuta pegada dentro del teléfono fijo que se encontraba en la cocina. Recuerdo que enumeró uno a uno todos los contactos a los que recurrir, recordaba que estaba el teléfono de la llamada Médico Rural que gestionaba una pequeña clínica que se encontraba a las afueras de Esterri. No había un centro de salud como tal. La clínica situada en un bajo atendía a los habitantes del pueblo desde hacía décadas. El pueblo no era lo suficientemente grande como para que fuese viable construir un hospital, cuando algo grave ocurría, trasladaban a los enfermos a otras comarcas cercanas que si disponían de un número de habitantes más corriente. Cuando ocurría algún accidente a los turistas, solía ser esquiando, y en lo alto de las pistas, siempre se monitorizaba un servicio de urgencias para atender golpes en la mayoría de sus casos. Como, por ejemplo, el golpe en el hombro que me acababa de dar. Fuck off!
Bajé corriendo las escaleras como pude. Una de las pisadas hizo que el dolor del hombro volviese como el olor de aquel pastel que recordabas, pero hacía mucho tiempo que no olías. En este caso el olor era un dolor de cojones. Me costaba mantener erguido el brazo, pero la adrenalina del momento haría su función.
Robi seguía tumbado en el sofá. Ni se había inmutado con todo lo que había pasado.
–No hay quién le quite el sueño a este perro– pensé.
Me miraba cómo si hubiese perdido totalmente mi juicio al bajar a toda prisa dirección a la cocina en búsqueda del teléfono. Lo cogí con tal celeridad que se calló del hueco que tenía en la pared, impidiendo su caída al suelo el cableado que lo sujetaba a su fijación. Tecleé el número que estaba al lado de la palabra Doctora P.
Imaginaba que sería el teléfono de la médico rural que me comentó que trabajaba a las afueras del pueblo, ya que en esa lista no había nada más parecido a una emergencia sanitaria. El teléfono dio señal cinco veces, pero nadie contestaba al otro lado. Volví a probar con el mismo resultado.
Llamé a Artur. Él lleva aquí más tiempo que nadie. Seguro que sabrá quién puede ayudarme o a dónde cojones ir en este maldito Valle infernal.
–¿Quién es?– respondió Artur con su característica voz.
–Artur, soy Martin, necesito tu ayuda–
–¿Sabes qué hora es Martin?, ¿Qué demonios haces llamándome a casa a estas horas?
–Lo…lo… Lo sé, lo siento, sé que no son horas, pero Be está muy mal y necesita un médico, llamé a la Doctora que trabaja en el centro médico a las afueras. Me grabaste su número en la lista de emergencias, pero nadie contesta, ¿No tendrás otro teléfono por casualidad?
–Jamás tendría el número de esa maldita zorra, un día fui con un dolor de barriga horrible y me mandó para casa diciendo que solo eran gases, ¡GASES! ¿Te lo puedes creer?
–Artur por favor– Sollozaba– Necesito ayuda, dime a donde puedo ir– Me senté en el suelo mientras lloraba desconsoladamente.
–Sigue llamando viejo amigo, es el teléfono de la Puyol–
–¿De quién?–
–Pues de la Puyol amigo, ¿quién va a ser sino? Nadie mejor que ella sabrá cómo ayudar a tu mujer, pero insiste eh, la momia es muy lista. Con la edad que debe tener habrá vivido todos los avances de la medicina en primera persona. Por eso es tan sabía, pero está más sorda que una tapia.
–¿Ana?, ¿la Doctora Ana Puyol de Galatea?–
–¿Es que te has dado un golpe tú en la cabeza o qué?, si Martin de Ana Puyol. Si tan grave es lo de Begoña insiste, que siempre acaba respondiendo a cualquier hora. Los viejos duermen muy

poco.
–No quería llevarla hasta Galatea, no sé qué le pasa, la encontré en la cama…–
–A veces este Valle puede ser lo más parecido a un Báratro mi querido amigo, eso lo aprenderás con el tiempo.
–¿Báratro?
–Si Martin, Báratro, abismo, del latín *barathrum* lugar de castigo eterno, lugar donde habitan los espíritus de los muertos…¿Tengo que explicártelo yo a ti? Se suponía que tú eras el de letras.
–Sí, sé lo que significa, pero no sé qué tiene que ver con todo esto…
–¡Qué la llames ya! hombre, venga. Ya me contarás mañana, *bona nit* amigo.
Colgó. Antes de que pudiese volver a teclear el número de teléfono de Ana, éste sonó.
–¿Quién es?– Pregunté con recelo
–Están de camino–
–¿QUIEN ERES?– Bramé colérico.
–La Dra. Puyol. En la lista de ingreso rellenaron este teléfono como su segundo número de contacto después de su móvil personal Sr. Milner. Lo tenía guardado por si algo así pasaba. En mi profesión no es extraño que la gente me llame de madrugada, y viendo cómo estaba evolucionando la Sra. García, sabía que esto podía pasar esta noche antes de saber los resultados. Como le decía antes de que me interrumpiese, un equipo médico está de camino. Sea cual sea el problema, atenderán a la Sra. García en su domicilio y será trasladada a Galatea hasta que sepamos cuál es el resultado de la muestra.
–Yo, yo solo quiero que alguien la vea, estaba en la cama, con los ojos en blanco… Agggggg, solo quiero que alguien la vea, se asegure que esté bien… que esté bien…
–Usted también recibirá atención médica si es necesario Sr. Milner. En cuanto lleguen mis colegas les atenderán con todo detalle a usted y su mujer si es preciso. Mañana le llamaré para citarle en mi consulta y veremos los resultados. Mientras tanto, la Sra. García se queda aquí con nosotros.
Colgó, no me dio opción de réplica. Nada más dejar colgado en teléfono en la pared sonó como alguien golpeaba la puerta con los nudillos. Robi salió corriendo hacia ella ladrando a modo de advertencia, como si quisiese prevenir de su presencia. A través de la vidriera se podía divisar lo que serían dos personas vestidas de negro. No había escuchado el motor de ningún coche llegar. Con el silencio de la noche, cualquier ruido era perceptible. Tocaron nuevamente con los nudillos la puerta. Robi seguía ladrando sin parar, me agaché un momento hacia su cara.
–¡Robi, para ya!
Me dispuse a abrir la puerta, pero algo detuvo el movimiento de mi mano hacia el manillar. No veía a nadie a través de la vidriera. ¿A dónde habían ido? Quizás eran los colegas de la Dra. Puyol de Galatea, que habían venido a socorrer a Be. Abrí la puerta y salí corriendo, mientras gritaba:
–¿Hola? ¿Sois de Galatea? Hablé antes con Ana Puyol.
Pero no había nadie. Ni un solo coche, ni rastro de que alguien hubiera estado allí en horas. La nebulosidad de la noche había engullido la ladera del río, dejando a su paso un clima enigmático. La baja temperatura se hizo notar, como si quisiera reclamar un papel protagonista en esta extraña escena teatral. Robi, mi perro, salió de casa desbocado, dirigiéndose hacia la parte trasera.
–¿A dónde vas, Robi? –grité, mientras hacía ademán de salir corriendo tras él–. ¡Vuelve!
Apresuré mi paso, persiguiendo a Robi en dirección a la parte trasera, pero allí no encontramos nada ni a nadie. Solo había una enorme mancha negra que lo inundaba todo, como si la noche

hubiera dejado su marca de oscuridad tras su paso.

¿DÓNDE ESTOY?

Sentí que volví en mí misma, me dolía todo el cuerpo a excepción de la cabeza. ¿Qué había pasado? Me costaba recordar qué hacía tumbada en la cama. Recordaba vagamente que me había dado un baño al tener el turbante para intentar secarme el pelo. Abrí los ojos con mucho esfuerzo y mire a mi alrededor con temor a lo que podía encontrarme. La ventana estaba cerrada, pero la puerta de la habitación estaba tirada en el suelo, como si algo o alguien la hubiese tirado abajo. Saqué todas mis fuerzas posibles para intentar levantarme de la cama. Estaba algo mareada. Mis piernas eran como dos fardos rellenos de huesos, carne, sangre y músculos sueltos sin movilidad alguna. Con todas las energías de las que disponía en aquel momento, conseguí estabilizarme lo mejor que pude y permanecí sentada por unos instantes en el borde derecho de la cama que se situaba frente al ventanal de la habitación. Aún medio aturdida, me quedé mirando fijamente al sillón que se situaba en uno de los laterales de la habitación. Recordaba cuando esa misma mañana se despertó del sobresalto al sentir que estaba sentado el hombre de negro con su sombrero de copa.

–Hoy no estoy en uno de mis mejores días– Pensé en voz alta.
Ahora que lo recordaba, me parecía que era la misma silueta que había guiado el camino a ese gigantesco ser que me secuestró hasta la iglesia. ¿Tenía algo que ver el haberme despertado mientras él estaba sentado a los pies de la cama observándonos? Empecé a pensar que varios meses atrás había visto de espaldas por el pueblo a un hombre con una túnica negra que le cubría todo el cuerpo y con un sombrero de copa y que me llamó la atención porque nos lo cruzábamos de vez en cuando, pero Martin nunca llegaba a verlo y se lo comenté días atrás en uno de nuestros paseos cuando terminábamos de hacer la compra.
–¿Quién lleva hoy en día un sombrero de copa y va vestido todo de negro por la calle?
–¿Dónde? Yo solo veo niños corretear por la plaza del pueblo en medio de los tenderetes del mercadillo dominical.
–Ahí, mira, está justo… Agggh ya no lo veo, habrá cruzado por detrás de la iglesia. No sé cómo no te llamó la atención. Últimamente veo de lejos a ese hombre por todas partes y nunca nos lo habíamos cruzado, ¿Nunca te habías fijado? Como para no verlo hijo mío, siempre estás en tu mundo.
–B, este es un pueblo de costumbres arraigadas. No les juzgues. Además, antiguamente, cuando fallecía un ser querido, algunas personas podían llegar a vestir un año entero de luto, vete tú a saber… Y deja de ser tan cotilla que suerte tenemos que no es el típico pueblo lleno de viejas cotillas que están preguntándonos todo el día que por que nos hemos mudado al culo del mundo.
Cuando Martin se enfadaba sacaba el carácter que llevaba guardado por su cortesía británica, pero en cuanto se irritaba sacaba esa vena ibérica que yo y sus colegas de trabajo le habíamos pegado.
Inesperadamente, unos focos alumbraron toda la parcela principal de la casa. Pude ver cómo Martin aparecía por uno de los extremos y se acercó al coche con el rostro totalmente descompuesto. No paraba de hacer gestos airados. Parecía estar recuperando poco a poco mis sentidos y pude examinar mejor el vehículo. Era más bien una furgoneta blanca, Volkswagen, simple, sin publicidad ni nada que pudiese darme la menor pista de qué estaba pasando, de ella se bajaron dos hombres vestidos totalmente de blanco impoluto, altos, peinados con la raya hacia el mismo lado, sin expresión en el rostro, con la tez pálida como un sepulcro, su falta de

expresión les restaba aspecto humanizado. Parecían, más bien, seres sacados de una novela de ciencia ficción cuando intentan representar a unos extraterrestres que han adquirido la capacidad corpórea de un ser humano. Empecé transpirar y notaba como se me aceleraba el pulso. Estaba poniéndome bastante nerviosa aquella situación. Cuando quise darme cuenta de que había perdido de vista a aquellos hombres más parecidos a unos visitantes de otros mundos, entraba Martin por donde debería estar la puerta.
–¡Estás despierta!, ¿Te encuentras bien?, ¿Qué sientes?– Martin se abalanzó sobre mí
–¿Te duele algo Be?, dime, háblame por favor, dios mío no sabes el susto que me has dado. El mayor susto de mi vida. Pensaba que esta vez te perdía de verdad, yo… yo… no sabía qué hacer, lo siento perdóname, me dijeron que era la única solución.
Martin lloraba desesperadamente mientras me hablaba. Sus manos acariciaban suavemente mi piel, como si buscara traspasarla y llegar a lo más profundo de mi ser. Sentía cómo su contacto intentaba conectar con mi alma, como si quisiera envolverme por completo y fundirse conmigo. En ese preciso instante, por primera vez en mucho tiempo, volvió a despertar ese escalofrío en mi corazón. Solo él tenía ese poder, y quizás eso sea el amor.
–Espérate un momento. No te muevas. Han venido a ayudarte. Voy un momento abajo que Robi…
–¿Qué pasa con Robi?– Interrumpí angustiada
–Nada, nada, pero espérate aquí, no bajes por favor. Han venido para asegurarse de que estás bien.
–¿Que me pasa Martin?, ¿Porque me está pasando esto a mí?, Yo no he hecho nada, te lo juro por lo que más quieras, no he hecho nada.
–Espérate aquí sentada por favor, ahora mismo subimos. Toma, te dejo aquí el móvil que te lo habías dejado abajo–.
La pantalla del teléfono se ilumino al dejarlo Martin encima de la mesita de noche, dejando entrever la imagen de fondo de pantalla con la cara de Sara sonriendo.
Sara siempre había tenido problemas con sus parejas, en los últimos años había tenido un número considerable. No sabría decir exactamente el número en concreto. No lo recordaba, pero sí tenía en mente algunas cosas que le habían pasado en los últimos años. Estuvo saliendo con un músico, no supe mucho más de él, si tenía alguna otra profesión, o simplemente vivía del cuento y su misión era despojar a mi hermana de hasta el último Euro que se ganaba trabajando como la que más. Una vez recuerdo que fui a uno de sus conciertos acompañándola, como era de esperar, me lo quería presentar como uno de sus grandes amores y posiblemente el último de ellos, el elegido .Lo único que recuerdo es una noche de desenfreno, y como decía la canción, de sexo, drogas y rock ’n roll . Por aquel entonces yo seguía con mis viejas costumbres y mis pequeños vicios. En ese momento, aquel bajista, como era de esperar, me gustó mucho como pareja, aunque no pegaba nada con mi hermana. Ella era más estirada, no entendía que hacía con semejante buscavidas. Quizás quería añadir un poco de sal y pimienta a su plato de vida, que hasta ese momento era más parecido a una sopa aguada en un día lluvioso. Recuerdo que aquella noche, acabé pegada a la barra de la sala de conciertos una vez terminado el recital, junto con el bajista de cuyo nombre no me acuerdo, bebiendo tequila como si de una carrera por llegar a la meta se tratase contra él, y tomando las pastillas que amablemente me regalaba, nunca me negaba, siempre y cuando conociese a la otra persona. Como puedes observar, mi rasero en cuanto a conocer a una persona, era muy bajo. Sara se enfadó con él y conmigo y se fue antes incluso de que empezaremos nuestros pequeña fiesta improvisada. Se enfadó mucho conmigo. No recuerdo mucho más de aquella noche. Tampoco supe nada más de aquel bajista, el supuesto

elegido.
Ella pensaba siempre que los elegía, cuando no se daba cuenta que eran ellos los que jugaban con ella, como un niño correteando con un juguete nuevo que le acaban de regalar sus padres el día de navidad, y una vez se derrite la nieve dando la bienvenida a la primavera, el juguete se guarda en el fondo del baúl con un número incalculable de otros juguetes que no volverán a salir del fondo del armario donde quedan apilados, almacenados, huérfanos de las manos de una criatura que saque de ellos el único propósito para el que fueron creados, jugar. Años después el niño crece, se hace mayor, y el día que se muda con su nueva pareja, decide tirar esa montaña infame de juguetes almacenados a la basura. Esa era mi hermana Sara para sus parejas, un juguete el cual podían usar, jugar, para después tirar a la basura y no volver a saber de ella nunca más.
Cuando esto sucedía, Sara siempre me buscaba, venía a mi casa y era capaz de estar varios días encerrada en nuestra habitación de invitados, saliendo lo justo para sobrevivir, comer, defecar, orinar, y volver a la habitación. Al principio intentaba forzar el hablar con ella, pero con el tiempo aprendí que necesitaba su espacio, estar en otro entorno, lamerse las heridas y volver a salir a la calle más fuerte que nunca. Nuestra casa se convertía en su cueva, el lugar donde protegerse de los demás, estar en un entorno seguro y donde intentar recapacitar sobre sus errores para no volver a cometerlos. Me gustaba pensar que Martin y yo éramos su refugio en aquellos momentos.
Obviamente yo no era la persona perfecta, tenía mis historias como ya bien sabes, pero pude conseguir algo que para Sara parecía ser casi imposible, encontrar el amor, esa persona que pudiese construir tu propia cueva donde poder refugiarnos los dos, y salir más reforzados.
Tenía frente a mí a los dos hombres que había visto frente a la furgoneta, justo cuando me quise dar cuenta ya habían entrado en la habitación. Pero parecían no tener expresión en su mirada, no fijaban sus ojos a los míos. Parecían evitar el contacto, pero no de la misma forma como cuando te cruzas a alguien por la calle al cual no quieres saludar. No, parecían simplemente no querer cruzar mirada conmigo como si fuese un objeto, un algo más para ellos. Vestían una camisa y unos pantalones blancos como los colmillos de un mamut, un blanco impoluto, como un niño el día de su comunión, la raya del pelo perfectamente repeinada para el lado derecho de su cabeza. Eran la viva imagen de los típicos hermanos que viven en la casa colindante a la tuya en el vecindario, esos hermanos idílicos que siempre sacan las mejores notas, destacan en tenis, pádel, remo, golf o cualquier otra disciplina que parezca reservada para gente asquerosamente rica. Esos hermanos que todo el barrio idolatra, incluso tus propios padres que intentan que te parezcas a ellos y siempre te lo recuerdan sentados en la mesa a la hora de la cena mientras les enseñas que ese trimestre has suspendido seis asignaturas. Todos son alabanzas hacía esos hermanos que estoy seguro que tú también has tenido en tu vecindario. Pero solamente tú sabes que realmente como personas no valen absolutamente nada, son un cero a la izquierda. Uno de ellos llegará a ser CEO de una gran empresa, pero le acabarán deteniendo por blanqueo de dinero, o atropellará a un niño a primera hora de la mañana mientras va puesto de coca hasta las cejas, y el otro hermano acabará siendo un depredador sexual… Pero a día de hoy son la envidia de todo el barrio, gracias a dios el Karma existe y eso tú lo sabes muy bien.
Uno de ellos me cogió levemente del brazo como si de un cuerpo inerte me tratase.
–¿Qué vas a hacer?– Exclamé alterada mientras quitaba el brazo de sus pálidas manos.
–Debería cooperar, para eso nos han llamado.
–Mira, solo te estoy diciendo que para que me coges el brazo, nada más–
–Relájese por favor, será todo mucho más fácil–
Posó su blanquecina mano sobre mi cabeza y la impulsó levemente hacia la almohada mientras

ya me encontraba totalmente tumbada tras ese gesto.
–Relaje el brazo, solamente vamos a suministrarle un leve calmante y la llevaremos a la clínica esta noche–
–Aún estamos esperando los resultados, no…no sería mejor quedarme esta noche en casa– Pregunté.
–Es el comunicado que tengo señora, ruego que se relaje, le inyecté este calmante y la llevaremos hacía la clínica para tenerla en observación. Es toda la información de la que dispongo, siento si no responde todas sus preguntas–
Intentaba ser cortés, pero cada palabra que decía hacía que un cosquilleo recorriese cada tramo de mi columna vertebral. Mi psique me decía que algo no estaba en su lugar, pero aunque no tuviese del todo claro qué acababa de pasarme, era cierto que algo me había ocurrido, así que intenté centrarme en cooperar y no ponérselo más difícil a Martin.
–¿Qué estáis haciendo?– Entró Martin alterado en la habitación.
–¡Martin! ¿Dónde está Robi? ¿Qué está pasándome Martin?– No pude evitar que las lágrimas empezasen a invadir las cuencas de mis ojos.
Martin se acercó a mí y se arrodilló al borde de la cama mientras apartaba levemente a mis nuevos amigos. Acercó su mano a mi cara para quitarme el pelo húmedo de la cara. Me di cuenta que estaba empapada de sudor por toda la frente. Era un gesto común, que hacía cualquier pareja cuando uno de los dos enfermaba, pero que, como todo el mundo, lo habíamos tomado como algo muy nuestro.
–Lo siento mucho Martin. Siento hacerte pasar por todo esto, de verdad. No te lo mereces– Balbuceé mientras intentaba que no se me escapase un llanto–
–No tienes que preocuparte por nada, lo sabes. Siempre vas a poder contar conmigo, somos una familia, nuestra familia y jamás voy a dejarte sola, nos tienes a Sara y a mí, somos tu apoyo incondicional B, tu apoyo incondicional–
–¿Qué me pasa Martin? No quiero volver a la clínica, sé que es lo mejor porque están pasando cosas muy raras, pero yo no me volví a tomar nada, de verdad, estábamos volviendo a ser muy felices Robi tú y yo… ¿Robi? ¿Dónde está nuestro pequeño?– Exclamé angustiada al recordar que me había mencionado que bajaba a por él.
–Robi está bien , no te preocupes. Me dio un susto de muerte porque al ver a estos señores que han venido a ayudarnos, se asustó y se fue corriendo por la parte trasera de la casa calle abajo. Por suerte Luis y Elena no estaban de servicio hoy y habían escuchado los ruidos de nuestra casa y estaban a punto de venir para ver si estábamos bien. Al ver a Robi corriendo por la parte de atrás, lo cogieron y les pedí si lo podían tener en su casa un rato, luego iré a por él, no te preocupes que está bien.–
Luis y Elena, creo que ya te hablé de ellos anteriormente. Eran una pareja de Guardias Civiles que vivían en la casa más cercana a la nuestra. No eran mucho más mayores que nosotros, tenían treinta y cinco años los dos. Se conocieron mientras estaban en Baeza donde radica la academia de la Guardia Civil y según nos comentan surgió el flechazo al poco de conocerse. Él era alto, medía cerca de metro ochenta y cinco, moreno, de espaldas y brazos anchos, no era el típico grandullón definido de gimnasio, pero si se notaba que le gustaba el deporte y levantaba peso asiduamente. Tenía una barba poblada como si un pajar se alojase en el fondo de esa oscura pelambrera. No era el típico chico que te quedarías mirando por su atractivo, pero sí por su imponente presencia. Era esa persona que veías y al saber a qué se dedicaba pensabas para ti que su forma física delataba su oficio. Era una persona más bien reservada, hablaba lo justo, pero cuando lo hacía, era para opinar con cierto criterio. Era como yo decía una persona blanquinegra

que ni te cae muy bien, ni te cae mal.
Elena era todo lo contrario, me recordaba mucho a mí en algunos aspectos, las dos éramos morenas, pero ella estaba muy fibrada, se le notaba cada músculo del cuerpo. Fue ella la que precisamente me metió en vena la droga del running . Me convenció en la primera conversación que tuvimos cuando se enteró que aún estaba en proceso de desintoxicación.
–Vamos a ver Begoña…–
–Puedes llamarme Bego o Be, lo que tu prefieras, que Begoña suena…–
–¿Be, porque solamente Be?–
–Es una historia muy larga, pero venga dime Elena, que te interrumpí yo, ¿Qué me ibas a decir?–
–Sí, mira, tu realmente estabas enganchada a esa sensación de euforia que se generaba en tu cuerpo cuando tomas una sustancia química, ¿no? Sientes que puedes con todo, que nada puede pararte,
¿Verdad?.
–Si… entre otras cosas es una de las sensaciones sí, pero… ¿A dónde quieres ir a parar?–
–Pues correr es justamente eso Be, que raro se me hace llamarte solo por una letra chica– Reía – Lo que te decía. Esa es la misma sensación. Cuando corres, tu cerebro segrega serotonina, esta es una sustancia química que nos hace sentirnos después genial y además te ayuda a dormir… Como no has dormido en tu vida, créeme, dejas de lado todos los problemas por esa noche, la mente en blanco, y de verdad que no te viene nada malo a la cabeza, solo una sensación de euforia enorme, y al día siguiente, si has entrenado bien, te levantas como nueva, ¿Por qué no te vienes conmigo un día y lo pruebas?–
Conforme más iba conociendo a Elena, me daba cuenta que ya no me recordaba tanto a mí en algunos aspectos, y si un poco más a mi hermana Sara. Creo que por eso me cayó bien desde el principio. No éramos amigas inseparables, no estaba en el mejor momento de mi vida para forjar una relación así, pero si me ayudaba mucho cuando lo necesitaba y cuando ella podía por sus horarios laborales. Siempre tuvimos una relación cordial como vecinos, quedábamos algunos fines de semana que ellos tenían libre y comíamos en alguna de nuestras casas, o simplemente dábamos una vuelta por los parajes del Valle. Ellos no tenían ni hijos ni perro, pero les gustaba nuestra compañía y la de Robi.
Les habían destinado hace unos años a Esterri y cómo iban cuadrándose los turnos lo mejor que podían para poder verse el máximo tiempo posible. Igual que nosotros, tampoco habían sociabilizado del todo con el resto de vecinos del pueblo, sobre todo con nuestro casero Artur. Luis y él no se llevaban del todo bien. Tuvieron un par de encontronazos al circular con el coche, lo justo y necesario para que ya se cogiesen manía el resto de su existencia. No les había pasado nada más grave, pero ya era suficiente para que cada vez se cruzasen en el paseo, en la cola del Super, del Mercado, se mirasen a los ojos y cada uno pensase… Es él, mientras le regalaba al otro su mejor mirada desafiante, algo que parece estar intrínseco en la mentalidad varonil, intentar aparentar quien es el más hombre del lugar, cuando realmente a ambos les aterraba la idea de tener que cruzar una sola palabra con el otro.
–¿Podemos proseguir, por favor?– pronunció en tono suntuoso regocijándose en cada una de las palabras que salían aspirando de su boca segundo enfermero el cual se encontraba más alejado de la habitación. No podía dejar de fijarme en el rostro sin expresión que tenían dibujada en su cara. Tenían más pinta de ser personajes de Los niños del maíz de Stephen King que enfermeros de un centro de rehabilitación. –Sabemos que es un momento complicado para ustedes, pero esta señora necesita cuidados urgentes. Desconocemos el motivo por el cual nos han solicitado asistencia y debemos prevenir cualquier nuevo ataque que pueda poner en peligro la integridad

de la señora y la de todos nosotros– Hablaba de mí como si no estuviese presente, o como si no supiesen realmente para que estaban allí, como si fuesen meros transportistas que llevan un paquete de un lugar a otro. Como el repartidor de Amazon que viene a casa un domingo a las tres de la tarde y te deja el paquete en la entradilla de tu casa.
–¿Podría hacer el favor de no llamarme señora? No tengo más de 40 años por Dios– exclamé airadamente.
–¡No vuelva a mencionar el nombre del señor en vano!– Clamó el susodicho enfermero. El silencio se apoderó por un instante de la habitación. Ellos no se veían sorprendidos, pero Martin y yo nos quedamos petrificados ante esa reacción, a nuestro parecer, desmedida por parte de unos simples trabajadores de la salud de una clínica privada. Por un momento, era difícil volver a llenar ese silencio, como si tuviésemos miedo de la reacción de cualquiera de ellos dos, o como si cualquier palabra qué dijésemos, no fuese suficiente para llenar ese pesado silencio que se estaba volviendo cada vez más tedioso.
–Ruego disculpe a mi compañero, las noches cerradas como la de hoy le ponen nervioso y le hacen sentir que está dentro de un Báratro .Pero no vayamos a quitar la atención del tema principal que nos ha traído hasta su hogar. Si es tan amable, alargue el brazo, le pondré una banda elástica alrededor de la parte superior del brazo, con el fin de aplicar presión en la zona y poder divisar en su blanquecina piel una de sus venas. Limpiaré con antiséptico y le suministraré un tranquilizante para que pueda descansar y estar tranquila mientras vamos de camino a Galatea.– pronunció el primer enfermero.
–¿Es necesario?, creo que está muy nerviosa y alterada ante esta situación, ¿no será mejor si la acerco yo o voy con ustedes?– Indicó angustiado Martin como si ya no recordase todo lo que acababa de vivir en primera persona.
–Creo que nos llamó precisamente con una razón de ser, en caso contrario, no hubiese acudido a la Dra. Puyol a estas horas de la noche. Tenemos órdenes expresas de que usted permanezca en su casa, la señora venga con nosotros, nos aseguremos de que no es un peligro para nuestra seguridad ni la suya, y mañana se pondrán en contacto con usted, es toda la información de la cual dispongo y es como vamos a proceder. Ruego si me pueden dejar espacio para proceder, por favor.–
Martin se apartó y enseguida empecé a notar cómo un torrente frío empezaba a circular por mis venas, al principio noté como el frío se apoderaba de mí, de cada una de mis extremidades. Dio paso a un poco de dolor, un dolor punzante en el pecho, para después dar la bienvenida al calor, una manta de calor que de manera inconsciente se había posado sobre mi cuerpo. A los pocos minutos mi cabeza empezó a dar vueltas a la vez que mi cuerpo permanecía inmóvil. Era como estar montada en una noria que no deja de girar una y otra vez, pero solo en mi cabeza. Sabía que yo seguía en la cama de nuestro dormitorio postrada esta vez, mientras dos motas blancas con rostros inexpresivos cargaban de mí como si de un cuerpo sin vida me tratase, imitando al aire elevando a la pluma que flota liviana bailando al son del aire que circula a su alrededor. Aún con la sensación de estar flotando, me extrañó que aquellos profesionales de la salud no estuviesen ataviados con alguna camilla o similar, la cual, no les obligase a hacer ejercicio físico con cada uno de sus pacientes. No quiero ni imaginar qué pasaría si en lugar de cincuenta kilos pesase 100… Aun así, bajamos las escaleras de la vivienda de una manera menos torpe de lo que me esperaba. Estaba en un estado entre medio adormecida y divertida, como cuando te has tomado a la hora de comer un Vermut, pero has dormido mal esa noche, no sabes si tomarte otro, o irte a la cama.
–¿Seguro que no necesitáis ayuda?– preguntó Martin inquieto.

–No se preocupe señor, estamos acostumbrados, y por suerte para nosotros la señora a pesar de todo se mantiene en forma–
En un abrir y cerrar de ojos estábamos ya pasando el salón y saliendo por la puerta de casa.
–Adiós vidriera siniestra– Exclamé arrastrando algunas palabras.
–Be, estate tranquila, va a ir todo bien, mañana iré a verte y aclararemos todo cariño–
–Se me olvidaba, mañana no debe acudir a la clínica, le llamará la Dra. Puyol a lo largo de la mañana y ya le indicará la manera de proceder– Exclamó el enfermero de manera imperativa.
–¡Eso no es lo que hablé con Ana, me dijo que fuese a primera hora para ver los resultados de la analítica de Be y valoraríamos su continuidad!– Dijo Martin con su típica voracidad británica.
–Hay un ligero cambio de planes, siento que no se lo haya comunicado la Dra. Misma, pero le rogamos que obedezca a sus indicaciones.–
Elena y Luis siempre nos dijeron que no confiásemos en la clínica ni en su forma de actuar. Era una clínica privada con una forma de actuar muy peculiar. Tenía testimonios dentro del mundo médico que la abalaban como una de las mejores en lo referente a enfermedades mentales y adicciones, facilidades de pago a pesar de sus abusivas tarifas, pero en diferencia de otros centros, no te daban una total libertad de movimientos en lo que decisión de cuándo y cómo abandonarlo se refiere. Ni tampoco potestad total a los familiares o tutores en toma de decisiones. Hasta que no consideraban que una persona no estaba recuperada en su totalidad, no estabas lejos o fuera de su alcance. El cuadro médico carecía de nombramiento en su web o cualquier rincón de Internet. Solamente indicaban que trabajaban en ella los mejores profesionales del sector y que estaban plenamente cualificados para diferentes tipos de tratamientos o filias, pero la única figura pública era la Directora Ana Puyol, la cual había ganado en varias ocasiones el Premio Ibérico a la Psicología en España y Portugal, el cual se otorga aquellos profesionales que hayan realizado importantes contribuciones al desarrollo de la Psicología en nuestro territorio Peninsular. Siempre habían ocurrido cosas extrañas relacionadas a la clínica según nos habían comentado nuestros vecinos uniformados de verde, pero nunca se pudo probar nada. Eran meras conjeturas y testimonios de gente que había estado internada por problemas mentales o adicciones…
¿Qué credibilidad iban a darle a esas personas?.

COMIENZOS

Be siempre solía decirme que por mi descendencia inglesa, me costaba mucho relacionarme con los españoles o descendientes latino americanos. Como normal general, nosotros éramos más fríos y distantes a excepción de nuestro grupo de trabajo con los cuales compartíamos nuestras Pints de cerveza después de una jornada laboral o los sábados durante el Machtday de la Premier League. Eso, según su parecer, porque a mí siempre me pareció todo lo contrario, los españoles tenían la fama de abiertos al público en general por su más que conocido turismo de sol y playa, pero creo que en mi caso, por el mero hecho de intentar tener algo más de educación a la hora de dirigirme a ciertas personas que no conocía, o por el extraño objeto de intentar ser puntual, se me tildaba de distante con el resto de personas que me rodeaban en la que desde hace años consideraba mi hogar. De igual manera, de tanto que me había repetido este supuesto fallo en mi forma de ser, mi subconsciente me repetía una y otra vez ese supuesto error a la hora de intentar relacionarme, y me lo repetía una y otra vez como un mantra cada vez que intentaba relacionarme por primera vez con alguna persona la cual el destino iba a poner en mi camino durante un periodo de tiempo aún por descubrir, como puede ser un nuevo compañero de trabajo,

un nuevo camarero de tu Pub habitual, o como era nuestro caso, unos nuevos vecinos, con los cuales te ves algo obligado a relacionarte por las necesidades futuras que pudieran surgir. Conociendo a Sara, como la conocía me tildaría de falso, pero yo prefería llamarlo amistad de conveniencia.

–¡Buenos días Martin!– gritaba Luis desde el porche de su casa mientras yo intentaba volver a casa con Robi. Estaba realizando estiramientos previos a lo que parecía iba a ser una mañana fructífera de running.

–Buen día Luis, ¿no hace demasiado frío como para practicar jogging?–
–¿Jogging? Martin, tú eres británico, deberías saber que esa palabra dejó de usarse en los ’90, ahora es running y sí, estoy esperando a Elena a ver si sale ya. Tenemos dos días libres y tenemos que hacer cosas de pareja, juntos. Ya sabes a lo que me refiero–
La verdad es que no sabía a lo que se refería, pero en esos momentos recordaba la insistencia de Be en intentar encajar mejor.
–Si…sí claro, cosas juntos, parejas, pasar tiempo juntos, ¿de eso se trata no?– Intenté parecer lo más natural posible.
–Si ya… eso es, oye, ¿Qué os parece si venís a cenar tú y Bego esta noche? Elena va a cocinar su famoso pavo relleno, y no va a ser lo único que rellene yo esta noche, tú ya me entiendes y además… ¡Tengo cerveza! Venga, animaros que os tenemos en la casa de al lado y casi no os conocemos. Así si sois dos psicópatas podemos deteneros, jajaja– Desconocía de qué me estaba hablando, si debía de alegrarme por la mera afirmación de que tenía cerveza en su casa, o si debía responderle con una nueva risa, aunque desconociese porque nos estábamos riendo.
–Me parece una idea genial Luis, además…¡Tienes cerveza!, déjame que lo consulte con Be y luego te confirmo la asistencia–
–¿Consultar, confirmar? Tío que no estamos en una de esas películas de época que tanto os gusta a los ingleses, oye y porque le llamas por la letra… B, no sé si te lo han dicho, y no es por ser indiscreto, pero colega suena de lo más extraño, ¿Por qué no le llamas simplemente Bego?, no sé, queda mucho mejor a mi parecer.
Luis y yo no teníamos nada que ver. No es que sea clasista, pero de qué íbamos a hablar un Licenciado en Lengua y Literatura Hispanoamericana y un barbudo de metro noventa que tras acabar la educación obligatoria le facilitaron un puesto dentro de la Guardia Civil. Lo que no sé es cómo Elena podía estar con alguien con el mismo intelecto que un Jerbo, aunque hasta me resultaba ofensiva la comparación porque los pobres Jerbos no tenían la culpa.
–Ya… ya tío tienes razón, contar con nosotros, estaremos sobre la seis, ¿hace falta que llevemos vino?– Yo intentando sociabilizar.
–¿A las seis? Me descojono contigo Martin, nos vemos a las ocho, y olvídate del vino…¡Tengo cerveza!– Por lo visto no debía preocuparme de nada, Luis tenía cerveza.
–Elena me cae bien, es maja y eso, pero…¿cenar con Luis también? Es un patán– respondió Be en cuanto le comuniqué nuestros planes nocturnos.
–Siempre me dices que debo sociabilizar, ¿no?, ¿Qué hay de malo en que vayamos a cenar con nuestros vecinos? Luis no es santo de mi devoción. Cuando le conocí, pensaba que era el típico hombre de cromañón que solamente hablaba de alcohol, mujeres y fútbol, pero es que ni con el fútbol coincidimos. Además, trabajan en la Guardia Civil, no está de más que tal en la situación en la que nos encontramos aquí, nos llevemos bien con dos miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.
–Estoy en el tramo final del proceso de desintoxicación Martin, no soy una ex convicta ¡por

Dios!.–
–Bueno… como siempre me dices, haz un esfuerzo y vamos a cenar a su casa esta noche, total… ¿Qué puede ir mal? Es una simple cena entre vecinos.
Me iba a acordar de esa pregunta durante mucho tiempo. No es que ocurriese nada grave pero… Bueno, no enredo más y voy a contarte lo que sucedió.
Puntualidad inglesa, esa era mi premisa. Pero como siempre, llegábamos tarde.
–Que maniático eres con la puntualidad Martin hijo mío–.
–Me gusta ser puntual, no le veo nada de malo, venga, vamos a tocar a la puerta, eso sí… Te advierto que a partir de ahora me escucharás decir un millar de sandeces y expresiones como tío, colega, joder, o vaya par de jamelgas con el fin de mimetizarme con el entorno, así que despídete por un rato del auténtico Martin–
–Mira que eres tonto cuando quieres–
Llamamos a la puerta, pero nadie abría.
–Toca con más fuerza, a lo mejor Luis está rellenando el pavo de tanto ímpetu no nos escucha–
Sonreí irónico
–¿Qué quieres decir con rellenar el pavo, y por qué lo dices con ese tono?–
Tras tocar una segunda vez a la puerta, Luis y Elena abrieron la puerta mientras claramente disimulaba el intento de introducir sus manos en una de sus nalgas.
–Lo que yo te decía, rellenando el pavo– Intenté pensarlo, pero lo dije en voz alta
–Jajaja, yo sabía que me iba a caer bien este tío, anda pasa Martin que te invito a una cerveza–
–¡Qué agradable sorpresa!– Articulé intentando parecer sorprendido ante tal ofrecimiento.
–Id a la cocina chicas, ahora vamos los hombres, jajaja– Dijo Luis mientras me daba una palmada en la espalda que casi me parte en dos.
–Pero, ¿A dónde vais? – Dijo Be enfadada al darse cuenta del apartheid que estaba proponiendo Luis.
–Voy a enseñarle a Martin mi despacho, a ver si así aprende un poco de cultura española, que entre lo delgaducho que está, su rubio pollo y lo blanco que es huele a guiri a kilómetros.–
–Disculpa Luis, se pronuncia Martin, no Martin–.
–Sí, si… bueno, es lo mismo ¿no?, aquí deberías llamarte Martin ¿sabes? La gente de este valle no tiene estudios como tú o como yo, no va a saber cómo llamarte. Si no, lo hago por ti colega–.
Me agarró del hombro mientras aquel cavernícola con los brazos más anchos que el canal de La Mancha, me llevaba hasta la planta superior–
Su casa era bastante similar a la nuestra, con la excepción que la suya estaba llena de materiales de gimnasio, libros de relleno que jamás habían leído y los típicos cuadros con dibujos hechos a lapicero en blanco y negro inexpresivos que vendían en las grandes superficies y que la gente compraba de manera descomedida para intentar dar un toque de falsa personalidad a sus moradas.
En la segunda planta a parte del dormitorio principal había como una especie de estudio, el cual, Luis utilizaba de despacho, me preguntaba qué tipo de despacho necesitaría este individuo, no tenía ningún rango superior dentro del escalafón, a lo mejor le estaba juzgando mal y tenía sus inquietudes.
–¿No vamos a cenar Luis? ¿Qué hacemos en tu despacho?–
–¿Mi despacho? Esta es mi madriguera, lugar solo de hombres M, las mujeres se encargarán de poner la mesa y esas cosas, no te preocupes en nada cenamos, solo quería enseñarte un poco más de mí–
–¿M? Pregunté

–Como… Como tú llamas a Begoña Be, pensaba que tus colegas te llamarían M, como si fuese algo vuestro, ¿sabes?–
Aunque aquel gigante de barba espesa era lo menos parecido a una de mis amistades, parecía estar esforzándose dentro de sus posibilidades por empatizar conmigo. Quizás no sabía lo que significada esa palabra, pero de manera natural, lo estaba intentando.
Estuvo enseñándome varias fotos de sus años mozos en la academia de Baeza, y contándome como encandiló a Elena con su récord personal de flexiones y Dominadas estrictas en barra mientras presumía de bíceps delante de mí como si aquel cultivo muscular fuese a dejar en evidencia mi masculinidad, pero lo estaba consiguiendo al contemplar semejante maestría en lo referente al ejercicio físico.
–Venga, déjate de cháchara Lord Milner y vamos para abajo–.
–¿Vamos para abajo o subimos hacia arriba?– Intenté bromear, ya que me hacía mucha gracia esa forma de hablar tan característica.
–¿Qué?, si es humor negro de ese vuestro, tengo que decir que nunca lo entiendo macho. No le veo la gracia, donde esté una buena película española de humor, que se quite todo lo demás.
– De esas donde a parte de los chistes racistas, hay muchas tetas, culos y gente haciendo el amor, ¿no?– Pregunté.
–Haciendo el amor dice, jajaja, cómo eres Martin, venga vamos a cenar que me muero de hambre–
Tras llegar al salón debo decir que la mesa principal estaba decorada con algo más de gusto que el resto de la casa, presidía el centro de la misma un gigantesco pavo cuyo relleno sobresalía de donde debería encontrarse su ano. La cara de Be mirándome mientras bajaba era todo un poema. No hay cosa que más rabia le diese que el tópico de los hombres a un lado, mientras las mujeres se encargaban de poner la mesa y preparar la cena.
–¡Vaya pinta tiene esto joder! Si es que a mi churri se le da genial esto– Vociferaba Luis mientras le daba un golpe en las nalgas a Elena. – No seáis tímidos, sentaros por favor, sentaros, como si estuvieseis en vuestra casa–.
Luis cogió un cuchillo como el de la película de El resplandor de Stanley Kubrick y empezó a repartir el pavo ante la atónita mirada de Be y mía.
–Deja de mirarle el culo al pavo Martin, a ver si te vas a poner cachondo, jajaja– Luis y Elena reían a carcajada limpia mientras Be y yo intentábamos mimetizarnos con nuestro entorno actual.
La cena fue transcurriendo sin mayor sobresalto, conversaciones banales sin mucha transcendencia por el resto de la humanidad. Luis y Elena tampoco se integraban adrede con el resto de vecinos del pueblo y del valle, tenían turnos y apenas conseguían cuadrar para verse ellos y pasar tiempo juntos, cosa que le obsesionaba a Elena de forma casi obsesiva.
–Es que ya es difícil mantener una relación cuando los dos trabajamos para el mismo cuerpo, como para encima cuando tiene un rato libre, quiera irse de cervezas con sus amiguetes de brigada– Aireaba Elena.
–¡Sabes que me gusta tener mi espacio joder!, querías que nos fuésemos destinados a un sitio tranquilo y aquí estamos, perdidos de la mano de Dios, déjame tiempo para mí también–
–Quería un destino como este porque me parece un lugar tranquilo y pensé que así podríamos volver a formar una familia. Jamás pensé que vivir en medio de unas montañas fuese a ser tan estresante– Gimoteaba Elena.
–¿Qué quieres decir con volver a formar una familia Elena?, ¿Qué puede tener de estresante este páramo donde nunca ocurre nada? Vale que los vecinos en general sean bastante raros. No lo digo por vosotros eh, sino por nuestro casero y el resto de vecinos. Venga Elena, tranquilízate

cariño que no puedo verte así–
Be y Sara tenían una facilidad innata en intentar ayudar a todo el mundo que tuvieran a su alrededor, aunque no conociesen a la otra persona prácticamente, como era el caso que estábamos presenciando. Ellas luchaban con todas sus fuerzas porque las otras personas estuviesen lo más serenos posibles ante cualquier adversidad. Parecían no poder soportar ver a una persona sufrir ante un problema que se les presentaba.
–Es este lugar Be. Vosotros no lleváis mucho tiempo aquí. Sobre todo tú. Quizás Martin ya se dio cuenta. Pero ¿conoces el ensordecedor ruido del silencio? Cuando vivimos en la ciudad no podemos apreciarlo, tenemos a nuestro alrededor sirenas, ruido de los coches, gente corriendo que llega tarde al trabajo, nos agobiamos y estresamos nosotros mismos con tal de estar dentro de la rueda social y no queremos bajar de ella, porque si bajas, estás fuera, y nadie quiere estar fuera, ¿sabes? Nadie quiere sentirse excluido, fuera del círculo, todas queremos que cuando nuestros hijos vayan al colegio, nos metan en el grupo de WhatsApp de padres y madres, no quieres ser esa que cuando se juntan hablen de ti a tus espaldas, que señalen sin miramientos solo porque sientes que necesitas un respiro. Ves pasar los días y la historia se repite una y otra vez, luego llegas a casa y tu marido cada día está más distante, más lejos, es un perfecto desconocido ligado a ti–
–¡Ya basta!– Clamó Luis.–Estás arruinando la cena Elena, ¡Supéralo de una vez!, pedimos el cambio de destino por ti, para que estuvieses mejor y me saltas con esas–
–Es este Valle Luis, tú lo sabes, la gente me mira, sabe lo que pasó, voy andando por la calle y los escucho con las miradas, me juzgan sin decir nada– Elena se levantó de la mesa airadamente y subió corriendo las escaleras dirección a la habitación de la segunda planta.
–Joder… Siento mucho que se haya jodido la noche chicos, yo solo quería ver si nos podíamos conocer un poco mejor. Sois una pareja maja, parecéis buena gente, Elena siempre me cuenta lo bien que se lo pasa cuando salís a correr las dos juntas. Pensaba que eso le vendría bien para su recuperación–
–¿Recuperación?, ¿Recuperación de qué?– Preguntó Be extrañada. – Nunca me había comentado nada de ninguna recuperación. ¿Acaso ella estuvo ingresada en Galatea?–
–¿Qué? No, no, ni de coña, eso es un centro de drogadictos y pirados, Elena tuvo un accidente y perdió al chiquillo que iba a tener y desde entonces está que saca las uñas por cualquier cosa, no hay manera de qué pase página. Cuando os vi pasear al perro junto, le dije que si cogíamos uno, a los dos nos encantan los animales. Si te soy sincero a mí me gustan más los animales que los críos, pero su ilusión es tener un crío–
Yo nunca les había contado nada relacionado con Be y porque llegó ella más tarde, sabían a qué me dedicaba yo. Les dije que mi pareja seguía trabajando en Madrid y que vendría unos meses más tarde para mudarnos por un tiempo a Esterri para huir de la ciudad. Pero por lo visto nuestra coartada funcionaba a la perfección.
–Me parece muy feo que hables de Galatea como un sitio de chalados y drogadictos. Es un lugar muy duro, sí, pero ayudan a muchas personas a salir adelante.– Asintió Be.
–Si bueno...Es un sitio más bien raro, nadie sabe a qué se dedican realmente, solo se ve una furgoneta blanca subir y bajar de allí arriba, ¿sabéis? Hemos intentado alguna vez encontrar algo para poder entrar y ver qué es lo que hacen exactamente, pero nada de nada– Luis proseguía cenando mientras nos hablaba.
–Bueno, yo me voy a ver cómo está Elena, no quiero seguir con esta conversación– Be se levantó bruscamente de la cama. Luis parecía no darse por aludido de lo sucedido.
Me quedé sentado en la mesa mientras masticaba la situación tan incómoda que se había

generado, pero para Luis parecía ser un día más en su vida, no estaba del todo seguro si simplemente hacía caso omiso de lo que tenía delante de sí y de la serie de problemas que parecía tener Elena, o en lugar de ello le daba auténtico pavor afrontarlos. Tampoco iba a ser ese el día en el que él y yo fuésemos a intimar tanto la verdad.
–Luis, dices que Elena perdió al bebé que iba a tener, te refieres a ella en primera persona…No es por meterme donde no me llaman, pero, ¿acaso el niño no era tuyo?–
–¿Qué? A mi háblame en castellano de verdad Martin, no me vengas con mariconadas, sí, por supuesto que era mío joder–
–¿Acaso no querías tenerlo?–
Luis se quedó mirando fijamente a su plato de comida abstraído. Llamaba la atención el tamaño de la fuente con la cantidad de alimento que se encontraba en él. Estaba rebosante de patatas hervidas, un buen muslo de pavo mientras chorreaba por ambos lados de la piel del muslo la salsa de moras con reducción de Pedro Ximénez que había cocinado Elena con más gusto y clase del que me esperaba viendo semejante elemento, sería a mi parecer un hombre atrapado en la época franquista, pero por lo visto tenía el paladar fino el caballero, y Elena una mano magnífica para los guisos.

¿DÓNDE ESTOY? PARTE II

Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo el que cree en mí no permanezca en las tinieblas. Juan 1:4–5

No veía nada a mi alrededor. La oscuridad se había apoderado de allá donde me alcanzase la vista como si de un manto que se cierne sobre mí con la intención de acariciarme, ocultarme, prepararme para lo que estuviese a punto de pasarme se tratase. Pero había algo en esa oscuridad que resultaba inquietante, tenebroso. Sentía ese escalofrío que te recorre la columna vertebral cuando te das cuenta de que algo malo está a punto de suceder. Cuando era pequeña, tenía esa sensación a la hora de llegar a casa con las notas de la evaluación trimestral del colegio. No es que fuese mala estudiante, pero durante mis últimos años de Bachiller, vamos a decir que me dediqué más a hacer futuras amistades de cara a la carrera de Derecho que a sacar mi máxima nota. Hacía mucho frío, pude abrazarme a mí misma y sentir cómo tenía la piel erizada por la humedad. Aún sin poder ver nada a mi alrededor, podía sentir el vaho salir de mi boca . Volvía ese incesante dolor de cabeza que no me había abandonado en lo que llevaba de día. ¡Y vaya día!

Notaba cómo en el suelo se producía un traqueteo conforme sentía que iba avanzando poco a poco a pesar de yo estar sentada. –¿Estamos en movimiento?– Pensé en voz alta. Estaba totalmente ida. A duras penas podía mantenerme sentada en una especie de banco en el cual me encontraba. Sentía un fuerte pinzamiento en la zona frontal de la cabeza y la sensación de inestabilidad era cada vez mayor, no era fruto del traqueteo que se producía por el suelo. Era más bien un mareo como cuando estás en un barco y empiezas a perder el sentido del equilibrio, como cuando estás subida en una noria y esta no para de dar vueltas sin cesar aunque tú…

–Espera un momento, recuerda esta sensación–

Empecé a recordar que esta misma sensación me había abrazado cuando estaba postrada en la cama y Los niños del maíz de la Dra. Puyol me habían suministrado una especie de

tranquilizante con la intención de llevarme a Galatea.

–¿Hola?, ¿es necesario todo esto? No veo nada, ¡abrir una maldita ventana aquí atrás joder!–
Había una especie de trampilla que daba en uno de los laterales del habitáculo donde intuí que debería ir la parte delantera del vehículo donde estarían conductor y copiloto, pero nadie respondía. Intentaba golpear uno de los extremos del habitáculo, pero no tenía apenas fuerzas para mantenerme estable durante el traqueteo. Seguían sin responder a mis suplicas. Por pocas energías que tuviese, tendrían que poder oírme. Recuerdo que era una furgoneta Volkswagen blanca. Choca bastante la pulcritud de la furgoneta por fuera, con la oscuridad que se respiraba dentro de la parte trasera.
En un renuncio, me caí contra el suelo por el incesante movimiento que producía la furgoneta. El sonido que produjo mi cabeza contra el piso del automóvil, fue lo suficientemente fuerte como para haber alertado a mis dos transportistas, pero seguíamos en movimiento con el incesante traqueteo. Recuerdo casi de memoria la carretera que lleva hasta la ladera del Valle donde se encontraba Galatea. Era la típica carretera de montaña bien asfaltada que se colapsaba de ciclistas durante los meses de verano emulando a los ciclistas profesionales. No había sentido para este incesante vaivén.
–¿Dónde me lleváis?–
No recibía respuesta a ninguna de mis suplicas. A pesar de los nervios y ansiedad que me producía estar en esa estancia móvil totalmente a oscuras, sabía que lo mejor era esperar hasta llegar a mi destino y una vez allí trazar un plan en cuanto el vahído que estaba viviendo desapareciese por completo. A fin de cuentas, me habrían suministrado alguna especie de tranquilizante o relajante muscular que me estaba produciendo todas esas sensaciones. En otras cosas no seré tan experta, pero en lo referente a sustancias tóxicas y relajantes era toda una experta, por suerte o por desgracia. Lo mejor sería cerrar los ojos, intenté ponerme en una de las esquinas de la estancia, y dentro de la medida de lo posible, ponerme en posición fetal y protegerme de los incesantes movimientos de la furgoneta, cerrar los ojos e intentar tranquilizarme. Estaba empezando a sentir palpitaciones. Siempre tuve la sensación de que alguna vez me daría un infarto y más cuando empiezo a notar esa sensación en el pecho como que el corazón se te salía del mismo. Como cuando notas que va a más de cien pulsaciones por minuto. Cuando ya estaba de forma permanente en nuestra casa en los bajos del Valle, las primeras noches cuando esto me ocurría, Martin me abrazaba por detrás e intentaba acompasar el latido de mi corazón con el suyo. Eso hacía que me relajase y volviese en mí, como cuando una madre pone a su bebé recién nacido contra su pecho y van acompasados en las pulsaciones y hace que el bebé se quede profundamente relajado y dormido. Esa misma sensación me producía cuando Martin me abrazaba por la espalda y me susurraba al oído que todo iba a ir bien.
–¿Dónde estás Martin?– dije para mis adentros.
Me quedé dormida y soñé. Se aparecía en él, el hombre de la túnica, como el archienemigo que persigue al superhéroe, como Freddy Krueger cuando persigue a sus víctimas en los sueños. Tenía la sensación de que quería ir a por mí, pero aún no sabía si quería decirme algo, o simplemente me perseguía para atraparme. Por alguna extraña sensación, algo dentro de mí me decía que intentaba comunicarse conmigo, decirme, o advertirme de algo, a pesar de que su tétrica presencia inspiraría a más de un director del cine de terror para crear una saga exitosa.
–Hemos llegado, por favor, incorpórese–
Reconocí la voz al instante. Era la misma persona que me había suministrado el calmante mientras permanecía en la cama y que hablaba con Martin. Abrí los ojos y un destello de luz golpeó mis cuencas oculares con tal violencia que apenas conseguía diferenciar la figura que

tenía delante de mí, a pesar de ser noche cerrada. La oscuridad que habían conseguido en la parte trasera de la furgoneta era tan violenta, que simplemente la luz de una farola que se encontraba detrás, el niño del maíz de la Dra. Puyol, conseguía hacerme cegar por un instante, no le habría reconocido si no llega a ser por ese tono de voz tan inconfundible.
–Por favor Begoña, incorpórese, hoy es noche cerrada y no es seguro permanecer en las profundidades del Valle cuando el manto oscuro se cierne por las laderas del Valle–
–Si me ayudases en lugar de estar mirando al infinito en busca de druidas y hadas ya habríamos acabado, ¿no crees?– recriminé – No sé qué me has dado, pero no me encuentro precisamente bien como para levantarme por mí misma, ¿Qué cojones haces? Ayúdame joder.–
El supuesto enfermero se quedó impasible por unos segundos, no como si no supiese qué decir, más bien como aguantando el silencio.
–La tierra será totalmente arrasada y completamente saqueada, porque el Señor ha dicho esta palabra. Isaías 24– Respondió.
Callé sin saber qué responder. Sinceramente no entendía muy bien lo que estaba pasando.
–Relájese Begoña y no blasfeme. Si requiere auxilio, así será, pero en ningún momento voy a tolerar que hable de esa manera, hay mucho en juego y usted debería ser la primera interesada. A fin de cuentas estamos aquí por usted. Debemos ayudarla para ser ayudados–
Nada más terminar su discurso, pude escuchar cómo la trampilla que se situaba en la parte delantera se abría y noté un leve pinchazo en mi brazo derecho. De nuevo las tinieblas se volvían a apoderar de mí y noté cómo mi cabeza rebotaba contra el suelo. Frío, mucho frío.
Los golpes me despertaron. Con los ojos abiertos en medio de la total oscuridad, las piernas pegadas al frío cemento del suelo, afiné el oído. Esperé a oír algo familiar, al enfermero arrastrar mi cuerpo inerte por medio del valle, pero no fue así. Estaba en una habitación totalmente oscura.
Los golpes se repitieron. Seguidos pero suaves. Había una puerta frente a mí. Alguien llamaba.
Esperé unos segundos antes de asomarme. Me intenté incorporar con cuidado. No quería hacer ningún ruido. A pesar de estar en completa oscuridad, notaba cómo mis ojos se habían acostumbrado a ella. La puerta se abrió levemente entonces sin que las bisagras sonaran. Como si quien la hubiera abierto apenas pretendiera dejarla entornada. Sin que un halo de luz atravesase mínimamente la otra estancia. Mis ojos, acostumbrados a la oscuridad, percibieron un nuevo volumen al lado de la puerta. Se movió, o lo movieron, generando un ruido sordo golpeando contra la pared que había al lado de la puerta. Realmente empecé a sentir miedo. No sabía si alguien me estaba observando, ni dónde estaba. Me levanté y atravesé la pequeña estancia con los brazos extendidos al frente tanteando al aire, llegué hasta el lugar donde se vislumbraba aquel volumen.
Lo toqué.
No sabía muy bien lo que era hasta que una pequeña luz de farola o candelabro me dejó entrever algo.
Una almohada, era inconfundible por sus dimensiones, y unas mantas para resguardarme de esa humedad que ya empezaba a notar en mi piel.
Palpé el tejido buscando que lo mantenía sujeto. Llegué hasta una mano. Acaricié con los dedos intentando sentir sus relieves. El pliegue rugoso entre sus nudillos, una cicatriz ancha y lisa cerca de la muñeca, las uñas largas y con relieves desiguales como si no se las hubiesen cuidado en años. La mano se esfumó a la vez que la puerta se cerraba con un golpe seco que rebotó en toda la pequeña estancia dándome a entender que era una habitación vacía. A pesar de estar acostumbrándome a la oscuridad, notaba cómo mi cabeza se obnubilaba por la cantidad de fármacos que me debían haber suministrado. Intentaba hacer memoria de lo sucedido pero tenía

una laguna en mi cabeza. No sabía cómo había llegado hasta allí.
Se suponía que debía ir a Galatea y esperar a la mañana siguiente a tener los resultados, de los cuales estaba casi segura de que iban a dar negativo a cualquier tipo de sustancia, pero las alucinaciones que había tenido a lo largo del día y que si me volvían a repetir alguna prueba iba a evidenciar cualquier cosa que dijese en mi defensa con la cantidad de sedantes que debía tener encima, me hacían presagiar que querían que estuviese ahí. No sabía el motivo, pero alguien estaba muy interesado y se estaba tomando muchas molestias en tenerme apartada del mundo.
Después dormí.
Pinos negros ardiendo en fuego, Mirabile Visu, el hombre de la túnica acercándose cada vez más mientras no tocaba el suelo, flotaba. Desperté.
Abrí los ojos con la sensación de no saber exactamente cuántas horas habían pasado, sentí una gran sensación de cansancio y me debí haber quedado dormida, como cuando duermes muchas horas y te despiertas con la sensación de no saber dónde estás, solamente que en ese momento lo estaba viviendo en primera persona. Realmente no sabía si era de día o de noche. Intenté incorporarme como pude. Moví mis extremidades, –brazos ok– dije para mí. La humedad era muy fuerte, podía sentir el suelo frío y mojado por la misma, mi propio pelo estaba húmedo. Moví la cabeza de un lado para otro, mala idea, aún sentía sensación de mareo de la noche anterior,
¿O era aún la misma noche?.
Tras mover y darme cuenta que a pesar de la sensación de mareo y desorientación, lo cual era normal dadas las circunstancias, todo lo demás parecía estar en su sitio. Por un momento intenté agudizar mis sentidos todo lo que pude.
No era mi antigua habitación de Galatea. Esta última era la típica habitación que te imaginas de un centro hospitalario de esas características, todo neutro, paredes lisas blancas. Una cárcel blanca sin que tuvieses la sensación de que era una cárcel. Pero esto era todo lo opuesto.
No veía nada de lo que tenía a mi alrededor, solamente la puerta que tenía frente a mí, vislumbraba un pequeño halo de luz bajo la misma. Este pequeño destello era lo suficiente como para dejar intuir cómo era toda la habitación. Por lo visto, no todo era cosa de que hubiese agudizado mis sentidos. Recordé en ese momento una escena de la película No Respires del director uruguayo Fede Álvarez donde el protagonista, claramente ciego, recorre las estancias de su casa apoyando la mano contra las paredes para saber dónde estaba.
–Vamos de excursión Be–
Puse en un primer momento los nudillos contra la pared. Mala idea. La pared era rugosa y áspera, nada más empezar empecé a pelarme la piel. Volqué la mano e intenté recorrer toda la estancia para conocer una parte de mi entorno.
Era una habitación con un cuadrado perfecto. La puerta quedaba en la esquina izquierda. El rato que pude dormir puse la almohada y me tapé en la esquina más alejada de la puerta para intentar estar lo más lejos posible de una amenaza o de quien fuese a entrar. Enfrente de donde había puesto mi nueva cama, había un respiradero donde podía notar cómo salía una pequeña brisa. Intenté incorporarme, pero estaba demasiado elevado. Tampoco tenía una silla o algo con lo que alzarme. Intenté palpar para ver si era un respiradero lo suficientemente grande como para poder trepar por él, pero notaba que era muy pequeño, no mucho más grande de un palmo. Alguien se había tomado muchas molestias, pero ¿quién podía ser? ¿Qué hacía yo ahí?.
Sentí por primera vez en mucho tiempo miedo. Miedo de verdad, el que se apodera de ti por completo.
Pude escuchar levemente el sonido de una silla arrastrarse.

–¿Hola?–
Empecé a gritar, a dar golpes en la pared.
–¿Hay alguien?– ¡Hola!–
Nadie respondía a mis súplicas.
Grité, grité y lloré durante varias horas. Estaba totalmente fuera de mí.
Tuve la sensación de que habían pasado muchas horas, pero estaba totalmente desorientada.
Empecé a notar sequedad en la boca e inconscientemente pasé mi lengua por los labios.
Estaban totalmente agrietados.
Recordé la época en la que era feliz, pero yo por aquel entonces, no era consciente de ello, como la mayoría de las veces suele ocurrir, más bien los detestaba, me irritaban, me ponía de los nervios, era una completa estúpida al no apreciarlos. En aquella época no salía por las noches y decidía quedarme en casa con Robi y Martin a ver cualquier documental basura. Recuerdo que en uno de esos documentales, se hablaba de la deshidratación. Eran ese tipo de programas de televisión que a mí me aburrían sobremanera y a Martin le encantaban. Esos momentos me desquiciaban y los puse como excusa cuando empecé a salir cada noche, bien fuese lunes, bien fuese Jueves Santo. Culpé a Martin de ello, lo recuerdo como si fuese hoy. Lo culpé por aburrirme, durante una época no hacía más que culparle a él de todos mis problemas y adicciones. Yo estaba muy segura de mí misma, de que él debía haberme ayudado a distraerme para no seguir con mis malos hábitos.
Volví a llorar, a intentar llorar, pero no me salían lágrimas. Solo sollozos, estaba empezando a deshidratarme. ¿Cuántas horas habían pasado?
–Si dejas de gritar, te traerán de una vez comida– Habló una voz de mujer levemente por el respiradero.
Abrí los ojos sin saber muy bien si era una alucinación o era real lo que acababa de escuchar.
–¡Hola!– Grité.
–Deja de gritar, si sigues así van a esperar a que mueras. Si te portas bien todo será rápido.
–¿Dónde estoy?– No podía dejar de llorar mientras notaba que seguían sin salir lágrimas de mis ojos. Esta simple sensación me generaba todavía más ansiedad.
–Respira, relájate, hazlo conmigo. Coge aire, expulsa aire. Venga, que tú puedes– Me decía la voz del respirador.
Intenté hacerle caso mientras el corazón seguía a más de ciento veinte pulsaciones por minuto. El aire lo expulsaba a duras penas. Estaba muerta de miedo.
–¿Eres tú la que arrastró ayer la silla?– Pregunté.
–Sí, supongo que sí, pensaba que solo quedaba yo , hasta que hace un par de días escuché el golpe de una puerta y fue cuando pensé que, por fin, volvía a tener compañía. Pero al pasar dos días y no escuchar nada, pensé que simplemente estaban recogiendo a alguien que se habían olvidado, hasta que te escuché esta tarde–
Por un instante me quedé bloqueada. Toda la información que me estaba dando sinceramente no sabía cómo digerirla. Llevaba más de cuarenta y ocho horas encerrada sin comer ni beber.
–¿Cómo estás segura de las horas?, ¿estás encerrada como yo o eres de fuera?, ¿Dónde coño estoy?– Grité.
–Sinceramente puedo meterme en un lío solo por hablar contigo, pero me partió el corazón escucharte así, por eso te digo lo mismo. Deja de gritar y te traerán comida. Pórtate bien y todo terminará muy rápido–
–¡No te vayas! Grité angustiada. No tuve respuesta.
Pum, pum, pum.

Abrí los ojos al escuchar unos golpes replicar contra la puerta. Las bisagras empezaron a sonar mientras ésta se abría levemente. Debí haberme quedado dormida, o haber perdido el conocimiento después de lo que acababa de ocurrir. Estaba tan débil que solo quería que acabase pronto todo.
Al abrirse la puerta había una figura humana, la cual no podía distinguir. No tenía prácticamente fuerzas. Una luz cálida encendida en la otra estancia, detrás de la figura, pero no me dejaba ver su rostro. Solo podía ver una figura negra, aparentemente humana, con un sombrero de copa muy parecido al de mis visiones, pero este sí tenía pies. Sostenía una bandeja metálica como las que nos daban en el colegio a la hora de comer junto con un vaso de agua. Lo dejó justo delante de mí y volvió a cerrar la puerta de un golpe.
Me abalancé hacía el agua. Sentía una enorme sensación de sequedad en cada hueco de mi garganta. Las heridas de mis labios escocían al entrar en contacto con la misma. Me habían dejado un trozo de pan y algo parecido a un guiso de carne. Sentía un dolor punzante en la boca del estómago. Me obligaba a comer con pequeños mordiscos mientras me bebía el caldo del guiso. Seguramente sería por la sensación de haber estado casi dos días sin comer ni beber por lo que me había dicho la voz del respiradero, pero me pareció el guiso más exquisito del mundo.

LA MAÑANA SIGUIENTE

–Llámala de una puta vez– Bramé.
–No creo que sea buena idea, quizás deberías sentarte–
–¡Que le llames joder!– Grité
–Martin, coño, tranquilízate, seguro que está bien. Sólo han pasado unas horas desde que se fue– Respondió Luis.
–Llama de una maldita vez a Elena y vamos arriba o iré yo solo Luis, tú mismo–
–¿Quieres escucharme joder?– Puedes poner una denuncia por desaparición, pero es absurdo, sabes dónde se la llevaron, no es una desaparición como tal, sabemos dónde está. No cogerán el teléfono porque es Domingo, la señora esta rara te diría que te llamaría al día siguiente… yo qué sé por qué. Estará en su casa o de retiro espiritual de domingo, vete tú a saber. Elena está en el cuartel y te va a decir lo mismo. Si quieres la molesto y escuchas lo mismo de su voz, ¿Quieres eso?– Dijo alterado Luis. Me mantuve callado, totalmente quieto, sabía que habían pasado solo unas horas desde que se habían llevado a B, pero había quedado con la Dra. Puyol en que me llamaría al día siguiente con los resultados y en función a ellos íbamos a ver qué hacer con ella.
–Es que no dejo de llamar y…–
–Y nadie té contesta porque es Do–min–go Martin, Domingo, de la D a la O. Tendrán un servicio de guardia que no estará pendiente del teléfono. Además después de la nochecita que tuvisteis ayer por lo que me has contado, Be estará durmiendo, son apenas las ocho de la mañana, joder, que no me preparé ni un maldito café…Anda pasa, no tengo Té erly gray de ese que tomas tú, pero tengo un café cojonudo, la Elena me enseñó a moler el grano y no veas…–
–Se dice Earl Grey, y sí… me sentaría bien un café, pero por favor Luis, sé que es tu casa, pero ponte unos malditos pantalones.–
–Sí… Anda pasa, perdona. No me había dado cuenta. Es que me gusta sentir el tacto de las sábanas.–
–Oh my godness! No necesito tanta información.

Hacía tiempo que no entraba a la casa de Luis y Elena. Ciertamente había tenido más relación

últimamente con Artur, a pesar de ser un hombrecillo que me inquietaba. Sentía que intelectualmente tenía más cosas en común con él que con Luis, pero por alguna extraña razón, Luis tenía cierto apego hacia mi persona.

–¡Pero no te quedes ahí embobado. Pasa y siéntate. Estás en tu casa!– gritó Luis.
Me senté en la mesa del salón mientras Luis se subía un pantalón de chándal en la cocina. Después me sirvió una taza de café humeante. Vertía el líquido a la taza con suma delicadeza en comparación con la clase hombre que era. Parecía estar más nervioso que yo, pero a la vez intentaba agradar.
Me quedé mirando el poso del líquido colombiano mientras recordaba la primera noche que fuimos a cenar a casa de nuestros vecinos. A ratos la sensación de tristeza se apoderaba de la sensación de miedo al no saber nada de Be. Una parte de mí sabía que estaba exagerando.
–Martin, sé que estás nervioso por B, pero tranquilo hombre. Sabrás algo de ella dentro de nada, estate tranquilo. Lo que necesitas es darte tiempo. No te agobies. Esta noche Elena tiene guardia, sale a las tres de la tarde, viene a casa, come, descansa un poco y se va a eso de las ocho de la noche, ¿Por qué no te vienes a casa, le digo a Elena que nos deje algo bueno para que cenemos los hombres y además…?
¡Tengo cerveza!–
–Cómo no, tienes cerveza. No sé yo Luis, agradezco tu amabilidad, pero de verdad que no tengo cuerpo para ello, una parte de mí quiere creer y cree lo que me dices, pero por otro lado estoy muy inquieto. Creo que voy a coger el coche y voy a subir a la clínica a hablar con Ana y que me diga cómo está B–
–Vamos a hacer una cosa. Te tomas un café, vas a casa, descansas un poco, y luego coges el coche y vas a hablar con Ana y te quedas más tranquilo, esta noche. Vienes aquí a llorar las penas. Planazo, ¿o no?– Dijo Luis exclamando una sonrisa de oreja a oreja mientras abría los brazos de par en par buscando mi aprobación. Definitivamente a este hombre le pasaba algo.
–No lo describiría yo como planazo, pero sí, tienes razón, también necesito descansar un poco. Anoche no pegué ojo en cuanto Be se fue. La verdad que tengo algunos recuerdos un poco borrosos. Estaba bastante nervioso con todo lo ocurrido. Quizá me vendría bien descansar y si hablo con Ana y quizás con Be, estaré más tranquilo, aunque algo me dice que todo esto va a salir mal, y vamos a volver a empezar desde el principio.–
–Bueno Martin, tú tienes que ver que estás dispuesto a aguantar– Exclamó Luis con tono serio.
¿Qué quieres decir?– Le pregunté.
–No se tío, yo no podría aguantarlo, sinceramente. ¿Otra vez pasar por lo mismo?, me parece muy egoísta por su parte, ¿no crees?. Sinceramente no te mereces eso, creo que te mereces algo mejor para ti, pensar más en ti, ¿no crees?.
Me abalancé sobre Luis y le agarré por la pechera mientras golpeaba contra la pared.
–¿Acaso no te das cuenta que está enferma?. Ella no tiene la culpa, es una víctima de todo esto. Una víctima de la sociedad en la que vivimos, ¿Por qué estás tú aquí? ¿Por qué estamos todos aquí?, para huir de todo, ¿Quién si no, se perdería en ese lugar apartado del mundo? Hay gente que es más débil y busca otras salidas, otras soluciones a sus problemas, en lugar de hablarlos. Tiene parte de culpa, está claro. Pero no por ello voy a dejar de apoyarla y quererla.– Mi ataque de ira hizo atreverme a abalanzarme sobre Luis, cosa que jamás habría hecho en cualquier otra situación. Nuestra diferencia física era digna de admirar para dos seres de la misma especie.
–Yo… Solo lo digo porque te veo sufrir mucho Martin, y no tengo del todo claro que tú quieras esto.– Respondió Luis titubeante.
Le solté, me hizo pensar, jamás imaginé que semejante hombre me fuese a hacer plantearme algo

alguna vez, pero me hizo pensar.
–Yo... Solo quiero que Be se recupere y esté bien.– Sollocé.
–Tranquilo… mira… para que veas que de verdad haría algo por ti. Haz lo que te he dicho, llama al viejo ese amigo tuyo y venir a cenar a casa, tres hombres y una noche por delante, parece el inicio de una película.–
– Sí… de terror… ¿En serio quieres que venga Artur?– Dudé.
Artur y Luis no se dirigían prácticamente la palabra, éramos pocos vecinos, y no es que hubiese mucha relación con la gente del pueblo, ya que vivíamos algo más apartados del resto, pero en general Artur y Luis eran como la noche y el día. No me dijeron nunca qué clase de encuentros habían tenido para no soportarse, pero estaba claro que este enorme hombre se preocupaba por mí y quería animarme, fuese como fuese.
–Sabes que el viejo ermitaño no me cae especialmente bien, pero sé que tenéis una extraña relación. Al principio pensaba que tú le querías hacer la pelota al ser tu casero para que te bajase el alquiler. Ya sabes, esas cosas, yo estaba totalmente convencido de que él te la quería chupar, tiene toda la pinta de ser esa clase de viejo, tú ya me entiendes–
La verdad que a veces era difícil hilar los pensamientos de Luis y darle una lógica, pero aprendí con el tiempo a seguirle el juego.
–Sí... Bueno, jamás hubiese imaginado algo así Luis, pero sí, más o menos te entiendo– intenté seguirle el juego.
–Mira, llevo más tiempo que tú aquí metido, también por Elena, y he visto de todo. Este lugar es muy raro. Como ya te dije los vecinos son raros, nadie habla con nadie. En los pueblos, yo tenía entendido que conoces al panadero por su nombre y sabes cuál es su casa, que si tienes un problema, se conocen todos los vecinos y entre todos se ayudan, pero aquí no pasa eso. Si eres forastero solo te dejan coger una casa a las afueras, no quieren que te mezcles con ellos.–
–Lo mismo ocurre en los barrios ricos de las grandes ciudades, ¿no crees?– Intenté romper la teoría conspiranoica que estaba intentando montar mi grandullón amigo.– Además, Artur es de aquí y también vive muy cerca nuestro, a las afueras– Jaque mate, ya iba siendo hora de irme.
–Artur no es de Esterri.– respondió Luis.
–¿Cómo? Él siempre me dijo que lleva muchos años aquí.
–Sí, y no te mintió, cuando yo vino él ya había sido investigado por mis compañeros, lleva aquí desde la década de los ’90 o algo así me dijeron–
–¿Cómo que investigado por tus compañeros?, ¿Qué coño estás diciendo Luis?–
–Eso fue una investigación Martin, no puedo hablarte de ello y lo sabes.–
–Vamos a ver Luis, Artur es un buen amigo en este sombrío paraje, y sinceramente creía que podía confiar en él, así que si tienes algo que decirme, te ruego que me lo digas ya, si nuestra amistad significa algo para ti– Iba a tener que apelar a la que él consideraba una gran amistad entre nosotros para poder llegar a ese enorme corazón en lo que a dimensiones se refiere.
–Joder Martin, pero yo no te he dicho nada, ¿vale? Esto no es profesional y aunque tú me veas muy basto, yo en mi trabajo intento ser profesional.–
–Y no lo dudo, pero si hay algo que debo saber, creo que no hay mejor momento que este para enterarme, ¿no crees?–
–De acuerdo… vamos a ver, yo te enseño el expediente y tú no cuentas nada de esto jamás, pero jamás de los jamases, ¿entendido?–
–¿Cómo que enseñar?– Pregunté inquieto.
–Si coño, enseñar, ver, lo tengo en mi despacho. Su expediente y el de varios casos que no se resolvieron– Me respondió con una tranquilidad pasmosa.

–¿Cómo puedes tener expedientes en tu casa? No es profesional Luis, no voy a ser yo quien critique tu forma de trabajar sin ser del gremio, pero…¿No hay acaso unos archivos como en las películas donde poder consultarlos?–
–Tú lo has dicho Martin, como en las películas, la digitalización no llegó a este Valle. Con suerte llega el 3G, y como te he dicho muchas veces, a mi hay muchas cosas de este lugar que no me gustan. Tengo varios expedientes que me dio mi Cabo antes de jubilarse para que me los guardase e investigase por mi cuenta, o simplemente para saber a quién acercarme o a quien no? Los tengo guardados en mi despacho –
No podía dar crédito a lo que estaba diciendo Luis. Ciertamente desconfiaba de Esterri en general. Sus oriundos nunca se habían prestado a mezclarse con nosotros, pero ciertamente era algo que por el momento prefería. Así no harían preguntas indiscretas ni juzgarían a Be. Seríamos unos meros forasteros más. Pensaba que Artur estaba más integrado en el día a día de la comunidad de vecinos y que como todo pueblo pequeño, estarían los típicos vecinos indiscretos, que aunque no te saludasen, ya se encargarían de enterarse por un medio u otro quién eras y a dónde ibas.
Nos dispusimos a subir a su despacho. Ahora respondía a mi pregunta de por qué esta clase de persona querría tener un despacho aparte de para almacenar sus fotos del pasado y sus medallas al reconocimiento.
Abrió con llave uno de los cajones que se encontraba tras la mesa que presidía la estancia. Tenía un enorme archivador donde se apilaban en orden alfabético.
–¿Qué son todos esos archivos Luis?–
–No hagas preguntas. Solo el de Artur, ese es el trato– Asentí con la cabeza.
–Podría meterme en un buen lío si alguien se entera de esto Martin, pero si somos amigos, necesito ponerte en preaviso de algunas cosas que han pasado siempre en este Valle y de las que se intenta que no se sepa nada. Lo que ocurre aquí, si ocurriese en una capital de provincia, hace tiempo que tendríamos a la prensa en la puerta de nuestras casas.–
Me quedé impasible mientras seguía hablando Luis. Por un momento empezó a aflorar su lado más policial y estaba dejando atrás a ese típico simplón macho ibérico.
Me enseñó el expediente y en él se podía ver una foto con la cara de Artur, en el relataba que había sido investigado por la muerte de sus dos hijos.
–¿Artur tenía dos hijos?, jamás me lo mencionó.–
–Sigue leyendo Martin.– Advirtió Luis.
El 20 de Diciembre de 1995 sobre las 11:35 de la noche, llegó un aviso a la comandancia de la Guardia Civil del Vall Esterri en el que se alertaba de un homicidio en un domicilio particular a las afueras de Esterri. María Anna Martínez López alertó a los cuerpos policiales de que había encontrado los cadáveres de sus dos hijos varones, ambos menores de edad, tras estar 48 horas desaparecidos junto con su padre, Artur Llobregat López, este último en paradero desconocido a la hora de la denuncia. La señorita Martínez indicó que no había denunciado la desaparición de sus hijos, dado que era habitual que los viernes se fuesen con su padre de acampada al interior del Valle. Solían salir los Viernes sobre las 19:00 una vez finalizaba las horas lectivas los menores y volvían Domingo bien entrada la madrugada, o incluso en algunas ocasiones los Lunes.
La denunciante desconoce los motivos por los que estaban tantos días y de manera tan asidua dentro de Valle, indica que cuando les preguntaba los motivos de sus largas estancias dentro del Valle sin estar comunicados le respondían que era su manera de ‘’estar conectados con su pasado’’. La Srta. Martínez nos asegura que nunca terminó de entender qué significaba aquello

que le respondían sus hijos, pero nos asegura que su marido es un tipo peculiar. En el reconocimiento de los cadáveres, el Dr. Perterre, con número de colegiado 1587623 indicó lo siguiente:
–Luis, no puedo seguir leyendo esto, ¿podrías hacerme un resumen? Creo que me estoy empezando a marear, demasiada información– Asentí. Estaba empezando a perder el sentido del equilibrio.
–Siéntate Martin, voy a traerte un vaso de agua–
Luis abandonó la estancia bajando las escaleras del altillo en dirección a la cocina.
¿Por qué Artur no me había contado nunca nada sobre todo esto?, ¿Tendría él algo que ver en todo lo que estaba ocurriendo? Él fue el que me dio el teléfono de Ana Puyol y el que alentó a llamarla de madrugada para que nos ayudasen.
No sabía si estaba empezando a delirar, o realmente todo estaba relacionado. Una parte de mí, mi lado más racional sabía que todo esto no tenía nada que ver con lo que nos estaba ocurriendo. Be estaba enferma y le tenían que ayudar, ¿Por qué estaba diciéndome todo esto Luis justo ahora?.
Entró en la habitación con el vaso de agua prometido. Bebí.
–¿Por qué Luis, qué me quieres decir con todo esto?–
– Siempre desconfié de este lugar, de sus gentes. No me habrás visto nunca intentar relacionarme con ellos. Si estoy aquí, es por Elena. Por qué quiere estar en un sitio como este y le viene bien. Cuando conoció a Be yo mismo notaba que estaba empezando a mejorar y volver a ser la que era antes. No soy tan tonto como piensas Martin, sé que tú y yo no somos parecidos, pero hay algo que tenemos en común y hace que vengas a mí a pedirme auxilio. Los dos amamos a nuestras mujeres por encima de cualquier cosa y estaríamos dispuestos a hacer lo que fuese necesario por ellas. Por eso mismo nos encontramos hoy aquí, ¿no crees?–
Empecé a pensar qué había subestimado por completo la capacidad mental de Luis. Detrás de todo ese cuerpo musculoso había una persona con inquietudes que estaba empezando a desvelar.
Luis siguió hablando.
–Además, aproveché el estar encerrado en este Valle para indagar un poco más, había cosas que no me cuadraban. Todo el mundo sabe que soy Guardia Civil y por tanto es más complicado investigar por mi cuenta. Como ya te dije, nunca confié en ese centro. En general todo el cuerpo policial hemos desconfiado de la realidad de Galatea, no me cuadra un sitio así en un lugar como este, por más que me quieran contar la película que lo hacen para alejar a la gente de todo el mundo, yo no me lo trago, hay algo que no me cuadra. Cuando me enteré que Be había estado internada, pensé por un instante que vosotros erais uno de ellos y que me estabais vigilando, contrainteligencia–
–Si no supiese a lo que te dedicas Luis, te diría que has visto demasiadas películas– Sonreí.
–Si tu hubieses visto lo mismo que yo… bueno, ¿estás más entero mi jodido british? Porque si quieres puedo parar.–
–Sigue– Me agarré las rodillas como cuando el niño nervioso está a punto de recibir una reprimenda por parte de sus padres.
–Voy un poco al resumen para que sepas por qué no termino de fiarme de ese viejo octogenario– Dijo Luis.
Cogió aire y siguió hablando.
–El Dr. Perterre aseguró que ambos menores de edad fueron brutalmente asesinados, con un ensañamiento más propio de animales que de un ser humano.–
–¿Qué quieres decir con eso?– Pregunté.
–No lo pudo asegurar, pero por los daños que sufrieron en la capacidad torácica y los cortes

irregulares que tenían por la zona costillar, dio a entender que posiblemente habían sido atacados por unos lobos o algún otro tipo de animal. El problema está en que los cortes eran demasiado precisos para haber sido perpetrados de manera aleatoria–
–¿Qué coño quieres decir Luis?–
–Pues que un animal, destroza la carne cómo puede, con sus colmillos y sus garras, no realiza cortes precisos, hasta el momento no se conoce que ningún jodido lobo o mamífero esté licenciado en Medicina Forense por la Universidad Complutense–.
–¿Y quién pudo hacer semejante barbaridad, que pinta Artur en todo esto?–
–Hay varias incógnitas. En primer lugar, los cuerpos fueron trasladados hasta el domicilio de Artur y Anne, donde la mujer los encontró. Asegura que ella no salió de casa en todo el fin de semana, pero que no se encontraba nadie en el domicilio, sin embargo los cadáveres aparecieron allí, ahí tenemos la primera incógnita, ¿Quién y por qué llevó los cadáveres hasta el domicilio?. O los movió alguien, o aparecieron por arte de magia. Por otro lado, Artur no apareció hasta 72 horas después de denunciar la desaparición. En el atestado aseguraron mis compañeros que estaba bañado en sangre y no mencionaba palabra alguna. Tampoco le pudieron acusar de nada porque no había pruebas suficientes como para incriminarle. Aseguraron que estuvo otros 3 días en estado de shock y que pasado ese tiempo, volvió a actuar con total normalidad–.
–Sigue sin responder eso a por qué tenían unos cortes tan precisos los cadáveres de sus hijos–
–Vamos a ver… Esto es opinión personal Martin, no profesional, no hay ningún hecho probado, pero es un rumor que cogió cierto peso en su momento–.
Un sudor frío empezó a recorrerme la sien. Era una persona muy impresionable, acostumbrado a estar rodeado de libros de texto, no a vivir en primera persona un suceso de tal magnitud.
–Hace muchos años, este Valle estaba totalmente aislado, si ya lo está, imagínate décadas atrás. Cuando cortaban el paso del túnel con el exterior, llegaban a estar varios meses totalmente aislados del resto de la civilización. Eso conllevó a que la población local tuviese… digamos que ciertos rituales algo diferentes a lo que estamos acostumbrados–.
–¿Qué clase de rituales, de qué coño me estás hablando Luis?–
Todo lo que me estaba contando me sonaba a fantasía barata, cuentos para asustar a los niños. Sinceramente me estaba costando darles credibilidad a las palabras de mi vecino.
–Digamos que la religión Cristiana llegó aquí pero en otro sentido, no sé cómo decirlo, no soy un experto en la materia. Puede que fuese por el aura que se respira aquí, ya sabes, los árboles, la inmensidad, el color de los pinos al anochecer que se vuelven totalmente negros, es como una película de terror si lo piensas bien–.
–Luis no sé de qué cojones me estás hablando, ves al grano-.
–Vamos a ver Martin, me suena loco hasta a mí. Me da vergüenza decirlo en voz alta, pero la muerte de estos dos niños la relacionamos con un ritual satánico. Durante muchas décadas se realizaban multitud de rituales en todas las laderas del Valle. ¿Has visto acaso el número de habitantes que hay en todo Esterri? ¿No te extraña que no se haya masificado como otros pueblos de montaña?. Antiguamente la gente no tenía televisión ni condones, cada familia tenía varios hijos, es historia de España, tu deberías saberlo, eres el de letras–.
–¿Qué tiene que ver todo eso con que no hubiese tantos niños en la población? ¿Y qué pinta Artur en todo esto?– Estaba empezando a asustarme, no creía en cuentos de brujas ni fantasmas. Pero estar viviendo en un lugar donde se habían acontecido algunos hechos de esa tesitura hacía que me sintiese bastante incómodo.
– Por lo visto, en varios de estos rituales satánicos, utilizaban a niños recién nacidos. En ocasiones a bebés que habían nacido con alguna malformación, ya que los consideraban como

una vergüenza para la familia. Según sus creencias, ofrecían su sangre y órganos a los espíritus para que estos les protegiesen durante los meses en los que se encontraban totalmente aislados–.
–¿Qué quieres decir con que se los ofrecían?–.
–Canibalismo Martin… No tengo ni idea ni tampoco quise ahondar mucho en el tema cuando me enteré de ello. ¿Por qué crees que hay una comandancia de la Guardia Civil expresamente en este lugar? Los meses en los que el Valle permanecía cerrado, coincidía con la temporada de invierno.
Antiguamente la población local vivía exclusivamente de la ganadería y de lo que recolectaban en las cosechas. Algunos años dicen que el invierno llegó a durar en el Valle hasta seis meses en los cuales no podían recolectar y los animales no sobrevivían tantos meses, era un auténtico infierno vivir aquí. En cuanto Elena se enteró por un compañero todo lo que había ocurrido en este lugar, y con lo que nos había pasado, algo dentro de ella afloró y me pidió pedir el traslado para ayudar de primera mano. A eso nos dedicamos. Te ruego máxima discreción. No debería haberte contado nada de todo esto, ¿Por qué crees que no me junto tanto con Artur a pesar de vivir tan cerca?–.
Me quedé pasmado con lo que estaba escuchando. Me parecía más bien una historia de una novela barata que jamás llegaría a mis manos para traducir, pero estaba viviendo en primera persona que la realidad supera siempre a la ficción, como se suele decir.
–Sigo sin entender qué pinta él en todo esto–.
–Como te he dicho, estaba lleno de sangre. Caía a borbotones por la barba. Tenía la mirada perdida, fija en un punto, pero a la vez sin mirar a ningún sitio. Pero por aquél entonces no había prueba de ADN y no se pudo probar. Tomaron las diligencias oportunas y salió libre. Desde aquel entonces tanto él, como varios vecinos de Esterri son vigilados, y ellos lo saben. La teoría que realmente barajamos los compañeros de hoy en día, es que hay un negocio de tráfico de órganos infantiles. No te imaginas la de mafias que se dedican a eso. Verían en su momento una mina de oro en este lugar, quién sabe. Pero es la teoría que barajamos en este momento. Como te he dicho, te cuento esto por la situación que estás viviendo y dada la confianza que tienes con el viejo, te necesito para sonsacarle cuanta más información mejor, pero ándate con cuidado Martin. En los meses de verano, somos la zona del Pirineo que más desapariciones denuncian y suelen ser desapariciones de adultos no de niños. Hoy en día sí un adulto desaparece, se especula si es un hombre con que no soportaba a la mujer ni a los niños y vio el momento y lugar perfecto para huir, y si es una mujer que tenía un amante–. Dijo Luis en tono amenazante.
–Sinceramente me cuesta mucho imaginarme al viejo Artur tal y como me lo estás describiendo. Pero creo que enterarse de algo así y haber estado perdido en el bosque tantos días es como para estar un poco gaga ¿No crees?– Pregunté a Luis.
–Ahí no acaba todo chaval. Por la zona trasera del pulmón, que estaba hecho añicos, encontraron una hoja recortada casi ininteligible por la sangre del cuerpo. Solo se podía leer la palabra Apopompé –
–Apo..¿Qué?– Dije extrañado. Tenía algo de familiar esa palabra para mí.
–Apopompé, se supone que tú eres el de letras.–
–No sabría decirte ni que idioma es ese, si es que es otro idioma–
–Latín, mis compañeros tampoco supieron a qué se refería, hasta que descubrieron que es uno de los pasos en un ritual exorcista.–
Me quedé mudo por un instante. Recordé justo donde había oído por primera vez esa palabreja. Be me dijo que cuando estaba corriendo encontró una hoja de papel en la carretera que parecía que habían dejado ahí adrede para que ella la encontrase, o se fijase en ella donde estaba escrito

en color rojo Apopompé.
–Es la letanía de amenazas que se lanzan contra el poseso, dirigiéndolas al demonio que habita dentro del cuerpo.– Dije mirando al infinito.
–Tengo que reconocerte Martin, que cuando llegasteis a Esterri, dudaba si erais nuevos miembros de la secta, o si por el contrario eran ellos los que os habían elegido por algún motivo en concreto. Por eso, os quisimos conocer un poco más Elena y yo.
–¿Cómo que elegido?–
–Báratro solo se mueve por intereses económicos y religiosos. No quiero que me digas nada Martin, pero por algún motivo, en algún momento que a ti te debió parecer casual, os contactarían de alguna manera para que estuvieseis justo aquí–
Me quedé parado, como una estatua reflexionando sobre lo que Luis me estaba contando. Un exceso de información que me dejó bloqueado.
–Luis, tengo que irme, hazme un favor, llama a Artur e invítale a cenar a casa, vamos a hablar con él y que nos diga todo lo que sabe. Estoy seguro de que él tiene muchas respuestas–
–¿Tú has acaso escuchado algo de todo lo que te acabo de contar? Como le mencionemos a Artur lo de su caso estoy perdido Martin, y por descontado no pienso ser yo la cena de un puto viejo psicópata ¡no podemos!– Gritó Luis.
–No lo haremos, conseguiremos que nos lo cuente él. Hazme ese favor, consigue que venga a cenar a casa, di.. Dile que le invito yo pero que estoy ocupado, él sabe lo que ocurrió anoche. Voy a Galatea a hablar con Ana y estaré de vuelta para la cena–
Salí corriendo de su despacho sin mirar atrás. Como si algo o alguien estuviese persiguiéndome. Si Be había vuelto a recaer necesitaba saberlo ya, y si era el caso contrario, estaba seguro de que Artur podría decirme qué estaba pasando en Esterri. Si de verdad todo este tiempo habíamos sido buenos amigos como el me aseguraba siempre, este era el momento de demostrarlo. Y si por el contrario tenía algo que ver con todo esto, habría que hacerle hablar de una forma o de otra–

OSCURIDAD

–¡ACHUÁ!– Estornudé con estruendo.

Me empecé a percatar que mientras menos ruido hacía y más quieta estaba, mejor se portaban. Al principio intenté contar los días por el número de comidas, pero llegó un punto en el que empecé a perder la cuenta. Siempre eran 3, desayuno, comida y cena. Menos cuando me daban ganas de llorar. Cuando esto ocurría me costaba mucho controlarme, empezaba a golpear las paredes, a gritar, quería salir de ahí, pero no sabía cómo. Cuando me ponía así, me quitaban un plato de comida sí luego me quedaba callada. El problema es que no llegué a saber nunca si era el desayuno o la cena la que me quitaban. Casi siempre comía lo mismo, el guiso más delicioso que jamás probé. Me di cuenta que iban mejorando la técnica con el paso de los días. La pequeña luz que se reflejaba debajo de mi puerta me permitía tener algo de luz durante algunas horas del día.

Los primeros días casi no tuve gusto por la sequedad de mi boca y las heridas de los labios, pero podía ver cómo solo era un guiso de carne con guisantes. Con el paso de los días empecé a ver y a saborear pequeños cambios. Los guisantes los cambiaron por trozos de zanahoria cortados con bandolina en largas tiras pequeñas y finas que cogían el sabor de la salsa. Esta la fueron mejorando. Al principio tenía mucho sabor, pero cada vez se acentuaba más el sabor a carne.

El hombre de la túnica que no me dejaba ver su rostro abría la puerta cada cierto tiempo para dejarme la bandeja con un vaso de agua. Al principio sentía miedo, pero poco a poco fue cambiando ese miedo por desgana, incluso alguna vez me atreví a preguntarle:

–Perdona, ¿Le echáis Bovril a la salsa para darle ese sabor tan potente?–
Nunca respondía. Se limitaba a dejar la bandeja y recogerla cuando fuese a traer la siguiente. Así un día tras otro.
Casi siempre permanecía en silencio, intentando escuchar la silla arrastrarse de la voz del respiradero. Pero no hablaba. Tampoco arrastraba la silla. Es como si nunca hubiese existido. Puede que fuese una ilusión. Sería eso lo más seguro. Estaba muy débil y muy cansada, a veces el ser humano hace esas cosas por instinto de supervivencia, creo que esa idea se me había quedado grabada de uno de los documentales que veía con Martin…Martin… no dejaba de pensar en él. No sabía cuánto tiempo llevaba encerrada. De lo que estaba segura es que no estaba en Galatea. Seguro que está buscándome. En cuanto vaya a hablar con la Dra. Puyol y vea que no estoy irá a hablar con Luis y Elena y pondrán un dispositivo de búsqueda.
–¡Escúchame, seas quien seas, van a venir a por mí, más te vale que me liberes!. ¿Me estás oyendo? Van a venir a por ti, saco de mierda, tienes los días contados, y tendrás que liberarme a mí y a la otra chica. Aún estas a tiempo, ¿me oyes cabrón? ¡RESPONDE!–
Esa noche no hubo cena, pero mereció la pena. Necesitaba en ocasiones sacar la ira almacenada. No estaba segura de cuántas horas dormía. Iba dando cabezadas durante lo que suponía que era el día y la noche. El suelo estaba húmedo y dejaba un halo de agua a ras del mismo, en la esquinas solían salir a pasear algunos insectos que se almacenaban a cada uno de los costados de la habitación. Era un hábitat perfecta para ellos. En ocasiones estaba durmiendo y una cucaracha correteaba por mi cara, me golpeaba con fuerza y gritaba, gritaba porque me despertaba y me daba cuenta de lo que estaba viviendo. Era lo más parecido a una pesadilla.
Desde que me dejaron en esta habitación no me volvieron a pinchar en el brazo. Siempre olía la comida e intentaba saborear el agua por si notaba algún sabor extraño. Pero la ansiedad podía casi siempre conmigo. Llegó un punto en el que me daba igual. Solo quería comer y beber. Joder qué bueno estaba ese guiso.
Una noche, una cucaracha empezó a revolotear por la zona de mi boca, empecé a gritar como una posesa. La voz del respiradero habló.
–Como sigas gritando así vamos a salir ardiendo– dijo.
–Tú, ¡por fin! ¿Dónde te habías metido?
–Como sigas gritando así, vamos a salir ardiendo–. Dijo otra vez.
Me levanté de golpe y permanecí unos segundos de pie frente al respiradero. Silbé dos veces. Las heridas de los labios favorecieron al sonido. Lo hicieron más suave. Me respondió con dos silbidos.
Tuve una idea. Iba a intentar comunicarme sin hacer demasiado ruido. A lo mejor así podríamos hablar.
–3 silbidos significa cómo estas y si respondes con uno es que estás bien y dos mal–
La voz empezó a reír lentamente. –Poca conversación vamos a poder tener, ¿no crees? Pero es un comienzo. Silbó una vez.
–¿Me dejas probar?– Silbé tres veces, me respondió con un silbido. Las dos empezamos a reír.
Escuché unos pasos pisar fuerte mientras se dirigían hacia mi puerta. Se abrió sin que diera tiempo a sonar las bisagras.
–¿Qué es lo que haces?– Me preguntaba alterado el hombre de la túnica. Me quede inmóvil sin responder mientras agachaba la cabeza.

–¿Qué es lo que haces?– repitió el hombre.
Seguí sin responder mientras permanecía impasible.
–Estabas hablando, ¿verdad?, ¿con quién?– preguntó cada vez elevando más el tono de voz.
–Con nadie– Seguí mirando al suelo.
Se produjo un silencio que pareció una eternidad. Volví a levantar un poco la mirada y seguía sin poder ver la cara. La túnica negra y el sombrero de copa no dejaban vislumbrar ni un solo rasgo.
Dio tres pasos al frente hasta quedarse delante de mí.
–Ponte de rodillas– me ordenó.
–Por favor– Dije en tono de súplica mientras empecé a llorar.
–¡Que te pongas de rodillas!– gritó.
Hice el ademán de obedecerle mientras las lágrimas seguían cayendo a borbotones de mis ojos hasta que mis rodillas acariciaron el suelo húmedo.
Me puso la mano encima de la cabeza. Permaneció por un momento en silencio.
Empezó a recitar unas frases en latín. No podía llegar a entender ninguna palabra porque estaba hablando en voz muy baja.
Tragué saliva nerviosamente mientras iba a pedirle que por favor no me tocase.
Antes de que pudiese decir cualquier palabra, soltó mi cabeza y se fue rumbo hacia la puerta, se giró y se me quedó mirando fijamente por unos segundos.
–Por favor– dije débilmente casi llorando. –Déjame en paz, si queréis matarme hacerlo de una jodida vez, pero no me tengáis en esta habitación plagada de insectos–
–No deberías hablar en esos términos. Estar aquí tiene sus cosas buenas, además este es ahora tu sitio, de momento–
No sé cuánto tiempo llevaría allí encerrada, pero el simple hecho de que me hubiese dirigido alguien una frase, me hizo excitarme sobre manera.
–¿De momento?, ¿a dónde me queréis llevar?, ¿Qué es este sitio y dónde estoy?, Ayúdame por favor– suplicaba.
–Deberías saberlo Begoña, de momento tienes que esperar, no puedo ayudarte–. Cerró la puerta.
Lo último que recuerdo después de aquello es que me tiré al suelo y empecé a gritar, llorar y maldecir mientras tiritaba de frío.
Pasaron días, no estoy segura de cuántos. Dejó de traer comida y agua y perdí la noción del tiempo. Volví a sentir que no tenía fuerzas y cuando tenía conciencia básicamente estaba tumbada en el suelo mientras los insectos trepaban por mi cuerpo como si de una atracción me tratase. A alguno lo veía mirarme desde la lejanía sin terminar de acercarse. No sé si por miedo o quizás estaba esperando a que la merienda de su próximo año terminase por desfallecer. Intenté ponerle nombre a cada uno de ellos, pero eran demasiados. Era una estrategia que me enseñó Sara para no tenerles miedo. De alguna manera personificaba a esas criaturas y dejaba de verlas con la fobia que les solían ver el resto de las personas.
Podía notar que ellos lo sabían. No les quería molestar, me gustaba observarlos. Una noche, entre varias hormigas, empujaron hasta un pequeño agujero que había en una pared un trozo de frambuesa que habían puesto en el caldo del guiso. Primero empezó una de ellas, pero la frambuesa era tan grande y tan deforme que no podía girar sobre sí hasta llegar a su casa, llegaron un grupo más grande y entre todas se ayudaron hasta lograr su objetivo. Tener comida para toda la familia que seguramente supondría centenares de diminutas hormigas.
Definitivamente, el ser humano tenía que aprender mucho de estos pequeños amigos que llevan tanto tiempo en la tierra como nosotros. Mientras, nosotros nos centramos en la avaricia, en posesiones materiales, tener mejor estatus social que el vecino. Solo queremos vivir al límite.

Vive rápido, muere joven, como decía Kurt Cobain. Lo habíamos llevado hasta tal extremo que personas como yo, terminábamos en los agujeros más oscuros jamás imaginados. Y no me refiero al agujero literal en el que estaba encerrada, sino a los submundos que había llegado a conocer en mi pasado. Una parte de mí, culpaba a la sociedad, al ritmo de vida, a la gente por llevarme a ese exceso de consumo de drogas y sustancias alucinógenas. Solo quería huir, escapar de todo.

La gente juzga y estigmatiza a los drogadictos, creen que somos débiles. Peor aún, creen que ellos están por encima de nosotros, que son más fuertes, que eso no les ocurriría jamás a ellos.

–¡ACHUÁ!– Estornudé, esta vez con bastante mucosa intentando salir de mí.

Escuché las bisagras abrir lentamente, volvieron los guisos y los vasos de agua. Esta vez acompañado de un pequeño farolillo con una vela en su interior y una cerilla. Había una nota escrita a mano junto al guiso. Intenté sostener el farolillo como pude mientras la lumbre iluminaba la nota dando una imagen tétrica a la situación.

Pues de no esperar que los soldados caídos resucitarán, habría sido superfluo y necio rogar por los muertos, más si consideraba que una magnífica recompensa está reservada a los que duermen piadosamente, es un pensamiento santo y piadoso. Macabeos 12:44–45

Al menos querrían entretenerme. Me preocupaba que mi falta de consciencia la hubiesen interpretado como que me portaba bien para traerme comida y un nuevo accesorio con el que decorar el que estaba siendo mi hogar.

La luz de la vela dio un nuevo aire a la habitación, si no llega a ser por la desesperación que sentía de estar casi en completa oscuridad, casi hubiese preferido seguir a oscuras. Era peor de lo que me imaginaba, la verdad. Las cuatro paredes eran de color verde oscuro y estaban muy castigadas por el paso del tiempo. Quien hubiese diseñado aquel lugar lo tenía abandonado. La humedad se apoderaba de cada esquina de la habitación. Podía notar cómo cada vez mi ropa se humedecía más y más. Pude ver que en la esquina más cercana a la puerta había un nido de diminutos insectos. Al menos ya sabía de dónde venían la mayoría de ellos. Miré mi piel. Tenía puntitos rojos por todas partes. Eran picaduras de insectos. Intenté mantener la calma, pero mi parte menos racional estaba deseando perder la cabeza por completo, pero un ataque de ira suponía estar varios turnos de comida sin dar bocado. Me tapé la boca y sollocé en silencio.

A la mañana siguiente, o lo que supuse que era la mañana después de sentir que había dormido varias horas me desperté mareada. No podía incorporarme. La noche de antes, por lo visto no había llegado siquiera a dónde había ubicado la cama. Me quede tendida en el frío suelo en mitad de la habitación. Cuando empecé a recuperar la conciencia pude sentir que estaba tiritando, me dolía cada músculo de mi cuerpo, y donde debía estar mi garganta de forma natural, notaba una pelota que me estaba dificultando bastante el hecho de tragar meramente saliva. El ambiente había conseguido que enfermase. En ese momento no sentí miedo. Sinceramente pensé que mi cuerpo ya no iba a tener fuerzas para salir de esa situación. Que pasase conmigo lo que tuviese que pasar.

Debía tener más de 38 grados de temperatura corporal. Intenté moverme como pude hasta la improvisada cama. Cada paso que daba notaba como si mis músculos estuviesen formados por cristales que se iban haciendo añicos a cada zancada que dirigía hasta la improvisada cama. Me tumbé. Justo cuando volví a cerrar los ojos para intentar dormir. Empecé a notar los brazos de Morfeo mientras me arropaban y apoderaban de todo mi cuerpo.

3 silbidos.

Se intentaba comunicar conmigo. Pero esta vez no tenía fuerzas. Intenté silbar con todas ellas, pero no pude. Dormí.

Soñé con Martin y Robi. Nuestra primera mudanza a nuestro apartamento en Madrid. Yo antes adoraba la ciudad. Estaba enamorada de su tráfico, de su gente, del ritmo frenético del día a día. No tener casi tiempo para comer, llegar a casa y estar realmente agotada. Descrito así puede que no tenga nada de atractivo, pero me encantaba la sensación de haber exprimido al máximo el día. Y qué decir de su vida nocturna. No me refiero a la vida nocturna que frecuenté en mis últimos años de estancia en Madrid, sino a la vida nocturna de lo que la sociedad considera gente normal. Quedábamos casi todos los viernes con un grupo de amigos de Martin que habíamos hecho al final conjunto. Cuando llevas ya un tiempo en pareja, los amigos de él, se acaban convirtiendo en tus mejores amigos, o al menos lo intentas. Mi mejor amiga era mi hermana Sara, pero no nos veíamos todo lo que nos hubiese gustado. Siempre tenía algún problema sentimental que solucionar o algún nuevo novio que acaparaba todo su tiempo hasta que nos lo presentaba, y dos semanas más tarde se esfumaba a la misma velocidad con la que había aparecido. El último fue Daniel. Él lo fastidió todo, el que había tirado por los suelos el castillo de naipes que era nuestra vida, aunque ahora mismo no podía recordar qué había pasado exactamente. Notaba que tenía algunas lagunas en mi mente. Solamente tenía la imagen nítida de sus rostros ensangrentados.
Lo que realmente recuerdo son los domingos en casa. Sé que lo digo mucho, pero nuestra pequeña familia era todo lo que me hacía feliz. Sentía que el resto de la semana era un relleno, un cuadrante que tenía que rellenar hasta llegar al día que realmente me importaba. Tenía que cumplir con mis obligaciones como persona integrada en la sociedad. Ir al gimnasio para cumplir con los cánones de belleza que estaban establecidos en esta época temporal, cuidar mi alimentación, quedar uno o dos días el fin de semana para estar en la rueda de la escala social de la cual no podías salir. Si salías se consideraba que te aislabas por completo, y estaba o mejor dicho está, socialmente mal visto que quieras salir de esa rueda, de ese bucle infinito. Es como el perro que intenta morderse su cola, una historia interminable. Sinceramente era una sensación que me agotaba, y uno de los motivos por los cuales quise buscar una salida fácil, rápida.
Martin y Robi eran mi refugio. Recuerdo llegar a casa después de una jornada maratoniana de trabajo. En la entrada teníamos un mueble que era parecido al de la película El laberinto del fauno . Medía casi dos metros de alto de madera de arce que habíamos restaurado tras comprarlo en el Rastro. Tenía dos enormes puertas en sus extremos. Cuando lo abrías, tenías la sensación de que era un portal que te llevaba a otros mundos. Lo encontramos por mera casualidad y se acabó convirtiendo en uno de los elementos más llamativos de la casa. Aunque sabíamos que lo más seguro es que no fuésemos a tener hijos, fantaseábamos con verlo jugar al escondite y encerrarse en el armario mientras nosotros fingíamos que no lo encontrábamos.
Llegaba a casa y dejaba todas mis prendas de abrigo dentro del armario del fauno . Robi venía corriendo empujando con su lomo todo lo que encontraba a su alrededor. Por aquel entonces no era más que un cachorro a pesar de tener ya casi tamaño adulto y no controlaba su fuerza.
–¿Cómo está mi grandullón, quién es el nene de mamá?– Le hablaba como quién le habla a un niño pequeño, a él parecía gustarle.
–¿Dónde está papá? Corre–.
Era decirle esas palabras y acto seguido salir corriendo en busca de Martin. Casi siempre estaba en su pequeño despacho escribiendo. No era una casa muy grande, aún con dos sueldos, era muy difícil conseguir un piso grande y tener dinero sobrante para seguir con un ritmo alto de vida capitalina.
Debería medir cerca de unos setenta metros, más o menos, nunca se me dio bien saber si una casa era grande o pequeña en función de sus medidas. Lo que nosotros buscábamos siempre es que tuviese un pequeño salón, un dormitorio de matrimonio, y un pequeño despacho, Martin

trabajaba mucho en casa. Yo por el contrario prefería ir al Despacho a trabajar. Según el caso, podía trabajar desde casa algunas horas, pero no podía concentrarme. Me gustaba el compadreo con los compañeros de trabajo y diferenciar mi lugar de trabajo y mi guarida, mi hogar.
Martin, sin embargo, no podía diferenciar una cosa de otra. Igual traducía y escribía en su despacho, como lo hacía en el baño mientras hacía sus necesidades, en ocasiones era fácil malinterpretar esto último.
Al principio tenía mucho volumen de trabajo, recuerdo que de los dos él era siempre el que iba más estresado. Le pedían unos plazos de traducción muy cortos. Vale que para él su trabajo a priori pudiera parecer que no tenía una gran dificultad, a fin de cuentas el inglés era su lengua materna. Pero él siempre iba más allá. Sabía que los escritores, como realmente muestran sus emociones y las intentan transmitir al lector, es en su lengua natal. Al cambiar ese lenguaje a otro idioma, se podía perder por el camino parte de la esencia de lo que quería transmitir el libro. Esa simple idea era algo que no podía tolerar. Era un enamorado de su trabajo y de lo que hacía. Esa misma pasión te la contagiaba cuando hablaba de ello.
Recuerdo una vez que me llamó muy emocionado al trabajo. Era mitad de mañana, pensé que algo le había pasado. No era habitual en él llamarme a esas horas. Era la primera vez que traducía por completo una novela de más de 400 páginas y estaba pletórico por lo bien que le había quedado. Decía que el escritor intentaba transmitir emociones muy fuertes, con muchos ejemplos con términos locales y vivencias de la cultura popular española, y finalmente consiguió que quedase una obra perfecta para el público anglosajón. Quedamos en ir a cenar una hamburguesa para celebrarlo. Con nuestros amigos solíamos ir a los sitios de moda, o a los más elegantes, a disfrutar los fines de semana y los Viernes noche. Pero cuando estábamos solos y queríamos realmente celebrar algo él y yo, nos íbamos a nuestra hamburguesería favorita y nos pringábamos las manos con todas las salsas que pudiese ofrecernos el local. Tenían de todo tipo. Mi favorita era la miel y mostaza, un clásico, nada nuevo, pero casaba a la perfección con mi hamburguesa de pollo, pepinillos y queso raclette.
Martin sin embargo se decantaba siempre que le autorizaba con la mirada por la Alioli y ajos tiernos.
–Ya sabemos quién no va a besar a nadie hoy– Le decía siempre.
–Será duro, pero merece la pena– Respondía a la vez que ponía una sonrisa de niño pillo mientras le hincaba el diente a su hamburguesa rebosante de salsa por cada abertura que se producía en el pan. Finalmente esa noche nuestros planes se truncaron. Mientras Martin estaba obsesionado por la calidad de sus textos, sus jefes en lo único que pensaban era en los plazos de entrega. Lo que debía ser un día ilusionante y lleno de emociones, acabó acompañado de frustración, ira y desasosiego. No llegaron a leer la traducción. Tanto la editorial, el escritor como empresa de traducción, acabaron bastante enfadados por la demora en devolver el escrito completamente traducido y listo para mandar a imprenta y lanzarlo al mercado británico.
El problema solía ser, que por aquel entonces, Martin tenía un superior directo algo blando. Jacob. Era un hombre de unos sesenta años, blanco de piel como de pelo con la misma tonalidad que la nieve, pero solía ser bastante blando en ocasiones. Cuando los jefes aprietan, él no solía apretar. Le decía las cosas con suavidad. Por lo tanto Martin interpretaba que tenía tiempo sobrante para hacer una traducción perfecta de las obras.
Cuando esto ocurría, el problema venía después. Martin se enteraba por sus compañeros que los superiores estaban bastante enfadados por la tardanza en la entrega de su trabajo. Siempre le recriminaba a Jacob que le defendiese e hiciese hincapié en la calidad de traducción de los textos, y no en el volumen de traducción que debía hacer en un año natural.

–Esto es el mundo empresarial Martin, suele importar en gran medida la cantidad, no la calidad. Business is Business– Solía responderle Jacob.
Odiaba esa respuesta. Jamás pudo entender esa definición. Para él lo más importante era la calidad del contenido, fuese cual fuese. Le molestaba mucho que los grupos musicales de hoy en día sacasen un disco nuevo cada año. En lugar de trabajar en algo que para ellos fuese único, casi perfecto. Algo que poder mostrar al mundo cómo eran ellos, qué sentían en ese momento. Por el contrario, en cualquier tipo de industria imperaba el volumen. Lanzar al mercado cuanto más, mejor. Daba igual el producto que ofrecieses, o el sector en el que te movieses. En todos era el mismo discurso. Si está para ayer mejor que para hoy. Independientemente del resultado. Mientras tuviese una calidad mínima, era suficiente.
Martin siempre defendía que estaban engañando al consumidor.
–Nos están convirtiendo en una sociedad de imbéciles– Recriminaba.
Llegó hasta tal punto, que siempre le pedía a Jacob que no quería trabajar con cierto tipo de autores. Todos aquellos que sacaban en menos de 12 meses una nueva novela, y 6 meses después ya tenían su versión en formato Serie en alguna plataforma audiovisual. Trataba por todos los medios evitar trabajar con esa gente. Decía que iba en contra de sus principios. El suyo no era un trabajo muy creativo, pero, ciertamente, admiraba el arte en todos sus aspectos y sentidos.
Me atrevo a decir ahora, que su humor cambiaba constantemente en función de su trabajo, del volumen del mismo y de la calidad con la que estuviesen terminados.
Según cómo le hubiese ido el día, en ocasiones llegaba y escuchaba de fondo algún vinilo en nuestra vieja gramola. A Martin le gustaban los clásicos. Era una persona de época atrapada en el cuerpo de un británico en el futuro. Siempre bromeaba con ello. Era lo que se conoce hoy en día como un viejoven. Le encantaba el Jazz. No le pegaba en absoluto, era el prototipo inglés rubio de ojos claros escuchando música negra de los años 60. Era un enamorado de otro tiempo, de otra forma de hacer las cosas. Siempre que estaba de buen humor ponía sus viejos vinilos que conseguía en una tienda diminuta de Malasaña. Nina Simone, Miles Davis, Charlie Parker, Ray Charles. Sabía que había tenido un buen día sí al llegar a casa escuchaba desde la entradilla una de esas roncas voces alzarse por encima del silencio. Siempre decía que le gustaba compartir con ellos sus buenos momentos. Le habían acompañado desde que era niño, hasta su madurez. Los sentía como parte de él y le gustaba hacerlos partícipe de ello. Estaba enamorado del disco Sketches of Spain de Miles Davis. Martin decía que era jazz fusión con sonidos íberos inspirado en el Concierto de Aranjuez. La determinación que transmitía por su trabajo y sus hobbies era uno de los motivos por el cual me enamoré de él.
En ocasiones podía parecer un poco borde su forma de contestar, lo decía siempre. Era el prototipo inglés y él estaba muy orgulloso de ello. En ocasiones se encontraba con muchas barreras, tanto en el ámbito laboral como en sus momentos de ocio, la gente en ocasiones no entendía su visión sarcástica de la vida. Muchas veces permanecía sentado mientras el resto no hacía nada más que hablar para llenar de palabras el silencio. Luego me comentaba que hacía eso precisamente para darle apoyo al silencio. Muchas veces era más hermoso que las palabras que graznaban al cielo sus acompañantes con tal de evitar ese vacío al cual le tenían pánico.
–Vivimos en una sociedad con miedo al silencio– Le gustaba filosofar, o al menos intentarlo.
–Es un mundo que no quiere gente callada, queremos llenar el espacio con lo que sea. Si todo el mundo llena la casa de objetos, el resto lo hace. Si empezamos a vaciarlas, le llamamos decoración minimalista y lo empieza a hacer toda la población. No nos planteamos el día a día y en darnos cuenta de verdad quienes somos o hacia dónde queremos ir– Llegaba un punto en el que podía resultar un poco pedante. Se lo hacía saber y volvía su cabeza y sus ideas a ese mundo

terrenal que tanto odiaba.
Era muy analítico, estaba segura que mientras observaba, él iba teniendo conversaciones consigo mismo, respondiendo para él lo que otros hablaban. Ponía de los nervios a algunas personas, pero a mí me volvía loca.
–¡ACHUÁ!– Me despertó mi propio estornudo mientras rebotó mi cabeza contra las sábanas y el suelo.
Estaba tiritando a pesar de estar cubierta de sábanas y mantas. Las agarré para cubrirme parte de la cabeza y note una textura diferente. ¡Me habían dado nuevas sábanas y mantas! Eché en falta la sensación del frío pegado a mi piel y fue cuando me di cuenta de que me habían puesto una especie de pijama de color blanco. ¿Tan mal me encontraba para que me hubiesen cambiado sin haberme dado cuenta?.
Cierto es que esta fiebre me recordaba a mi primer invierno sin calefacción en Madrid. Pero no recordaba que nadie hubiese entrado.
El farolillo estaba apagado, intenté alzar el brazo para alcanzarlo pero estaba demasiado lejos. Por un momento pensé en levantarme, pero me encontraba lo suficientemente mal como para desistir de ello.
La luz de debajo de la puerta iluminaba lo suficiente las cuatro paredes de la habitación que formaban un cuadrado perfecto. Pude distinguir en mitad de la estancia un cuerpo extraño. Me conocía lo suficientemente bien esas cuatro paredes en mitad de la oscuridad como para darme cuenta de si había algo nuevo.
Era una nueva bandeja con guiso. Los insectos se habían amontonado encima de los trozos de ternera que sobresalían del caldo. En otro momento, me lo hubiese comida sin dudar, la ley del más fuerte. Pero tenía el estómago cerrado, incluso un poco de nauseas. Lo que habían dejado sin tocar, a priori, mis diminutos vecinos era el vaso de agua y dos pastillas blancas que se estaban empezando a fundir con la humedad del suelo.
Parece que alguien se había percatado de mi estado actual y se preocupaba un mínimo por mantenerme con vida. Quizás hubiesen pedido una recompensa a Martin por mí y por eso estaba demorándose tanto en salir de ese infierno. Encendí el farolillo al pensar que quizás hubiese alguna especie de cámara en lo alto de alguna de las paredes como en las películas de secuestros, pero solo encontré vacío. Intenté darle un sentido racional a todo aquello con las pocas fuerzas que sentía.
Cogí las dos pastillas antes de que terminasen de fundirse por completo con el suelo y me las tragué mientras daba pequeños sorbos de agua.
La pelota que sentía en la garganta era cada vez más grande. Me costó bastante tragar ambas pastillas y tuve que sacar fuerzas y ganas para volver a las sábanas y fundirme en ellas. Era para lo único que sentía que tenía fuerzas. Estar tumbada y dejar que pasasen las horas.
3 silbidos de nuevo.
Saqué fuerzas y ganas para responder con dos silbidos. Creí recordar que significa que no estaba bien. Hasta ahí iba a llegar nuestra conversación, porque las clases de sonidos habían llegado hasta ese punto.
–¡ACHUÁ!–Estornudé, esta vez con más mucosa.
Tuve que usar una de las sábanas para sonarme e intentar vaciarme las fosas nasales.
–Tienes que comer Be– Dijo muy levemente la voz del respiradero. ¿Cómo sabe mi nombre?.
Me sentía sin fuerzas para ahondar en esa cuestión, la resolvería la Begoña del futuro.
–No… no puedo, no tengo fuerzas– Dije entre murmullos mientras permanecía tapada. Sentí que había bajado de golpe la temperatura de la habitación en 4 grados.

–Tienes que hacerlo, sino, no sobrevivirás– respondió.
–No pienso comerme ese plato plagado de insectos, voy… voy a vomitar–.
–Si no lo haces morirás– dijo imperativamente.
–También van a morir todos esos insectos si los devoro, para total, luego acabar vomitándolos– Dije con asco. –Que me traigan un plato nuevo de guiso. No voy a hablar, no tengo fuerzas, solo voy a estar quieta y callada hasta que todo esto termine de una maldita vez–
– El Apopompé llegó a su fin Be, estás a punto de conseguir lo que quieras–. No tenía fuerzas, cerré los ojos y me dormí.

CAMINO SIN RESPUESTA

Conducía como quién conduce en modo automático. Sabía a dónde me dirigía, pero tenía la mente en otro sitio.
–¡Contesta joder!– Clamé al cielo en busca de una respuesta que no recibía al otro lado del teléfono. Había quedado en que Luis invitaba a Artur a cenar y así intentar sonsacarle más información sin comprometer a Luis. Pero necesitaba hablar con él. Estaba seguro de que sabía algo más. Además, sabe lo que pasó anoche. Ya eran cerca de las seis de la tarde y no me había llamado para preguntar cómo estaba Be, o simplemente para interesarse cómo estaba yo. Solía ser el típico vecino pesado que insistentemente se presenta en tu casa con cualquier excusa. Me parecía muy extraño que no hubiese dado señales de vida en todo el día y más raro aún que no contestase el teléfono. Por un momento pensé que quizás estaba en la otra línea Luis. Pero el teléfono de Artur daba señal. Puede que también yo estuviese un poco conspiranoico, pero algo me olía raro.
Circulaba por la carretera dirección Galatea. No sabía nada de Ana y necesitaba una explicación. Que alguien me dijese que Be estaba bien, que estaba dormida, medicada, me daba igual. Solo quería que alguien me diese una explicación. Ya habíamos pasado varias veces por esto mismo y estaba preparado para seguir adelante.
Hay momentos en los que tenía menos fuerzas para seguir luchando. Ciertamente estaba cansado de que se reprodujese la misma cinta una y otra vez. Pero, quizás, fuese el miedo de que algo hubiera pasado el que me llenaba de fuerzas y esperanzas. Darme cuenta de que había sido fruto del estrés toda mi desconfianza hacía los pocos amigos, sí se pueden considerar amigos, que tenía en el Valle.
La carretera era de dos carriles, uno para cada sentido de la circulación. Los pinos quedaban a mi derecha y luego a mi izquierda en función de la subida del Valle que fuese tomando. Había un trayecto de unos treinta minutos, más o menos, si no me distraía mucho. No era una carretera cómoda de conducir. Era fácil despistarse. Los giros constantes a las montañas del Valle producían numerosos puntos ciegos en cada una de las vueltas que rodeaban las montañas del Valle. Cada verano se producían bastantes accidentes en diferentes puntos. Ya fuese con los grupos ciclistas, como con los veraneantes que van distraídos fijándose en los bajos del Valle conforme están subiendo o bajando por la montaña. Era fácil distraerse.
Conforme ibas ascendiendo, había varios merenderos que se habían puesto de manera improvisada para que la gente estacionase en ellos y se parara a contemplar las vistas. Si te fijabas bien, se podía seguir de manera zigzagueante todas las iglesias construidas en los bajos de Esterri. Dejé de marcar el número de Artur. Al final iba a provocar un accidente por no estar pendiente de la carretera.
No terminaba de entender ese comportamiento. No sabía si realmente estaba jodido,

decepcionado por no haber sabido nada de él en todo el día. Cierto es que Artur y Be jamás tuvieron una relación como tal. Es más, yo notaba que Artur intentaba esquivarla. Muchas tardes, venía a tomar el café a casa y a hablar de libros, de películas… De cualquier cosa. A él le venía bien porque se distraía conmigo. Era la novedad y se podría decir que estábamos en la misma línea intelectual. Y a mí me venía bien relacionarme con alguien con el que disfrutase por momentos. Siempre disfruté más de los mayores que con gente de mi edad. Lo que se suponía que debía gustarme, no me gustaba y sin embargo todo el mundo de mi edad disfrutaba con ello. O al menos, fingían muy bien que lo gozaban. Sin embargo con las personas de edad más avanzada, podía ser yo mismo. En ocasiones podías hablarles como quien le habla a un niño pequeño, y en otras son ellos los que te dan grandes enseñanzas de la vida.

Al principio pensé que Artur la deseaba. Era una idea que al principio me incomodaba. Las tardes que venía a casa a tomar un café notaba que se esforzaba por no mirarla, pero cuando lo hacía, no le quitaba ojo de encima, sobre todo a sus piernas. Parecía ser algo hipnótico para él, como el pecado que tienes frente a tus ojos, pero intentas evitar. La tentación que persigue al cristiano pecador, la sombra que persigue al personaje secundario de una película tras cada esquina y tú, como consumidor habido de películas de suspense, sabes cuál será su triste y sangriento final.

Recuerdo una ocasión en el que el café acabó siendo una copa de vino mientras hablábamos:

–Cómo sabes dónde darme viejo amigo, cómo sabes– reía Artur mientras sorbía el último trago de su copa ya casi vacía.

–Ya te dije que los guiris como tú me llamas, también hacemos buenos tintos. Esta bodega en concreto, radica en Kent. Es una de las bodegas de más éxito. Ganó dos Best in Shows por sus vinos espumosos Kit’s Coty Chardonnay en 2016 y Kit’s Coty Coeur de Cuvée en 2014. El enoturismo está en alza en mi amada isla–. Di el último trago mientras me regocijaba con mis recién adquiridos conocimientos en este caldo considerado religión en mi país de adopción.

–Ya veo ya– reía Artur.–Pero mira querido Martin, si quieres que siga soportando tus tediosas explicaciones de cómo entras de lleno en cada texto para sacarle todo su jugo y todo su potencial sin llegar a empoderar su resultado final en tu lengua materna, vas a tener que llenar la copa de este viejo camarada– Sonrió de manera pícara.

–No sé si tu pequeño cuerpo va a soportar una botella más, dos botellas hacen casi todo tu tamaño,

¿Cómo puedes tener tanto aguante?, yo casi no me mantengo en pie, y eso que estoy sentado, ja, ja , ja.– Reímos con la risa característica de los delirios del alcohol.

–Yo soy un hombre de fe mi querido Martin y esta es la sangre de Cristo, o eso decimos los Cristianos–.

–En eso te doy toda la razón–.

–Ahora hablando en serio. Conforme más mayor te haces, mejor toleras el alcohol, ¿sabes?, Anne, casi no me deja beber. Conforme vas cumpliendo años, tiendes a aislarte más, la soledad te acompaña, nuestros hijos se fueron y ya no pasan de visita. La sociedad en general siente rechazo por los ancianos querido amigo. Si lo piensas, es absurdo, es una parte vital del ciclo de vida de todo ser vivo, es algo terriblemente cruel si te paras a analizarlo. Naces, creces, y envejeces. Se supone que en este tramo final de nuestros días debería ser cuando más nos tendrían que proteger aquellos seres que nosotros hemos protegido y regalado años de nuestra vida, ¿No crees querido?. Por ello, muchos ancianos empiezan a consumir alcohol para sustituir aquello que les falta y hacer más llevaderas las horas del día, que de otra manera, podrían hacerse terriblemente inaguantables, cargantes–.

Artur disfrutaba alargando las palabras y adornando las frases, pero lo que él no sabía es que yo disfrutaba aún más escuchándole hablar. Ese era la mayor motivación de nuestras horas juntos.
–Impresionante Artur, como siempre. Parece que hayas devorado a un filósofo cuando hablas así… Nunca me has mencionado que tuvieses hijos, ¿a qué se dedican? – Pregunté extrañado.
Nuestras charlas eran habituales y jamás había mencionado que tuviese hijos, no recordaba tampoco en su casa haber visto alguna foto de ellos. Ya me había acostumbrado a que casi no hablase de su mujer, Anne, tenían una relación muy distante, pero me extrañaba que nunca me hubiese mencionado a sus progenitores. Quizás aún seguían viviendo en el Valle.
Se abrió la puerta principal dejando contemplar la imagen de Be totalmente sudada después de terminar otro de sus largos entrenamientos.
–Honey , hoy se te hizo tarde– Dije sorprendido a Be.
–La verdad es que sí, quise salir a hacer un trote suave de recuperación pero…ya me conoces, me encontraba genial y me vine arriba– Le costaba tragar aire entre las palabras cuando aún tenía el pulso acelerado. Cierto es que cuando volvía a sentir esa sensación de euforia, no había quien pudiese con ella. Intentaba exprimir esa sensación al máximo, quería saborear ese momento como el comensal que disfruta dé su menú de 100€ el cubierto, ya que no todos los días eran así.
En algunas ocasiones Be se despertaba abatida, y esa sensación le acompañaba durante el resto del día o durante la semana. Le acompañaba como si de una mochila a cuestas repleta de piedras se tratase, haciendo que cualquier actividad del día a día se convirtiese en una auténtica heroicidad para ella.
Era parte del proceso, es algo que sabíamos los dos desde el principio. Nos lo había comentado Ana, pero en esos momentos Be se sentía como un estorbo, un obstáculo en mi vida, sobre todo anhelaba no sentirse como una carga para nuestra pequeña familia. Por supuesto que yo no sentía su proceso de recuperación como una losa que también me aplastase, pero no todos los días eran de color de rosa. Algunos días, sobre todo siendo estos coincidentes con sus peores momentos, llegaba a preguntarme qué estaba haciendo con mi vida, por qué me había embarcado en esa aventura sin sentido. Me arrepiento con toda mi alma de haber tenido en mi mente esos pensamientos revoloteando como una nube amenazante antes de la tempestad, pero ahora sé más que nunca que el ser humano es la creación de Dios más manejable y cambiante sobre la faz de la tierra
– Hola Artur, ¿te quedas a cenar?– Preguntó Be con un apabullante entusiasmo fingido.
–Ho…Hola Begoña, no, no quiero ser una molestia, yo ya me iba– Titubeaba Artur mientras esquivaba la mirada.
–No, insisto. Además, me estabas diciendo que aún tenías fuerzas para una nueva botella de Kit’s Coty – Dije enérgicamente.– ¿Podrías traernos una botella cariño?. Si me levanto bien es cierto que no prometo a nadie que no me vaya a marear, ateneros a las consecuencias– Reí a carcajada limpia sobreexcitado por el efecto del vino.
–De verdad Martin, no quiero ser una molestia, yo mejor me voy, además Anne estará preocupada–. Dijo Artur mientras apoyaba su mano en mi brazo a modo de interrupción.
–Es la primera vez que te oigo decir que tu mujer estará preocupada viejo granuja. Trae una botella Be y únete– Exaltación de la amistad propiamente derivada por el alcohol, aunque en ese momento no había otro plan que me resultase más excitante que ese.
–Oye Martin, no te hagas ahora el chulo, si Artur dice que se tiene que ir no le obligues a quedarse– Dijo Be con el mismo tono de una madre cuando regaña a su hijo. – Artur, si tienes que irte, vete, No te preocupes, pero estás invitado a cenar si quieres. Había dejado un guiso de ternera en la olla exprés–.

–¿Guiso… como que un guiso?, no por Dios… pu…puedo usar el baño un momento, por favor?– Artur se tapó la boca mientras se levantó de la silla esperando algún gesto de aprobación.
–Claro, estás en tu casa– Respondí extrañado ante tal reacción.
Artur emprendió camino al lavabo de la planta baja situado justo al lado de las escaleras que daban a los cuartos de la planta superior lo más rápido que sus cortas piernas le permitían. Me pareció un comportamiento algo extraño, pero supuse que el alcohol le habría hecho más efecto del deseado.
–Martin, ¿Qué estás haciendo, deja de hacer el ridículo?– Dijo Be en voz baja pero con un tono bastante enfadado.
–Lo… lo estábamos pasando bien hasta que llegaste tú– Notaba que empezaba a arrastra las palabras. Quizás lo mejor era irme a la cama directamente.
–No, si ahora la culpa es mía por haber llegado no te jo…–
Empezamos a escuchar como vomitaba en nuestro aseo mientras Be me miraba con cara de estupefacción. Mientras tanto, Artur, intentaba disimular el ruido encendiendo el grifo del lavabo. Nos quedamos extasiados sin saber qué decir.
Abrió la puerta del lavabo mientras se terminaba de escuchar el sonido del agua correr por las cañerías.
–Disculparme, pero tengo que irme– Asintió.–Ha sido una velada maravillosa Martin, de verdad que sí, vine a por un café y mira cómo terminó la cosa– Artur reía con nervios.–Un placer verte Begoña. No hace falta que me acompañéis, sé dónde está la salida. Hablamos Martin. Buenas noches–.
No había sido uno de los comportamientos más extraños de este pequeño ermitaño. De norma general no era un hombre común. Recuerdo que Be siempre me decía que pegaba conmigo y a la vez no. Por más contradictorio que sonase, tenía toda la razón. Pero es lo que tienen estos sitios, no puedes elegir con quién juntarte, sino más bien mimetizarte con el entorno, o al menos ese era el consejo que siempre me daba ella y el cual intentaba llevar a cabo.
Recordé una vez que nos cruzamos con Artur y Anne. Es de las pocas veces que los vi juntos fuera de su casa. Iba caminando con Be un domingo por la mañana por el pueblo. Creo recordar que íbamos al Mercado. Solía abrir por la mañana y nos gustaba llenar la nevera de fruta y verdura recolectada por agricultores locales. Tampoco es que hubiese mucha opción, las grandes cadenas de supermercados no podían llegar al Valle, el acceso era dificultoso en coche y se tardaba varias horas en llegar desde Lleida. No les resultaba rentable abrir ninguna superficie comercial. Tampoco es que nadie del pueblo ni del Valle lo solicitase. Por lo general no eran muy amigables de lo foráneo.
–Artur, ¿Qué tal viejo, de dónde venís, de comprar en el Mercado?–Saludé.
–Ho… hola Martin, buenos días. ¿Qué tal Begoña? Un gusto veros juntos.– Contestó titubeante.
–¿Te encuentras bien Artur?, te noto raro– Pregunté. Más raro de lo normal quería decir, pero hubiese sido descortés por mi parte.
–¿Qué tal todo Anne?–Preguntó Be en tono cortés. Podía diferenciar cuándo intentaba ser simpática y cuándo lo era de verdad. En este instante lo estaba intentando con todas sus fuerzas.
–¿Es ella?– Preguntó Anne a Artur en voz baja mientras ladeaba la cabeza hacia su oído con la errática intención de que no le escuchásemos.
–Sí, es Begoña, ya te hablé de ella y ya la has saludado de lejos en alguna ocasión. No seas descortés por favor–.
Me daba mucha vergüenza ajena cuando alguien fingía una sonrisa para evitar un momento incómodo. Personalmente creo que lo magnificaba. Si actuase de una manera más natural quizás

pasaría como un momento totalmente inadvertido para el interlocutor, en este caso nosotros. Pero la sonrisa de Artur en ese momento era tan disfrazada que estaba deseando que terminase ese incómodo momento de una vez por todas.
–Hola Begoña, ¿Qué tal estas?– Se atusaba el pelo Anne mientras preguntaba evidenciando sus nervios.
Parecían en ese momento dos personas fingiendo ser personas normales y corrientes, como si el hecho de ser alguien socialmente considerado como normal, aburrido, les resultase difícil. Valga la redundancia que recalco siempre que Artur no era considerado para mis adentros como alguien natural, normal o que siguiese los cánones sociales establecidos. Pero evidenciaba que estaban forzando comportarse lo que ellos consideraban como una pareja normal a vista de otras personas.
En ocasiones este tipo de comportamiento me generaba mucha incertidumbre, no llegaba a comprender por qué en ocasiones parecía que éramos dos personas que se complementaban y disfrutaban de los conocimientos del otro, y en otras ocasiones, costaba que me aguantase la mirada. No era precisamente yo un hombre que generase una presencia física apabullante.
Como norma general, la gente que no sigue los patrones establecidos por este mundo de locos me atrae. Es algo inefable en mi forma de ser. Quizás porque siempre me consideré distante al mundo por completo. Ese fue precisamente uno de los motivos por los cuales me lancé de lleno al mundo literario. Siempre quise ser escritor, pero no llegaba a escribir más de dos líneas seguidas que tuviesen sentido alguno, sin embargo me di cuenta que era un consumidor ávido y voraz de libros, de toda clase de géneros, thriller, novela negra, poseía. Me daba igual. Siempre y cuando la lectura mereciese la pena y el escritor tratase de decirme algo, no el hecho de escribir, y yo leer como mero consumidor. Detestaba esa sensación. Es más, normalmente cuando entraba en una librería, solía huir de las estanterías de Best Sellers . No digo que todos sean de baja calidad, simplemente prefería sorprenderme por otro tipo de escritor, que tuviese otras inquietudes más allá que de relatar sin cesar año tras año diferentes tipos de historia que estaban dirigidas para un público aburrido de su día a día y buscan algo mínimamente excitante que les resucite solo por un momento de su largo pesar en lo que se había convertido su vida. Esta droga era de la peor calaña. A Be le había dado por los alucinógenos… Por mal que suene, me parece menos peligrosa que la literatura barata.
Estaba tan absorto en mis pensamientos y en la monótona carretera de camino a Galatea que el sonido de la llamada del teléfono traspasado a los altavoces del maldito coche casi me genera un ataque cardíaco. Me estaba llamando Artur.
–¿Dónde está el fuego querido?– Preguntó Artur con tono burlesco.
–¿Acaso no recuerdas mi llamada de ayer? ¿Todo lo que pasó? Necesito hablar contigo en persona Artur. Es muy urgente–. Quería forzar en el tono un mensaje directo, sin incisos. No quería darle pie a que saliese con ninguna alocada excusa.
–Se entrecorta mucho tu voz Martin, ¿Dónde estás? Lo último que te entendí es que estas con un agente. ¿Has ido a la policía?–
Pensaba que me estaba tomando el pelo. Él sabía todo lo que había ocurrido y me estaba intentando tomar por un incrédulo, un patán, un completo imbécil.
–¡Te estaba diciendo que es urgente!– grité.–Estoy en el coche, necesito hablar contigo esta noche y aclarar muchas cosas–.
–¿Qué haces en el coche? No estarás haciendo ninguna tontería, ¿verdad Martin?– Preguntó con tono de preocupación, aunque en su momento me pareció que se reía de mí.
–Depende lo que consideres tontería, voy a hablar con Ana para que me diga qué carajo está

pasando y por qué no sé nada de mi mujer a estas horas–.
–Antes de nada decirte querido amigo, que es muy extraño y escalofriante escucharte nombrar palabras más propias de Sudamérica que de esta zona del globo. No porque tenga nada en contra de la forma de hablar de nuestros queridos primos lejanos del Este. Son una piedra fundamental para la economía de nuestro país. Hay cierto tipo de trabajos que concretamente parecen estar más capacitados que nosotros para…–
Interrumpí con un estruendoso grito.
–¡DÉJATE DE GILIPOLLECES ARTUR!. No entiendo cómo no me has preguntado hoy por Be. Te llamé anoche porque confiaba en ti, tú me dijiste de llamar a Ana. Vinieron dos tíos muy raros que jamás había visto por el pueblo, ni en Galatea, se la llevaron y aún no sé nada de ella–
No pude evitar ponerme a llorar totalmente desvalido ante los hechos acontecidos. Me sentía acorralado, preso. Ahí es cuando mi mundo se empezó a derrumbar y justo el momento cuando me vinieron a la mente los pensamientos que tuve meses atrás dudando de si me merecía la pena soportar todo el sufrimiento y agonía que yo no había elegido. Me empecé a odiar a mí mismo en ese preciso instante. Si de verdad Be había vuelto a recaer, quizás era culpa mía por no haberme entregado al cien por cien, por estar más pendiente de mi Yo. De preguntarme qué estaba haciendo allí, porque estaba tirando por el retrete, como quien deja verter el agua, mi carrera profesional, cuya calidad y productividad estaba menguando mes a mes. En vez de haberme compadecido tanto por mí mismo, debería haber estado más pendiente de ella si de verdad lo que quería era luchar, por nosotros, por Be.
–Es… Es Domingo Martin. Sinceramente pensé que los paramédicos te habrían dado la cantidad suficiente de calmantes como para hacer dormir a una mula después de haber bebido un litro de café. Y tampoco quise molestar. Es más, pensé en acompañarte yo mismo el lunes a Galatea para informarnos sobre el estado en el que se encuentra Begoña y qué le pasa realmente. No creo que estés en disposición de conducir viejo amigo, vuelve a casa–.
–¿Qué quieres decir con qué le pasa realmente?–. Pregunté extrañado. De repente se me cortaron las lágrimas. La pregunta me resultó extraña, como si él supiese algo más que yo, cosa que sospechaba, pero se estaba evidenciando, Artur se creía más listo que yo, pero era humano.
–No me malinterpretes, sabes a lo que me refiero. Si volvió a recaer en… bueno, lo que tú llamas su enfermedad, ya sabes–. Sin verle la cara le pude ver cómo una gota fría estaba cayendo lentamente por su arrugada frente. –Vuelve Martin, me da miedo que conduzcas con todos los hechos que han acontecido en las últimas horas. Además, me acaba de llamar ese orangután que tienes por vecino, que por lo visto nos invita a cenar a su casa esta noche. La mujer nos está cocinando en este preciso instante un cochinillo lechal con una especie de reducción de romero. ¿Te lo puedes creer?. Y a mí me considera machista mi mujer. Pero bueno… qué le vamos a hacer. El plato malo no tiene que estar, ¿no? Ya me mencionaste que por lo visto la picoleta tiene una gran mano para los guisos. Aunque me resulta extraño el plan, ¿tú sabes algo Martin?–.
–Quiero hablar contigo, como te dije al principio de la llamada. Luis está investigando un suceso y creo que tú puedes… ser útil, digámoslo así. Te dejo, acabo de aparcar enfrente de Galatea, te ruego que acudas a la cita, llegaré sobre las 9 a casa de Luis, allí te veo–.
–Nos vemos querido ami…– Colgué la llamada dejando a Artur con la palabra en la boca. En otro momento me hubiese resultado muy grosero por mi parte, no me gustaba comportarme así, pero las circunstancias me obligaban a no fiarme de nadie, y mucho menos de alguien que había estado metido en la posible desaparición de sus hijos en esas circunstancias tan abruptas.
Aparqué justo delante de la entrada principal, los dos torreones que escoltaban a la puerta principal como si fuesen testigos de todo lo acontecido en su interior, bañaban de sombra las

plazas de aparcamiento que se encontraban justo delante del centro médico. Por desgracia me había acostumbrado a ese lugar. Ya no tenía la extraña sensación de aparcar y entrar a la defensiva en los interiores de Galatea sin saber qué podía encontrarme, o cómo debía comportarme. Esa extraña sensación que todos tenemos cuando vas a un sitio por primera vez y ves cómo las personas de tu alrededor saben cómo comportarse o que decir y tú te sientes totalmente fuera de juego. Me sentía extraño con esa sensación. Estaba totalmente fuera de mi zona de confort, a la cual estaba muy habituado. Me sentía seguro dentro de ella. No tenía ninguna necesidad de salir del círculo que delimitaba mi día a día en Esterri.
No aceptaban muchas visitas en el periodo que Be estuvo interna. Solamente un Jueves de cada mes y si todo iba según las pautas que le iban marcando. Cuando escuché esto por primera vez, me parecieron normas más propias de un centro carcelario, hasta que Ana me hizo comprender que con tal número de internos que tenían mensualmente, o seguían un patrón más propio de un escuadrón militar, o aquello se podía ir de las manos. Lo que realmente estaban especializados era en cualquier tipo de adicciones, pero una de las alas, estaba especificada para pacientes cuyas adicciones habían derivado en problemas psíquicos. Por lo que me comentaba Ana, tenían que tener especial atención y cuidado con este tipo de pacientes. El menor problema que solía ocurrir era un intento de suicidio.
No solía ser un lugar muy concurrido de gente, y mucho menos los fines de semana, aunque haciendo memoria no llegué a recordar haber ido fuera del horario de visitas, salvo alguna excepción puntual. Pero esa tarde notaba el clima excesivamente tranquilo. El sol todavía calentaba mis mejillas lo suficiente como para no alzar mi mirada hacia el cielo. Maldito cambio climático. No había un solo coche en el parking. Miré a mi alrededor por un segundo. No quise recrearme mucho, ya que la brisa típica del pirineo empezaba a abalanzarse sobre el alto del Valle donde nos encontrábamos amenazando que esa iba a ser una noche fría.
Una vez dentro esperé en el pequeño mostrador que se encontraba en el Hall. Sin embargo, no estaba la típica recepcionista con cara parsimoniosa preguntándose qué hacía encerrada en ese puesto de trabajo sin futuro alguno, sin capacidad de ascenso, y sobre todo sin capacidad de maniobra en su vida privada por el escaso sueldo que su jefe le remuneraría, mientras este último se pavoneaba por las instalaciones eludiendo sus obligaciones laborales mientras su sueldo duplicaba a cualquier persona de toda la plantilla.
–¿Hola?–Grité.–¿Dónde carajo está todo el mundo?– Otra vez el maldito deje Argentino, qué ganas tenía de terminar de traducir ese libro.
Se abrió la puerta al fondo del pasillo y por ella avanzó dando pasos pequeños pero firmes una diminuta enfermera que no mediría más de metro cincuenta con cara de madre que está a punto de regañar a su hijo por la última travesura que se le hubiese ocurrido llevar a cabo. ¿Por qué todos los habitantes de este pueblo tienen pinta de estar censados en La Comarca? Pensé para mis adentros mientras esta última frase me resultó ofensiva, a la par que graciosa, haciendo que esbozase sin darme cuenta una pequeña sonrisa en mi rostro mientras la enfermera se situaba frente a mí.
–¡Quiere dejar de gritar!– ordenó la enfermera.–¿A qué se debe tanto jaleo? ¿Quién es usted?, no es día de visitas de familiares–. Iba agravando el tono como si quisiese hacer desaparecer mi presencia a base de intimidación.
–¿Dónde está todo el mundo?, quiero ver a Ana–.
–¿Usted quién es? Ya le dicho que no puede estar aquí fuera del horario de visitas–. Parecía aumentar su enfado por momentos, como si de una cerilla prendida se tratase.
–Ana no es una interna, me refiero a Ana Puyol. Necesito hablar con ella, la estoy llamando y no

me responde–.
–Mire, no puede presentarse así un Domingo exigiendo que quiere hablar con la Dra. Puyol. Si quiere hablar con ella, llame mañana y concierte una cita, pero tiene que marcharse de aquí–.
–Le estoy diciendo que quiero hablar con la Dra. Puyol–. Hice un breve inciso en mi demanda para darle más tonalidad a mis palabras mientras iba levantando el volumen de mi voz para igualar las fuerzas con mi pequeña adversaria.
–Y yo le estoy diciendo que sea quien sea usted caballero no puede estar aquí, márchese o llamaré a seguridad–. Ring Ring
El teléfono que se encontraba detrás del mostrador empezó a sonar mientras ambos nos quedamos totalmente en silencio mientras seguía sonando.
Ring Ring
La enfermera se acercó al mostrador sin quitarme la mirada de encima como al intruso que se vigila de cerca mientras este es sorprendido intentando robar.
–¿Sí?– Respondió mientras asentía con la cabeza.
–¿Está segura Dra.? Hoy no es día de visi…, vale, como usted ordene.
–Sígame, la Dra. Puyol le recibirá–. Me respondió como si entre nuestra pelea dialéctica hubiese salido airoso y ella hubiese sido derrotada por completo. No pude evitar esbozar una leve sonrisa en mi rostro para evidenciar su derrota.
Recorrimos el largo pasillo que llevaba desde el Hall hasta la puerta por donde había aparecido minutos antes la enfermera…–¿Cuál es su nombre?– Pregunté.
–¿Acaso va a poner una reclamación a la Dra. Puyol?– Respondió disimulando el tono retintín.– Solamente estaba haciendo mi trabajo señor–.
–No, solamente le preguntaba su nombre para dirigirme a usted–.
–Lucía… Lucía Ortega–. Pareció haberse relajado un poco la tensión en su tono al intentar responderle yo en un tono más humano. Quizás pensaría que sería el típico familiar de paciente que quería ir para montar en cólera, iba a darle un pequeño voto de confianza. Tras recorrer el largo pasillo, tras la puerta se encontraba un pequeño recibidor que comunicaba con tres ascensores de grandes puertas metálicas y una boca de escaleras que llevaba a pisos superiores e inferiores. El suelo era verde pistacho, el típico color verde que se utiliza en medicina. Verde esperanza le llaman ¿no? A mí siempre me pareció color verde–hospital. Odiaba esa tonalidad.
–Un placer Lucía, yo soy Martin Milner. No hubiese venido fuera del horario de visitas si no fuese estrictamente necesario. Es por una urgencia.
La enfermera Ortega me invitó a entrar en el ascensor mientras hacía ademán de marcar el cuarto y último piso que me llevaría hasta el despacho de Ana Puyol.
–¿Es usted familiar de un paciente?– Preguntaba con tono curioso. Ahora parecía un poco más amigable, iba a intentar aprovechar esa situación para ver si podía conseguir algo de información extra.
–Bueno… no exactamente, era ex paciente de la clínica, estaba ya en proceso de rehabilitación social, pero ayer por la noche tuvimos un incidente y unos compañeros tuyos la trajeron aquí anoche y no tengo noticias de ella, ¿tú no sabrás algo por casualidad?–.
–No tengo constancia de que anoche se ingresase ningún paciente nuevo. Igualmente tampoco me haga mucho caso, acabo de hacer cambio de turno con un compañero y no estuve aquí en el turno de noche. Igualmente me parece un poco raro que se le haya pasado advertirme de que tenemos un nuevo interno. Me temo que no le puedo ser de ayuda Sr. Milner. Mejor hable ahora con la Dra.
Puyol dado que le concedió vista en su despacho. Indicarle que no es nada común que la Dra. Se

encuentre un domingo en las instalaciones y mucho menos que conceda una entrevista con un familiar. Hoy es su día de suerte–. Intentó dibujar una sonrisa mientras no terminaba de mirarme a la cara, como si se hubiese convertido por momento una pequeña niña buena.
No, sí al final tendré que darle las gracias. Pensé en mis adentros. Se llevan a mi mujer, nadie sabe nada y nadie me llama para decirme en qué situación se encuentra. Y aun así tengo que dar las gracias a la ama y señora de este lugar como si de un joven plebeyo que está a punto de conocer a su reina me tratase.
–Buenas tardes Sr. Milner, no esperaba verle por aquí–. Nada más abrir la puerta del ascensor apareció quieta como la piedra caliza la Dra. Puyol.
–Dra. Iba a acompañar al Sr. Milner hasta su despa…– Indicó con temor la enfermera a su superiora.
–No se moleste enfermera, preocúpese de los internos que acaba de dejar sin atender, sígame Martin–.
Lucía y yo nos cruzamos una mirada cómplice cómo quien desea suerte a la futura víctima. Quien iba a decir que nuestra prematura relación iba a tener ese final. Me buscó la mirada como quien busca conexión, pude notarlo. Quizás ese fue el motivo por el cambio tan repentino de actitud. No estaba yo para conexiones de ese tipo en este preciso momento. Sentía que era la presa que se adentraba en la madriguera del lobo feroz.
Caminé tras la Dra. Puyol por un largo pasillo que seguía en línea recta dejando tras de sí el ascensor por el que habíamos subido a la planta 4. Atrás quedaron las suelos de color verde pistacho. Esta planta tenía la clase del ala noble, donde todo el mundo quería llegar a tener un despacho.
En el recorrido del pasillo, dejábamos a nuestros lados varias puertas que estaban cubiertas de madera de abedul. El suelo bañado en moqueta de color rojo vivo, como si estuviésemos pisando un río de sangre. Paredes verde oscuro que contrastaba de una manera inquietante con el resto de mobiliario. Estaba claro que esa decoración era más propia de otro siglo que de alguien que estuviese metido en las nuevas vanguardias de decoración sencilla y minimalista.
La puerta del final de pasillo presidía el mismo con dos imponentes ornamentos de cristal que hacían a su vez de vidriera sin dejar entrever qué había al otro lado de la habitación. En ella había un dibujo tallado sobre el cristal. No sabría describir concretamente qué significaba, pero era bastante siniestro. Me recordaba a los retablos que había en las iglesias alrededor del Valle. Me quedé fijamente observando el detalle de la recreación como quien observa una obra de arte, mientras empecé a notar sequedad en los labios, como si un torrente de aire frío hubiese aparecido de lo desconocido para abalanzarse sobre mí. Seguía mirando el grabado, olía a desesperación, a besos prohibidos. La rotundidad de su talle me deslumbraba sobremanera.
–¿Se encuentra usted bien?–. Me dijo.–Parece que haya visto un fantasma–.Hizo una breve pausa Ana.
–Asusta, ¿verdad?–. Me preguntó.
–¿Qué es?–.
–Las ánimas del purgatorio, una interpretación artística de la obra de Dante Alighieri, imagino que estará familiarizado con su obra–.
–La conozco, pero no especialmente me considero un experto en la materia. Nunca había visto un grabado como este en persona–.
–Son almas de las personas que murieron en amistad con Dios, pero con imperfecciones que deben purificar–.
–Me gustaría pintarte– Dije sin que dicha voz saliese de mí.

–¿Cómo?– Respondió Ana.
–Eres muy guapa–
La mujer rompió a reír ante mi salida de tono. Es un piropo sencillo y parecía que hacía algún tiempo que no escuchaba algo sin doble sentido ni malicia. Suspiró y mirando a la imagen de la puerta dijo:
–Vuelva en sí Martin, no sabe lo que está diciendo.
De pronto sentí que por un instante hubiese salido de mi cuerpo y algo en mi interior me hubiese obligado a decir palabras que tenía en mis adentros , pero que jamás hubiese pronunciado en voz alta. Me quede avergonzado agachando la mirada sin saber muy bien qué acababa de ocurrir.
–No se preocupe Martin, este tipo de dibujos pueden resultar muy susceptibles para las mentes de algunas personas. Sobre todo para aquellos que no son hombres de Fe. Estos grabados pueden llegar a ser un portal para gente como usted. Es como si por un momento, algo impuro intentase adentrarse en su alma para apoderarse de ella al no estar protegida por la gracia divina–.
–Creo…Creo que será mejor que entremos en su despacho Ana, necesito un vaso de agua. Seguía notando la boca seca, lo achacaba a los nervios por todo lo acontecido durante la jornada–.
Sentí una fascinación contraria al entrar al despacho. La magnitud que sentí al contemplar la obra que daba la bienvenida en las puertas reflejaba un gran contraste con la simplicidad de su despacho. Me hubiese imaginado unas grandes cortinas oscuras que dificultasen la entrada de la luz del día en sus adentros, con alguna decoración altruista más propia de un cazafortunas del siglo pasado que de una Directora de una clínica de un centro de rehabilitación. Pero mi sorpresa fue la escasa decoración. Apenas una mesa central junto con dos sillas presidía la estancia, dejando tras de sí un crucifijo elevado que quedaba justo por encima de la nuca de Ana una vez estaba sentada en su discreta silla.
–Tome asiento. Estoy segura de que tiene muchas preguntas que hacerme–. Ordenó Ana mientras señalaba la suya con su mano derecha extendida.
–Me dijiste anoche que hoy me dirías los resultados de Begoña y no recibí una sola llamada en todo el día, ni sé nada de mi mujer. Espero una explicación, por lo menos–.
–La Srta. García no se encuentra en disposición de recibir visitas hoy Martin, sé lo que hablamos anoche por teléfono. Pero ante los incidentes que ocurrieron durante el transcurso del traslado hasta nuestras dependencias, nos vimos obligados a inmovilizarla por completo y actuar con nuestro protocolo de emergencia. Pensaba que estaba al tanto de ello–.
–¿Cómo que incidentes? ¿A qué te refieres?–. Pregunté alarmado.
–En su casa, mis colegas le inyectaron Mantrium , solemos utilizarlo en dosis moderada cuando el paciente sufre un cuadro parecido al de la Srta. García en la noche de ayer. Cierto es, que según la dosis y el paciente, puede llegar a tener algunos efectos secundarios de naturaleza extraña–.
–¿Qué clase de efectos secundarios?–.
–En el caso de la Srta. García concretamente hablando. Hemos detectado un cuadro severo alucinatorio. Actualmente no sabe distinguir lo que es realidad, de lo que no. Al llegar a la clínica, atacó con una fuerza sobrehumana a mis colegas porque según ella, le iban a abrir en canal para devorar sus entrañas–.
Tengo la buena costumbre de respetar todas las opiniones técnicas cuando me encuentro en un concepto que no domino ni controlo, pero jamás había oído que Be hubiese sufrido ningún cuadro alucinatorio parecido, a excepción de la mañana anterior cuando la encontré en medio de la carretera.

–¿Puede ser también un efecto secundario del consumo de drogas?–.
–Correcto. Ambos sabemos el historial de su mujer, y puede que tenga daños irreversibles en su lóbulo frontal. Este es el encargado de diferenciar qué es realidad y qué no. ¿Se ha fijado alguna vez en los niños Martin? ¿No se ha preguntado porque no son capaces de saber que no existen los unicornios? No tienen desarrollado dicho lóbulo cerebral y por tanto viven en un mundo de fantasía. Puede que eso mismo le esté pasando a Begoña. Su cerebro, coge información que haya recabado en algún momento de su vida, o de su estancia en Esterri, para recrear en ciertos momentos una realidad paralela–.
Ana se me quedó mirando buscando mi aprobación a su explicación. No sabía qué pensar en ese preciso instante.
–¿Puedo…puedo verla?– Pregunté dubitativo.
–No es la mejor idea Martin. Lo mejor es dejarla descansar y ver cómo evoluciona. El análisis que le hicimos no es concluyente, discúlpeme si no le llamé hoy para avisarle. Lo mejor es dejar ahora mismo a Begoña descansar y ver cómo evoluciona. Por el tema de las tasas de ingreso de momento no se preocupe. Vamos a ver cómo evoluciona durante la semana, y ya hablaremos como proseguir. De momento lo mejor es dejarla descansar–.
–Quiero recuperar mi vida– Hice ademán de no derrumbarme, pero me sentía perdido dentro de una inmensidad desconocida hasta entonces.
–¿Cómo dice Martin?– Alargó su brazo, rompiendo todos sus patrones de distanciamiento sobre otro ser humano y tocó mi brazo a modo de consuelo. Quizás y solo quizás, había juzgado mal ese lugar. Puede que me hubiese dejado llevar por la fantasía de Be cuando me hablaba sobre Ana, la clínica y los trabajadores del centro.
–Quiero sacarla de aquí, volver a Madrid, recuperar mi vida. Levantarme a las 6 de la mañana. Salir aprisa de mi apartamento, respirar la inmensidad del tráfico, contaminación, polución. Mirar a las personas a la cara mientras estas caminan dispersas de un lado a otro corriendo como el que trata de huir de algo, cuando son ellos mismos los que huyen de sus fantasmas. Tomar mi café en mi taza de siempre en la oficina con mis aburridos compañeros, aguantar al jefe que inexorablemente sabe cuál será el final de sus ideas y que no llegará nunca a la felicidad tan ansiada por la que todos luchamos ya que no sabe cómo alcanzarla. Volver a mi casa a las 7 de la tarde sin apenas haber comido, pasear a Robi, abrir una tarrina de helado casi derretido y ver una serie absurda en la televisión. Sonará monótono, pero hay algo de romántico en esa monotonía, ¿no cree Ana?–.
– ¿Y dónde encaja Begoña en toda esa monotonía Martin?
–Quiero que recupere su vida, su trabajo, se…– dudé por un momento sin saber cómo terminar la frase.– Sé que no es fácil, que tiene que volver a entrar poco a poco en la sociedad. Ese fue el principal motivo por el que me mudé aquí, para estar alejados de todo el mundanal ruido y tener al menos durante un periodo de nuestra vida algo de paz, de tranquilidad, de sosiego. Pensaba que sería el principal factor detonante en su recuperación, pero creo que el silencio abrupto, desolador de este sitio, es el causante de que mi mujer haya terminado por perder la cabeza del todo. Bueno… es una teoría a tener en cuenta. Pero hay que seguir una serie de pasos Martin. Vamos a seguir de cerca la evolución de su mujer. Si encontramos que tiene daños irreversibles, buscaremos la clínica más cercana a su núcleo urbano para probar otra vía–. Me volvió a aguantar la mirada a los ojos sin pestañear por un segundo.
–Me parece bien–. Respondí.–Ahora, tengo que irme, gracias por todo Ana–.
–Discúlpeme nuevamente por no haberle llamado Martin, es algo impropio, pero pensé que estaría descansando y no caí en ello. Le llamo en estos días sin falta. De momento déjenos

trabajar con su mujer. Vamos a cuidar de ella, eso se lo aseguro. Llamaré a Lucía para que le acompañe a la salida–.
–Gracias, no…No es necesario. Conozco el camino. Gracias Ana. Que pase un buen día–.
Me dispuse a abrir la puerta. Intenté no mirar el grabado de la cristalera cuando la voz de Ana me hizo detenerme nuevamente.
–Martin–. Exclamó para evitar mi salida.
–¿Sí?– Contesté mientras ladeaba la cabeza.
–No se olvide de rezar, los caminos del Señor son inescrutables. Nunca sabemos cuándo puede aparecer en nuestro camino–.
–Si… Gracias–. Dudé en la respuesta, me daba un escalofrío cada vez que se ponía la túnica de fanática religiosa.
Salí del edificio sin cruzarme con nadie por sus alargados pasillos. Quizás estaba prejuzgando todo aquel lugar y a sus gentes por culpa de Be. No por culpa, quiero decir por sus comentarios sobre aquellas personas, por su visión distorsionada, por su posible visión distorsionada de la realidad. Quién sabe, quizás ese era el problema real de todo aquello y no era más que una mera fantasía.

OSCURIDAD PARTE II

Sentí cómo pasaban los días igual que pasan los días de Verano, dejando tras de sí pequeños momentos que se quedan grabados en la memoria como si fuesen escenas filmadas en unas diapositivas que enseña el profesor a sus alumnos mientras estos esperan con ansias el estallido final de las horas para volver a sus hogares. Empezaba a mejorar, me sentía cada vez con más fuerzas.

Noté sobremanera que empezaba a pasar más horas despierta, y por inri, mi ingenio se agudizaba. Siguieron tras de sí las bandejas de comida junto con las dos pastillas blancas, las cuales utilizaba a modo de tiza para intentar contabilizar el número de comidas que me servían. No sabía cuánto tiempo llevaba encerrada, pero al menos me servía para tener un pequeño control sobre el tiempo desde aquel preciso instante. Realmente buscaba artimañas para no terminar de perder la cabeza. La voz no volvió a hablar durante todo mi proceso febril y necesitaba distraerme de alguna manera conforme iba encontrándome con más energía.

Ante la amenaza de nuevas picaduras, empecé a usar el farolillo a modo de estufa improvisada y empecé a cocinar mis pequeños pintxos de insectos . Toda una delicia repleta de proteína. Jamás me hubiese imaginado que mis pequeños vecinos tendrían un sabor parecido al del pollo. Lo había escuchado en alguno de los documentales que solía ver en casa por las noches, pero pensaba que era un mero dicho para que la industria alimentaria siguiera sacándonos el dinero de alguna manera mientras empezaban a producir en manadas nuevos platos cocinados exclusivamente con insectos. Incluso algún aventurado Chef se había atrevido a abrir un restaurante donde estos pequeños seres con antenas eran el único ingrediente de sus platos.

–¿Los veganos estarían a favor de esto o solo defienden a los animales con pelo?– Preguntaba a Martin entre risas mientras veíamos el documental.
–Las avispas tienen pelo, y de estas sale la miel, seguramente dirán que hay granjas donde se dedican a explotar a las avispas al igual que explotan a las vacas para sacar el mayor número de litros de leche y así enriquecerse a costa de su libertad. En cuanto a uno de Green Peace se le ocurra esta verosimilitud, el restaurante de este Chef Hindú tiene los días contados. Su postre estrella está hecho a base de gusanos y miel. Explotador, Cacique–. Gritaba Martin mientras compartíamos momentos de risas.

Mis diminutos compañeros de cuarto parecían haber captado la señal, ya no se acercaban tanto a mí. Disminuyeron las picaduras que tanto me estaban preocupando. Llevaba tiempo sin verme la cara. El pelo, lo que alcanzaba a ver, lo tenía realmente sucio. Ni una simple ducha en todo este tiempo. Recordé esto mismo cuando empecé a notar que mi querida amiga mensual volvía a hacerme una nueva visita.

Siempre que tenía el periodo sentía unos picores vaginales horribles. Esto se acentuaba si por alguna consecuencia, no había tenido una profunda higiene días atrás.

–Mataría por una ducha caliente–. No pude evitar decir en voz alta. Una parte de mí rezaba porque se abriese esa puerta como si por arte de magia alguien hubiese escuchado mis plegarias y se quisiese apiadar de mí. Pero no iba a ser el caso. Recordé que bajo la almohada había

guardado un ñusco de pan. Empezaba a tener hambre.
–¿Cuándo traerán el dichoso desayuno?– Musité.

Me quedé sentada junto a la pared mientras mordisqueaba cuál ratón roe su queso mirando a la pared de enfrente. Parecía que estaba empezando a mimetizarme totalmente con el entorno. Había un silencio absoluto. Pero si alguna vez has tenido esa sensación, sabrás que no hay ruido más sonoro que el sonido del silencio. Aun así, empecé a escuchar por primera vez unas pequeñas gotas que caían por el otro lado de la habitación, como si hubiese una gotera. Hasta ese momento no me había percatado de ello. Puede que quizás mi mente estuviese recordando algunos sonidos familiares para no terminar de perder la cabeza por completo, ya que aunque no quiera admitirlo, me estaba empezando a familiarizar con todo aquello. Incluso a sentirme cómoda. Ya no lloraba, ya no sentía miedo. Sentía lo más parecido a la paz que se pueda llegar a sentir en un sitio como ese.

Pum, Pum, Pum
Empezaron a golpear la puerta con un gran estruendo, como si la persona que estuviese al otro lado estuviese siendo perseguida por el mismísimo Diablo.
Pum, Pum, Pum
Volvió a sonar mientras permanecía impasible mirando fijamente la puerta. El golpeteo tan fuerte contra la puerta, y sobre todo, un sonido fuerte de verdad hacía daño a mis oídos ya acostumbrados al ensordecedor silencio. Pero sobre todo me hacían sentirme intranquila. Sería el hombre de la túnica, lo que no entendía es porque llamaba a la puerta con tal firmeza. ¿Sería una prueba para ver si gritaba?.
Pum, Pum, Pum
–Si no me invitas a entrar no puedo pasar–. Dijo una voz al otro lado en tono juguetón como quien canturrea una canción a un niño pequeño. Me dio mucho yuyu. En otra circunstancia, ante tal escena, jamás hubiese invitado a pasar de esa manera a un hombre con una voz más propia del típico perturbado que pasea por el parque mirando a niños pequeños, pero…¿Qué tenía que perder?. No hay nada peor en esta vida que esperar, y morir de aburrimiento.
–¿Quién es?– Dije dubitativa.
–Me llamo Nicolás, ¿y tú?, ¿me dejas pasar?–. Me ponía la piel de gallina esa voz juguetona.
–No…¿No sabes quién soy?–
–Mmmm… no, la verdad es que no. No puedo saber el nombre de todo el mundo, aunque debería. Pero sin verte la cara siquiera es muy difícil, ¿no crees?. Pero estoy seguro de que necesitas ayuda, si abres la puerta prometo ayudarte–.
–Yo no puedo abrir la puerta, estoy encerrada–.
–Uy, ¿y qué has hecho para estar encerrada? ¿Has sido mala? Aquí casi todo el mundo tiene la puerta abierta y entra y sale cuando quiere. Muchos pensaban que este cuarto seguía vacío, porque está siempre cerrado, pero a mí me pareció a alguien llorar el otro día, y decían que estaba loco…– Una brisa de aire frío apareció por mi espina dorsal y me recorrió todo el cuerpo sintiendo el abrazo de lo desconocido.
–Te… te dejaría pasar, de verdad, pero no puedo abrir la puerta. Hay una chica, una voz de chica con la que hablo, o eso intentamos, de vez en cuando, pero no sé cómo se llama. No sé si ella sabrá quién tiene la llave, ¿Cómo es que tú no la tienes?–.
–Aquí no hay llaves cariño, pero es verdad que el picaporte no se puede girar. No hay ninguna chica más aquí abajo. Me parece muy raro lo que dices, ¿no me estarás mintiendo? Yo no ayudo a los mentirosos–.

–¡No!–. Grité –Perdón por gritar… No te estoy mintiendo.
–Vale… A ti vino a verte un señor con una túnica ¿verdad?–.
–¿Cómo lo sabes?–.
–Por cómo te tembló la voz al gritar. Ese está siendo tu castigo, y él es el que vela por ti, pero ya va siendo hora de que vengas conmigo. Pero vas a tener que decirme cómo te llamas para pedirle por favor que me dé la llave de tu puerta. Si no se lo pido por favor se suele enfadar bastante, y no quieras ver su cara de enfado, es un auténtico espanto–.
–Be…Begoña–.
–Begoña ¿qué más? Cariño sé más específica por favor. No eres la única persona que tenemos aquí y no tengo todo el día. Me caes bien porque me diste mucha penita, pero por favor, hazme el trabajo más fácil o me iré y ya tendrás que esperar–.
–No, no, Begoña García Calatayud, vivía en Madrid pero me mudé al Valle de Esterri con mi marido y mi perro–. Dije apresurada.
–¿Robi?– me interrumpió.
–¿Cómo sabes el nombre de mi perro?, ¿No le habréis hecho nada, verdad?–
–Tranquila cielo, esto solo va contigo, a Robi le quedan todavía unos cuantos años que disfrutar, ya sé quién eres. Te gusta que te llamen Be, ¿verdad?–.
–¿Cómo sabes tanto de…– intenté preguntarle a Nicolás hasta que me volvió a interrumpir.
–Jajaja Be, verdad. Qué ocurrencia por favor. No te has reído ¿Es que no te resulto gracioso? De verdad hija que siesa. Me parecías más divertida ahí fuera. Bueno, espérame que voy a hablar con tu querido carcelero y enseguida vuelvo. Vuelvo en un periquete.
Me quedé sin palabras al darme cuenta de que mi vida iba a pender ahora de Nicolás. No sabía cómo interpretar su forma de hablar y sus palabras, o me salvaba la vida o me iba a cortar el tendón de Aquiles mientras me invitaba a irme a pie con la puerta abierta. Creo que no iba a haber punto intermedio.
A los pocos minutos volví a escuchar cómo unos pasos acelerados se aproximaban a mi guarida.
Pum, Pum, Pum
Volvió el estruendoso golpeteo en la puerta. Si era Nicolás me iba a tocar seguirle el juego, no tenía nada que perder. A parte de la vida.
–¿Quién es?– Pregunté como quien juega al Veo, Veo con un niño pequeño.
–Soy Nicolás, ¿puedo pasar Begoña?– Notaba cómo sonreía al terminar la frase, era imposible que desde mi posición pudiese ver su expresión. Pero por la forma de expresarse podía notar cómo sonreía mientras hablaba. Eso me dio mucho miedo y por un momento me pensé la pregunta.
–Sí, supongo…–. Dije temerosa.
–Jum, lo tomaré como un sí rotundo–. Nicolás abrió la puerta de par en par como quién golpea la puerta con la pierna esperando que no se escapen los malhechores que hay al otro lado.
No pude ver su rostro al igual que al hombre de la túnica. Me deslumbraba la luz que había en la otra estancia. Tenía los ojos acostumbrados a la oscuridad que podía resarcir en contadas ocasiones con el farolillo o con la luz que atravesaba a mi habitación por debajo de la puerta.
–Ven conmigo, ¿quieres cenar? Estarás hambrienta. Tenemos de cenar costillas… mmm deliciosas–. Dijo con un entusiasmo impropio para alguien de su edad.
–¿Cenar, pensaba que tocaba el desayuno?.
–Jajaja me habían dicho que eres graciosa, pero no pensaba que lo fueses tanto–.
Nicolás portaba una bata blanca sujetada por apenas un cordón alrededor de su cintura, tenía los pies descalzos, pero no los tenía sucios. Me sorprendió bastante dada la carencia de higiene en

ese lugar.
Intenté incorporarme como pude.
–Che, che che, con cuidado cariño, aún no estás acostumbrada–. Se abalanzó sobre mí para ayudar a levantarme sin que provocase una caída mi escasa inestabilidad.
Pude verle mejor la cara. Era un hombre corriente, de unos cuarenta años, pero parecía imposible borrarle la sonrisa de rostro. Tenía un mentón marcado y firme y una boca que le cubría de pómulo a pómulo. Tenía algo de atractivo sin que llegase a sentir una atracción sexual. Era difícil definirlo.
–Si vamos a cenar, me gustaría darme primero una ducha, estoy asquerosa después de haber estado tantos días… ya sabes, encerrada. Pensaba que era el desayuno imagínate–. Intenté esbozar una sonrisa en mi cara buscando la comprensión de mi captor.
–Me parece razonable, pero aquí abajo no hay duchas–.
–¿Y arriba?–
–No vayas tan rápido jovencita. No puedes ir hacia arriba.– No casaba la expresión jovencita en alguien de su edad.
–Puedo traerte un barreño con un poco de agua y algo de ropa nueva, ¿Qué te parece?–
–Sé que igual es mucho pedir, y no quiero ser descortés ante tanta hospitalidad por tu parte Nicolás– Intentaba ganarme su confianza fuese de la forma que fuese. –Pero, ¿sería posible que me consiguieses un poco de gel intimo?–
–¿Tienes ardor en el chichi?– Me preguntó bajando la mirada. Me quedé en silencio.
–Claro que si cariño, no te preocupes, pero si necesitas algo más dímelo. No puedo estar yendo y viniendo cada dos por tres. Se van a enfadar al final y no nos podemos despistar de nuestro propósito–
–¿Qué propósito?–
–Todos tenemos un propósito en esta vida cariño, todos, incluidos los insectos de los que te has alimentado durante estas semanas– Dijo mientras apoyaba su mano en mi hombro como el mentor que alecciona a su pupilo.
–Espérame aquí, vuelvo enseguida. No cierro la puerta, pero si no estás lista para la cena, no salgas,
¿De acuerdo?– Ladeaba la cabeza mientras preguntaba.
–De acuerdo–
Me quede de nuevo en mitad de la habitación conforme la oscuridad volvía a abrazarme con su mordaz túnica negra intentando apoderarse de mis emociones nuevamente. Quería inyectarme el miedo como si de un virus elaborado en un laboratorio se tratase, pero sentía de algún modo una extraña paz. Fuese lo que fuese a ocurrir, quería que pasase de una vez por todas.
Pasé unos minutos totalmente parada con los ojos cerrados mientras estaba quieta en medio de la habitación. No tardó Nicolás en entrar con un barreño.
–Espérame que ahora vuelvo con algo de ropa y tu gel íntimo. Tú ve bañándote, el agua ya tiene algo de jabón–
No supe qué responder ante la suposición de empezar a bañarme en el barreño de plástico y que el entrase.
–Ni que fuese a ver algo, ¿no crees? jajaja . Ahora hablando en serio, confía en mí, estoy aquí para ayudarte. Vuelvo ahora cariño.
No tenía más opción, me quité la ropa e introduje mis piernas en el barreño de plástico que solamente me llegaba a cubrir hasta la mitad de la pierna, serviría para al menos asearme un poco. Al entrarme en contacto mi piel con el agua, fue cuando realmente me di cuenta de lo

pegajosa que sentía la piel. Aún tenía pequeños pinzamientos rojos por todo el cuerpo, incluido mi clítoris, me escocía al entrar en contacto con el jabón. Tenía el hueco suficiente como para ponerme de rodillas y poder ayudarme de las manos para mojarme el pelo. Qué sensación, el picor en la cabeza era casi insoportable, olía a rosas, lo recuerdo como si estuviese ahí ahora mismo. A rosas frescas. Tenía la textura de sábanas nuevas en la cama recién comprada en tu nueva casa. Sonreí, sonreí mucho.
–¡Qué bien te está sentando y como me alegro cariño! Te traigo algo de ropa y unas toallas, termina que yo te espero aquí fuera. No tengas prisa, pero tampoco tardes. La cena se enfría y tenemos aún mucho que hacer tú y yo– Soltó un beso al aire mientras lo soplaba con la palma de su mano derecha abierta intentando que volase hasta mí para que lo cazase al vuelo.
Me dejó frente al barreño dos túnicas, una negra y una blanca, dejando está última por encima de la anterior. Justo al lado, perfectamente dobladas, me dejó dos toallas con un bote de gel íntimo y una nota escrita a mano encima del gel íntimo donde rezaba la canción tú lo que quieres es que me coma el tigre, que me coma el tigre de Lola Flores, con un dibujo de una cara sonriente al lado. No sabía cómo interpretar ese mensaje. Podía ser una broma de una persona con un humor bastante turbio o lo más normal. O ser un perturbado que me tenía secuestrada y lo único que quería era disfrutar conmigo todo lo que no había disfrutado en su niñez.
Mientras me secaba, recordé que mencionó o mejor dicho, dejó entrever que ahí abajo éramos más personas, y que yo era la única mujer. No sé en qué clase de posición me dejaba eso, y de si me pedirían algo a cambio de esos pequeños favores, pero yo recordaba haber escuchado la voz del respiradero y esa voz era femenina, Nicolás parecía no haber escuchado, o hacer caso omiso cuando lo mencioné.
Me puse la túnica blanca, tenía el pelo aún húmedo pero lo dejé tras mis hombros después de secarlo como pude. Abrí la puerta y ahí estaba Nicolás, sentado en una mesa de madera en la habitación contigua a la mía, una mesa de madera que presidía todo el rectángulo que formaba la estancia. Había 8 sillas, 2 presidenciales y 3 en cada extremo, la mesa era grande, aún con los 8 sitios, había bastante hueco como para poner un par de sillas más si la situación lo requiriese. Varias puertas de madera como la mía acechaban la mesa en cada una de las paredes. Pude contar hasta 9. Pero no lo recuerdo bien.
–Menos mal que no me pediste secador, porque es justo lo único que no puedo dejarte, ya sabes… los enchufes, de ahí los farolillos o candelabros, como quieras llamarlos– Sonrió, siempre sonreía.
–¿Y todas esas puertas?– Pregunté
–Ya te dije que no eres la única Begoña, pero no te preocupes, ya sabes cómo se las gasta tu amigo. No deja decir ni pio, pero tú no te preocupes por eso. Este momento es para ti y para mí– Nos señaló a ambos mientras nos mencionaba.
–No seas tímida, ven siéntate aquí a mi lado– Golpeó el taburete de la silla haciendo señal de donde debía sentarme.
Accedí dubitativa a ocupar mi puesto en la mesa. Miraba a mi alrededor como quien se siente presa perseguida.
Nicolás golpeó las manos como el millonario que da señal al servicio de la casa de que puede hacer acto de presencia y sacar el suculento banquete que tiene preparado a sus invitados.
Apareció otro hombre aparentemente de la misma edad que Nicolás con una túnica blanca, nos sirvió dos platos con costillas, pero me llamó la atención que no tenían ninguna salsa.
–¿Vino?– Me preguntó Nicolás señalándome.
–Blanco por favor–

–Aquí solo tenemos tinto querida. Para mí una copa de Chateau Moulin Riche y para la mademoiselle una copa de Galbena de Odobesti – Eligió que debía beber mientras me miraba de arriba abajo como si mi apariencia física fuese a facilitarle la elección.
–Veo que sabes mucho de vinos, ¿Cuál me has pedido?– Yo, fingiendo ser simpática.
–Me encanta, es un arte muy difícil de domar, ¿sabes? Lo bueno que en este trabajo tienes todo el tiempo del mundo para aprender, y el dinero no es un problema. Te acabo de pedir un vino muy especial, concretamente un vino procedente de la provincia de Vrancea, en Rumanía. Cuenta la leyenda que de ahí es donde proviene realmente la leyenda del famoso Vlad El Empalador, ¿conoces la historia querida?–
–Quién no– respondí mientras volvió a aparecer con una botella en cada mano el compañero convertido en camarero de Nicolás. El polvo envolvía a las botellas de vino como el abrazo cálido de una madre. Lo sirvió en nuestras copas con extrema delicadeza.
–Por eso me parece una excelente elección en mi humilde opinión, dicen que sabe a la sangre del mismísimo Vlad. Y qué mejor acompañante a la sangre del viejo Vlad que un buen trozo de costillar, ¿No crees?– Volvía a acompañar el final de sus frases con su enorme sonrisa que tenía más que ensayada para agradar a cualquier interlocutor.
Alcé mi brazo derecho en dirección a la copa para darle un sorbo de vino hasta que Nicolás me dio un golpe rápido y secó que me impidió alcanzarla.
–No, no, no jovencita, primero hay que bendecir la mesa. Mal empiezas Begoña, mal empiezas– negaba con el dedo delante de mi cara mientras me regañaba como si de una niña pequeña me tratase–
–No, no estoy acostumbrada, disculpa– Respondí agachando la cabeza. Me intimidaba su presencia inconscientemente, y aún no sabía por qué.
Nicolás frunció el ceño y en menos de un segundo se había levantado de la silla y tenía su cabeza pegada a la mía mientras me susurraba al oído.
–Mira guapa, tú a lo que estés acostumbrada me da igual. Aquí agacha la cabeza, asiente y haz lo que yo te diga o no saldrá nada bien para ti. Te aseguro que como hagas lo contrario, jamás volverás a sentir el calor del sol azotarte en la cara, ¿entendido? Ahora que lo pienso, eso era lo que a ti te gustaba, que te azotase, pero no Martin, ¿verdad? –
Sentí el mayor dolor de cabeza que hasta el momento recuerdo, como si centenares de agujas quisiesen penetrar mi sien en busca de algún tesoro escondido en lo más profundo de mi cerebro. Tenía las ojos abiertos como si de dos lunas llenas se tratasen. Parecía estar fuera de sí mientras su presencia me intimidaba cada vez más y hacía que me sintiese más pequeña, insignificante, pero no podía dejar esa observación pasar por alto.
–No sé qué estas insinuando– Intenté levantar la voz para sacar toda la ira que me habían producido sus palabras, pero no era capaz de ello, más que de lanzar un leve susurro como el que tiene miedo de decir algo.
–Bueno ese es uno de los motivos por lo que estoy yo aquí. Ahora como diría aquel come y calla azotitos, jijiji– Se tapó la boca como la niña pequeña que está por primera vez lejos de su figura paternal y dice una palabrota. Realmente me empezaba a dar pavor esos cambios de humor, sentía pánico real, es difícil describirlo, pero es esa clase de miedo que casi no te das cuenta de que lo estás sintiendo, por el mero hecho de querer vivir, de sobrevivir mejor dicho, ante lo que estás presenciando.
Me quedé en silencio mirando mi plato totalmente inmóvil. Sin saber muy bien qué decir, o qué clase de postura debía o podía tomar para intentar mantener presente en la mesa la personalidad de niña juguetona en lugar del monstruo que sería capaz de romperme las bragas de un solo

mordisco encima de la mesa. Tenía esa mirada cuando salía.
–¿Qué clase de animal es?–
–¿Perdón?– Preguntó Nicolás mientras sorbía de su copa de vino mientras una gota caía lentamente acariciando su pronunciado mentón.
–La costilla, ¿de qué animal procede? Me extraña que no tenga ninguna salsa que la acompañe. Sea quien sea el cocinero de este lugar, tiene una mano muy delicada para la cocina y me sorprende que nos presente la carne sin más dilación que únicamente la carne cocida– Di un sorbo a la copa de vino. El sabor amargo con notas a cerezas hizo el amor con mis papilas gustativas mientras susurraban a mi garganta que todo iba a ir bien.
–De la peor calaña posible querida–
–¿Cómo?–
–Me has preguntado que de qué clase de animal se trata esta costilla, y yo te he respondido que es de la peor calaña posible, añado, de la peor calaña posible que puede haber sobre la faz de la tierra– Asintió con orgullo mientras masticaba un trozo de la carne. Se deslizaba con suavidad del hueso, con esa facilidad la cual te permite quitarlo con el cubierto sin tener que ensuciarte las manos.
–Me quedé estupefacta sin saber muy bien qué significaba aquello–
–¿No es cualquier animal creado por Dios nuestro señor, de la peor calaña posible?–
–No te entiendo Nicolás, y se me está cerrando el apetito– Asentí con asco. – Pero no me malinterpretes, el vino está exquisito– Volví a sorber un trago. No sería el hombre más cuerdo del mundo, pero realmente sabía de vinos.
–Te pongo un ejemplo, los zorros, un animal precioso, alguno se atrevería a decir que es el rey en su entorno. El zorro, por sí solo, no es más que un animal precioso, noble, que sí de él dependiese, si tuviese razonamiento alguno, se alimentaría a base de insectos, agua y plantas, como otros animales, ¿no crees querida?–
Asentí con la cabeza mientras daba otro sorbo.
–El zorro, al vivir y criarse en la tierra, se ve obligado a comer otros animales. El zorro acecha a su presa, espera a que esté despistada, y cuando esto ocurre, saltan sobre ella como si se hubiese convertido de repente en una rana y le atacan hasta matarla. El año pasado, en Washington, una familia estaba celebrando en el jardín de su casa el cuarto cumpleaños de la menor de sus tres hijos varones. Un zorro les estaba observando y ante los gritos de felicidad de la niña, se abalanzó sobre ella y le rajó el cuello de raíz mientras la sangre le salía a chorros por la garganta y la boca, dejando bañado en un precioso color rojizo la tarta de merengue que con tanto esmero había estado cocinando su madre durante la tarde de antes. ¿Te parece eso de un animal noble?–
Nicolás se había sobresaltado con la historia, tanto que en ocasiones golpeaba la mesa con los cubiertos haciendo el gesto del cuchillo en el cuello intentando emular los dientes del zorro en el cuello de la niña.
–Creo que la sobrepoblación hace que el ser humano esté viviendo en parajes que no le corresponden y se mezcle la vida de algunos animales salvajes con los seres humanos. Nos metemos nosotros en su territorio–
–Y es por eso cariño, la perfecta respuesta de por qué el ser humano es el animal de la peor calaña posible que hay sobre la faz de la tierra. Me alegro que coincidamos. Minipunto para Begoña wow– Bajó el tono de voz un punto mientras intentaba imitar a una animadora de instituto con dificultosa voz aguda. Era muy extraño que un hombre de cuarenta años hiciese ese gesto mientras me señalaba con el cuchillo en el momento que él creía que estábamos de acuerdo.

–Por cierto, es carne de cerdo, ese sí que es un animal de la peor calaña posible. Así que hazme el favor de probarlo que tienes que estar hambrienta. O si lo prefieres, volvemos a pasar una temporadita dentro de la habitación, tú eliges– Cambió su dulzura y amabilidad característica por un tono más brusco como si de otra persona se tratase.
Pasó un minuto aproximadamente, pero tenía la sensación de que habíamos pasado horas en silencio. Realmente la costilla estaba deliciosa a pesar de parecer seca. La carne se deshilachaba con una facilidad pasmosa, digna de los mejores cocineros. La facilidad con la que la carne se desprendía del hueso tratando de huir de su fiel compañero de vida durante tantos años era pasmosa.
–Bueno querida, dime, ¿Por qué estás aquí?– Preguntó Nicolás mientras masticaba un nuevo mordisco de la deliciosa costilla. Creo que jamás había probado una carne tan apetitosa, ni siquiera el estofado que me daban mis captores dentro de la habitación.
–No… No lo sé– Me sorprendió la pregunta y ante todo la tranquilidad con la que la mencionaba mientras seguía dando bocados a la mustia carne.
–Creo que no has entendido la pregunta. Vamos a probar una vez más ¿vale cariño?– Esta vez el apelativo cariño no lo estaba utilizando con un tono dulce como lo hacía anteriormente. Estaba muy serio. Lo que parecía ser una sonrisa eterna se había convertido en un rostro sin ninguna expresión, una seriedad neutra, una neutralidad que daba escalofríos. Aún no había salido el monstruo, pero parecía estar en medio de una transformación. Notaba que él también quería mantener a la niña juguetona. Tampoco le gustaba sacar al monstruo, pero un leve cambio en los acontecimientos podría producir ese cambio en un abrir y cerrar de ojos.
–¿Por qué estás aquí?– Volvió a esbozar una sonrisa, esta vez un poco fingida. Resoplé para mis adentros un poco más aliviada, tenía que seguirle el juego, pero no terminaba de entender la pregunta.
–Por… ¿Por mi culpa?– Dije dudando. No se me ocurría nada y quería evitar ante todo otro nuevo cambio de personalidad. Él no quería hacerme daño, pero era muy capaz de ello. Tenía en mente esa respuesta o más bien decir por qué coño me había secuestrado una banda de maníaco depresivos con tintes caníbales y violadores, joder, tenían tanta maldad acumulada en su interior que Stephen King y M. Night Shyamalan se forrarían si estuviesen sentados con ellos tan solo un minuto.
–Coooorrecto, Wow, estás que te sales guapa– animadora juguetona.– Por tu culpa, por tu culpa, por tu gran culpa– Decía mientras me señalaba con los tenedores mientras seguía separando el costillar del hueso. –Pero eso es muy genérico cariño, aquí queremos chicha, sangre, dame más, venga, dame más, que tú ya sabes lo que yo quiero–
–Realmente no sé lo que quieres Nicolás–
–Siempre igual con todos, os lo tengo que sacar con sacacorchos, con lo rápido que podría ser esto, luego cuando no pasáis la prueba me echáis las culpas a mí, pero prácticamente os hago yo el trabajo– Dijo con tono de desesperación y pereza. Apoyó el brazo izquierdo en la mesa mientras con el derecho daba el último trago de la copa de vino de un sorbo directo, como el que tiene prisa por irse de su cita al darse cuenta que no es lo que esperaba. Decía con pereza:
–Venga, dame lo que quiero y acabaremos con esto de una vez por todas. Vayamos al grano joder– Me miraba de arriba abajo.
–Seguro que hay otra salida Nicolás por favor, no quiero hacer eso– Dije desesperada.
–Mira, no es cosa mía, es cosa de los de arriba– Dijo mordiéndose los dientes y señalando con disimulo hacia arriba como si alguien nos estuviese escuchando. –Pero este es el proceso, tú dame lo que quiero, y sales de aquí. Es así de sencillo y rápido, venga, que yo te ayudo, ponte de

rodillas– Se levantó de la mesa mientras me cogió las manos como el que trata de ayudar a un desvalido.
Estaba desesperada y ardía en mi interior solo de pensar en pasar una noche más en esa habitación fría, húmeda rodeada de inmundicia. Quería volver a mi casa, abrazar a Martin y Robi, acurrucarme con ellos en nuestra habitación, mientras el calor de la chimenea inundaba toda la casa tratando de conquistar cada uno de los rincones con su manto de calor. Estaba preparada.
Me puse de rodillas y empecé a levantarle la túnica a Nicolás.
–¡Qué coño! Serás ramera– Me apartó de un empujón. – ¿Qué coño quieres? ¿Qué me despidan, que pierda mi trabajo por una sucia ramera como tú? Tira para la habitación, a ver si él te ayuda a cambiar de una vez.
Me empujó hacía la habitación tirando la silla contra él suelo con tal fuerza que fui incapaz de defenderme.
–No, otra noche más aquí no, por favor– Sollozaba.
–Haberlo pensado antes fulana, ahora te voy a dejar que pienses bien por qué estás aquí a ver si a las malas te entra en la cabeza. No pienso seguir perdiendo mi tiempo con una furcia como tú– Gritó. Cerró la puerta con tal estruendo que noté cómo los muros de la pared temblaban como si se fuese a caer todo en mil pedazos.
Me quedé en el suelo llorando, era incapaz de moverme, me sentía bloqueada, mental y físicamente. Pensaba que quería abusar de mí, pero no entendí esa reacción tan brusca, sus mensajes eran contradictorios y me daba miedo reaccionar de una manera o de otra porque no sabía con qué Nicolás podía encontrarme.
Las siguientes noches se acentuó la humedad, bajaron las temperaturas y no llegaban sábanas nuevas. Solo me dejaban un ñusco de pan y dos vasos de agua para todo el día. Silbé, pero la voz del respiradero no volvió. Estaba casi segura de que eran imaginaciones mías. Cuando llegué estaba muy débil y seguramente drogada. Si no, no sé cómo había podido llegar hasta allí sin estar consciente.
Casi todo el tiempo intenté dormir o permanecer con los ojos cerrados para no terminar de perder la cabeza por completo. En mis momentos de lucidez intenté permanecer atenta para ver si escuchaba algún ruido del exterior, algún coche pasar, tren, autobús, algo que me sirviese de pista para saber en qué parte del Valle podía encontrarme. Estaba casi segura de que permanecía aún dentro de Esterri. Me resultaba inverosímil que me hubiesen llevado en una furgoneta más allá del Valle. Se perdía mucho tiempo en subir y bajar el mismo. No podían haber cometido la temeridad de que me despertase en algún momento estando en la parte trasera de la furgoneta, y pudiese emitir algún ruido que pudiese ser percatado por algún otro coche o en algún descansillo de autopista.
Empecé a notar cómo conforme pasaban los días, una leve brisa de aire se iba pronunciando cada vez con más fuerza. La humedad que había en esa habitación era lo suficientemente pronunciada como para que una leve brisa que salía del respiradero, hiciese que la sensación de frío aumentase por momentos.
Ya no me tumbaba en la cama, agarré las sábanas y las puse a mi alrededor como el vagabundo que intenta protegerse de la fría noche a la intemperie. Me apoyaba contra la pared y cerraba los ojos.
No creo que tardase más de una hora en volver a despertarme por algún estornudo, o por la sensación de volver a reclamar su territorio los insectos. Recordé que aún tenía el farolillo. Lo dejé un día entero encendido. Tenía tanto frío que pegué las manos a la parte superior solo para

notar un leve calor. En un principio notaba levemente la temperatura, pero me acabaron saliendo ampollas de una posible leve quemadura por haber tenido durante un tiempo prologando mi piel expuesta.
Era el menor de mis problemas, en esos días siguieron llegando ñuscos de pan y vasos de agua con la misma asiduidad que las brisas de aire por el respiradero. Seguía callada y el único ruido que producía era de algún estornudo que no podía controlar por el posible catarro que estaba volviendo a enganchar ante tal situación. Sabía que era un castigo. Un castigo de Nicolás, aunque según él, no se encargaba de castigar, sino de ayudar, pero ¿Qué clase de palabra puede tener un hombre que tiene la personalidad de una niña pequeña o de un auténtico psicópata? Estaba casi segura de que él era el cerebro de esa situación y el hombre de la túnica negra sería la mano ejecutora, solo me quedaba esperar a que llegase su momento.
–No te duermas, es lo que ellos quieren– Volvió la dulce voz del respiradero.
–¡No hables! Nos puedes escuchar, ¿Por qué no silbas?– Dije atemorizada, solo me faltaba recibir más castigos, casi prefería que todo terminase cuanto antes.
–Ahora podemos hablar en voz baja, están ocupados, hazme caso, no te duermas–
–No puedo dormir, me despierto en cada momento con estornudos o temiendo ser devorada por las cucarachas, estoy agotada–
–No me hagas reír, las cucarachas no te van a devorar tonta, tienen más miedo que tú– Dijo con una leve risa. Era tan familiar que me reconfortaba escucharla.
–Que estés agotada no significa que no estés durmiendo, yo te oigo y sé que llevas dormida varios días, solo te despiertas para comer el trozo de pan y beber agua, así que intenta mantenerte despierta y no te duermas, están a punto de venir – Dijo entre susurros como quien cuenta un secreto.
–¿De venir quién?–
–El otro, el hombre de negro, te tiene que ver despierta y no te hará daño, no le digas nada, no te va a contestar, y si le hablas, será peor. Siempre tiene otro plan si haces algo que no está en sus planes, así que haz lo que te digo, quédate callada y haz lo que te sugiera, porque él nunca habla–
–Aún no me has dicho cómo te llamas–
–Eso no importa, tienes que escuchar lo que te digo, concéntrate en eso–
– Me dijeron que era la única chica que estaba aquí, que era imposible que hubiese hablado con alguien, y mucho menos con otra chica–
–Ellos no saben que estoy aquí. Es más, no debería, si vengo es para ayudarte, así que no vuelvas a mencionarme o me iré de verdad, ¿entendido?– Dijo en tono de reprimenda.
–Me tengo que ir, haz lo que te he dicho. Volveré en cuanto pueda. Ya casi acabo todo Be. Tienes que ser fuerte, pero también inteligente. Tú eres súper inteligente. Recuérdalo y, sobre todo no tengas miedo, lucha contra él y vencerás. Como aquella vez de pequeña cuando encontraste el camino de vuelta a casa tu sola con seis años. Te habías perdido en el centro comercial y no te atreviste a hablar con ningún adulto, tú sola supiste como llegar a casa esquivando a cualquier adulto que tratase de acercarse porque siempre te habían dicho que hay mayores que hacen daños a las niñas como tú. Tú sola volviste a casa, así que vuelve a hacerlo Be, vuelve tú sola a casa, sé que puedes–
–¡Como sabes eso!, ¿Cómo sabes cómo me llamo si ni siquiera puedes verme?, ¿QUIEN ERES?– Grité.
–¿Con quién estás hablando?– Masculló una voz como si de un gruñido se tratase.
Me giré y el hombre de la túnica negra estaba plantado delante de la puerta abierta. No había escuchado girar el picaporte ni tampoco el gruñido al girar las viejas bisagras, ¿Cómo era

posible?. Nos quedamos varios segundos mirándonos. Esta vez sí que podía verle la cara, pero tenía una capucha que le daba sombra a toda la cara menos a la boca. Tenía una espesa barba como la inmensidad de uno de los bosques del Valle que acentuaba su aspecto tétrico, como la guinda que caracteriza el pastel.
Se dio la vuelta y prosiguió con unos pasos que se dirigían fuera de la habitación dejando la puerta de la estancia tras de sí abierta.
Ya me advirtió la voz del respiradero que debía saber qué hacer, así que me propuse que debía intuir qué hacer. Iba a tener que hacer caso a mi instinto si quería salir de ahí. Quizás esa era la llave de un nuevo amanecer. Caminé tras él.
La mesa estaba sin recoger. Me había dejado casi todo el costillar la noche que cené con Nicolás, una legión de hormigas y moscas se habían abalanzado sobre la carne como si estuviesen tratando de coronar la cima del Kilimanjaro. El hombre de negro abrió una de las puertas y se quedó al otro lado totalmente inmóvil haciendo ademan sin darse cuenta de que entrase.
–Sigue tu instinto y no tengas miedo– Pensé.
Me asomé por el contorno de la puerta y pude ver una pequeña habitación, la cual estaba presidida por una mesa, con un hombre y una mujer al otro lado mirándome fijamente. Había una silla al otro lado invitando a sentarse frente a aquella pareja. No iban vestidos con ninguna de las túnicas que pude ver hasta el momento, iban con unos ropajes más propios a otra época que de la presente, parecía que iban a representar alguna obra de teatro de la nobleza. Ella era rubia como la melaza, portaba unos faldones que empezaban por debajo de sus disimulados pechos y llegaba hasta los tobillos. Una media trenza sujetaba su larga melena. Él tenía el pelo castaño oscuro, ojos azules como los que ya no recuerdo al igual que su mirada, llevaba una especie de túnica roja decorada con ornamentos parecidos al oro. Ambos me estaban mirando fijamente. Dudé por un momento, debía de seguir mi instinto, así que di el primer paso y entré.
Tras de mí la puerta se cerró. Una vez dentro pude fijarme que la habitación era bastante parecida a la mía, reducida a la mitad y con luz. Me senté.
–¿Es ahora cuando tenemos que hablar?– Dijo el hombre con una delicada voz preguntando a la mujer.
–Tss cállate–Ordenó ella mientras se llevaba el dedo índice a la boca.
Por un momento mantuve el silencio, es una especie de educación que había recibido en aquel sitio, y aunque me incomodase bastante, había aprendido que lo mejor era esperar antes de dar el primer paso. Viendo que pasaban los segundos y nadie llevaba la directa, me dispuse a empezar la conversación.
–Ho…hola– dije con timidez.
–Ya era hora querida, se supone que debes iniciar tú la conversación– Dijo ella.
–Discúlpame, pero no estoy muy segura de cómo comportarme, no sé muy bien que hago aquí, ¿Quiénes sois?–
–Nosotros estamos aquí para ayudarte– Respondió el hombre.
–Te he dicho que te estés callado Paolo, tu lengua es la que nos trajo a este sitio– respondió con tesón la mujer a Paolo. Al menos ya conocía su nombre.– Yo soy Francesca y este que no puede estar callado es mi marido Paolo–
–¿Vosotros estáis también aquí encerrados?– Pregunté. Cuando me lo proponía podía ser realmente simpática y caer bien, iba a intentarlo con ellos. No debía fiarme de nadie, pero iba a intentar por todos los medios conseguir la máxima información posible para salir de aquel infierno.
–Literalmente, prácticamente consideramos este nuestro hogar, y nuestra misión es ayudaros a

personas como tú a que salgáis de aquí, o vayáis a un sitio mucho peor–
–¿Cómo que mucho peor?–Pregunté asombrada– No se me puede ocurrir un sitio peor que esté, ¿Habéis visto donde estoy encerrada?–
–Jajaja, que no hay un sitio peor dice, Paolo. Ahora sí puedes hablar. Tú que has visto lo peor que se puede vivir aquí, dile, pero no le cuentes los detalles– La voz cantante la tenía Francesca. Eso estaba claro–
–Aquí estas de paso, o sales de aquí o créeme que desearás pasarte aquí el resto de tus días. Yo doy gracias a Dios de permanecer aquí, no quieras saber a dónde puedes llegar a parar– No entendía nada.
–Ahora lo que tienes que hacer es sencillo, escuchar nuestra historia– Dijo Francesca.
–¿Y ya está?, ¿Eso es todo?. ¿Escuchar vuestra historia y ya puedo irme?– Pregunté.
–No querida, vas a tener que escuchar lo que te diga, te ayudará, pero tendrás que prestar mucha atención a los detalles, los pequeños detalles son los que marcan la diferencia en toda historia. Sin los detalles, nada tiene sentido en esta vida Begoña, son ellos los que nos mueven, los que nos empujan a hacer lo que hacemos. Un detalle puede ser una mirada, una caricia o un beso, pero ni el mismísimo Dios, por más que nos ame, es capaz de sentir lo que los humanos hemos llegado a estremecernos con el mero hecho de haber sido amados y correspondidos por otro igual. Quizás eso sea el amor, lo que nos separa a los hombres de las bestias, lo que nos ayuda a diferenciar un Báratro del Paraíso, ¿no es ahí donde radica el amor eterno? En el Paraíso, que es lo que todos añoramos por alcanzar, pero ¿Qué ocurre cuando el amor no es limpio, puro?. ¿Serías capaz de hacer cualquier cosa por amor?
En cuanto hizo una breve pausa, volví a sentir el mismo dolor de cabeza que sufría antes de que me secuestrasen. Notaba la visión borrosa y un zumbido se apoderaba de mis oídos. Mi visión se emborronaba como si unas gotas hubiesen caído en mis cuentas oculares. Me tapé los oídos y cerré los ojos mientras agachaba la cabeza contra la mesa como si fuese a impedir que un ultrasonido penetrase dentro de mí.
–Responde Begoña, ¿serías capaz de hacer cualquier cosa por amor?– Podía escuchar la voz de Francesca dentro de mí.
–Sí… claro que sí– El dolor de cabeza menguaba si respondía.
–¿Y qué has llegado a hacer por amor?–
–Lo que cualquier persona haría, supongo– Volvió con más fuerza el dolor.
–No es la respuesta que debes dar, piensa, déjate llevar y piensa en lo más profundo de ti. ¿Es puro tu amor por Martin, es legítimo?–
–¿Qué quieres decir, qué pinta Martin en todo esto?–
–Debes recordar Be, es la única solución– Respondió Paolo.
–Pero te quieres callar pedazo de mendrugo– No desconcentres ni des pistas o le llamaré para que te saque de aquí–
Se hizo el silencio, pero me empezaron a venir recuerdos sueltos.
Empecé a verme a mí misma en diferentes situaciones que ya había vivido.
–Veo, veo a Martin salir de una habitación, me mira con cara de sorpresa, pero no es una sorpresa agradable. Es más bien como si no me esperase ahí– Hablaba como si hubiese entrado en hipnosis.
–Muy bien Be, sigue así, ¿Dónde estás?– Dijo Francesca.
– Estoy… estoy en mi casa de Madrid. Estoy en el pasillo de pie mirando a Martin fijamente, él niega con la cabeza, pero no puedo escuchar nada–
–¿Por qué no pruebas a entrar en la habitación?–

–Lo intento, pero Martin no me deja entrar, parece enfadado. Intento girar el picaporte, pero no puedo, Martin me agarra y me mueve de la puerta, no quiere que entre, me hace gestos de que me vaya–
–Sigue así, lo estás haciendo muy bien, te dije que tenía potencial– Expresó con entusiasmo Paolo.
–Hago gestos, estoy muy enfadada, le digo que se quite que tengo que entrar, debe entrar, siento que algo dentro de mí está hirviendo, es rabia. Empiezo a empujar la puerta, casi a aporrearla–
–Ves más despacio Be, no te aceleres– Ordena Francesca, pero no lo puedo controlar, el dolor de cabeza se transforma en ira.
–Sigo empujando la puerta, ahora con el hombro, me duele, pero sigo, la consigo derribar–
–Detente por un momento, ¿Qué ves? Observa tu alrededor y respira, ves despacio, baja las pulsaciones o te vamos a perder, describe lo que tienes a tu alrededor–
–Flipo, jamás hemos tenido una con tanta energía, y es solo el principio. Habla con él para ver si podemos hacer todos nosotros– Hablaba Paolo con entusiasmo.
–Que te calles alcornoque, sigue–
– Es… es una de las habitaciones que solíamos usar para las visitas, Martin está detrás de mí, tiene cara de preocupación, pero no entra en la habitación. Se queda fuera, su mirada muestra miedo, angustia–
–Date la vuelta y describe la habitación, sigue así, sigue tu instinto–
–Está todo revuelto, hay una pequeña estantería con libros, aunque la mayoría están en el suelo manchados. Hay ropa tirada, de mujer, tengo las manos…¡es sangre!–
Empecé a gritar, a gritar tan fuerte como si hubiese perdido todo razonamiento posible.
–Cállate, vuelve Be, vuelve con nosotros, estas aquí–
Decía el estás aquí como si fuese realmente un consuelo. Se abrió la puerta con un golpe sonoro.
–Mirabile Visu– Se levantaron Paolo y Francesca como dos colegiales de escuela privada se levantan con la entrada del Director en el aula.
–Un momento, ya había escuchado eso…– Volvió el zumbido a mi cabeza mientras me estaba girando para intentar ver quién había abierto la puerta y a quién se dirigían.
El frío se volvió a apoderar de cada uno de mis huesos como si no quisiesen despegarse de ellos por el resto de los días. Olía a putrefacción, a lágrimas saladas, a desesperación. No pude mirarle fijamente, pero sabía que tenía detrás de mí al hombre de la túnica y sombrero de copa que se me apareció en el Valle y me llevó a la Iglesia.
Intenté gritar, pero el zumbido era cada vez más fuerte y era incapaz de girarme.
–No hables y duerme– Sentí como mi cabeza golpeaba contra la mesa y rebotaba con la facilidad de una pelota recién hinchada. Desperté en mi habitación con la cabeza sangrando.

LA ÚLTIMA CENA

Conduje de vuelta hasta casa. No estaba del todo tranquilo ante lo que acababa de acometerse. No podía ni imaginarme lo que Be estaría pasando.

–Pobre mía, imaginar que le quieren devorar sus entrañas unos paramédicos–
Se me revolvía el estómago solo de pensarlo. Algo dentro de mí me decía que aquella historia se parecía bastante a la película La historia interminable. Cuando parecía que dábamos un paso para delante, algo sucedía que conllevaba a dar dos pasos para detrás. Era algo típico, ya más bien un tópico en toda nuestra historia. Intentaba excusar mis pensamientos que me arremetían a la

añoranza de mi monótona vida. En el mero propósito de que siempre se produzca algún incidente que nos haga retrotraernos a tiempos pasados, no mejores, como dice el dicho, en este caso, sino todo lo contrario, tiempos pasados muy oscuros. Donde la oscuridad reinaba cada uno de los rincones de nuestro hogar. Cuando el miedo daba la cara y me sonreía cada vez que llamaba a Be y no contestaba. La preocupación me daba la mano y me la acariciaba cuando se acercaba la noche y temía que estuviese en cualquier lugar de la ciudad tirada en el suelo mientras perdía la cabeza por vete a saber tú que sustancia.

–¡Excusas! Gritaba para mis adentros. No son más que excusas baratas, podridas de mentiras que se apoderaban de mis pensamientos impidiéndome ver más allá. Quizás todo era producto del miedo ante tal situación. Sabía que la diferencia entre una vida aceptable y una vida increíblemente feliz no era la ausencia de miedo. El miedo es sano que te acompañe. Es la ausencia de excusas lo que realmente te da la llave del camino a la felicidad. Yo sabía que era un maestro en ese asqueroso arte. Intentaba disuadir a mi juez particular (como si de un juicio hacia mi persona se tratase cada vez que intentaba darme por vencido) de mi responsabilidad ante todo lo acontecido. No era el principal culpable. Ambos teníamos que abrazar una parte de esa culpa. Pero yo tenía esa dualidad. Daba el doscientos por cien de mí cuando lo requería, pero cuando algo fallaba, me cansaba, esperaba ante tal situación y solo quería huir. Sé que es algo humano, innato, pero no deja de ser algo horrible, terrible. Dejar a Be sola ante esa situación. Por más que la amaba no puedo engañarte fingiendo que no se me pasó por la cabeza más de una vez coger las cosas, huir de todo, salir por la puerta sin mirar atrás. Intentar olvidar todo lo ocurrido y empezar de cero, incluso quién sabe, cambiar de trabajo. Otro de mis grandes sueños fallidos, el trabajo. Para el filósofo Aristóteles, en la polis, el hombre era libre, se dedicaba a la contemplación, adquiría sus virtudes dentro de un entorno social donde se promovía el crecimiento personal e intelectual, no el monetario. Justo ahí radicaba el problema que yo veía a nuestra sociedad y donde empezaban la mayoría de los males, como el que le estaba ocurriendo a Be, la presión social y el capitalismo La diferencia de nuestra generación a la de Aristóteles es el capitalismo. Menos mal que tenemos el cristianismo, aquellas que veneraban y premiaban el trabajo y el esfuerzo sin un enriquecimiento propio Intenté aprenderme esta teoría como un mantra que me diese la virtud y la fuerza de aguantar cada día las estupideces que veía a mi alrededor.

Había algo irrefutable en mi idea, eso lo tenía claro. No había nada de malo en querer emprender aventuras solo, sin nadie a mi lado que me acompañase, ser el hombre solitario, el protagonista de la película al que todas las mujeres y algunos hombres desean fervientemente. Pero yo era esa clase de persona que cuando caminaba por un camino de tierra, aparecía siempre alguien que me proponía que calzado era el idóneo para no embarrarme y ponerme perdido. No es que fuese algo malo, simplemente mi persona, mi auténtico yo, era así. Desconocía el hecho de ser un hombre solitario. Lo añoraba, incluso veía algo de atractivo en ello, había potencial, pero no sabía o no podía exprimir todo su jugo.

Un hombre que no necesita de una mujer para ser feliz. ¿Acaso no era lo mismo que estaba ocurriendo hoy en día con el empoderamiento femenino? Era algo con lo que estaba totalmente de acuerdo, tras varias décadas de ser sometidas, querían sentirse liberadas, hacer y deshacer según soplase el viento.

Notar la brisa del aire fresco rozar su cara, sentir esa añorada sensación. Libertad.

Era muy confuso para mí ser capaz de ambas contradicciones. Por un lado tenía, o mejor dicho sentía, las fuerzas necesarias como para estar a su vera en todo el proceso siempre y cuando ella estuviese dispuesta a dar su brazo a torcer y hacer lo que hiciese falta con tal de lograr vencer su

enfermedad.
Pero, por otro lado, aún más opuesto que este, me moría por volver a empezar de cero, un nuevo comienzo para mí. No hubiese sido la primera ni la última vez, en muchas ocasiones, en lugar de ser el idílico protagonista que tanto añoraba en convertirme, acababa siendo el gañán de la comedia romántica que acaba desapareciendo a las primeras de cambio que la cosa se complica. De todas formas sabía y siempre supe que con Be todo esto era diferente. Una llama dentro de mí ardía con la fuerza necesaria como para evitar que lo que había entre nosotros no se extinguiese, no se derramase por los suelos dejando tan solo un rastro de cera quemada por el fuego con el recuerdo de lo que había sido.
Ambos habíamos sacrificado muchas cosas por todo aquello, habíamos luchado contra viento y marea en infinidad de ocasiones, juntos. Los obstáculos se pueden vencer solo, pero estaba seguro que te puedes recuperar de los golpes grandes que te da la vida siempre y cuando tengas a la persona adecuada a tu lado, junto a ti, y no lejos de ti. Ese era el aliento que me protegía de los malos pensamientos cuando querían apoderarse de mi alma. Quizás eso sea el amor.
Estaba empezando a llover. Las primeras gotas caían sobre la luna delantera como los primeros soldados que avisan de que la batalla está a punto de empezar. Las lluvias en el Valle eran torrenciales, no muy asiduas en esta época del año, pero con el maldito cambio climático te podías esperar cualquier cosa.
–Nos estamos cargando este puto mundo– Dije mientras miraba por la ventanilla del conductor, estaba casi llegando a la altura de la casa de Luis. Aún no había llegado Artur. Dudo que ese pequeño vejestorio hubiese entrado nada más llegar para someterse a la tediosa espera que le tocaría soportar mientras Luis le contaba sus batallitas policiacas con tal de amenizar el tiempo. Debería ser lo más parecido al Purgatorio para Artur. Si hubiese llegado, estaría en la puerta de mi casa sentado esperándome como el perro desvalido que espera a su amo llegar a casa después de una larga jornada de trabajo.
Aparqué en la puerta de mi casa. Tuve que acelerar el paso mientras las gotas de lluvia cada vez caían con más insistencia. Olía a soledad. O miedo ante lo que se podía a avecinar. Viendo que la situación de Be era muy distinta a la que me estaba imaginado, casi no tenía sentido una reunión de tres. Por un momento pensé en cancelar la cita. Me notaba cansado, abatido, casi sin fuerzas, pero por otro lado fui egoísta y no me apetecía estar en casa encerrado solo. Sabes que suelo ser bastante solitario, pero necesitaba el aliento de otro ser humano. Quién sabe, a lo mejor podía ayudar a Luis en su intento frustrado de sacar algo de luz a tan tenebrosa oscuridad del pasado de Artur y que éste nos contase un poco más de lo que ocurrió aquel día. Estoy seguro que mi buen amigo Artur tenía una y mil historias que contar sobre el pasado de ese Valle, y nada mejor que una buena botella de vino para sacarle los trapos sucios por su diminuta boca.
Entré en casa. Be me hubiese matado. Estaba dejando todo el suelo de parqué embarrado y mojado tras de mí. Me quité las zapatillas y las dejé en la entrada. Lo mejor sería que me diese una ducha antes de ir a cenar. Eran las 20:30, aún me daba tiempo de sobra.
Ding Dong
Sonó el timbre de la puerta tras de mí. ¿Quién podía ser?, acababa de entrar y no había nadie en el porche. Por la figura que se podía divisar tras la vidriera de la puerta podía intuir enseguida de quién se trataba.
–Artur, es muy pronto, ¿Qué haces aquí? No te visto llegar. Acabo de entrar justo por la puerta–.
–Escuché el ruido de motor de tu viejo trasto y supe enseguida que eras tú viejo amigo. Además estaba nervioso de que fueses conduciendo en tu estado por las laderas del Valle y pude oler que se acercaba una tormenta, huelen a soledad. No es seguro conducir por estas carreteras cuando se

acerca una tormenta –
Tal y como hacen los perros al ver llegar a su amo a casa, espero que Artur no fuese a mover también la colita.
–Por dios, no irás así a cenar ¿verdad? Estás hecho unos zorros– Exclamó sorprendido Artur.
–No, justo ahora iba a subir a darme una ducha, ¿quieres esperar aquí mientras termino?–
–Solo si me vas sirviendo una copa de alguno de tus deliciosos jugos de uva de tus añoradas islas querido amigo. Algo me dice que esta noche voy a necesitar mucho– Hizo una breve pausa.
–Y dime… ¿de qué se trata esta improvisada cena Martin?. Me comentaste algo de un suceso en el que está trabajando nuestro vecino, el de verde, y que quizás yo podía ayudar. Sinceramente no sé en qué podría ayudarle alguien como yo. No es que sea precisamente el prototipo de hombre que ayuda a las fuerzas del orden y la ley–
–Tú llevas mucho tiempo en este lugar Artur– Dije mientras me quitaba la chaqueta. Estoy seguro de que puedes ayudar, de un modo o de otro–
–No sé en qué clase de caso en el que esté trabajando ese mendrugo que tenemos por vecino puede competerme a mí como persona. Y mucho menos sé que puedes pintar tú en todo esto. Te lo digo con extremo cariño querido amigo–
–Tranquilo Artur, es solo una reunión de amigos. Vivimos muy cerca los 3. Es bueno y sano que tengamos relación, y créeme que Luis tiene mucho que ofrecer–
Permanecimos en silencio por un instante mientras le servía una copa de Ridgeview Bloomsbury .Le acerqué la copa levantando la mano derecha mientras seguí en silencio conforme Artur le daba un primer sorbo corto como quien intenta descifrar un enigma.
–Aroma cítrico con toques de melón y miel, magnifico Martin, magnifico, como siempre–
–Buen paladar amigo. Me encanta la gente que sabe disfrutar de las cosas buenas de la vida, de las pequeñas cosas, hay que saborear esos momentos, exprimirlos como si fuese el jugo de una naranja deliciosa, ¿no crees?–
–Te noto muy filosófico esta noche, más de lo normal– Dijo Artur extrañado mientras daba un trago más largo a su copa.
–Cierto, estoy planteándome muchas cosas, cambios. Los cambios siempre son buenos, ¿no crees?–
–Pueden ser buenos, o pueden ser peores. A ciertas personas el simple hecho de verse en el precipicio del obligado cambio de rumbo en sus vidas les da autentico pavor– Bebió.–Los cambios pueden convertirse en auténticas pesadillas. No lo olvides–
–Toda la razón. Bueno, no quiero que se nos haga tarde, Luis tiene una puntualidad militar. Espérame aquí mientras me doy una ducha rápida, ¿vale? Si quieres una copa más, te dejo la botella aireándose en la cocina, pero no te la acabes que si no nos vas a seguir el ritmo en la cena– Solté una leve carcajada.
–Tú tranquilo Martin, estoy muy bien acompañado, y no te preocupes que yo sé que lo que tú quieres es que no me termine tu deliciosa botella británica para así degustarla tú al volver, pequeño granuja. Te tengo calado, quédate tranquilo. Sube que yo defiendo el cuartel– Soltó una sonora carcajada– ¿Has visto? Ya estoy haciendo símiles militares, búa, Luis se va a quedar encantando conmigo esta noche–
–Seguro que sí, vuelvo ahora mismo. Estás en tu casa–
Subí las escaleras, conforme iba llegando a la planta superior, una profunda oleada de emociones me invadió por completo. La casa tenía una carga emocional muy fuerte, sobre todo la planta superior donde acababa de vivir hace prácticamente 24 horas unas de las peores crisis que recuerdo de Be. No sé si era buena idea todo aquello, quizás la cena no era una buena idea,

¿estaba preparado psicológicamente para seguir mi vida como si nada de todo aquello hubiese sucedido? A lo mejor en la mañana del día siguiente me darían una de las peores noticias posibles, que Be hubiese perdido la cabeza por completo. Pero había algo en esa teoría que cojeaba. Empezaba a verla casi totalmente recuperada. Cuando veía a alguien tomando una cerveza en alguna terraza del pueblo, no se quedaba mirando con mirada lasciva de deseo. Dormía bien, profundamente, como el bebé que mece en su cuna después de que su madre le cante una nana. Parecía estar casi recuperada por completo a falta de volver a integrarse en este mundo de locos. Estaba seguro de que Artur podía darme algo de luz ante todas mis dudas. Escondía algo, tenía un pasado lo suficientemente turbio como para sospechar. Puede que esa fuese la razón de que se acercase tanto a mí desde el principio. A lo mejor todo era una farsa. Él siempre esquivaba la mirada de Be. Su mujer se comportaba de un modo realmente extraño cuando nos la cruzábamos, la extraña muerte de sus hijos.
Todo olía a podrido. ¿Y si todo era un montaje y Artur era el cabecilla de todo aquello? Ya no sabía qué era real y qué podía ser fruto de mi frustración e imaginación. Algo oscuro escondía ese Valle y sus gentes. De eso no tenía la menor duda, así que de un modo u otro, hacer hablar a Artur iba a ser productivo. De eso no me cabía la menor duda.
Dejé la ropa en el cuenco de la ropa sucia. Ya iba siendo hora de poner una lavadora.
–Mañana sin falta– Me dejé una nota mental.
Entré en la ducha mientras el ruido de las cañerías me advertía de que estaba de camino un torrente de agua tibia, como el ruido que hacen las casas antiguas cuando entras. Conforme el agua caliente entraba en contacto con mi piel, bañando mi cara por completo como el recién bautizado, empecé a recordar la primera semana de Be tras la salida de Galatea.
–En la última balda guardé todas mis botellas de vino, creo que ni siquiera te alcanzan a la vista, pero no sé si con una silla podrías llegar– Dije señalando a Be su localización.
–Lo mejor es que las cambies de sitio y no sepa dónde están, por si acaso, me encuentro mucho mejor, pero no sé si una noche me entrarán unas ganas locas de colocarme, y ante la imposibilidad de encontrar drogas aquí, vaya a echar mano de tus botellas de vino. No me pasó ninguna noche en Galatea. Pero no sé cómo voy a reaccionar estando fuera de nuevo–
–Tienes que ser fuerte Be, hazlo por Robi y por mí. No queremos volver a verte pasar por todo aquello– Agarré con mis manos su mentón como si mi ímpetu fuese a dar fuerzas a la hora de evitar cualquier posible locura.
–Te prometo que lo voy a intentar Martin, por vosotros, por nosotros. No os merecéis todo lo que estamos pasando. Gracias por estar siempre ahí, a mi lado, por no separarte de mí, por ayudarme y estar siempre dispuesto a hacer cualquier cosa, gracias por creer en mí – Hablaba mientras sus ojos de ponían vidriosos.
En lo más profundo de mis entrañas había tenido muchas dudas sobre qué hacer. No fue nada fácil dejar nuestra vida montada en Madrid para mudarme a Esterri solo para estar cerca de Be y ayudarla en su proceso de recuperación una vez hubiese salido de la clínica. En mi trabajo no se lo tomaron del todo bien. Se habían acostumbrado a tenerme todos los días en la oficina. No me gustaba el teletrabajo. Necesitaba sentir el trabajo diario, diferenciar entre el hogar y el trabajo. Era un sentimiento más propio de un funcionario, pero no pedía evitarlo. Al ir todos los días a la oficina, sabía también que había muchas tareas que daban por sentadas que no me importaría hacerlas, pero ahora que ya no iba a ir en una larga temporada, bueno, les pareció una excusa. También avisé que la red Wifi llegaba a duras penas a este Valle, por lo tanto iba a mandar las traducciones en fecha, pero que quizás en algún momento tuviese algún problema de conexión. Aún recuerdo la mirada de mi jefe sin decir nada. Tenía muy claro que si en algún momento la

empresa necesitaba despedir a alguien, iba a ser yo el primer candidato en la lista. En cierto modo me dolió que no entendiesen mi situación personal. En ese preciso instante no me di cuenta. Pero me hubiese gustado que la empresa me apoyase en todo este proceso, o ponerme alguna facilidad. Si eso hubiese pasado, quizás hoy seguiría trabajando allí.
Las primeras semanas tras su salida fueron bastante difíciles. Estaba recibiendo mucha presión por parte de mi empresa para terminar de traducir una novela erótica de una nueva escritora que había tenido mucho éxito en su anterior publicación. No había leído la anterior, pero esta era un auténtico bodrio, sin ningún sentido, sexo y pasión gratuitos, sin alma. Si no llega a ser por la situación personal que estaba viviendo, hubiese achacado a la baja calidad del texto a traducir mis pocas ganas de sentarme a trabajar sobre él. Me daba miedo dejar mucho tiempo a Be sola. Se pasó la mayor parte de los días en pijama, sin saber qué hacer. Tenía miedo, realmente tenía miedo, como si alguien le estuviese persiguiendo.
Una noche, después de cenar, me senté en el sofá a su lado dispuesto a que diese un cambio.
–¿De qué tienes miedo?–
–De volver a cagarla– Be no me dirigía la mirada. Parecía sentir vergüenza de sí misma.
–Hemos venido aquí para ayudarte a que no vuelvas a caer. Estás en el proceso, no lo olvides–
–Lo sé Martin, pero sé que tú no eres feliz aquí. Míranos, sí, es un sitio idílico, pero para venir los 3 unas vacaciones de verano, una semana, y ya está. Míranos, mírate. Te veo hablando más con el casero que con los vecinos jóvenes que vi que tenemos al lado. Vamos a acabar perdiendo la cabeza aquí. Tengo miedo de que un día te marches–
–No me voy a ir a ningún sitio. Recuerda que fue idea mía venir aquí. Si hubiese querido darme por vencido, lo habría hecho en Madrid y hubiese seguido allí mi vida. Pero mírame, aquí estamos–
–Lo sé, pero tengo miedo– notaba una tristeza profunda adherida a sus palabras.
–Tomate esto como unas vacaciones. Hacía mucho que no nos íbamos de viaje juntos y mucho menos los 3, ¡Eh Robi!– Se acercó moviendo la cola mientras sacaba la lengua por uno de los lados de su enorme boca pensando que estábamos jugando con él. –Además, quién sabe, a lo mejor también es lo mejor para mí alejarme de todo aquello. Quizás estar aquí, perdido en la naturaleza, me anime a escribir un libro–
–Jajaja lo siento cariño, eres el mejor en tu trabajo, pero no has sido capaz ni de escribir la nota de la compra– Al menos conseguí que riese como lo solía hacer.
–Piénsalo bien. Me paso la vida leyendo a autores que publican y les pagan por dedicarse a ello. Quizás haya aprendido algo que pueda poner en práctica– Estaba entusiasmado ante tal idea.
–Tú mismo me dices que la mayoría de obras que te mandan a traducir son una auténtica basura, que no vale ni un solo céntimo. Basura que está escrita para vender y nada más–
–Correcto, para vender. Quien sabe, a lo mejor tienes al próximo Best Seller frente a ti y aún no te has dado cuenta– Hice un gesto con las cejas intentando sacar todo mi lado sensual inherente al puesto y estatus social que estaba describiendo.
No te veo capaz de escribir solo pensando en el número de ejemplares que llegarían a venderse. Tú no eres así– Ahora sí me miraba fijamente a los ojos. Sabía cómo llegar a tocar mi alma.
–Ya sabes el dicho… Money talks– Sonreí con cara de niño travieso.
Ahí me volvió a besar como hacía tiempo que no me besaba. Esa magia que sentíamos cuando uno estaba cerca del otro no se describe con palabras. Lo siento, tienes que vivir algo así para saber de qué clase de magia estoy hablando.
Salí de la ducha. Cogí el móvil para ver la hora. Tenía 5 llamadas perdidas de Luis. Tenía una notificación en el Whastapp de un mensaje de audio suyo.

–Martin, perdona por ser tan pesado. Solo quería avisarte de una cosa antes de que vinieses a cenar con Artur. Le vi entrar en tu casa. Imagino que el viejo no quiere estar conmigo a solas. Bien que hace. Hubiese sido una situación muy incómoda. Lo siento, no te puedo decir de qué se trata por aquí, por… Bueno, ya lo sabrás. Estuve hablando con un amigo y hay algo que deberías saber. Cuando vengas a casa tenemos que inventarnos una excusa para que hablemos un momento tú y yo en privado. No tardes, ahora te veo–

Fuese lo que fuese lo que me tuviese que decir Luis, Artur tenía algo que ver, estaba claro. Lo complicado iba a ser mirarle a la cara y disimular. No era mi principal virtud a tener en cuenta. Una sensación de nervios se apoderó de mí. Intenté resistirme pero no podía. Sentía que me iba a estallar la cabeza.

–Agggh – grité mientras mordía la toalla para que no se me escuchase mi alarido.

Eran casi las 21:00. Cogí unos vaqueros del armario, mi camiseta de Guns‘N Roses y mis zapatillas Old School. Estaba cerca de la crisis de los cuarenta y quería evidenciarlo, pero siempre que estaba tenso me gustaba ponerme la ropa que más cómodo me hiciese sentir. Que más identificado me sintiese, como si de un escudo protector se tratara. Me dispuse a bajar las escaleras mientras me percaté que no escuchaba ni un solo ruido de la planta inferior.

–Hombre, aquí estás. Ya iba a subir yo a buscarte. Pensaba que te había pasado algo amigo– Dijo Artur aliviado.

–¿Y qué debería haberme pasado Artur?– Le pregunté mientras fruncía el ceño frente a él.

La diferencia de altura entre él y yo se evidenció al juntarme a su cuerpo. Su fragilidad aumentó por un instante.

–Recórcholis Martin, acabas de pasar por una situación muy traumática. Tenía miedo de que te hubieses desmallado, te hubieses dado un golpe en la cabeza y estuvieses inconsciente en la bañera mientras un río de sangre se entremezclaba con el agua que seguiría corriendo sin cesar mientras te desangras. Es uno de los principales accidentes domésticos que se producen–

–Ya, bueno, no te preocupes Artur, estoy bien de verdad– Intenté mantener la calma para no dejar de manera tan evidente que tenía algún tipo de recelo o sospecha frente a él.

–Viejo granuja te has bebido casi toda la botella– Dije sorprendido, no pude evitarlo.

–Ya te dije que los viejos toleramos muy bien el alcohol, ¿quieres que te vuelva a contar mi teoría sobre los ancianos y la soledad?–

–No creo que sea necesario, dame la copa que la deje en el fregadero y vamos. Luis nos está esperando y no quiero verle cabreado por llegar tarde–

–En eso tienes toda la razón, después de ti– Dijo Artur mientras me hacía el gesto invitándome a salir primero de mi propia casa. Cuando quería y se lo proponía podía ser todo un caballero andante en tamaño reducido.

Tras cerrar nuestra puerta, pude ver como Luis abría la puerta de su casa. Tenía una enorme lata de cerveza en su mano. Robi salió corriendo tras él, alimentando su energía y su amor por mi olor corporal. Robi me buscaba con la mirada como si hubiese pasado años sin verme. Recordé en un breve instante el famoso dicho que un año en la vida de un humano son siete años de vida en un perro. Por esa regla de tres, si llevaba 16 horas sin verme Robi, para él era como si hubiese pasado… Las matemáticas nunca fueron lo mío, Robi se me abalanzó con la característica energía de un perro de 7 años.

–¿Quién es mi chico, has echado de menos a Papá?– Hablaba con tono juguetón.

–¡Ya era hora joder!, dejar de hacer manitas y vamos, que se enfría el cochinillo. La reducción al romero que nos preparó ya se tiene que haber reducido del todo por el tiempo que habéis tardado, jajaja – Dijo Luis.

–Darme un segundo. Lo mejor será que deje a Robi en casa descansando, aunque extrañará no ver a Be. Estoy seguro que va a dormir como un lirón. Demasiadas emociones en un día–
Robi entró en casa lleno de emoción, moviendo su cola y oliendo cada rincón de su hogar. Rápidamente agarró su conejo de juguete favorito y lo llevó por toda la casa, como si quisiera mostrarle que estaba de vuelta.
–Ahora no, campeón, pero luego jugamos, ¿de acuerdo? – Le dije mientras le acariciaba el lomo. Le serví un montón de pienso en su recipiente y lo puse en el suelo. Robi no pudo contener su entusiasmo y se abalanzó sobre la comida, devorándola con ansias. Sus ladridos de alegría llenaron la habitación mientras disfrutaba de su deliciosa comida.
Salí por la puerta de casa mientras Robi se acomodaba en nuestro sofá. Lo pasaríamos por alto esta noche. Luis y Artur seguían esperándome en la puerta de su casa. La distancia entre ambos era algo palpable. Ya no sabía si ese era el verdadero Luis, o simplemente estaba tomando un papel en el cual actuar porque se sentía realmente cómodo intentando ser así. Era una persona que me había sorprendido gratamente con todo lo ocurrido. Estaba claro que se había acercado más a mí porque vio la oportunidad. La excusa de tener cerca a Artur e intentar obtener toda la información posible y quién sabe, quizás sacar una confesión que le catapultaría al éxito rotundo en su carrera profesional. Y yo le necesitaba a él de igual manera para ser la mano dura y quizás ejecutora a la hora de poder sacar toda la información posible a Artur. Estaba claro que tenía algún tipo de vínculo con Ana Puyol y si algo turbio estaba ocurriendo, él iba a saber perfectamente lo que estaría pasando.
–Podíamos haber descongelado unas pizzas Luis. No tenía que haberse molestado Elena en hacernos este manjar, por cierto, ¿Dónde está?– Pregunté extrañado.
–Sí, me pide que la disculpes, hoy tiene jornada completa, 24 horas vaya. Está metida en un asunto de lleno y solo vino a casa a darse una ducha y comer algo– Respondió Luis.
–Y de paso prepararnos esta deliciosa cena. ¡Qué buena mujer Luis! Como de las que ya no quedan. Por cierto, gracias por invitarme– Contestó Artur mientras alargaba la mano para cruzarla con Luis.
–No las des Artur. Sé que no hemos tenido mucha relación, pero Martin habla muy bien de ti siempre y ahora necesita tener a sus amigos más cerca que nunca–
–Totalmente cierto querido Luis, totalmente cierto. ¿Y cuál es ese caso tan importante en el que está trabajando Elena?– Cruzó los brazos mientras se mecía la barba asintiendo como el que está aprendiendo una gran lección en un seminario. Luis permaneció en silencio por unos segundos.
–Entenderás que no puedo revelar datos concretos Artur… Pero no te preocupes, estás fuera de todo peligro. Esta vez creo que no van a por ti– Cerró el puño y le choco en su hombro levemente dando a entender que lo mencionaba en tono jocoso.
–Jajaja– reían los dos. Por un momento no sabía diferenciar la tensión del humor real. ¿Estaría Elena tras los pasos de Artur?. ¿Tendría él algo que ver en la desaparición de Be?. Cierto es que hasta ese mismo momento no me había planteado el por qué Elena, que se había convertido en lo más parecido a una amiga, no me había llamado para informarse sobre el estado de Be. Quizás estaba metida de lleno en una investigación para desmantelar toda esta trama y devolvérmela a mis brazos. Luis sería el agente encubierto, el hombre de brazos duros que estaría dispuesto a dar su vida por la misión si la situación lo requería y Elena estaría en el centro de mando, con una unidad tras los pasos de los culpables de todo esto. Me estaba dando cuenta del mal que había hecho la industria del cine estadounidense. Estaba divagando. Pero claramente algo estaba pasando.
–Ya sabía yo que esta noche lo íbamos a pasar de puta madre. Pero venga hombre, no os quedéis

ahí pasmados, pasar. La carne está en el horno cogiendo calor, vamos al salón, pasar–
Entré y me senté en el sofá más alargado mientras Artur tomaba asiento en un reconfortable sillón que se encontraba a mi derecha a modo presidencial. Luis permaneció de pie como el camarero que está a la espera de que sus comensales decidan.
–¿Cerveza?– Preguntó Luis señalando con los dedos como si estuviese apuntando con una pistola. Realmente este hombre llevaba su profesión por dentro.
–Yo preferiría un Merlot , afrutado, sí es posible– dijo Artur.
–Jajaja esa sí que es buena. Si quieres vino tengo…– Luis se quedó mirando a la cocina dudando, como si esta le fuese a dar la respuesta que estaba buscando. – Toro Negro creo que me queda, no suelo beber vino–
–Ni que lo digas– Masculló Artur. – Bueno, tomaré una copa. A no ser que Martin tenga la amabilidad de ofrecerle a nuestro querido anfitrión uno de sus deliciosos manjares– Me miró Artur haciendo hincapié.
–No había caído en ello. Perdona Luis, es de mala educación no traer nada– Hice el gesto de levantarme para traer una botella de vino.
–Ni se te ocurra– Luis se acercó y con sus anchos brazos me apretó en el hombro y me volvió a sentar. –Artur tomará Toro Negro . Vino nacional y castizo. ¿Tú que quieres tomar Martin?. Tengo cerveza– Luis sonrió como el que cuenta una broma en la que solo dos personas pueden adivinar su significado.
–Agua, agua es suficiente, gracias. Demasiadas emociones en un día, no quiero que me siente mal–
–¿Agua?, ¿en serio?– dijo Luis.
–Coincido totalmente con Luis, ¿Agua Martin? Es una cena entre amigos. No puedes beber agua– Pronunció Artur con cara de extrañeza.
–De verdad, darme cancha por esta vez. Fue un día muy largo y duro. Me tomé un Valium y no quiero que me siente mal. Además, mañana lo más seguro es que tenga que volver a Galatea y quiero estar en buen estado. Pero gracias. Sirve la copa a Artur y siéntate con nosotros Luis. Vamos a desconectar y pasarlo bien, es todo lo que quiero– Intentaba a ratos apartarme de la pena como la fiel compañera que estaba siendo.
Luis asintió y se dirigió a la cocina. Artur se quedó mirando a su alrededor como el que contempla una obra de arte, con la diferencia que aquí no había ningún arte que compartir. Golpeteaba con las manos los laterales del sofá a modo de juego para pasar el rato.
–Bueno, pues no está mal la casa. Parecida a la tuya, pero a la vez diferente. ¿Qué significarán todos esos cuadros en fondo blanco con líneas negras?– Preguntó extrañado.
–No significan nada Artur. Son cuadros que la gente compra hoy en día para rellenar los huecos de las casas. No tienen un significado en concreto. Las grandes superficies dibujan formas de caras, jarrones abstractos sobre un lienzo en blanco y la gente paga lo que el comercio quiera con tal de rellenar sus hogares–.
–Vaya… Interesante– Asentía con desdén. – Lo bueno es que no tienen que ir a ningún gimnasio eh. Lo tienen montado en casa. Mira todos esos artilugios que tienen por todas partes y por el suelo. Así están los dos– Dijo Artur con una leve carcajada casi a modo de burla.
–Sé que Luis puede parecer un auténtico garrulo al principio, pero te aseguro que es buena gente. Obviamente no vamos a tener grandes conversaciones con él. No vamos a profundizar en razonamientos filosóficos sobre quienes somos o si realmente existe un Dios supremo. Pero la gente plana, normal, común a veces sorprende Artur. Así que deja la soberbia de lado por una noche y explora otras vías. Te lo digo como consejo personal. Yo hice lo mismo que tú y me

arrepiento de haberles juzgado como lo hice– Dije en voz baja acercándome al sillón de Artur para que Luis no nos escuchase. A fin de cuentas la cocina estaba muy cerca del salón. Artur asintió con la cabeza y me guiñó un ojo con gesto de aprobación.
–Martin, ¿Puedes venir un momento? Se me está resistiendo esta botella y ya sabes lo que dicen. Vale más mañana que fuerza– Gritó Luis desde la cocina.
–¡Voy!– Alcé la voz. – Vengo ahora– Dije a Artur señalando con la cabeza la cocina.
–Sí, no te preocupes. Si no os importa voy a entretenerme mientras tanto en esa estantería llena de libros, como tú has dicho Martin. Quizás estoy juzgando equivocadamente un libro por su portada– Se levantó Artur.
–Bueno… No creo que vaya a ser el caso– Dije en voz baja.
Al entrar en la cocina, Luis me agarró del brazo y me puse contra la pared como los amantes que van a darse un beso furtivo mientras sus parejas se encuentran al otro lado.
–Martin, Be sacó 1.000€ hoy– Dijo Luis sobresaltado.
–¿Cómo dices?–
–Lo que oyes, Elena y su unidad están investigando su rastro. Ya te dije que llevábamos tiempo tras los pasos de la gestión de Galatea, y vimos una oportunidad de oro para ir tras ellos–.
–¿Estáis utilizando a Be para sacar provecho a una investigación que tenéis encallada desde hace años?– Pregunté sin intentar alzar la voz.
–¡No joder, no!– Gritó Luis.– Intentamos saber dónde coño está tu mujer, porque está claro que no está en Galatea–
–Pero si acabo de ir allí y estuve hablando con Ana Puyol–
–¿Va todo bien chicos?– Preguntó Artur desde el salón.
–Sí Artur sí, es que Luis acaba de meter el corcho dentro del vino, voy a abrirte yo ahora otra botella, vamos ya.
–Ves sacando los cubiertos. Mientras tanto Artur, ayuda un poco ¿ no crees? Jajaja – Rio Luis. – Están en el primer cajón del mueble que verás junto a la estantería de libros–
–Ahora me pongo a ello. Estaba aquí viendo qué variedad literaria tenéis. Por cierto, deberías tener cuidado Luis, has dejado esta preciosidad de pistola encima de la estantería, ¿Qué modelo es?–
–No sabía que te gustaban las armas– Asomó Luis la cabeza hacía el salón. – Es una pistola semiautomática del calibre 9 parabellum, igualita a la oficial de la Guardia Civil. Pero no te preocupes. Está descargada. La suelo usar en caso de que tenga que ahuyentar a alguien–
–Una auténtica preciosidad, ¿puedo tocarla?– preguntó con entusiasmo.
–Sí claro, toda tuya– Respondió Luis.
–Al menos así lo tendremos distraído un rato. Pero vamos a ver, ¿Qué te dijo?. Toda información, por pequeña que sea puede ser muy útil Martin–
–Hablé con una enfermera que acababa de cambiar turno y no tenía constancia en que hubiesen ingresado a ningún paciente nuevo, pero también me dijo que pudo ser porque se le pasase a su compañero de turno–
–¿Y no te parece eso como mínimo sospechoso?– Preguntó.
–Eso pensé. Pero Ana me dijo que le habían inyectado Mantrium para sedarla. Le había dado una especie de brote psicótico y pensaba que los paramédicos la querían devorar.
–¿Mantrium, eso que es?. Suena a inventado–
–No lo sé. Ellos son los expertos, sabrán lo que hacen, digo yo. No sé, no sé qué pensar Luis. Me dijo que estaba dormida y que en el estado en el que se encontraba no podía verla. Que esperase y me llamaría en estos días para ver cómo evoluciona. Pero tenía pensado en volver mañana–.

–¿Y no llegaste a verla?– Preguntó casi enfadado.
–No–
–Joder tío, blanco y en botella. Ahí no está. No la tienen en Galatea. Pero vamos a ver ¿a Be le ocurrió alguna vez un episodio como el que me acabas de decir? Joder tío, ¿que la iban a devorar? Eso es muy fuerte Martin–
–Bueno, llevamos un par de días que están sucediendo cosas extrañas. No te voy a engañar. Pero Ana dijo que puede ser derivado de los excesos pasados de Be. Que le haya afectado a una parte del cerebro , al lóbulo frontal creo, no sé. La medicina no es mi punto fuerte. Pero que por lo visto, si eso se hubiese producido, ahora podría tener visiones y confundir la realidad con la ficción–.
–¿Qué hacéis aquí cuchicheando?– Apareció Artur.
Nos quedamos callados los dos mirando a nuestro diminuto acompañante. Por suerte Luis tenía la botella de vino en la mano, lo cual nos daba algo de ventaja a la hora de inventarnos un motivo decente que justificase la tardanza y el por qué estábamos hablando en voz baja.
–Ya sé lo que está pasando aquí– Dijo Artur serio.
–¿Qué, qué está pasando?– Dudé.
La situación empezó a coger un carácter más tenso. Luis parecía estar preparado para actuar como el policía que desenfunda el arma antes de que su adversario tenga el menor tiempo posible de herirle en el intento. Los segundos se convirtieron en minutos y nadie decía una sola palabra, pero tenía claro que Luis iba a abalanzarse sobre Artur. Si de verdad pensaba que él tenía algo que ver con Galatea y la desaparición de Be, una actuación así, hubiese tirado toda la investigación a la basura, y por supuesto iba a alertar a sus secuestradores y dudo mucho que jamás hubiese vuelto a ver a Be. La encontraría degollada en cualquier cuneta mientras la sangre de su cuello formaba un río de tinta roja que se deslizaría por las laderas del Valle que tanto esfuerzo por su parte en volver a ser la misma habían visto dar.
–Pues que ya vi que en tu casa no abres las botellas de vino con sacacorchos, como Dios manda. Tienes un artilugio de esos del Demonio que le das a un botón y saca el corcho de la botella por sí solo. Lo siento mucho querido Martin, pero me has defraudado. Pensaba que tenías ese aparatejo por pereza.
Pero jamás pensé que no serías capaz de abrir una botella de vino. Anda, dame que ya me encargo yo–
Suspiré. Lo hice con el mayor alivio que era capaz de sentir en ese instante. Por un momento pensé que todo se iba a derrumbar como una torre de naipes. Y si eso llega a pasar, no quiero ni imaginarme cómo se hubiesen acontecido los hechos.
–Menos mal que tenemos al viejo Artur que nos va a sacar de esta eh– Dijo Luis mientras agarraba a Artur por el hombro al igual que un padre coge a su hijo. Era curiosa y graciosa la diferencia de tamaño entre ambos cuando estaba uno al lado del otro.
Artur la abrió con una facilidad pasmosa. Varios años como bebedor de vino le abalaban. Claro está que para llevar tanto tiempo viviendo en ese Valle, el alcohol era una pieza fundamental para no perder el norte por completo. Él mismo se acabó sirviendo una copa de vino. Se la sirvió con la misma velocidad que la dejó tras un primer y profundo trago. El vino castizo y nacional que le propuso Luis, iba a quedar en eso. Una copa era suficiente para el sabor amargo, fuerte y a restos de alcohol que dejaba en la boca. No es porque fuese un vino nacional. Era más bien porque era un vino barato de esos que suelen vender en los Ultramarinos del pueblo. Era el típico que en todas las casas se utilizaba para cocinar y maridar carnes. Lo más seguro es que lo comprase Elena con ese fin. Pero Luis, sabiéndome muy mal reconocerlo por el cariño que

llegué a cogerle por todo lo que hizo por mí, y por nosotros, no tenía la menor idea de la finalidad real de aquel vino.
–Vamos a sentarnos al salón. Voy a encender la chimenea, que empieza a hacer frío y a la carne aún le queda un punto– Ordenó Luis.
Cogió la leña que tenía junto a la chimenea y prendió la misma. La lluvia empezó a azotar con fuerza, mientras el sonido de las ramas se mezclaba con el crepitar de la leña al entrar en contacto con el fuego. Era un sonido agradable que acompañaba como una dulce danza sonora a la velada, aunque me hubiese gustado disfrutar de ello en otras circunstancias.
–Debo decir, con toda la sinceridad Luis, que hay que darle una vuelta de tuerca a los libros que tenéis en vuestra estantería–
–Eso lo deberás hablar con Elena, aunque no creo que venga esta noche a casa. Esa colección es suya. Yo solo leo diarios deportivos. Aquí no llega el Satélite y no puedo ver ni un solo partido. No sé cómo podéis aguantarlo vosotros–
–Nos vendemos a placeres más terrenales jajaja – Rio Artur mientras alzaba su copa de vino dando a entender que él se vendía a ese placer, el cual no estaba disfrutando en absoluto en ese preciso instante.
–Y bueno Artur, ¿Cuánto tiempo llevas tú en el Valle?– Preguntó Luis mientras daba un largo y último trago a su lata de cerveza. En cuanto la terminó la aplastó como quien arruga una hoja de papel. El olor a romero se empezó a percibir en ese preciso instante por toda la casa. Le quedaba poco a la carne y menos mal, porque empezaba a estar hambriento.
–Anne y yo llegamos aquí hará unos cuarenta años. Todo ha cambiado mucho, creerme. A pesar de la escasez de muchas comodidades de la ciudad, todo el Valle se ha modernizado mucho en comparación con hace décadas. Ahora parece otro lugar.
–¿Y qué os trajo aquí? ¿De dónde veníais?– Pregunté.
–Vivíamos en Barcelona, y supongo que nos trajo lo que a todo el mundo cuando viene a un sitio como este. Huyes de algo y piensas que aquí vas a encontrar la paz, ¿no? Pero luego es justo lo contrario–
–¿Qué quieres decir con eso Artur?– Luis se apoyó en su pierna extrañado.
–Ya sabéis a lo que me refiero, sabéis cómo son estos malditos pueblos. Cuando vienes de fuera nadie se relaciona contigo. Te hacen el vacío, están a sus cosas. Tienen miedo de todo el que viene de fuera, por si tiene alguna intención de cambiar sus costumbres. Yo tenía un dinero ahorrado ¿sabéis? Gané mucho dinero en su momento. Y vi la oportunidad de comprar aquí un par de casas, una de ellas en la que vives tú Martin, y un par de locales. Los dos bares del pueblo son míos–.
–Pero con eso no te ganas la vida Artur. Seguro que hay algo más– Interrumpió Luis.
–Con el tiempo aprendes que no necesitas mucho para ser feliz. Te generan esa ansia de poseer, de tener más dinero, más reputación, un mejor puesto, tu círculo cercano, que muchas veces es más tóxico que el peor veneno que te puedas imaginar. Realmente con poco que poseas, ya eres feliz. Por eso nos enamoró este sitio–.
El sonido del reloj delató que la carne ya estaba lista.
Venga, sentaros que voy a sacar la cena, espero que vengáis con hambre. Elena no se queda corta en las cantidades.
–¿Necesitas ayuda o puedes tú solo Luis? A ver si voy a pensar que estáis hablando a mis espaldas, Jajaja– En ocasiones como aquella, la tensión se podía cortar con el mismo cuchillo que estábamos a punto de trinchar la carne.
–Puedo yo, no te preocupes. Son apenas 3 kilos de carne ¿Tú has visto estos bíceps?– Hizo Luis

el gesto de sacar músculo.
–Realmente impresionante. Pues te esperamos aquí entonces. Si hay patatas, para mí una ración doble. Adoro las patatas– Me dirigió una sonrisa que resultaba escalofriante.
No estaba muy seguro de qué decir. Pensaba en lo que me acababa de decir Luis. Por un lado estaba tranquilo. Una unidad de la Guardia Civil pensaba que Be había sido secuestrada y estaban tras sus pasos, pero por otro lado estaba inquieto por lo que me acababa de decir, ¿1000€?, ¿Cómo es posible? Alguien debió coger su tarjeta y sacarle a la fuerza el código de la tarjeta para poder sacar dinero.
Teníamos el límite para sacar en efectivo en un día, este nos lo aconsejo la trabajadora de la sucursal bancaria. Pero teníamos una tarjeta de crédito vinculada a la de débito. Habrían sacado de ambas. Lo peor de todo aquello es que Be tenía una línea de crédito muy amplio y sin usar, y esa misma noche podrían volver a sacar más dinero en cuanto pasase la media noche.
¿Realmente iban a hacernos pasar por todo esto solamente por dinero?. Lo peor de todo, es que acordamos que esa línea de retirada diaria de dinero, se podía ampliar hasta la cantidad que quisieses con tan solo una llamada. No hacía falta acudir en persona al banco. Si la tenían retenida, consciente, podrían a la mañana siguiente obligarla y tendrían carta blanca para conseguir todo el dinero que quisiesen. Estarían a punto de descubrir la mina de oro andante que era mi mujer.
Luis apareció con tres platos bien rellenos de sustanciosa carne, salsa y patatas. Agarraba los platos con la maestría de un camarero de estrella Michelin.
–Por dios Luis, no sabía qué estabas hecho todo un Maitre.– Dijo Artur sorprendido ante tal escena.
–¡Esto sí que no te lo esperabas eh! Mi mujer cocina y yo recojo. Para no tardar tanto vi un tutorial en YouTube de un camarero y no veas lo bien que me vino. Termino en un momento–
–No hay nada cómo ser autodidacta en esta vida– Asentí.
–Bueno, comer que no se enfríe ni quede nada en los platos, que aquí hay mucho trabajo. Como sobre algo, vais a ser vosotros los que aguantéis el rapapolvo de Elena, así que hacerme el favor y tragar como si no fueseis a comer en una semana, que aún queda más en la cocina–
–Yo no creo que vaya a poder con todo esto– Dijo Artur cuando casi la carne y la montaña de patatas le llegaban a la altura de la barbilla desde mi perspectiva.
–Si el bicho es casi más grande que tú Artur, ¿cómo vas a poder con él?–
Reímos todos en una sonora carcajada. Esa sí que era sincera, no como las anteriores que había habido alguna más forzada que otra.
–Y bueno Martin, ¿Has sacado algo en claro en tu visita a Galatea?, ¿Has podido ver a Be?–
Preguntó Artur mientras se llevaba a la boca un buen trozo de carne con dos patatas pinchadas, quizás más grandes de lo que me hubiese podido imaginar que le entraría en la boca de un solo mordisco.
–Hablé con ella, pero no saqué nada en claro. Me dijo que había sufrido un brote psicótico y que no podía verla en ese momento. Quedé a la espera de noticias suyas. No termina de cuadrarme nada. Sé que hay algo que me están ocultando– Respondí mientras me llevaba a la boca un trozo de la suculenta carne.
Luis se levantó de la mesa con la intención de servirse otra lata de cerveza.
–¿Alguien quiere algo más de beber?, Artur, voy a ponerte una copa más de vino que te veo seco. No te vendrá nada mal otra copa– Dijo Luis mientras le daba un golpe sonoro en la espalda.
–En este Valle siempre han pasado cosas extrañas. No es nada descabellado lo que estás diciendo querido amigo. Dijo Artur mientras sorbía su nueva copa de vino casi por obligación.

A Luis se le iluminó la mirada. Sintió la tensión del actor que acaba de escuchar la última frase de su compañero de acto dando entradilla a su gran solo.
–Bueno Artur, tú llevas muchos años aquí. Seguro que tienes infinidad de historias que contar. A la gente mayor le gusta eso, ¿no?. Contar vuestras batallas y cotilleos. Aquí tienes a dos ansiosos por escuchar cosas del pasado siniestro de este Valle– Dijo Luis con entusiasmo.
–¿Qué quieres decir con siniestro?– Preguntó Artur extrañado.–Este es un lugar tranquilo donde nunca ocurre nada querido Luis. Vosotros sois la última novedad de esta pequeña comarca.
–Vamos Artur, no me creo que no haya ni un solo cotilleo que nos puedas decir. Ya sabes lo que dicen. La tensión de los pequeños pueblos donde todos se conocen– Dijo Luis a modo de chascarrillo.
Artur se quedó mirando su plato como si en el fuese a encontrar la respuesta correcta.
–No, la verdad es que no hay mucho qué contar. ¿Qué te parece Martin si voy a tu casa a por otro vino?– Artur tenía prisa por algo en concreto.
Luis alzó la mano y dio un golpe sonoro sobre la mesa que hizo rechinar toda la cubertería mientras los ojos de Artur se abrían como platos como el que está a punto de contemplar su final.
–No te hagas el tonto conmigo viejo, a mí no me la das– El gesto de Luis cambió por completo. Era un cazador que tenía frente a sí a su ansiada presa.– Sé que sabes lo que está pasando aquí, así que lo vamos a hacer por las buenas, o por las malas. Sé que hay secretos oscuros en este lugar. Sé que tus hijos desaparecieron y aparecieron muertos, mutilados, con una nota en su interior, cuando se suponía que estaban en una tranquila escapada de fin de semana con su padre. No me digas que no tienes idea de nada de este lugar, porque estoy seguro de que todo esto tiene que ver con la desaparición de Be–.
Artur tragó saliva y justo después dio un trago largo a su copa de vino. A día de hoy aún no sé cómo fue capaz de absorber de solo un trago toda la copa.
–Mirar, hace años había un grupo de personas que eran prácticamente los dueños de todo el Valle. Casi como una mafia italiana de las películas. Si ocurría algo extraño, se tapaba con una manta y nadie hacía preguntas. ¿Por qué creéis que todo el mundo es tan reservado en este lugar? La gente está acostumbrada a no hacer preguntas, a seguir con sus vidas, aunque algún hecho les salpique a ellos de lleno, como lo que me ocurrió a mí. Por tu seguridad, preferías seguir con tu vida–.
–¿Qué quieres decir con una especie de mafia italiana?, Por favor Artur sé más concreto joder– Respondió Luis violentamente.
Artur suspiró y su mirada se perdió en el vacío como el que abre un viejo baúl lleno de recuerdos que era mejor tener enterrados bajo llave. Artur se sirvió una nueva copa de vino.
–Hay muchas historias que contar sobre este Valle, supongo que algunas son demasiado perturbadoras para ser contadas. Pero supongo que la curiosidad es un defecto humano innato, ¿verdad?–
Luis asintió impaciente por escuchar más.
–Sigue hablando Artur, por favor– Alargué mi mano y la posé encima de la suya. Artur me miró intentando llegar a lo más profundo de mí, casi sintiendo pena, lástima. Algo sabía, pero mi corazón me quería decir que él no tenía nada que ver con todo aquello.
–Bueno, hace unas décadas, cuando acabábamos de llegar, este lugar no era lo que es hoy en día. Había mucha más libertad, el movimiento Hippie estaba a la orden el día. Nadie quería respetar las normas, solo vivir y dejar vivir, parecía ser el lema de este lugar. Por eso nos enamoró. Era un sitio muy diferente a la gran ciudad, un sitio diferente, más aburrido, pero más seguro. Un lugar ideal para criar a tu familia. Yo lo que quería era invertir en algunas propiedades que nos

diesen el sustento económico, y dedicarme a cuidar de mis animales, una vida laboriosa, pero tranquila a fin de cuentas– Artur divagaba, tenía la mirada perdida mientras seguía hablando.
–Artur no te desvíes por favor, céntrate– Aseveró Luis.
–Como te decía, había mucha libertad. Eso no solo trajo felicidad y nuevos habitantes como yo al Valle, también trajo consigo a gente peligrosa. Se formó un grupo de fanáticos religiosos que empezaron a hacer rituales en las profundidades de los bosques, donde pudiesen estar alejados de todas las miradas y sacar todos sus demonios que tenían dentro–
Artur hizo una breve pausa. Luis y yo mantuvimos la mirada por un instante sin saber muy bien qué decir. Artur parecía estar hablando, pero nada tenía mucho sentido. Antes de que pudiésemos darnos cuenta, Artur prosiguió. Hablaba como el que tiene un secreto enquistado que necesita sacar para expiar sus pecados.
–No teníamos elección. De una manera o de otra te obligaban a pertenecerles. Ninguno tuvimos elección– Artur comenzó a llorar.
–¿Pertenecías a una secta Artur?– Pregunté expectante.
Artur se quedó en silencio por unos segundos, como si estuviera dudando si debería responder o no a la pregunta. Finalmente decidió hablar.
–Sí, pertenecí a la secta durante un tiempo. No por voluntad propia, de verdad. Tenía que hacerlo para proteger a mi familia. Así es como nos captaban a los que no queríamos pertenecer a su grupo. Querían apoderarse de todo el pueblo, llegar a todos los estamentos para que este lugar se convirtiese en su patio de recreo–
Nos quedamos sin palabras, sin saber qué decir o cómo reaccionar ante la confesión de Artur.
–¿Y qué hacía esa secta exactamente?– Preguntó Luis, tratando de mantener la compostura. A pesar de pertenecer a cuerpos policiales, tenía la mirada del que se está derrumbando por dentro.
Artur tomó otro sorbo de vino antes de continuar hablando.
–La secta hacía rituales oscuros, sacrificios humanos. Primero empezaron con los neonatos que nacían con alguna deformidad y las familias repudiaban. A cambio de dinero compraban a esos recién nacidos. Pero se estaba iniciando, con el tiempo. Su sed aumentó y fue entonces cuando empezaron las desapariciones. Casi siempre de las primeras oleadas de veraneantes–
–¿Cómo es que todo eso no llegó a oídos de la policía Luis?– Pregunté extrañado.
–Como te he dicho querido amigo, el Valle no era lo que es hoy en día. No había un cuerpo policial como tal. Cuidábamos unos de otros. De eso se trataba al principio. Era muy difícil que las noticias saliesen de los muros los bosques. Era todo muy hermético. Durante las nevadas podíamos llegar a estar varios meses aislados de toda comunicación con el exterior.
–¿Qué ocurría en los sacrificios con las personas que desaparecían Artur?– Preguntó Luis.
–Ellos creían que al devorar sus órganos, podían expiar sus propios pecados. No era una cuestión de voluntad para ellos, sino de necesidad. Si no realizaban los rituales de forma regular, algunos miembros de la secta empezaban a sentir que enfermaban y empezaban a sufrir terribles convulsiones. Puede sonar a locura, pero era algo sagrado–.
–Pero Artur, hay algo que no me cuadra, ¿Qué coño tiene que ver la desaparición de tus hijos con todo esto? No serías capaz de…– Preguntó Luis hasta que Artur le interrumpió.
–Déjame hablar antes de juzgarme. Dios sabe qué rezo cada día para que me perdone– Dio otro trago a la copa de vino mientras Luis y yo no nos atrevíamos a hablar. Artur prosiguió.
–Tenían mucho poder de persuasión. Realmente llegamos la mayoría a tener sus creencias interiorizadas. Mis hijos estuvieron relacionados con un incidente en aquella época y los miembros de Báratro ante casos así, realizaban sus propios juicios en las laderas del Valle–
–¿Báratro?– Preguntó Luis.

–Sí, ese era el nombre, Báratro. Infierno, lugar al que van las almas de las personas que mueren en pecado. Para ellos todos éramos pecadores que teníamos que purgar nuestros hechos ante Él–
–¿Cómo que Él, te refieres al líder de la secta?– Pregunté.
–Jajaja– Artur rio mientras tocaba mi hombro como el adulto que escucha la ingenuidad de un niño pequeño. –Ya sabes a quién me refiero cuando digo, Él. Le invocaba un pequeño grupo, los líderes de Báratro y según tengo entendido, cada vez que se aparecía, se arrodillaban ante él alabándole diciendo Mirabile Visu , Maravillosa aparición traducido del Latín. Dándole la fuerza de que Él era el auténtico mesías que venía a salvar la Tierra.
–¿Qué pasó con tus hijos Artur?– Realmente sentía lástima. Artur y yo habíamos compartido muchas horas de charla juntos y jamás hubiese imaginado todo aquello que estaba escuchando.
–Errores de la juventud que debían haberse solucionado con una reprimenda por mi parte, y nada más–
–Habla– Ordenó Luis.
Artur se quedó mirando de manera desafiante a Luis, como el que sabe que no puede hacer caso omiso a una autoridad.
–Una noche, los jóvenes del pueblo estaban divirtiéndose en un viejo granero que había a las afueras. Mis hijos estaban pasándolo bien con una chica algo menor que ellos, tendría unos 13 años. La animaron a consumir marihuana mientras bebían cerveza. Yo sabía que ellos de vez en cuando fumaban algún porro, me parecía algo inofensivo, y por aquel entonces no estaba tan mal visto. No había tanta información como hoy en día. La fiesta se fue animando, y de la marihuana pasaron a esnifar LSD, una droga muy común en los años 60. Según otros jóvenes que estaban presentes en la fiesta, la esnifaron, no querían inyectársela en vena para no dejar marcas–.
–Sigue Artur, ¿Qué pasó?– Anime a Artur. No quería que divagase.
–La joven tuvo una sobredosis, y mis hijos… mis pobres hijos eran solo unos niños– Artur empezó a llorar desconsoladamente.
–Artur, es muy importante que nos cuentes todo lo que sepas. Tú y yo sabemos que todo esto tiene que ver con la desaparición de Be y con más desapariciones, ¿a que sí?– Increíblemente, Luis sacó su lado más humano dejando de lado a su otro yo. Artur asintió con la cabeza a la pregunta.
–Mis hijos la dejaron tirada dentro del granero. Se fueron dejando a la pobre chica mientras convulsionaba. Nadie la ayudó. Murió sola, desamparada–
–¿Esa es la razón por la que murieron tus hijos?– Interrumpí.
–Nadie encontró el cuerpo de la joven. Ella me obligó a entregarlos a Báratro o Él se encargaría de ellos, los encontraría y después iría a por Anne y a por mí– sollozó Artur. – Me obligaron a llevarlos al bosque. Ahí expiaron sus pecados. Para expiar los míos, me obligaron a participar en su ritual. Intenté resistirme, pero estaba obligado. Era la única forma de poder honrarle sin que Él intermediara en ello. Devoré órganos de mis propios hijos, con mis manos llenas de su sangre, la sangre de mi sangre–
–¿Cómo que ella?– Dijo Luis alarmado. –¿De quién estás hablando Artur?– Artur suspiró por un instante. Me miró durante unos segundos a los ojos.
–Lo siento mucho Martin–
–¿Quién es ella?– Gritó Luis.
Artur y yo seguimos manteniendo la mirada mientras Luis estaba a punto de perder los papeles. Nosotros mantuvimos la mirada como si fuésemos los únicos dos supervivientes de la tierra que se dan cuenta de cuál será su triste final.
–Ana, Ana Puyol. Ella era y es la líder de Báratro–

Mi rostro se quedó pálido, no dije nada durante varios segundos. Me levanté de la silla y agarré del cuello a Artur.
–¿Cómo pudiste hacerme algo así?– Gritaba. –¿Cómo pudiste hacerle algo así a Be?– Gritaba con rabia mientras zarandeaba a Artur.
Luis me empujó. Salí despedido como la servilleta que es soplada por una ráfaga de viento. Caí cerca de la chimenea mientras el crepitar de las llamas con la leña y el sonido del viento se apoderaron de la estancia por un segundo mientras permanecimos en silencio.
–Sabes de verdad que yo no quería hacerlo. Desde lo que ocurrió con mis hijos me aparté de todo. No volví a acercarme a ellos. Me alejé todo lo que pude y más, de verdad que así fue. Anne y yo nos aislamos en nosotros mismos. Pero contactaron, volvieron a contactar conmigo después de muchos años. Ellos buscaban a Be, tiene algo que ellos necesitan–.
–El folleto. Nos llegó al correo publicidad de Galatea. Recuerdo que llamó mi atención porque era como una especie de folleto rojo ¿fuiste tú?– Dije mientras me levantaba.
–No fui yo, han crecido y se han modernizado. Tienen un grupo de personas llamados ‘’Los recolectores’’. Su misión es buscar personas con dinero y vulnerables en grandes ciudades como parte de su estrategia de reclutamiento y financiación. Su principal misión es buscar personas con problemas emocionales, psicológicos y ofrecerles una solución milagrosa a sus problemas a cambio de un pago–.
–Vamos, la definición de lo que es una secta– Dijo Luis.
–No todo queda ahí– Respondió Artur.–Tienen una visión muy clara de hacia dónde quieren ir. El Valle se les queda pequeño. Hoy en día, con Internet, todo está conectado. El mal está conectado. Se están organizando para un plan mucho mayor–
–¿Qué plan?– Preguntó Luis.
–¿Acaso no ves las noticias? Están por todas partes. La guerra de Siria, el Ébola en África Occidental, la guerra del Yemen, la Pandemia por el COVID, la guerra entre Rusia y Ucrania. Coño, hasta se dice que Trump puede llegar a volver a la Casa Blanca. Todas son por intereses económicos, sociales, políticos.
¿Crees que todo es casualidad? Este es su verdadero fin. La alianza del miedo. Inyectan el miedo en la sociedad, al igual que lo inyectaban en el pueblo hace años, para que la gente se una a ellos como única salida de todos los males. Él está detrás de todo esto. Este es su verdadero mensaje–
–Artur, ¿dónde está Be?– El viento azotaba con más fuerza mientras la lluvia no cesaba fuera. Las ramas de los árboles contiguos tocaban la ventana como si tuviesen intención de entrar. Artur suspiró profundamente mientras se levantaba.
–La vida es un misterio, ¿no creéis queridos amigos?. Al final, todos morimos y no sabemos qué hay más allá. Pero yo he visto cosas. He experimentado cosas, he saboreado cosas que me han hecho creer que hay una fuerza más allá de nosotros, algo que nos supera y que es capaz de influir en todo lo que hacemos–
–Artur, ¡dime dónde coño tienen a Be!– Grité enfurecido mientras Artur seguía con su discurso.
–Creo que el Demonio está presente en cada uno de nosotros, en nuestros pensamientos, nuestras acciones, nuestras decisiones. Él se personifica como el mal en la Tierra, y es por eso que tantas personas lo siguen, lo adoran, lo buscan. Él tiene un plan que va a llevar a cabo, y acabará con todo aquel que no le adore y se arrodille ante Él– Continuó Artur.
–Pero eso no significa que sea el responsable de todo lo malo que pasa en el mundo– Dijo Luis.– Hay cosas terribles que suceden simplemente porque hay personas que hacen cosas terribles–.
–Sí, tienes toda la razón Luis– Concedió Artur. –Pero también creo que el demonio tiene un papel importante en la sociedad. Él nos tienta, nos seduce, nos empuja a hacer cosas que nunca

pensamos que haríamos. Ninguno podemos huir de Él, simplemente vagamos en este mundo esperando a que nos señale como una herramienta necesaria en su plan divino, y cuando ya has cumplido tu misión terrenal, si has sido un buen siervo, te acogerá en su reino– Artur levantó las manos a modo de alabanza.
Hice ademán de acercarme a Artur lentamente.
–Vale, ahora tienes que ayudarme a mí por favor. Escúchame por un momento. Necesito que me digas dónde retienen a Be y por qué ella–.
–Tú sabes perfectamente por qué Martin. Si me disculpáis debo ir un momento al baño– Artur tenía la frente brillante con las gotas de sudor cayendo lentamente. –Demasiado vino, como en los viejos tiempos ¿eh querido amigo?– Artur me miró. En sus ojos había amor. No sabría describirlo, pero sé que lo sentía en lo más profundo de su corazón.
Nos quedamos los tres en silencio mientras el fuego de la chimenea y el crepitar de las llamas estaban llegando a su fin al igual que la historia que termina.
–Sí… sí claro joder, perdonar. Estoy en estado de shock con todo lo que acaba de contar Artur.– Dijo Luis. –Sube las escaleras. El aseo de la planta baja no funciona, Artur… lo siento, pero deberíamos ir a comisaría a tomar declaración sobre todo esto. Allí dinos dónde crees que podría estar Be secuestrada–.
–Qué menos. No os preocupéis. Tendréis toda mi colaboración. Me alegra haberte conocido un poco mejor Luis. Puede que seamos personas con pensamientos diferentes. Pero eres un buen hombre.
Estaré encantado de colaborar con alguien que es buena gente–. Artur tendió la mano a Luis y le sonrió. Empezó a subir las escaleras cuando se detuvo.
–Por cierto Martin, hay una novela erótica en mitad de la estantería, La temperatura justa. Una auténtica maravilla, deberías leerlo. Sobre todo la página 66. Es para troncharse– Dijo Artur entre risas mientras terminaba de subir las escaleras dirección al baño de la planta superior.
En silencio hice caso a Artur. Vi el libro justo en la mitad de la estantería donde debería estar…
–¡Luis, ¿Dónde coño está tu pistola!– Grité.
Acto seguido se escuchó un fuerte estruendo proveniente de la planta superior dejando un sonido sepulcral a su estela. El olor a pólvora impregnaba el aire.

PAPÁ Y MAMÁ

La oscuridad me envuelve, pero mis sentidos empiezan a despertar lentamente. Sentí un fuerte dolor en la sien, estaba muy aturdida. Pude recordar lo que acababa de suceder como si de un sueño se tratase.

El cerco de sangre que había dejado en el suelo me aseguraba que había sido más real de lo que me hubiese gustado. Miré a mi alrededor. Estaba todo a oscuras. En cuanto pasaron unos pocos minutos, me acostumbré a la oscuridad y pude darme cuenta de que estaba en mi habitación. Fue entonces cuando escuché en el otro extremo de mi estancia una risa fría, metálica, que se retorcía en mi oído y me hacía sentir un escalofrío que me recorría toda la columna vertebral. Era la risa de un demonio, de alguien que disfrutaba de mi sufrimiento, de mi confusión. El sonido se colaba en mi mente como un veneno que me hacía temblar de miedo.

Pude escuchar el sonido del farolillo encenderse y ahí estaba él sentado en una silla
–Hola Be–. Dijo Nicolás con su voz suave y calmada. Sostenía un cigarro entre sus dedos largos

y delgados, mientras inhalaba profundamente y dejaba salir una nube de humo espeso y grisáceo que se esparcía por toda la habitación. La luz del farolillo iluminaba su rostro, destacando sus facciones anchas y afiladas, y sobre todo su sonrisa malévola mientras exhalaba el humo lentamente. El resplandor del fuego hacía que sus ojos brillasen de una manera inquietante. Me sentía muy incómoda ante su presencia. –¿Cómo te sientes?– Preguntó.
–¿Qué está pasando Nicolás? ¿Dónde estoy?– pregunté con voz temblorosa.
–Aunque no lo creas Be, este es un lugar muy especial. Un lugar donde podrás resolver tus problemas y alcanzar la paz interior. Solo depende de ti– Dijo mientras me señalaba con su dedo índice delgado y alargado.
–No entiendo lo que dices. No sé qué hago aquí, si lo que quieres es dinero aquí encerrada no voy a conseguir nada– Dije con sensación de temor.
Nicolás lanzó una risa profunda como si acabase de escuchar un chiste.
–No te preocupes, Be– dijo Nicolás con una sonrisa siniestra– Pronto lo entenderás todo–
Dio una palmada con las manos e hizo un gesto para que me acercase. La forma en que lo hizo parecía juguetona, como si estuviéramos en confianza y no hubiera nada de qué preocuparse. Sin embargo, algo en su mirada y en su sonrisa me hizo sentir incómoda, como si hubiera algo más detrás de ese gesto aparentemente inocente.
–Acércate pequeña– Dijo mientras sonreía. –Dime, ¿recuerdas algo?–
–Recuerdo estar en casa, y una habitación llena de sangre, Martin estaba dentro, pero no lo entiendo,
¿Martin mató a alguien?– Todavía estaba aturdida.
–No está nada mal cariño, no está nada mal, parece que contigo hay que ir con mano dura para que trabajes como es debido, ¿te gustan las cachetaditas? jajaja– Rio Nicolás de nuevo con una voz infantil que daba realmente miedo.
Mientras Nicolás apagaba el cigarrillo que fumaba, metió la mano en el interior de su túnica y sacó otro de un estuche de cuero. Lo sostuvo entre sus dedos y lo llevó a su boca, mientras sus ojos clavados en mí no dejaban de estudiar cada movimiento que hacía. Encendió el extremo del cigarro con un mechero plateado, y una llama brotó de él, iluminando brevemente su rostro. Se tomó su tiempo para encender el cigarro, sosteniéndolo a la distancia perfecta de la llama, inhalando el humo profundamente antes de dejarlo salir en un suave suspiro. La punta del cigarro brillaba en un rojo intenso, como un trozo de lava, y un suave aroma a tabaco se esparcía por la habitación. Volvió a meter la mano dentro de su túnica y sacó una foto de su interior, se acercó a mí y me la tendió.
–¿Reconoces esto?– Preguntó Nicolás dándole otra calada al cigarro.
Tomé la foto y la miré detenidamente. Era una imagen en blanco y negro, borrosa y mal enfocada. En ella se nos veía a Sara y a mi desenfocadas.
–Es mi hermana Sara– Dije con voz temblorosa.–¿Cómo has conseguido esto?–
Nicolás se encogió de hombros y le dio otra calada al cigarro. – La encontré entre tus cosas, ¿No recuerdas haberla visto nunca?.
–No… No lo sé–. Respondí sintiendo un escalofrío que recorría todo mi cuerpo.
La imagen era inquietante, y no solo por estar desenfocadas. Había algo extraño en la forma en la que estaba tomada la foto. Algo que hacía que pareciera como si la persona que la había tomado no quisiera que se viera a Sara con claridad. Volví a mirar la foto para recordar el momento en el que fue tomada, pero solo encontraba un vacío en mi memoria.
Me quedé en silencio por un momento, intentando recordar cualquier detalle, pero nada venía a mi mente. Cerré los ojos como si aquello me fuese a dar más fuerzas.

–¿Estás segura?– Dijo Nicolás. Empieza por el hombre que os hizo la foto. Piensa en qué aspecto tenía–.
–Llevaba… Llevaba gafas, creo que era un señor mayor, muy mayor, unos ochenta años. Llevaba un sombrero. Estaba tomando fotos con una cámara antigua en el muelle a la gente y las vendía. Espera, espera…creo que ya recuerdo– Dije con sorpresa en mi voz. –Lo vi justo cuando estábamos montando en un bote del muelle, y fue cuando dije que nos podíamos hacer una foto– Dije entusiasmada por poner algo de luz.
Nicolás pareció emocionado por mi respuesta.– Eso es genial– Dijo mientras sacaba su larga sonrisa de manera exagerada.–¿Recuerdas algo más sobre ese momento?, ¿Tus padres estaban allí contigo?–
Abrí los ojos de nuevo, tratando de concentrarme en mi memoria.–Sí, mis padres estaban allí. Y…y mi padre se puso muy violento después. Empezó a gritar y a golpear a mi madre–
Nicolás pareció satisfecho con mi respuesta, pero no mostró ninguna compasión hacía mí.
–Vaya, es es… interesante– Dibujó en su rostro una sonrisa siniestra. –¿Y recuerdas por qué tu padre se puso violento?–
Sentí un escalofrío recorriendo mi espalda. –No…no exactamente. A veces… a veces simplemente se ponía así, sin motivo aparente– Dije con voz temblorosa.
Nicolás asintió lentamente. –Ya veo. Bueno, al menos esta foto nos ayudó a entender mejor algo de tu pasado– Dijo en tono pensativo. Pero su tono cambió de repente y se puso más duro. –Pero vamos a ver Be, no me digas que no tienes ni idea de por qué tu padre se ponía violento. No me digas que no te has preguntando nunca qué lo desencadenaba. ¿Acaso no recuerdas algo que pudiera haberlo provocado?–
Tragué saliva, sintiéndome cada vez más incómoda con la situación. Pero no podía evitar que las imágenes fuera apareciendo en mi mente. –Bueno, a veces… a veces se ponía así cuando mi madre le decía que no le gustaba como nos trataba a mi hermana y a mí– Murmuré en voz baja.
Nicolás asintió lentamente, con una sonrisa maliciosa en su rostro. –Sí, eso sí que es interesante. Pero,
¿Qué más? ¿No hay nada más que puedas recordar? ¿Tan inútil eres?, ¿Ninguna otra razón por la que pudiera haberse puesto violento?–
Me sentí presionada por su insistencia, pero entonces una imagen más clara apareció en mi mente.– Bueno, una vez recuerdo que mi padre se enfadó mucho porque mi madre quería irse de vacaciones con unas amigas. Dijo que no podía permitirse el lujo de perder el tiempo de esa manera. Tenía una casa y una familia que cuidar– Dije con voz temblorosa.
A Nicolás pareció gustarle mi respuesta –Interesante. Muy interesante. Dijo en voz baja, mientras se levantaba de su asiento y caminaba lentamente alrededor de la habitación.
–Parece que tu padre tenía una necesidad de controlar a tu madre y a todos a su alrededor. Y cuando perdía ese control, se ponía violento–.
Sentí un nudo en mi garganta mientras lo escuchaba hablar. No quería recordar esos momentos oscuros de mi infancia. Quizás por eso no los había recordado hasta ahora. Mi mente quería protegerme de todo aquello. Pero sentía que no podía escapar, peor aún, no podía evitar sentirme cada vez más atrapada en la red que Nicolás estaba tejiendo a mi alrededor.
Nicolás frunció el ceño, como si estuviera pensando en algo. Luego se volvió hacia mí y me dijo:–Pero, hay más, ¿lo recuerdas cariño?–
Cerré los ojos de nuevo, tratando de recordar todo lo que pudiera. Entonces, la imagen de mi padre en un bar con algunas mujeres apareció en mi mente. –Sí, hay algo más…Recuerdo que mi padre era muy mujeriego. Una noche, lo vi en un bar con algunas mujeres y… No sé, algo me

hizo sentir incómoda– Dije en voz baja.
Nicolás asintió, interesado. –Y tu madre, ¿Cómo reaccionaba a todo esto?. Preguntó.
Me encogí de hombros.–Supongo que lo toleraba. Yo era muy pequeña. Tendría unos 8 años. A penas tengo recuerdos de aquella época. Pero a ella no parecía importarle lo que hacía mi padre. Lo que sí recuerdo es que a mí me molestaba mucho. Yo era muy pequeña y Sara no era más que un bebé–Dije con tristeza en mi voz.
Nicolás frunció el ceño de nuevo.–Interesante. Y ¿Cómo era tu padre en casa?, ¿Bebía mucho?, ¿Salía de noche?–Preguntó. Le notaba cada vez con más entusiasmo.
Asentí lentamente.–Sí, bebía mucho y salía de noche. A veces se emborrachaba y acosaba a mujeres. Recuerdo que una vez llegó a casa con una que no conocíamos de nada y… no sé, algo no estaba bien. Y luego, a veces pegaba a mi madre– Dije en voz baja, casi en un susurro.
Nicolás pareció pensar en lo que acababa de decir. –Ya veo… todo esto es muy interesante– Dijo lentamente. Su tono de voz se volvió más serio. –Pero dime Be, ¿Has considerado la posibilidad de que tu padre haya hecho algo más que solo acosar a mujeres?, ¿Se sobrepasó de alguna otra manera contigo y con Sara?–
–No, no lo recuerdo de esa manera– El corazón se me aceleró ante la posibilidad de que lo que Nicolás estaba sugiriendo fuera cierto.
–Piensa Be, en el rincón más remoto de tus pensamientos– dijo susurrando.
–Me espanta aún más solo la posibilidad de lo que está sugiriendo. No recuerdo de ese modo a mi padre, solo recuerdo los gritos de mi madre, los moretones en su piel después de las peleas.–
–Bueno, en algo se tuvo que salvar el viejo. Minipunto para él– Volvió a hacer el gesto de animadora de instituto.
Nicolás se acercó aún más a mí, su mirada fija en la mía.
–Begoña, intenta recordar todo lo que pasó esa noche– ¿Recuerdas lo que le pasó a tu madre? ¿Recuerdas ver su rostro dormido?– dijo con un tono hipnótico.
–¡La mataron!– Dije gritando nuevamente. – ¡La mataron!–. Ahora lo veía claro.
–Muy bien Be, lo estás haciendo muy bien, ¿recuerdas cómo encontraron su cadáver?–
Cerré los ojos nuevamente e intenté recordar, pero todo era confuso y borroso en mi mente. –Recuerdo las luces y las sirenas… pero no sé qué pasó después– Dije con voz temblorosa.
Nicolás suspiró y su expresión se tornó aún más sombría.
–No, si al final me va a tocar hacer a mí todo el trabajo. Encontraron a tu madre descuartizada en el bosque La Herrería de San Lorenzo del Escorial. Parecía como si hubiera sido atacada por lobos. Estaba descuartizada. Lo más extraño es que la policía encontró su cuerpo en la copa de un árbol, mientras su sangre iba dejando un rastro en el suelo goteando poco a poco– Dijo lentamente, describiendo los detalles con una macabra fascinación.
Me sentí invadida por la tristeza y el horror al recordar aquellos detalles tan terribles. –Mi padre estaba borracho cuando la policía le dio la noticia– Dije llorando con la voz entrecortada.–El no lloró por ella… ni una sola lágrima–
Nicolás asintió lentamente, con una sonrisa siniestra en el rostro. –Y… ¿encontraron al culpable?– Preguntó.
–No. Recuerdo que hicieron varios programas de televisión y documentales al respecto, pero jamás se resolvió el caso. Un día estuvo mi padre casi todo el día en comisaría. Creo recordar que por un momento le investigaron al darse cuenta que era un mujeriego millonario enganchado a la bebida, pero no encontraron nada que le pudiese incriminar–
–Es posible que tu padre no haya sido tan inocente como lo hace parecer la historia– Dijo con un tono insinuante.

–Además, has recordado el hecho de que tu padre era un hombre afortunado en los negocios, al contrario que en el amor. Eso es importante que lo recuerdes. Y dime, ¿Alguna vez has considerado la posibilidad de que él haya tenido algo que ver con la muerte de tu madre?–
Mantuve el silencio sin saber qué responder. Nicolás se percató.
–Be, cuéntame más sobre tu relación con tu padre. ¿Cómo era él contigo y con tu hermana Sara? Preguntó, con una voz calmada y persuasiva.
Tragué saliva antes de responder. –Él…él era muy distante con nosotras. Nunca nos mostraba afecto y… después de que mi madre muriera, las cosas empeoraron– Intenté mantener la compostura.
Nicolás asintió comprensivamente. –Lo entiendo. ¿Y qué pasó después de que tu madre muriera?, ¿Qué hizo tu padre?, ¿Lo recuerdas?.
Recordé de repente la lluvia caer delante de la ventana de mi habitación. Podía escuchar el sonido de los relámpagos golpear con fuerza como si algún Dios tratase de mandarnos algún mensaje. –Recuerdo… a mi padre entrando en la habitación. Primero vino a mi cama. Me empujaba. Quería que me levantase, yo… yo estaba abrazando a mi osito de peluche–.
–Despacio, Be, despacio, ¿Recuerdas en aquel preciso instante donde la idea de que tu padre había asesinado a tu madre se apoderó de ti?–Dijo Nicolás con suma suavidad.
Tragué saliva con dificultad, recordé las peleas violentas que solían tener mis padres. Asentí a su pregunta.
–Pero eso no es todo– Nicolás suspiró acercándose lentamente a ella. –Tú también tuviste que ver con la muerte de tu padre–
Fruncí el ceño, sin entender de qué estaba hablando.
–¿Qué quieres decir?, ¡Yo no hice nada!– Respondí retrocediendo instintivamente.
–Recuerda esa noche Be– Insistió Nicolás con una mirada fría y calculadora. –Recuerda qué hiciste–
De repente, me vi a mí misma. Era un recuerdo que volvía a mí. Debería tener 16, 17 años. –¿Qué edad tenía ahí?– Pregunté a Nicolás.
–Mira frente a ti, tienes más pistas que te harán recordar ese oscuro día–
Había un árbol de Navidad frente a mí, pero no tenía regalos. No tenía ningún tipo de decoración, era un simple árbol en medio del salón como quien lo pone con desdén, sin ganas, casi por una mera obligación impostada por la sociedad.
–Lo… lo recuerdo, esa navidad salimos del internado para pasar las vacaciones en casa. Ahora la recuerdo como si hubiese sido ayer–
–Sigue adelante Be, qué más, cuéntame qué ves–
–Todo parece normal, pero la tensión se palpa en el ambiente. Mi padre no vino a cenar, llegó medio borracho y se acostó en su cama. Es noche cerrada, todos duermen. No puedo quitarme la idea de la cabeza de que mi padre tuvo algo que ver con la muerte de mi madre Es una idea que se apoderó de mí y me atormentaba. Sostengo en mi mano derecha un cuchillo afilado, sucio, aún tiene trozos de carne y restos de sangre de haber sido usado no hace mucho. Aun así, el filo brilla con la luz de la luna que se filtra por la ventana. Piensa que es una imagen hermosa.
En ese momento recordé que la rabia y el dolor que sentí por aquel entonces eran demasiado intensos como para poder controlarlos.
–Cojo… Cojo el cuchillo y voy caminando en medio de la oscuridad de la noche hacia la habitación de mi padre, donde aún duerme. Al entrar veo su silueta, está profundamente dormido, ajeno a lo que estaba por suceder. Mi mano tiembla al agarrar el cuchillo con fuerza, pero me mantuve firme al darme cuenta de que estaba durmiendo con rostro pacífico. ¡Eres una

farsa!. Pensé. Sabía lo que había hecho. No pensé en las consecuencias. Solo quería venganza por lo que sabía que mi padre le había hecho a mi madre. Casi sin darme cuenta, me veo a mí misma clavándole el cuchillo en su pecho. Siento el sonido de la carne rasgándose y la sangre salpicando en todas direcciones. Me invade un sentimiento de triunfo y justicia, pero también de miedo y terror.
Cuando paro, la habitación se llena del sonido de su grito ahogado y del olor metálico de la sangre. Mi cuerpo tiembla, veo mis manos y observo que están manchadas de sangre. Pero no siento arrepentimiento, solo una sensación extraña de paz. Sabía que había hecho lo correcto, sabía que había vengado a mi madre–.
Nicolás se acercó a mí, sus ojos oscuros fijos en los míos, como si pudiera ver dentro de mi alma. Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo mientras se inclinaba hacia mí.
–Begoña, tienes que aprender a enfrentarte a tus demonios. Solo así podrás encontrar la paz– Dijo en voz baja, casi susurrando.
Sentí una punzada en mi corazón mientras recordaba la noche en que maté a mi padre. La sangre, el cuchillo, los gritos. Todo se desvaneció en la oscuridad de mi mente.
–Necesitas entender que el asesinato no es algo que se deba tomar a la ligera– Dijo Nicolás en un tono siniestro– La justicia terrenal es la que debe prevalecer en el mundo. Tu padre merecía ser juzgado y condenado por su crimen. Pero tú, en tu ira ciega, te has convertido en un instrumento de la venganza. Ese es el camino que te lleva a la condenación eterna–
Me estremecí ante sus palabras. Sentía como si mi alma fuese arrastrada hacia el abismo. –¿Qué puedo hacer entonces?– Pregunté con voz temblorosa.
–Arrepiéntete, Be. Acepta que tu ira te ha llevado por el camino equivocado. Pide perdón por tus acciones y trata de enmendar tus errores. Solo entonces tendrás la oportunidad de encontrar la paz y la redención–
Cerré los ojos haciendo el gesto de ponerme a rezar, hasta que Nicolás me interrumpió.
–Detente cariño, no tan deprisa. Abre los ojos y mira a tu alrededor– Dijo con tono dulce Nicolás.
Abrí los ojos pero solo veía el farolillo iluminar su rostro. El resto de la habitación seguía exactamente igual.
–No sé a dónde quieres que mire, está todo igual–
–¿Estás segura? Presta atención cariño, los detalles–
Me fijé en mis sábanas. Ahí estaba mi osito de peluche. El que yo tenía en mi habitación cuando era pequeña, ¿Cómo era posible?.
–¿Co…cómo es posible? Hacía años que no lo tenía, ¿de dónde lo has sacado?–
–Tú sigue recordando Be. Haz un esfuerzo y todo esto acabará, te lo prometo– Volvió a parecer el hombre sensible y amable del principio.
–¿Puedo hacerte una pregunta Nicolás?–
–Por supuesto, dispara– Se apoyó en su pierna con entusiasmo.
Me mordí el labio inferior mientras pensaba en cómo formular la pregunta. Finalmente me lancé con todo.
–¿Quién eres tú, Nicolás?– Pregunté con cautela mirándole fijamente a los ojos. No me olvidaba de los grandes cambios de humor que solía tener.
La sonrisa de Nicolás se desvaneció por completo, y una expresión de tristeza, seriedad abismal, apareció en su rostro. Se quedó en silencio durante unos segundos antes de responder.
–Soy simplemente un viajero cariño, tómame como un simple viajero. Un vagabundo que deambula de un sitio a otro. No soy nadie importante– Dijo con voz suave, pero no dejaba de

sentir un deje de oscuridad en sus palabras.
–¿Pero por qué estás aquí, conmigo?– Pregunté. El escalofrío no abandonaba mi cuerpo cada vez que intercambiaba alguna palabra con Nicolás.
Se encogió de hombros. Su expresión se volvió más enigmática.
–A veces, los caminos de los viajeros se cruzan con los de otros, sin que haya una razón aparente– Respondió.–Pero no te preocupes Begoña, sé que a veces puedo llegar a ser un poco macabro, es este sitio, te acabas transformando, ¿sabes?. Tú tranquila, si te portas bien. Yo solo voy a estar aquí para ayudarte.
No estaba segura de sí creer en las palabras de Nicolás. Algo en él me hacía sentir incómoda y temerosa, pero al mismo tiempo sabía que le necesitaba si quería salir de ahí. No me dejaba en paz el escalofrío que recorría todo mi cuerpo. Pero al mismo tiempo, sentía curiosidad por saber más, sentía que mi vida estaba en juego.
–¿Y el otro hombre? , ¿Quién es él?– Vacilé.
–¿Qué otro hombre?, el que lleva una túnica negra–
–¿Azrael?, ¿es que ni siquiera sé a presentado? Mira que es maleducado, siempre igual, maldito Azrael– Nicolás empezó a reírse, algo escondía tras esa risa.
–No le gusta mucho simpatizar con la gente, ya has visto que tiene una voz muy grave, no sé. Él es así. Que más te puedo decir–
–¿Por qué el lleva una túnica negra y tú una blanca? A mí me has dado las dos, pero sin embargo, cuando me duché me dijiste que me pusiese la blanca–
–Bueno, porque de momento tú estás en mi equipo, cariño. Jajaja– Siguió riendo.– Pero para eso tienes que seguir recordando. En caso contrario, le tocará a él seguir– Se acercó a mí oído como si quisiese contarme un secreto. – Y créeme, no quieras probarlo– Se apartó.
–Además, él es alguien que también ha estado aquí por mucho tiempo. Como te he dicho, este lugar puede llegar a consumirte por dentro si estás más tiempo del necesario. Por eso soy tan pesado contigo jovencita–Dijo mientras me tocaba la nariz con el dedo índice como hacen los abuelos con sus nietos mientras siguió hablando.
–Pero a diferencia de mí, él no está aquí por elección propia. Él tiene otros propósitos– Dijo nuevamente en voz baja, como si quisiera que solo yo lo escuchara.
De repente, las bisagras avisaban de que la puerta del cuarto se estaba abriendo. Era Azrael, entró en la habitación y se quedó delante de Nicolás inmóvil, sin pronunciar palabra, como si fuese a interpretar lo que él quería decirle sin pronunciar una sola palabra.
–Bueno Be, tendremos que continuar con esta conversación en otro momento. Por ahora, trata de descansar, hoy ha sido un día muy fructífero, ¿no lo crees?– Dijo con una sonrisa que tenía una mezcla entre tranquilizadora y tenebrosa.
Azrael se dio media vuelta y salió de la habitación, Nicolás siguió tras sus pasos.
Caminé hasta las sábanas que tenía al fondo de la habitación. Sentía que la cabeza me iba a estallar. Tenía un corriente de mociones que subían y bajaban como la montaña rusa en un parque de atracciones. Me tumbé en la cama y abracé al osito de peluche como cuando era pequeña. Intenté hacer memoria pero no recordaba si le había puesto algún nombre. Me aferré a él con todas mis fuerzas.
Imitaba cuando lo abrazaba de pequeña en las noches de tormenta mientras la lluvia azotaba con fuerza la ventana. Recuerdo que las sombras que producía la tormenta hacían que todo pareciera aún más aterrador, como si el mundo entero se hubiese plagado de monstruos por una noche.
Al abrazar a aquél osito, una parte de mí revivía todos aquellos momentos que había borrado por completo de mi mente por todo lo que había sucedido en aquella casa durante mi infancia. Podía

sentir el temblor en mi cuerpo mientras me seguía aferrando a mi osito de peluche. Escuchaba los gritos de mi madre, y los golpes de mi padre en la habitación de al lado. Me vinieron varias imágenes sueltas a la memoria. En una de ellas pude ver a mi padre muy enfadado, gritando y golpeando a mi madre con todas sus fuerzas, recordé el miedo que sentí en ese preciso instante y de cómo me escondía debajo de mi cama junto con Sara para no ser vista. Como si de una nube se tratase, esta se desvaneció y apareció otra nube en la que también salía mi padre. Esta vez recordé cómo se enfadaba cuando hacía algo que para él estaba mal, como no terminar un simple plato de comida, o si rompíamos algún jarrón Sara o yo jugando por la casa. Pude sentir la sensación de sus manos agarrando con fuerza mi cuello y apretándolo mientras luchaba por respirar.

Aquel osito de peluche parecía brindarme consuelo en medio de esa nube de recuerdos dolorosos. Lo abracé con más fuerzas, casi podía llegar a romperlo por la desesperación que sentí en mi interior.

Por primera vez desde que estaba en aquel lugar, pensé que jamás volvería a estar segura. Mi vida se habría convertido en una pesadilla interminable. Podía sentir los latidos de mi corazón acelerados, como si se me fuera a salir de mi pecho en cualquier momento. Sabía que tenía que intentar mantener la calma. Tenía que encontrar la manera de escapar de ese lugar y descubrir la verdad que había tras mi secuestro.

Me dejé llevar por la calidez de mi peluche, como cuando era pequeña. Empecé a sentir cómo mis ojos se cerraban poco a poco. Escuché el sonido de la lluvia de las noches de tormenta en mi antigua habitación junto con el viento haciendo rozar las ramas contra mi ventana, pero me tranquilizaba en ese preciso instante. Aunque sabía que estaba atrapada en un lugar desconocido y peligroso. Las imágenes de mi infancia se desvanecían y la somnolencia me envolvía.

Justo cuando iba a quedarme dormida, volví a escuchar a la voz del respiradero.

–¡Hola!– Dijo la voz con entusiasmo. –Por fin podemos hablar–

–¿Qué haces? ¡Cállate!– Dije entre susurros. ¿Dónde has estado?. Te necesitaba, aunque no pudiésemos hablar, hubiese sido de gran ayuda poder habernos silbado al menos–

–Tranquila, de momento podemos hablar sin miedo a que nos castiguen. Perdóname pero es que no pude venir antes. Me fue imposible llegar hasta aquí, créeme que lo intenté–

–Pero, ¿Dónde estás?, ¿Quién eres?–

–No… no lo sé exactamente, lo último que recuerdo es que intentaba venir hasta aquí y no podía llegar, hasta ahora– Dijo la voz con un tono calmado.– Soy una amiga que está aquí para ayudarte. Además, no importa quién soy. Lo que importa realmente es que tú estás aquí encerrada y que necesitas ayuda–

–Pero, ¿Cómo puedes ayudarme si no puedes verme ni tocarme?– Pregunté sintiéndome un poco confundida. Me senté sobre la cama mientras miraba fijamente al respiradero como si fuese su cara.

–Te puedo escuchar y estar contigo en este momento tan difícil para ti. En este momento no tienes que sufrir en silencio. Y puedes hablar libremente, yo no te voy a juzgar, te lo prometo– Dijo a modo de confidente.

Aunque suene raro, me sentí por un instante un poco más tranquila al escuchar esto. Podía sentir la presencia reconfortante de la voz a mí alrededor, incluso sin poder ver a nadie.

–¿Cómo sabes lo que me está pasando?. Le pregunté.

–Lo sé porque te he estado escuchando. Sé que te duelen los recuerdos del pasado a los que te están obligando recordar. Y sé que te sientes y estás atrapada aquí. Pero no estás sola. Yo voy a estar contigo y voy a ayudarte a sobrellevarlo– Respondió la voz con compasión.

–No sé en qué me puede ayudar eso ahora mismo. Yo lo que necesito es salir de aquí, seas quien seas– Dije muy enfadada.
La voz se detuvo por un momento y parecía que ya no iba a hablar más, como si se hubiese ofendido. Pero justo cuando iba a alzar mi voz, ella volvió a hablar.
–El jardín de las flores, debes ir allí para encontrar la respuesta– murmuró la voz. Volvió a parar con la intención de coger aire y siguió hablando.
–Es un oasis en medio del caos, un lugar especial, lleno de vida y de energía–Dijo la voz. –Las personas que van allí se sienten rejuvenecidas y llenas de esperanza–.
–¿Y dónde está ese jardín?– Pregunté, decidí intentar seguirle el juego. Estaba claro que en medio de esa habitación no iba a encontrar ningún jardín.
–Los pétalos son suaves al tacto, y su aroma es dulce y delicado, como si quisieran susurrarte un secreto al oído. Los colores son intensos y vibrantes, como si quisieran destacar en medio de la oscuridad del jardín. El rojo intenso de las rosas parece pedir que las mires, mientras que el azul profundo de las violetas parece ocultar algo entre sus hojas. El blanco puro de los lirios parece invitar a la calma y a la serenidad, mientras que el amarillo radiante de los girasoles parece contagiar su alegría al resto del jardín–
Escuché atentamente sus palabras, y aunque no entendía del todo lo que decía, sentía que aquella descripción me producía una extraña fascinación
–¿Por qué no cierras los ojos y vienes conmigo al jardín de las flores Be? Vamos, sígueme– Dijo la voz con un tono dulce.
–No tengo nada que perder, vamos allá–
Cerré los ojos y respiré profundamente, como si estuviera inhalando el aroma de las flores del jardín que la voz del respiradero había descrito.
–Intenta imaginarte el jardín más hermoso que puedas recordar, con cada detalle en su lugar y cada flor en su sito– dijo la voz.
Mi mente empezó a dibujar como si de un lienzo en blanco se tratase. Había un camino de piedras en medio del jardín vallado a su alrededor, haciendo un sendero que llevaba hacía algún lugar. Los rayos del sol se filtraban a través de las ramas de los árboles, creando un cálido resplandor que hacía que todo pareciera más brillante y vivo.
Las flores, de todos los colores imaginables, bailaban suavemente con la brisa, mientras las abejas zumbaban a su alrededor, ocupadas recolectando el dulce néctar. Los árboles, altos y majestuosos, se alzaban hacia el cielo, sus ramas se extendían cómo brazos hacia el sol.
Me dejé atrapar por ese jardín, por su belleza. Por un momento me olvidé por completo de la situación que estaba viviendo realmente.
–¿No es hermoso?–Preguntó la voz con suavidad. – Este jardín que estas imaginando representa la belleza y la felicidad de la vida, todo lo que puede ser bueno y puro en este mundo. –Déjame guiarte, abre tu mano y déjame enseñarte este hermoso lugar– La voz hablaba con una dulzura que me atrapaba.
–Observa cómo el sol brilla sobre las flores, Be– Dijo con calma– Fíjate bien en ellas, cada flor es una pequeña bendición en la vida, un recordatorio de la belleza que hay en el mundo–.
Me dejé llevar por una absoluta sensación de paz y tranquilidad que me abrazaban con un manto cálido que era reconfortante. De repente, pude sentir cómo si la voz me estuviese señalando con su mano por el jardín. Mientras hablaba, pude ver como una pequeña fuente con una gran cantidad de agua a sus lados, brotaba en el centro del camino como por arte de magia.
–Mira esa fuente, Be– dijo con entusiasmo.–El agua que fluye simboliza la vida en movimiento, un recordatorio de que nunca debes detenerte en tu camino hacia la felicidad. Y observa las

monedas que la gente ha arrojado en la fuente, cada una de ellas representa un deseo, un sueño por cumplir–.
Me sentía entusiasmada, como una niña pequeña a la que le están contando un cuento y no sabe todavía diferenciar entre lo que es realidad y lo que es ficción.
–¿Y qué hay de ese árbol laico y frondoso?, preguntó la voz señalando hacia un gran árbol que había aparecido lleno de hojas verdes.
–Este árbol es un símbolo de la vida y la sabiduría, Be. Es un recordatorio de que debes crecer y madurar a medida que avanzas en tu camino. Mira arriba, ¿has visto esas aves?–
Alcé la mirada y pude ver cómo unos pájaros habían hecho un nido entre las ramas verdes del árbol.
–Sus nidos simbolizan la libertad y la paz que tanto anhelamos–
Sentí que me desvanecía en un mundo de colores y aromas. La voz del respiradero estaba dibujando en mi mente un auténtico paraíso que lograba abstraerme de todo, quizás esa era su función. Podía sentir la hierba húmeda bajo mis pies como el primer día de verano con el rocío de la mañana, el suave canto de los pájaros…Todo parecía tan vivo, tan real. Todo tenía un simbolismo muy profundo, como si representase la dualidad de la existencia humana.
–Mira esa mariposa, Be– Dijo la voz. Representa la transformación, el cambio. La mariposa nace como oruga, una criatura lenta y pesada, pero se transforma en algo hermoso, ligero y colorido. La vida es así, una constante transformación, un proceso de cambio constante.
Sentí que abría los ojos y podía ver a la mariposa posada sobre una flor. La observé detenidamente y me sentí identificada con ella.
–Con todo lo bello que tenemos a nuestro alrededor y no somos capaces de verlo, de verlo de verdad, con los ojos que lo estás viendo tú ahora mismo. Vivimos en un mundo maravilloso, lleno de aromas, sabores, colores. Pero nosotros somos nuestro mayor pecado. Somos capaces de transformar algo tan bello como esto, en muerte, en el final de todo–
Al mencionar la palabra muerte en medio de un cuadro con tanto color y tanta hermosura, es como si alguien hubiese agitado mi cabeza dentro de una coctelera, había algo que me estaba golpeando en mi interior.
–No te pongas así Be. La muerte es una parte natural de la vida. No podemos evitarla, pero podemos aprender a aceptarla. Mira ese reloj de arena– Pude ver cómo este mismo se dibujaba de nuevo bajo el frondoso árbol. –Es un objeto que simboliza el paso del tiempo, el fin inevitable de todas las cosas.
Pero no te preocupes, la muerte no es el final. Es solo el principio de una nueva etapa, una transición hacia algo diferente, algo que aún no podemos entender–.
La voz siguió hablando mientras una mariposa decidió posarse sobre mi hombro. Cuando esto ocurrió sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo.
–¿Que pasa Be?, ¿Te encuentras bien?– Preguntó la voz con preocupación.
–No lo sé… Acabo de sentir como una descarga eléctrica– Respondí mientras agitaba mi cuerpo intentado sacudirme la sensación extraña que había sentido.
–Tal vez haya sido la mariposa, en cuento se posó sobre tu hombro, ¿Te has fijado en ella? Casi ni las has mirado cuando nos las hemos cruzado al principio. Quizás quieren llamar tu atención–
Observé la mariposa con más detenimiento y noté algo extraño en su patrón de colores. Parecía que aquella mariposa la había visto antes, pero no podía recordar dónde.
–Hay… hay algo en esa mariposa que me resulta familiar–Dije con incertidumbre.
–No lo sé, es como si… como si hubiera visto su patrón de colores antes, pero no puedo recordar donde– Respondí mientras comenzaba a sentir una extraña presión en mi pecho, de nuevo volvía

a invadirme el miedo.
La voz se quedó pensativa por un momento antes de hablar de nuevo.
–Tal vez haya sido un sueño o un recuerdo lejano. A veces, nuestra mente almacena cosas de las que no somos conscientes en el momento, pero que emergen más tarde. ¿Te gustaría intentar recordar dónde has visto ese patrón de colores antes?–
Asentí con la cabeza sin decir ninguna palabra. Estaba decidida a averiguar de qué me sonaba aquella mariposa. Seguí con los ojos cerrados imaginando que caminaba por el jardín. Quería volver a sentir la hierba mojada bajo mis pies. Traté de recordar con todas mis fuerzas cualquier momento en mi vida en el que hubiera visto aquella mariposa o alguna similar. Pero por más que lo intentaba, no podía recordar nada.
Permanecimos por un momento en silencio.
–Creo… creo que me acuerdo– Dije dubitativa.
–Abre tu mente, intenta recordar Be– Respondió la voz animosa.
Veía a mi hermana Sara y a mí. Pero ya no estaba en el jardín. Estaba en medio de la ciudad, en Madrid.
–Vamos caminando Sara y yo… estamos… estamos cogidas de la mano, pero ya no somos niñas, somos más mayores, no sabría decirte, pero parecemos… emocionadas–
–¿Qué más?, si te concentras seguro que puedes ver mucho más–
–Ahgggg– Grité.–El fondo se tiñe de negro, no… no veo nada–
–Concéntrate, no pierdas la concentración, no te distraigas, piensa, ¿Dónde estás?– Suspire, intenté concentrarme todo lo que pude.
–Estamos en una habitación…No espera, es una sala de espera, hay dibujos por todas partes, colgados de las paredes–
–¿Escuchas algún sonido?– Alentó la voz.
–Escucho el sonido de una aguja en otro lado de la habitación. Hay… hay una cortinilla que se mueve, aparece un hombre alto, fornido…Se acerca a nosotras, parece que se alegra mucho de vernos, aunque está mirando más a Sara que a mí. Parece que quiere hablarnos–
En ese momento el recuerdo llegó a mi mente más nítido que hasta entonces.
–¿Qué puedo hacer por vosotras chicas?– Preguntó el tatuador con un tono de voz suave y seductor mientras apoyaba los brazos en el mostrador. – Soy Tomás, y este es mi garito Tattomas, ¿Quién de las dos quiere ser mi lienzo?– Nos regaló la que seguramente sería la mejor de sus sonrisas.
Sara empezó a reírse mientras se tapaba la boca con la mano derecha. La personalidad de Tomás no dejaba indiferente a nadie.
–Hola Tomás, yo soy Sara, ¿Puedo llamarte Tommy?– Sara rio.
–Puedes llamarme como tú quieras guapa– respondió Tomás.
–Pues mira Tommy– La risa de Sara cada vez sonaba más tonta, como si fuese una quinceañera. – Hemos venido porque queremos hacernos un Tattoo– Sara exageró el acento inglés. –No se… ¿Qué nos puedes recomendar?–
–Yo si quieres te dibujo mi número de teléfono para que jamás lo olvides– Ambos rieron.
–Si queréis me voy y os dejo solos– Dije enfadada.
–¿Y tú cómo te llamas?– Me preguntó
–Yo Begoña, pero si esto va a seguir así me voy– Quería evidenciar mi enfado. La situación me estaba resultando muy incómoda.
–Disculpa Begoña, mis clientes normalmente son moteros que no tienen un solo hueco en la piel sin tinta, o frikis que entran a la tienda llenos de valentía con sus amigotes y luego lloran como

niñas pequeñas en cuanto enciendo la aguja. No suelen venir chicas tan simpáticas como vosotras. Solo quería seguir el juego– Intentó tranquilizarme.
–Y bueno… habéis pensado en algo en concreto o me dejáis aconsejaros?– Dijo Tomás.
–Aconséjanos mejor, dijo Sara con entusiasmo, no tenemos ningún tatuaje, ¿Qué crees que nos pega más?– Sara se arrejuntó a mí como si nos fuésemos a hacer una foto.
Sacó un catálogo con multitud de dibujos y fotos de otros tatuajes que había hecho anteriormente y empezó a buscar como si supiese lo que quería encontrar.
–¡Este!– Gritó Sara señalando una página que estaba a punto de pasar Tomás.
–Bueno, bueno, bueno. Excelente elección– Dijo con entusiasmo.– Es una Mariposa Monarca. ¿Conocéis su historia?–
–Mejor si nos la cuentas tú– Dijo Sara mientras se apoyaba sobre el mostrador.
–Mira Sarita, esta mariposa cada año recorre miles de kilómetros por Canadá y el Norte de Estados Unidos. Cuando comienza el otoño, las adultas que se encuentran en el Norte, retrasan su maduración sexual para migrar hacia el Sur en busca de temperaturas más altas, en donde pasan una larga temporadas donde se juntan en grandes grupos–
–Wow, que interesante– Sara fingiendo interés era única.
–Pero ahí no queda lo mejor– Dijo Tomás guiñando el ojo a Sara. – Cuando las temperaturas suben, el grupo empieza a reproducirse unos con otros, una enorme orgía de mariposas, y cuando comienza el otoño, migran nuevamente hacia el Norte y tienen a sus maripositas bebé–
–¡Qué monas!– Dijo Sara con falso entusiasmo.
–Qué asco– Respondí yo.
–A parte de todo esto, la mariposa simboliza la transformación, el cambio, la belleza. Una elección perfecta para dos chicas hermosas como vosotras– Ambos rieron.
La imagen se volvió a fundir en mi memoria, pero no pasó ni un solo segundo hasta que pude vernos a las dos tumbadas en una camilla. Tomás estaba preparando la tinta y la aguja. Sara extendió su brazo derecho mostrando la ubicación del tatuaje, lo quería en el antebrazo derecho.
–Una elección excelente Sarita– Dijo Tomás mientras estaba dibujando su próximo trabajo sobre la piel de mi hermana.–¿Estás lista?– Preguntó.
Sara asintió, emocionada, y Tomás empezó a trabajar. A medida que la aguja trazaba el contorno de la mariposa en la piel de Sara, vi cómo su rostro se transformaba en una mezcla de dolor y éxtasis.
–¿Te… te duele mucho?– Pregunté con una mezcla de preocupación y miedo viendo lo que me deparaba.
–No tanto como pensé que sería– Respondió ella. – Realmente no duele tanto–
Continué observando mientras Tomás trabajaba creando sombras y detalles en el diseño de la mariposa. Cuando este terminó. Sara miró su primer tatuaje con asombro.
–¡Es perfecto!– Gritó.
–Ahora te toca a ti Begoña, a ver si te portas tan bien como tu hermana– La voz interrumpió mi recuerdo con un tono cargado de melancolía.
–¿Recuerdas cuando eras niña y tu hermana te enseñaba a perseguir mariposas en el jardín? Solíais pasar horas juntas, estudiándolas, viendo sus colores en sus alas. Fue ese el motivo por el cual Sara decidió esa mariposa. ¿No te parece curiosa la reacción que has tenido cuando esta se posó sobre ti?–
Me sentí incómoda por la manera en la que la voz hablaba.
–¿Qué… que quieres decir con eso?– Pregunté.
–¿No ves la conexión, Be? Las mariposas representan la transformación, la vida y la muerte. Son

criaturas hermosas y efímeras, como nosotros–.
–Para, no quiero seguir hablando– Dije temblorosa.
Empecé a ver cientos de mariposas muertas a mi alrededor, bañadas en un reguero de sangre.
–¡Para!– Levanté la voz sin llegar a gritar.
–Dilo Be, tienes que ver la conexión que hay. Yo ya la vi. ¿Recuerdas que antes me has preguntado qué hago aquí? Ya lo pude ver, y tú tienes que hacer lo mismo. Estoy aquí para ayudarte a recordar, pero también estoy aquí para yo recordar, y saber cuál es mi papel, y ya cumplí con él, con mi misión. Esta mariposa, con su patrón manchado de sangre representa la muerte. La muerte de tu hermana Sara. De mi muerte–
Grité, grité como no lo había hecho en mi vida.
–¿Con quién estás hablando?– Escuché a Nicolás tras de mí.
En cuanto este apareció, pude notar como Sara se desvaneció. Huyó.

MISA NEGRA

Cerca está Jehová de los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu.

Salmos 34:18
El sonido del disparo resonó por toda la casa y un intenso olor a muerte impregnó el aire. Subimos corriendo las escaleras y encontramos la puerta del baño cerrada. Intentamos abrirla, pero estaba bloqueada por algo pesado que estaba detrás de ella. Luis empujó con todas sus fuerzas y finalmente logramos abrir la puerta.

La escena que se presentó ante nuestros ojos fue aterradora. Artur estaba tirado en el suelo, rodeado de un charco de sangre. En la pared, había una mancha de sangre que llegaba hasta el techo y que parecía haber salido disparada del cráneo de Artur. El suelo estaba encharcado y había trozos de cerebro y huesos esparcidos por todas partes. El olor a pólvora era casi insoportable y se mezclaba con el de la sangre, creando una atmósfera nauseabunda. Artur yacía en medio de la habitación, con la cabeza prácticamente desintegrada por el impacto de la bala. Era difícil reconocerlo debido a la cantidad de sangre que lo cubría todo.

–¿Qué cojones ha pasado aquí?– Pregunté con voz temblorosa ante la imagen tétrica que tenía delante de mis ojos.
–Está claro lo que ha pasado– Respondió Luis señalando la pistola aún humeante en el suelo.– Artur se ha suicidado, se me va a caer el pelo, acabo de cometer un error de novato, como si acabase de salir de Baeza. Lo que no entiendo es cómo ha podido usar mi pistola. Yo no la dejé cargada, estoy seguro.
–¿Y cómo coño estás tan seguro? No teníamos que haberle dejado solo, joder– Grité desesperado.
–¡Claro que estoy seguro!– Respondió Luis molesto.– ¿Crees que soy imbécil?, No sé cómo ha podido pasar esto, pero estoy seguro de que no dejé la pistola cargada. Solo la tengo para decorar y por si tengo que asustar a alguien, así no tengo que usar la mía–

Los dos nos quedamos acto seguido en silencio, mirando la escena con horror y fascinación. Era difícil imaginar cómo una sola persona hubiera sido capaz de causar tanta destrucción y sufrimiento en tan poco tiempo. Luis tomó una bocanada de aire y suspiró tratando de procesar lo que acababa de suceder. A fin de cuentas un hombre, sospechoso de una investigación, se acababa de suicidar en su casa, con un arma de su propiedad.

–Voy a llamar a Elena– dijo al fin.–No podemos quedarnos aquí parados, tenemos que hacer algo. Asentí lentamente, aún sin poder apartar la vista del charco de sangre que cubría todo el suelo.

En cuanto nos pudimos recomponer, bajamos al salón para estar lo más lejos posible de la escena del crimen.
Las luces rojas y azules de los coches patrulla se reflejaban en el cristal de las ventanas, proyectando un baile de sombras y colores que iluminaba la oscuridad de la noche. Luis tenía la mirada perdida, fija en un punto invisible en la pared, mientras el sonido de las sirenas invadía la casa, penetrando en su cerebro como una letanía infernal. El silencio se había adueñado de la

casa, roto solo por el eco de las voces que llegaban desde la calle y por el suspiro profundo y doloroso que escapaba de los labios de Luis de vez en cuando.
Elena bajó de uno de los coches patrullas y entró a la casa. Luis estaba aún en el sofá, sentado, con la mirada perdida. Elena le miró y luego me miró a mí en busca de una respuesta sin haber llegado a mencionar palabra.
–Arriba– Respondí con la voz entrecortada mientras señalaba con el dedo la planta superior.
Elena subió las escaleras con la respiración entrecortada y la mano en la empuñadura de su arma reglamentaria. Cuando llegó al pasillo del piso superior, se detuvo en seco al ver la puerta del baño abierta. Un charco de sangre y un silencio sepulcral le hacían creer que algo macabro había sucedido allí.
La imagen que se encontró le cortó la respiración. El suelo estaba impregnado en sangre, los restos del cuerpo de Artur yacían esparcidos por toda la habitación. La atmósfera de la habitación era densa y opresiva, parecía que el aire se había vuelto más denso con el paso de los minutos. El olor a sangre y a pólvora era casi insoportable, y la escena del crimen parecía haberse incrustado en sus mentes. Era como si el terror se hubiera materializado en ese espacio y lo hubiese vuelto algo tangible.
Elena se agachó y recogió del suelo la pistola con cuidado, inspeccionándola minuciosamente mientras se cubría la boca con su manga. Se aseguró que era la Glock modelo 17 que tenía Luis expuesta en la estantería de libros.
Elena bajó por las escaleras aún abrumada ante la escena que se había vivido en su propia casa sin estar ella presente.
–¿Qué ha pasado aquí?– Preguntó Elena con la mirada clavada en Luis.
–Artur…Artur se acaba de suicidar con mi pistola– dijo Luis con voz temblorosa.
–Ya lo sé mendrugo, ¿Pero qué hacía Artur con tu pistola, si se puede saber?–
–No le vi cogerla, le dejamos…le dejamos por un rato a solas en el salón mientras le contaba a Martin lo que habíamos averiguado y… en ese momento debió cogerla–
–¿No se supone que esa pistola la tenías solo para hacerte el gallito con tus amigos y para ahuyentar a los ladrones?– Dijo Elena enfadada. –¿Cómo es posible que estuviese cargada?–
–No… no lo sé, se tiene que haber quedado una bala en la recámara, o algo así, no lo sé–. Luis sollozaba, jamás le había visto así hasta aquel preciso instante que podía llevarse su carrera por delante y mandar al garete toda la instrucción, y lo peor de todo, no podría recuperar a Be.
–¡Joder!–Gritó Elena.–Esto es un puto desastre–. Permaneció en silencio por unos segundos mientras se arreglaba la coleta. –¿Y qué propones que hagamos ahora?– Dijo Elena mirando a Luis.
Este pareció recomponerse por un instante, se levantó del sofá y miró fijamente a Elena. Pero finalmente no dijo nada.
Elena se pasó la mano por la frente y suspiró. –No podemos seguir investigando si no notificamos lo sucedido. Necesitamos hacer las cosas bien–
Luis negó con la cabeza. – Ni de coña, no podemos permitirnos el lujo de parar la investigación. Tenemos que encontrar a Be antes de que sea demasiado tarde. Si viene la unidad de investigación nos harán preguntas y a mí me apartarán del caso y a ti también. Por lo que nos dijo Artur, si Be no está muerta, estará muy cerca de estarlo. No podemos permitirnos el lujo de parar, hay que seguir–
Fruncí el ceño. –¿Pero cómo vamos a hacerlo sin que nadie se entere? ¿Estás seguro de esto Luis?. Como alguien se entere de que Artur se suicidó en casa de un agente de la ley, se retrasará la investigación del suicidio… Sería el fin de vuestras carreras–

Elena asintió.–Eso es cierto, pero para evitarlo vamos a tener que hacer algo. Tenemos que encontrar a Be esta noche, pero necesito que me digáis con sumo detalle todo lo que os dijo Artur. Seguro que os dio algún detalle antes de suicidarse–
Luis se acercó a mí.–Te agradezco tu preocupación Martin, lo más seguro es que el viejo esté loco, pero ya le has escuchado. Podemos evitar una catástrofe mayor, y podemos encontrar a Be– Dijo Luis mientras con sus ojos intentaba tocar mi alma.
–Necesito que hagáis memoria y me contéis todo, desde el principio, y Martin, siento ser brusca, pero ya te habrá contado la retirada de dinero que han hecho de la tarjeta de Be. Está claro que es un móvil económico, pero no quieren pedir rescate, por la razón que sea–
Empezamos a contarle a Elena las revelaciones que nos había ofrecido Artur en relación al Valle, la secta que coaccionaba a los habitantes que no querían colaborar con ella, sus mensajes apocalípticos, la relación de Ana Puyol con la secta. Elena se quedó con la mirada centrada casi sin creer lo que estábamos contando, pero a la vez parecía que todo lo que habíamos descubierto, encajaba perfectamente con el puzle mental que tenía en la cabeza a falta de unas pocas piezas, y parecía que por fin le habíamos podido dar esas piezas.
–Es… es una puta locura– Dijo Elena asustada. – Pero todo cuadra–
–¿Qué quieres decir?– Preguntó Luis.
–Mientras seguía de cerca cualquier pista que podía conseguir sobre el paradero de Be, investigué su pasado, todo lo que podía encontrar. Quería buscar una conexión con su pasado para ver por qué alguien querría retenerla, ¿Secuestrar a alguien sin pedir dinero a cambio?. No es lo normal. Todos los secuestradores, esperan 1 día o 2, y piden un rescate. Siempre hay un móvil económico. Lo que me sorprendió de todo fue que hiciesen una pequeña retirada en efectivo, y no llamasen a Martin para pedir un rescate–
–Y van a seguir sacando más efectivo si no les encontramos– Respondí.
–Tranquilo Martin. Pedí una orden y ya hemos bloqueado todas las cuentas de Be. Su fortuna está a salvo. Eso es algo que luego quiero que me expliques. Pero déjame seguir– Dijo Elena mirándome fijamente cómo si yo hubiese ocultado algo en la investigación.
–Encontré varios casos sin resolver, donde los secuestradores no habían pedido un rescate, sino que habían ido sacando poco a poco dinero en efectivo. Cuando estas retiradas de dinero cesaban, semanas después aparecían las víctimas del secuestro–
–¿Cómo que aparecían?– Pregunté con tono de preocupación.
Elena esperó unos segundos sin saber muy bien qué responder. Parecía no querer compartir información delicada conmigo.
–Aparecían… abiertos por el canal, sin sus órganos, o con algunos restos de los mismos a mitad. En el informe policial lo detallaban como que había sido un secuestro no profesional, al no pedir rescate, y al entrarles el miedo a ser detenidos, liberaban a las víctimas en zonas apartadas de los núcleos urbanos, normalmente en senderos de difícil acceso o bosques cercanos. Atribuían la muerte posteriori a un ataque de animales salvajes–
–¿Qué tiene todo esto que ver con Be?– Dije alterado.–¿Cómo es posible que nadie hiciese nada si ya había ocurrido otras veces? ¿No es justo lo que hacen los asesinos en serie?– Dije alterado
–No… no quisieron darle mucho bombo y platillo a lo sucedido. Con el tiempo cesaron la apariciones de cadáveres con similares causas de muerte. Al no encontrar ningún testigo ni nada que los pudiese llevar hasta un posible culpable, prefirieron dar carpetazo a los casos. Pero lo más curioso y lo que más luz da a todo esto viene ahora– Elena cruzó los brazos, parecía estar casi superada ante toda la información que acabábamos de recolectar y no sabía cómo procesarla.
– Descubrí que su madre apareció muerta encima de un árbol mientras se desangraba, encontré

hasta cuatro casos sin resolver con las mismas características y con el mismo patrón, a los cuales, también dieron carpetazo ante la falta de pruebas.– Contestó Elena. –Con lo que me acabáis de contar sobre la confesión de Artur, hay indicios más que suficientes como para sospechar que Báratro esté detrás de todas estas muertes, incluida la de la madre de Be.
–Espera, ¿Cómo has llegado a esa conclusión Elena?– Preguntó Luis casi dudando de la veracidad de su mujer.
–Fui detrás de cada caso que se dio carpetazo. En todos hay un móvil económico que no se pudo demostrar, y el caso de la madre de Be es uno de ellos–
–¿Qué móvil económico?– Preguntó Luis.
Elena me miró fijamente dándome pie a entrar a responder.
–La familia de Be tenía mucho dinero, mucho más del que te puedes llegar a imaginar. En concreto su padre. Tenía una empresa que estaba trabajando en una IA que iba a revolucionar el mercado y los negocios–
–¿Qué coño es una IA?– Dijo Luis dando la bienvenida a su lado más brusco.
–Inteligencia Artificial. Es un sistema que tienen implantados varios objetos cotidianos de hoy en día. El robot que te aspira la casa, el aparato que te hace la compra solo con decirle ‘’Hola’’. Ese sistema está basado en la IA que desarrolló la empresa de su padre–
–Pero eso no es todo– Me interrumpió Elena. – Años atrás la madre de Be contrató un seguro de vida con una cuantía que superaba el millón de euros.
–¿Mi… millón de qué?– Preguntó Luis asombrado mientras me miraba como nunca antes me había mirado.
Elena interrumpió a Luis el cual seguía asombrado. – . La muerte de su mujer, le vino mejor que nunca al Sr. García. Su empresa empezaba a perder valor en bolsa y se estaba viendo empujado a hacer lo que tuvo que hacer con el paso de los años, vendérsela a un grupo de empresas asiáticas que son las que acabaron revolucionando el mercado. Obviamente, el valor de la venta fue insignificante en comparación con lo que podría haber ganado si hubiese llegado a explotar él todo el potencial que había. Necesitaba una inyección de capital aún mayor para seguir manteniendo el nivel de vida y desenfrenos del cual gozaba. Y la muerte de su mujer le salvó literalmente–
–Sigo sin saber por qué has dicho que Báratro está relacionado con la muerte de su madre– Dije intentando centrar la atención en el caso de Be. No me gustaba que hubiesen estado husmeando en su pasado, nuestro pasado, aunque eso nos ayudase a llegar hasta ella.
–Bueno… fue la parte más fácil y la cual no entendía hasta ahora. Estuvieron en dependencias policiales todas aquellas personas que habían recibido varias llamadas desde el terminal móvil del padre de Be, ante la duda de que hubiese podido ser un crimen por encargo para cobrar la cuantía de dinero. Y hubo un nombre que me llamó la atención por encima de todos. Ana Puyol–
–No, no es posible– Balbuceé.
–Sí Martin, la mismísima Ana Puyol. Cinco llamadas y dos cafés en una cafetería de Madrid para ser más exactos. Revisé las grabaciones que sacaron de la cámara de seguridad de la cafetería, pero no se pudo demostrar nada.
–¿Estas insinuando que han seguido tras los pasos de Be todo este tiempo? Pregunté temeroso.
–Creo que, simplemente, han estado vigilándola al ya conocer la cantidad de dinero que manejaba su familia por culpa de la temeridad de su padre, sí, y que ese sea el motivo por el cual la han secuestrado. Necesitan fondos para seguir operando en la sombra y…No descartaría que llegasen a hacer alguno de sus rituales, tal y como os contó Artur–
El silencio se apoderó de la habitación mientras digeríamos toda esa información. El hecho de

que una secta estuviese involucrada en el secuestro de Be y posiblemente en la muerte de su madre me hizo sentir una opresión en el pecho.
–¿Y qué propones que hagamos ahora?– Preguntó Luis, rompiendo el silencio.
–Creo que deberíamos buscar más información sobre la secta y tratar de encontrar algún tipo de conexión con Be–. Respondió Elena, con voz firme. – No podemos permitir que sigan operando y enriqueciéndose, y mucho menos si están tras el secuestro de nuestra amiga– Elena me lanzó una mirada la cual yo pensaba que era en tono de confidente.
–Necesito un respiro, voy a la cocina a por un vaso de agua– Luis salió del salón. –Debemos irnos lo antes posible y solucionar esto. Recordar a quien tenemos arriba–
Elena se aproximó a mí, casi llegaba a estar su frente contra la mía, pero cambió de rumbo y se acercó a mi oído.
–Ya me explicarás qué coño pasó con Sara–
Me mantuve en silencio, una gota de sudor frío apareció en mi frente, no sabía qué decir. Hacía muchos años que no oía salir su nombre en boca de otra persona.
Luis volvió al salón mientras bebía del vaso que se había servido.
–¿Me he perdido algo?–
Elena y yo nos miramos con la misma tensión como cuando alguien aparece en mitad de un secreto en el cual es mencionado.
–No… nada, solo le estaba diciendo a Martin que intentase recordar cualquier pista, por pequeña que fuese, podría ser importante para localizar el paradero de Be–
–Parece que hayáis visto un fantasma, estáis pálidos– Dijo Luis.
Esa frase de Elena, hizo que mi cerebro empezase a trabajar buscando una excusa para la mejor salida posible, y en lugar de encontrar una excusa, vi la solución delante de mí, la había tenido todo este tiempo y no me había dado cuenta. Quizás por el shock ante lo que acababa de suceder o simplemente porque estaba viviendo uno de los días más estresantes de mi vida.
–La página 66– Dije en voz baja.
–¿Qué has dicho Martin?– Preguntó Elena extrañada.
Estaba ante mí la respuesta, o más bien sabía que estaba a punto de verla y casi no me salían las palabras. Fui corriendo hacía la estantería.
–¿No recuerdas lo que dijo Artur, Luis?, debes leer la página 66 de La Temperatura Justa es para troncharse.
–No, no lo recuerdo, ¿pero qué tiene que ver eso con Be?– Preguntó Luis.
Abrí el libro a tal velocidad que era incapaz de encontrar la página 66, hasta que de ella calló hoja doblada escrita en puño y letra de Artur.

Querido Martin,

Siento despedirme de esta manera después de los grandes momentos que hemos pasado juntos. Jamás voy a olvidar nuestras charlas bajo la mirada del calor de tu hogar. Ese hogar que yo fui incapaz de construir y que con tanta facilidad tú y Be habíais conseguido construir. Te pido que no me juzgues por lo que les pasó a mis hijos.

Hay cosas que no se pueden explicar con palabras, por eso, aún sin saber si seré capaz de decirte la verdad, te escribo esta carta para pedirte antes de reunirme con el creador, que me perdones.

Perdóname por hacerte pasar por esta tesitura, cuando te conocí de verdad, no quería que te

involucraras en todo esto, pero tu amor por Be hizo que fuese inevitable. De alguna manera, si hay alguien capaz de solucionar todo esto, sé que eres tú. La fuerza de tu amor prevalecerá sobre las tinieblas, jamás lo olvides. No confíes en nadie Martin. Hay fuerzas oscuras en juego, y no todos los que están cerca de ti son lo que parecen.

Sé cuál es el motivo de la cena en casa de Luis, y por tanto sé que debe ser mi final, mi papel en esta trama ya debe llegar a su fin, o si no, me veré obligado a seguir haciendo daño a gente como tú. Y no quiero volver a pasar por ello. Gracias por haberme enseñado tanto a mi edad. Te estoy eternamente agradecido, por ello, voy a darte un regalo que seguramente haga que arda en el fuego eterno, pero quizás es mi castigo por todo el daño que hice durante toda mi vida. Quizás eso es el amor. ¿No crees querido amigo?.

Be se encuentra bajo la iglesia de Sant Andreu, bajo esta misma, se encuentra otra Iglesia bajo tierra, con capacidad para albergar centenares de personas. Es una pequeña aldea bajo tierra. Allí es donde realiza la mayoría de rituales y sacrificios de Báratro y donde seguro la encontrarás.

PD: Persigue tus sueños Martin, persigue tus sueños antes de que te hagas viejo, si lo haces, algún día los espíritus estarán de tu lado.

Tu amigo, Artur

Sostuve la carta con mis manos temblorosas, mientras mis ojos se movían de un lado a otro, leyendo cada palabra con intensidad. Mi mente era un torbellino de emociones. La ira por no haber sabido la verdad desde el principio, la gratitud por finalmente tener una pista para encontrar a Be, y la tristeza por la muerte de Artur.

Mis ojos se posaron en la última línea de la carta, donde Artur me pedía perdón por no haber sido sincero con él desde el principio. Un nudo se formó en mi garganta, y una lágrima solitaria se deslizó por mi mejilla.

Apreté la carta con fuerza y suspiré. Era una sensación extraña el perdonar a alguien que ya no estaba vivo para escucharlo, pero sabía que lo hacía por mí mismo, para poder seguir adelante y encontrar a Be.

–Te perdono Artur– Susurré en voz baja, sintiendo un peso salir de mis hombros.
Me giré hacia Elena y Luis mostrándoles la carta, estaban clavados como estatuas de sal ante lo que estaba sucediendo.
–Tenemos que ir a la iglesia de Sant Andreu, tenemos que encontrarla antes de que sea demasiado tarde– Dije decidido entre lágrimas.
–Un segundo Martin, tenemos que avisar a mis compañeros, no sabemos lo que nos vamos a encontrar allí abajo– Se le notaba a Elena cuando hablaba con un tono policial.
–¡Tenemos que irnos ya!– Grité.
–Martin, te entiendo, pero tienes que calmarte. Tú no deberías venir, entiéndelo, esto es una investigación policial y puede ser peligroso. No sabemos de lo que pueden ser capaces y sobre todo no sabemos si…– Se quedó en silencio por un segundo.
–¿No sabemos si qué?– Le pregunté en tono amenazante.
Elena siguió en silencio mientras buscó en Luis con la mirada un cómplice que no llegó a

encontrar.
–¡Be está viva! Y yo voy a ir con vosotros, os guste o no– dije acaloradamente. Elena pareció querer intervenir en mi idea, hasta que Luis se decidió a hablar.
–Martin puede ser de ayuda, estamos ante algo que es totalmente desconocido para nosotros, y Martin es lo más parecido que podemos tener a un experto en la materia–
–Luis, y no te ofendas Martin, pero eres traductor de novelas, como pase algo, se nos cae el pelo, no es un experto– Dijo Elena.
–Si algo ocurre, podemos argumentar que tiene… ya sabes, conocimientos de elementos religiosos, esas cosas– Decía Luis con dificultad de expresarse, bien por los nervios, o bien porque no sabía muy bien si realmente tenía algo de lógica lo que intentaba argumentar. –Además, su conexión emocional con Be es tan fuerte, que estoy seguro que eso nos ayudará a encontrarla–
–¿Desde cuándo crees tú en esas cosas?– Le preguntó Elena.
–Yo, con lo que acabo de ver y oír en el día de hoy, ya no sé qué creer– Luis me miró buscando mi complicidad, sabía que quería ayudarme, aunque eso conllevase meterse en un lío. Ya estaban en uno. El cadáver de Artur seguía desangrándose en el piso superior, y eso iba a ser difícil de explicar, por no decir que iba a comprometer su posición al frente de la investigación si se alargaba demasiado.
–¿Y qué hacemos con el viejo?– Preguntó Luis a Elena.
–De eso nos ocuparemos luego. Ahora id al coche. Voy a llamar a Jorge para que reúna a todo el equipo y nos veamos en la puerta de la iglesia– Ordenó Elena.
Como si fuésemos dos agentes bajo su mando, Luis y yo nos dirigimos hacía el coche que estaba aparcado en la puerta de la casa.
–¿Quién es Jorge?– Pregunté.
–Un imbécil que trabaja con Elena. Su perrito faldero. Sueña con tirársela, pero eso da igual ahora. Venga, súbete.–
Me senté en el asiento trasero del Land Cruiser de Elena. Cuando ésta terminó de avisar a sus compañeros subió al coche de manera ágil y tenaz.
Se giró, me miro como para comprobar por última vez que estaba todo bien, asintió y arrancó el motor del coche despertando el ruido en medio de la oscuridad de la noche.
–Vamos allá– Dijo.
No podía evitar sentir una sensación de inquietud en el estómago. Había pasado la última media hora tratando de asimilar todo lo que acababa de suceder. La muerte de Artur, su carta, la revelación de donde se encontraba Be, y lo más sorprendente, el lugar donde se encontraba. El hecho de que pudiera estar en peligro en tal lugar era suficiente para hacer que mis piernas temblasen. Pero también una sensación de esperanza se aferraba a mí. Una esperanza que no había sentido en mucho tiempo.
Después de todo, estaba empezando a pensar que jamás iba a encontrar con vida a Be.
Mientras conducía Elena hasta la Iglesia, las palabras de Artur durante la cena resonaban en mi mente. Teníamos que encontrarla, pero también teníamos que parar los pies a Báratro antes de que hiciesen daño a más gente. Pero eso no hacía que el viaje fuese menos aterrador.
Miré por la ventana del coche. Era cerca de las dos de la madrugada. Casi no se veía la ladera del río que los acompañaba hasta llegar a la carretera que nos llevaría hasta la zona donde se encontraban todas las iglesias del Valle.
Recordé una imagen hermosa. El sol comenzaba a ponerse en mi mente y los colores rojos y naranjas del atardecer se mezclaban en el horizonte. La tenía grabada en mi mente, pero no podía

terminar de apreciarla. Eran recuerdos del pasado, un atardecer del último verano. Mientras tomaba una cerveza con Be en su entrada viendo el atardecer en el Valle. Recordé su sonrisa y su risa, el tacto de su piel y la forma en que sus ojos brillaban cuando le miraba. Pero también recordé el dolor y el vacío que sentía en mi interior desde que salió por la puerta de casa.
El sonido del motor parar y sentir que el silencio se volvía a apoderar de todo hizo que despertase de mi ensoñación. Habíamos llegado.
Salí del coche y me acerqué a Elena y Luis, quienes ya estaban hablando con algunos de los oficiales de la Guardia Civil. Traté de mantener la calma, pero mi corazón latía con fuerza en mi pecho.
Elena me miró y me dedicó una sonrisa tranquilizadora.
–Lo haremos bien– Dijo ella. –Todo va a estar bien–
Asentí, tratando de convencerme a mí mismo de que eso era cierto. Pero no podía evitar sentir una sensación de ansiedad que se apoderaba de mí mientras nos dirigíamos a la entrada de la Iglesia.
Elena no se alejó de mí. Estaba a mi lado como si fuese mi protectora ante esta situación. Por un instante sentí su mano en el hombro mientras me decía al oído en voz baja. –No te juzgo por lo que pasó con Sara, tuvo que ser terrible para ti, pero luego voy a necesitar que me lo expliques–
Al principio me sentí incómodo por el gesto, pero al mismo tiempo agradecido por la compasión de Elena. Asentí con la cabeza mientras trataba de procesar lo que estábamos viviendo en ese preciso instante.
Me gire justo antes de llegar al pórtico de la pequeña iglesia. Me giré al notar unos pasos cerca de los míos y tenía a Luis detrás. Noté un gesto extraño en su rostro, como si estuviera tratando de ocultar algo. Me pregunté si había percibido algo entre él y Elena, algo que no existía en realidad.
Intenté ignorar ese pensamiento y me enfoqué en mi objetivo. Pero la cara de Luis seguía rondando en mi mente, como si se hubiese quedado grabada en mi memoria. Me pregunté si estaba siendo paranoico, si tal vez todo era fruto de mi imaginación. Pero no podía sacudirme la sensación de que algo estaba mal.
Me encontraba en el centro de la formación que había agrupado la Guardia Civil. Habían estado observando cuidadosamente el entorno mientras caminábamos. A medida que nos fuimos acercando, pude notar cómo la iglesia era pequeña, pero con grandes ventanales, anchas. Parecían desproporcionadas en relación al tamaño de la construcción. Era como si hubieran utilizado elementos arquitectónicos de grandes catedrales románicas y los hubieran colocado en una iglesia pequeña.
–Es… es una construcción interesante–Exclamé. –Pero, me parece que está muy descuidada. Los detalles parecen sacados de un libro de historia–
Jorge respondió con una sonrisa. –Tienes buen ojo, por la información que hemos obtenido, la iglesia tuvo que haberse construido en el siglo XIII o XIV. Por lo que sabemos, hace décadas que no se celebra ninguna ceremonia en su interior, a pesar de estar aún en la lista de iglesias a visitar en el Valle–
Frente a nosotros había un pórtico pequeño que estaba formado por dos columnas de piedra oscura, talladas en forma de ángeles que medirían más de dos metros, pero sus rostros parecían susurrar amenazas a los visitantes. Sobre ellos, una figura de Cristo parecía estar siendo aplastada por el peso del mal que acechaba aquel lugar, o quizás era mi subconsciente jugándome una mala pasada. No lo sé, pero esa fue la sensación que me dio en ese preciso instante.

Por un momento sentí un escalofrío recorrer mi espalda al ver la escena, mientras mis ojos se detenían en cada detalle del pórtico. Los relieves de las columnas parecían cobrar vida propia, como si los ángeles estuvieran a punto de saltar de la piedra y arrástrame con ellos hasta el infierno.
–¿Qué piensas, Martin?– Preguntó Elena, interrumpiendo mis pensamientos.
–Es… es este lugar– dije con miedo.
–Que el subconsciente no te juegue una mala pasada, es solo una Iglesia– Respondió Jorge.
–¿Habéis inspeccionado su interior?– Preguntó Elena.
–Desde las vidrieras parece no haber nadie. Parece estar limpio, así que podemos pasar todos– Dijo Jorge como si diese autorización a que yo podía pasar.
–Pues venga, vamos de una vez– Dijo Luis con un tono sonoro, enfadado, mientras se adelantaba al grupo y abrió el pórtico el cual se abrió de par en par con algo de dificultad mientras crujía. Al entrar, había varios bancos de madera vacíos, algunos rotos y con la madera carcomida por el tiempo, dispuestos en filas a lo largo de la nave central, parecían haber estado abandonados mucho tiempo. Las paredes, también de madera, estaban descascarilladas y cubiertas de telarañas. Un ambiente polvoriento y cargado de olor a humedad impregnaba el lugar.
Al fondo, se podía divisar un pequeño altar en el que se encontraban varios objetos religiosos, un crucifijo, un cáliz, algunas velas consumidas y un pequeño retablo con imágenes de santos y vírgenes. El retablo, sin embargo, parecía haber sido añadido posteriormente, ya que no encajaba con la decoración original de la iglesia.
En un rincón, había una pila bautismal cubierta de polvo y, cerca de ella, un confesionario oscuro y tenebroso. La penumbra del lugar, junto con el aire enrarecido, hacía que sintiese un escalofrío dentro de aquel lugar. Era más que evidente que aquella iglesia llevaba abandonada mucho tiempo.
Jorge frunció el ceño mientras se giraba hacia Elena. Su voz temblaba ligeramente por la rabia contenida.
–¿De verdad pensabas que esto era una pista válida?– Preguntó con incredulidad. –Hemos perdido el tiempo y los recursos de nuestro equipo por esto, joder–
Elena no se dejó amedrentar por la actitud de Jorge y mantuvo la compostura mientras le respondía.
–Lo siento, pero pensé que era una pista válida. Era la única pista sobre el paradero de la desaparecida y era importante revisarlo–
–Elena, no podemos perder el tiempo de esta manera– Exclamó Jorge con un gran enfado.
–Bueno… Dejemos el tema por ahora, hay que seguir buscando, vámonos–
–Pero esto está siendo una pérdida de tiempo Elena, ¿no lo ves?. ¿Qué hace él aquí?– Dijo Jorge mientras me señalaba.
–¿Qué te pasa últimamente? Tú eras la mejor–
–¡Ni se te ocurra hablar así a mi mujer! – Luis apareció en la escena agarrando por la pechera a Jorge mientras le soltaba un cabezazo como si de un luchador de lucha libre se tratase. Al menos golpeaba con la misma destreza.
–¡Parar ya!– Gritó Elena. Parecía que entre ellos había algún tipo de tensión que no se había terminado de resolver del todo. Por lo visto Elena, al igual que yo, sé guardaba algún secreto.
Mientras el resto de compañeros se abalanzaban sobre Jorge y Luis, me quedé mirando fijamente los dibujos del retablo sabiendo que había encontrado la solución. Mientras miraba el retablo, noté algo extraño en él. Había una imagen de un santo que parecía estar mirando hacia un punto en concreto del altar, un punto que no estaba ocupado por ningún objeto religioso. Era como si la

mirada del santo estuviera fijada en un espacio vacío. Como si hubiera algo allí que solo él podía ver. Recordé en ese instante un libro que había traducido hace algunos años, cuando aún vivíamos en Madrid y se titulaba Mirada Ausente .
En él, el autor, el cual no podía recordar su nombre, describía el uso de una técnica que tenía el mismo nombre que el título, poco original, en la que los personajes de una pintura no miran directamente al espectador, sino que parecen estar perdidos en sus propios pensamientos o en la contemplación de algo concreto de la pintura. Esta técnica era utilizada por muchos artistas, como Botticelli en obras como El nacimiento de Venus. Los personajes miran hacia abajo o hacia los lados, dando sensación de que están absortos o contemplando algo de la obra o alrededor de la misma. Justo de la misma forma en la que estaba mirando aquel Santo.
No podía quitar la mirada del retablo. Caminé hacía el altar. Tras él mismo me fijé que presidía en el suelo una alfombra vieja y polvorienta dejando en evidencia el paso del tiempo y la decadencia. Parecía estar mirando a ese mismo punto el dibujo del santo. Miré a mi alrededor y el grupo de guardias civiles parecían estar calmando los ánimos de Jorge y Luis. Con mucho cuidado, levanté la alfombra y encontré una trampilla de madera en el suelo.
–He encontrado algo!– Grité.
Por un momento todo el operativo policial se me quedó mirando atónitos. Parecían no querer creer que un mero civil había sido capaz de realmente encontrar algo en aquel lugar mientras ellos discutían como si fuese una pelea en los aledaños de una discoteca. Se acercaron rápidamente a ver qué acababa de descubrir.
Se aproximaron. Y se quedaron atónitos al ver la especie de trampilla que se encontraba bajo la alfombra.
–¿Co…cómo has sabido que estaba ahí? Preguntó Elena.
–Los detalles, ya me dijiste antes que estuviese pendiente a los pequeños detalles– Le sonreí con complicidad.
Luis suspiró sabiendo que su profesión iba por delante.
–¿Quién va a ser el primero?– .
Jorge pareció apartarse del grupo como el niño enfadado que quiere dejar en evidencia que está molesto con lo ocurrido.
Elena, sin decir nada, abrió la puerta mientras una nube de humo y polvo se abalanzó sobre nosotros. Una escalera en forma de caracol parecía invitarles a caminar sobre ella hacia las entrañas de la tierra. Pero su instinto les decía que había algo abajo que merecía la pena descubrir.
Elena encendió su linterna, con pistola en mano siendo la primera del grupo en descender por las escaleras abriendo paso y avisando de que ya estábamos allí. Uno a uno fuimos tras ella quedándome yo en la mitad del grupo. Cada paso que daba hacía un eco en la oscuridad y el silencio nos envolvía como una manta fría.
La luz de las linternas de los agentes pudo disipar en las paredes unos grabados, los cuales nos detuvimos a observar por unos instantes. Parecían unos grabados de demonios. Eran tan realistas que parecían tener vida propia y moverse al compás de nuestra respiración. La atmósfera era opresiva, como sí el aire que se respiraba estuviera cargado de maldad.
Había escenas de sacrificios humanos, seres alados de aspecto infernal y todo tipo de criaturas monstruosas. Los grabados eran detallados y parecían estar hechos con gran habilidad, lo que los hacía parecer aún más aterradores.
De repente uno de los agentes que tenía tras de mí exclamó con horror. – Esto son escenas de la Biblia Satánica– Los demás se detuvieron, sintiendo un escalofrío en sus cuerpos.

– ¿Desde cuándo tu eres experto en Biblias Satánicas Martínez? – Exclamó Jorge mientras le señalaba con la linterna.
–Biblias Satánicas no, la Biblia Satánica– Hizo un parón en su frase haciendo ademan de que el resto supiésemos de que estaba hablando. Pero no era así.
–Hace un tiempo… tuve, tuve una novia que era muy friki de todas estas cosas y tenía en su casa la Biblia Satánica escrita por Anton Szandor en 1969–
– ¿Y aprendiste algo que nos pueda resultar de utilidad ahora mismo Martínez?, ¿o solo jugabais a las tinieblas?– Rieron el resto con la risa propia que dejaba la singularidad del lugar.
–Me vi obligado a ello, era fanática, casi no hablaba de otra cosa. El libro se presenta a la gente como una guía para la filosofía y la religión satánica. Sé que en sus páginas tiene enseñanzas y rituales para promover la individualidad, autoexpresión y búsqueda de la felicidad y el placer personal. Así es como lo intentan vender al gran público–
– ¿Y qué cojones tiene que ver eso con estos grabados?– Gritó Luis desde más arriba.
–Pues que eso es toda una farsa para que dejen vender el libro en grandes superficies, aunque ya hace años que solo se puede adquirir por internet. En sus páginas explica con dibujos y detalles mitos comunes a Satán, como ángel rebelde. Según la leyenda, Satán era originalmente un ángel de Dios, pero se rebeló contra él y fue expulsado del cielo junto con otros ángeles que lo siguieron–
–Esa parte creo que la conocemos todos– Dijo Elena. – ¿Cómo has sabido que estos son grabados de la Biblia Satánica?–
–Son uno de los mitos populares que aparecen y donde se promueve con una serie de frases para poder realizarlo. Son grabados de una misa negra. Esta ceremonia Satánica invoca a espíritus malignos, no necesariamente al Diablo, pero, para realizarla, hay que profanar espíritus sagrados, o algún tipo de sacrificio. Una vez se realizan, el Diablo bendice sus almas y estos adquieren parte de su poder. Les promete la vida eterna siempre y cuando cumplan con su mandato–.
Las explicaciones de Martínez hicieron que el descenso por las escaleras se hiciese más denso, como si cada paso que dábamos fuese un paso atrás en nuestra vida. Tenía la sensación de que ese descenso hacía ningún lugar conllevaba consigo el paso de los años para mi cuerpo. Cada vez me sentía más cansado.
Al terminar las escaleras, llegamos a una sala amplia. Cuando terminamos todo el descenso pudimos darnos cuenta realmente de la magnitud de la sala. Cabría la posibilidad de que estuviese diseñada para albergar una espera de centenares de personas. En las paredes quedaban apagadas por el paso del tiempo unas grandes antorchas negras iluminadas por la luz de las linternas de los agentes.
Alrededor, las paredes estaban cubiertas de antiguos frescos con imágenes de demonios, sacrificios y rituales oscuros. Al final de la sala, se encontraba una enorme puerta de madera tallada con extraños símbolos.
– ¿Qué que habrá ahí detrás… quien va a abrir esa puerta?– Preguntó Luis con tono nervioso.
Jorge se adelantó al grupo y cogió la linterna mientras señalaba la entrada hacía lo desconocido.
– Seguramente nada bueno. Seré yo el primero–
Jorge sacó su linterna y la apuntó hacia la puerta, iluminando los extraños símbolos tallados en la madera. Parecían representar algún tipo de lenguaje antiguo y desconocido. Todos permanecimos en silencio, tratando de procesar lo que estábamos viendo.
Tras intentar superar mi miedo ante la posibilidad de que Be se encontrase al otro lado, pude leer bien lo que estaba escrito en la parte superior de la puerta.
–In nomine Satanás, princeps infernalis– Dije en voz alta.

–¿Qué dices, Martin?– Preguntó Elena extrañada.
–Fijaros bien, eso es lo que pone encima de la puerta en letras talladas– La frase tallada en piedra tenía las letras grandes y angulosas que parecían brillar con propia luz.
–Es latín– respondí. –Significa en nombre de Satanás, el príncipe del infierno–.
–Ya os dije que nos iba a resultar de gran utilidad para la investigación– Dijo Elena mientras miraba desafiante a Jorge.
Por un momento nos quedamos todos quietos. Justo cuando iba yo a pedir que abriesen la puerta ante el grave peligro de que podía encontrarse Be, hasta que Jorge irrumpió.
–Antes de nada, no sabemos lo que hay tras esa puerta. Sabemos de sobra que si al otro lado de cualquier habitación, desconocemos el terreno, o esa puerta no se abre, obviamente, ante la tesitura de la situación, haremos una excepción. Pero antes, quiero disculparme con todos vosotros por lo ocurrido arriba. No es ético, no profesional y lo siento Luis, siento lo que pasó entre Elena y yo. Pasemos página de una vez– Jorge extendió la mano mientras Luis se vio claramente obligado a dar fin a esa situación que parecía estar enquistada desde hacía mucho tiempo.
–Dicho esto, prepararos y estar con los ojos abiertos–Ordenó Jorge.
Al abrir la puerta, todos nos quedamos boquiabiertos ante la magnitud del espacio que teníamos delante. Una gran nave de techos altos se extendía ante nosotros. Parecía una gran catedral abandonada, pero aún más grande. El ambiente era húmedo y frío, y el suelo estaba cubierto de polvo. El olor a humedad y abandono era abrumador.
En las paredes había pinturas y grabados que representaban escenas bíblicas, pero con un enfoque oscuro y perturbador. Una de las pinturas mostraba a un ángel cayendo del cielo en llamas, mientras que otra representaba a un grupo de demonios devorando a un ser humano.
En una de las paredes laterales, había una inscripción en latín tallada en la piedra.
–¿Qué significa eso Martin?– Me preguntó Elena abrumada ante lo que tenía delante de sus ojos.
– Sanguine meo lavabo pedes tuos. Lavaré tus pies con mi sangre– Respondí.
Mientras avanzábamos por la nave, sentimos que algo se movía en la oscuridad, pero buscamos con nuestras linternas sin encontrar respuesta. Parecía estar desierto, pero había un extraño silencio, como si estuviéramos siendo observados por algo que se escondía en las sombras.
Seguimos caminando en la oscuridad vencida por la escasa luz de las linternas. Las altas paredes de piedra se extendían hacia el techo abovedado, sostenido por grandes arcos de piedra. Al fondo de la sala, vimos una estructura de madera que se elevaba a mitad de altura de la sala, mientras una escalera de madera la comunicaba con el suelo de la gigantesca sala. Unas vigas de madera oscura estaban talladas con intrincados diseños, y la estructura estaba cubierta por un dosel de tela oscura y desgastada.
–¿Qué… que es eso?– Preguntó uno de los agentes.
–Parece como una especie de construcción, como si fuese una enorme casa de madera elevada del suelo, tenemos que subir– Dije fervientemente. Tenía la esperanza de encontrar a Be ahí arriba.
Mientras nos dirigíamos caminando lentamente hacía esa construcción, pudimos darnos cuenta, que a lo largo de las paredes, había bancos de madera desgastados, algunos rotos y cubiertos de polvo. Hasta ese momento no nos habíamos percatado de ello.
Al subir las escaleras de madera, vimos que dentro de la construcción había centenares de camas sencillas, pero bien hechas, dispuestas en filas ordenadas y aparentemente dispuestas para la comodidad de los durmientes. Tenían mantas y almohadas, y aunque todo parecía antiguo, estaba cuidadosamente mantenido y limpio. Pero ahí no había nadie.

–¿Qué es este lugar?– Preguntó Luis horrorizado.
–Parece una especie de refugio, o albergue. Parece que haya sido utilizada para albergar a personas en algún momento–. Respondió Jorge.
Luis intervino con voz sombría. –No me gusta esto. Puede que tenga algo que ver con los grabados y la puerta de madera que acabamos de pasar. Tal vez esta especie de catedral abandonada fue utilizada para propósitos más siniestros de lo que nos imaginamos compañeros–
–Tenemos que seguir buscando. Este sitio es inmenso, pero Be tiene que estar en algún lugar– Dije con tono nervioso.
–Sí, pero hay que tener mucho cuidado. No sabemos qué es este sitio, y esta estancia está muy bien cuidada. Podemos encontrarnos con alguien– Dijo Jorge.
Nos dispusimos a bajar las escaleras de madera para ir al ala contraria de la catedral. Intentamos hacer el menor ruido posible. Solo el eco de nuestros propios pasos al avanzar y el roce de nuestras ropas contra las paredes de piedra. Las luces de las linternas reflejaban contra los cuadros y grabados dando un aspecto fantasmagórico a la estancia.
Llegamos nuevamente a la nave principal, donde estaban dispuestos los bancos en filas perfectas. Una sensación extraña se apoderó de nosotros al imaginarnos a los fieles que, en otro tiempo, ocuparon esos mismos lugares.
Nos dimos cuenta que en el otro extremo, al cual, ya casi habíamos llegado, había un gran altar, pero sin ningún elemento religioso. Quedaba huérfano de Virgen o niño Jesús.
Elena se adelantó en esta ocasión y se dirigió hacia una pequeña puerta que llevaba a una capilla lateral.
–Venid por aquí, parece que lleva a otra estancia– Dijo Elena en tono firme.
Todos fuimos tras sus pasos. Nos encontramos con una pequeña capilla, adornada con velas apagadas que fueron utilizadas no hace mucho y varios exvotos en las paredes.
–¿Qué… que es este lugar?– Preguntó un agente.
–Parece una pequeña capilla que serviría de santuario para la persona encargada de dirigir las ceremonias. Fíjate en las paredes– Dije mientras señalaba.
–¿Qué son esos objetos?– Preguntó Jorge.
–Son exvotos, son ofrendas hechas a un dios, se depositan en santuarios o lugares de culto. La diferencia es que estamos acostumbrados a ver símbolos religiosos–
Este no era el caso, figuras de animales, demonios de grandes cuernos y colas alargadas y finas, rodeaban la estancia.
–Tendríamos que abrir esa puerta, ¿no?– Dijo Jorge invadido en este momento por el miedo. Se le notaba en la mirada. Ya la había visto en alguna ocasión.
Ante el asombro ante lo desconocido, no nos habíamos percatado que en la estancia había una pequeña puerta de madera que llevaba a otra sala. Elena dio un paso al frente. Años después me reconocería que algo la empujó a ser ella, no sabía por qué, pero sintió una extraña fuerza que le hizo decidirse a ser ella la primera en entrar.
Elena avanzó lentamente hacia la puerta de madera. Sus manos temblaban de emoción y miedo a partes iguales. La puerta parecía ser más grande de lo que parecía en un principio, su apariencia caduca pero imponente daba la sensación de que en su interior se guardaban secretos indescriptibles.
Con cuidado, Elena colocó sus manos sobre las pesadas asas y las giró lentamente, pero no conseguía abrirlas.
–Déjame que te ayude– Dijo Luis.
Elena le miró como quien dice con la mirada – Hace mucho que no te veía por aquí–

Con la ayuda de Luis, las bisagras chirriaron con un sonido estridente y molesto, como si estuvieran protestando por haber sido abiertas después de tanto tiempo. La puerta se abrió lentamente, revelando una oscuridad profunda y misteriosa en su interior.
Elena encendió su linterna y la dirigió hacia el interior de la habitación. La luz parpadeó un momento antes de estabilizarse y revelar lo que había dentro. Una vez sus ojos se ajustaron a la penumbra, Elena pudo distinguir una habitación enorme, con paredes cubiertas de moho y hongos.
–¿Va todo bien por ahí?– Gritó Luis.
–Sí, esperar ahí, cubrirme las espaldas. Voy a asegurarme de que está vacía– Gritó Elena dejando tras de sí un profundo eco.
Una capa de polvo cubría todo lo que había en la sala, haciéndola parecer abandonada desde hace décadas.
La sala estaba llena de muebles antiguos. Había una larga mesa de madera en el centro de la habitación, rodeada por unas sillas de madera tallada. Al fondo, Elena pudo distinguir una figura oscura, que parecía ser una especie de dosel o santuario.
Con paso cauteloso, Elena avanzó hacia su interior. La oscuridad de la habitación la envolvía, y el sonido de sus pasos resonaba en las paredes. Cuando llegó a la altura del dosel, se detuvo y dirigió su linterna hacia él. La luz reveló una estructura impresionante, con pilares de piedra y adornos tallados a mano. Detrás de ella, Elena pudo distinguir una figura acurrucada, cubierta por una manta.
Con el corazón latiendo con fuerza en su pecho, Elena se acercó a la figura y retiró la manta. Lo que encontró debajo le dejó sin aliento, tanto que el sonido rebotando de la linterna contra el suelo me estremeció y me hizo entrar corriendo en medio de la oscuridad en dirección a los llantos de Elena.
–¡Alto Martin!– Gritó alguien.
Las luces de las linternas de los agentes me mostraron la imagen que jamás hubiese querido ver, el rostro pálido sin vida de Be, mientras Elena lloraba desconsoladamente. Se giró, su mirada me partió por la mitad. Esa mirada me estaba dando la noticia que nadie quiere recibir. Sus ojos, junto con los míos, se llenaron de agua, nuestras mejillas se humedecieron, mientras caí al suelo de rodillas junto a Elena y nos dimos el abrazo más doloroso que recuerdo. Acerqué mi mano temblando a la figura de Be y acaricié su rostro. Un sollozo salió de mi garganta y se convirtió en un llanto amargo y doloroso al darme cuenta de que era real.
Una oleada de recuerdos me invadió en cuanto mi mano entró en contacto con su piel. Recordé el día en que nos conocimos, el día que Robi llegó a nuestras vidas en una pequeña caja que era más grande que él, cómo Be lloró de alegría cuando lo vieron por primera vez. Y, sin embargo, lo mucho que se enfadaba años después cuando le despertaba por las mañanas cuando se ponía a ladrar a los pájaros que se posaban sobre nuestra ventana. Recordé cuando íbamos juntos los tres al parque a correr. Siempre me ganaba. Era incansable, llena de vida.
Sentí lo mismo que sentía cuando nos acurrucábamos en el sofá para ver las películas. Siempre decía que tenía muy mal gusto, y eso me hacía mucha gracia. Son esas pequeñas bromas que se repiten cuando la vida llega a ser cotidiana, pero son esas pequeñas cosas que solo dos personas que se conocen mucho pueden entender. Y cómo dormíamos juntos en la cama. Madre mía, cómo dormíamos. Los dos teníamos la manía de abrazar al otro y podíamos despertar en el lado opuesto de la cama. A veces podía llegar a ser caótica y confusa, pero también brillante y hermosa, una mezcla de luz y sombra que hacía tambalear tu mundo tal y como lo conocías.
Sentí como si una bombilla que hasta ese momento iluminaba mi cuerpo, se apagaba de un

plumazo. El olor del café recién hecho cuando volvía de correr, las rosas en la mesa del desayuno, los paseos con Robi. Todo se había apagado.
–Es irónico– Pensé.
Pasamos tanto tiempo luchando por las cosas que queremos en la vida, pero una vez que las tenemos, las damos por sentado, como si ya fuesen nuestras para siempre y nada ni nadie nos lo pudiese arrebatar. Total, siempre van a estar ahí, o eso creemos. Es solo cuando las perdemos cuando nos damos cuenta de lo importantes que eran. Este es un constante juego de adquisición y pérdida. Y lo único que podemos hacer es aprender a valorar lo que tenemos en cada momento, porque nunca sabemos cuándo lo perderemos. Quizás la clave está en encontrar la felicidad en lo que ya tenemos, en lugar de buscarla constantemente en lo que aún no poseemos. No sé, quizás eso sea el amor.
Sin darme cuenta, estaba con una pequeña sonrisa entre un mar de lágrimas mientras tenía la cabeza apoyada encima del pecho de Be. Pude sentir su abrazo, como si estuviese tras de mí, diciéndome al oído que todo iba a ir bien, que ella estaba bien. Me sentí ridículo, como esa gente que sale en la televisión contando experiencias paranormales de seres queridos que acaban de fallecer. Pero pude notar su aliento tras de mí alentándome, y esa sola sensación fue un regalo para mi alma.
Sentí como si un agujero se abriera en mi pecho y mi corazón se apretara con fuerza. La voz de Luis me hizo volver a la horrible realidad. El sonido de los disparos me hizo despertar de mi terrible pesadilla que a partir de ahora se iba a convertir en una triste realidad, la cual iba a cogerme de la mano para ser mi fiel compañera.
–Martin, tenemos que sacarte de aquí–

DANIEL

–Solo te lo preguntaré una vez más, ¿Con quién estabas hablando?– Dijo Nicolás levantando el tono de voz mientras se aproximaba a mí.
–Con… con nadie– Dije asustada.
–No me hagas esto– Nicolás se alejó levantando los brazos, se los ponía encima de su cabeza como si estuviese luchando contra él mismo.
–De verdad, no me hagas esto. No me mientas, y menos aquí. Ahora si lo haces, tendré que castigarte, y en el punto en el que estamos no me apetece, ya casi lo tenemos, no hagas que demos pasos para atrás– Se podía apreciar nervios en la forma de hablar de Nicolás.

Se acercó rápidamente hasta la base de la cama, se puso de rodillas y me miró fijamente con los ojos abiertos como dos lunas. La luz del farolillo hacía que sus ojos pareciesen dos bolas de fuego resplandecientes.

¿Con… quien… estabas… hablando?– Pensaba hasta entonces que de verdad había sentido y experimentado el abrazo del miedo, fiel compañero en todo este viaje, pero es imposible que sepas lo que es el auténtico terror, hasta que Nicolás no te mira de esa manera.

Me quedé paralizada, sin saber qué decir. No sabía si era el momento adecuado para explicarle que estaba hablando posiblemente con la voz de mi hermana fallecida. Puede que ahora suene a locura, pero por aquel entonces no me daba cuenta en si las propias preguntas que me hacía a mí misma no eran coherentes, o podrían sonar a locura transitoria. No sabía siquiera cómo empezar

la frase que le fuese a decir a Nicolás, ni con qué palabra empezar. Estaba totalmente paralizada.

Nicolás seguía mirándome fijamente, con una expresión que mezclaba preocupación y enfado.
–Be, ¿vas a ser sincera conmigo de una puta vez?. Pronunció Nicolás mientras alargaba una enorme sonrisa de una manera nada normal.
Tragué saliva y traté de encontrar las palabras adecuadas para explicarle lo que estaba sucediendo.
–No… no lo sé…escuché una voz y… – Intenté empezar a hablar, pero él me interrumpió.
–¡No me digas que no sabes con quién estás hablando!– Exclamó, alzando la voz –Aquí no puedes permitirte el lujo de hablar con cualquiera que se te aparezca, ¡Tienes que tener cuidado!– Dijo en tono nervioso mientras levantaba el volumen de su voz.
–¿Por qué no paras de decirme esas cosas?, Estás obsesionado conmigo. ¡Dime de una vez donde coño estoy!–
De repente se hizo el silencio, Nicolás me miraba fijamente sin quitarme la mirada ni un instante. Alargó su mano hacia el farolillo mientras giraba la rueda que daba vida a la pequeña luz que iluminaba nuestros rostros y parte de la pequeña estancia.
–Ya va siendo hora de que veas qué clase de sitio es este y de qué es capaz. A ver si así se te bajan los humos y empiezas a hacer caso de una puta vez o esto va a acabar muy mal para ti, querida–
Nos sumimos al instante en la oscuridad más absoluta que recuerdo hasta la fecha. Había estado totalmente a oscuras en esa misma habitación el día que me trajeron a este sitio. Espera, ¿Hace cuánto fue eso? La verdad que no me había parado a pensarlo. Parecía que lo tenebroso del lugar hacía que perdieses toda noción del tiempo.
De repente sentí que estaba sola en la oscuridad, rodeada de una niebla densa y húmeda que se filtraba en mis pulmones, impidiéndome respirar con normalidad. No había nada que pudiera ver a mi alrededor, ni siquiera mi propia mano delante de mi rostro. El silencio era total. Solo el sonido de mi respiración entrecortada y mi corazón latiendo a mil por hora se oían en la negrura.
–Ni…Nicolás, ¿estás ahí?–Pregunté sin respuesta.
Una voz gutural comenzó a resonar en mi cabeza, susurrándome palabras incomprensibles que me hicieron estremecer del miedo. Quise gritar, pero mi garganta estaba seca, incapaz de emitir sonido alguno. La voz seguía hablando, cada vez más fuerte, más cerca.
Entonces, varias imágenes empezaron a venirme a la mente. Imágenes de momentos de mi vida en los que había actuado de manera egoísta, cruel, insensible. Momentos en los que había herido a otras personas con mis acciones o inacciones. Momentos en los que había ignorado el sufrimiento ajeno en aras de mi propio bienestar.
Las imágenes se sucedían una tras otra, cada vez más vívidas y aterradoras. Intenté cerrar los ojos, pero seguían apareciendo. La voz en mi cabeza seguía hablando, riéndose de mi sufrimiento, pero no podía entender nada. Las imágenes bailaban tan rápido delante de mis ojos que no lograba entender nada.
Todo paró por un instante. La oscuridad se hizo más profunda y por primera vez me sentí más sola y desamparada que nunca. En ese preciso momento, un recuerdo, doloroso y oscuro me vino a la mente, esta vez a cámara lenta. Podía recordarlo perfectamente.
–Háblame de él– Ordenó una voz grave en medio de la oscuridad.
–¿Quién… eres?– Pregunté temerosa.
–¡Te estoy ordenando que me hables de él!– Debía ser Azrael, su grito ensordecedor retumbó con fuerza y estruendo en cada una de las paredes de piedra mientras el sonido rebotaba hasta llegar a lo más profundo de mi cerebro.

Cerré los ojos con fuerza intentando obedecer a Azrael. Su presencia me obligaba a sentir, a pensar lo que él me pidiese, aunque yo no quisiese. Era una orden que debía ser cumplida. Así que empecé a contarle con sumo detalle todo lo que lograba ver ante mí. Las imágenes empezaban a ser más claras, los sonidos más nítidos. Ahora sí podía ver esos recuerdos.
–Estoy… estoy en una fiesta, creo que es una fiesta de la Universidad, estoy riendo, saltando. Parece que estamos en una casa repleta de gente que no conozco, pero todos parecen tener más o menos mi edad.–
–Eso no me interesa, ¿con quién estas?– Dijo Azrael intentando guiarme en mi propio recuerdo.
–Estoy…estoy con Sara. Estamos bebiendo chupitos con un chico, pero este parece no interesarse en ella, no para de acercarse a mí y decirme cosas al oído, pero Sara parece estar muy interesada en él–
–¿Qué cosas te dice?–
–No… no lo sé. Intento escucharlo, pero la música está muy alta. Sara parece enfadada cada vez que me río cuando él me dice algo. Intento recordar quién es ese chico, pero no recuerdo su nombre–
–¿Él solo habla contigo?–
–No… también bebe con Sara, más bien la incita a beber. Parece querer emborracharla. Cada vez que se le acaba un vaso de chupito, le rellena el vaso. Pero no está interesado en ella, al menos no la mira con deseo–
–¿No la mira con deseo?, ¿Y eso cómo te hace sentir?–
–Bien… Aliviada. Es más, le animo a Sara a seguir bebiendo mientras él y yo nos miramos a los ojos con complicidad. Como si supiésemos lo que estamos haciendo, como si tuviésemos un plan. Todo parece estar saliendo a la perfección.–
–Sigue– Ordenó Azrael.
–Estamos… estamos subiendo por unas escaleras.
–¿El chico desconocido y tú?– Preguntó.
–No… los tres, los tres vamos cogidos de la mano, pero Sara está muy mal. Casi no puede mantenerse en pie. Subimos por las escaleras, él va delante, yo en medio, estoy riéndome como una niña tonta. Sara se agarra a la barandilla de las escaleras. Parece estar muy perjudicada por el alcohol, pero nadie hace nada. La planta baja está abarrotada de gente. Todo el mundo está bailando, gritando, pasándoselo en grande. Hay mucho contraste en comparación con la cara de Sara. Parece querer salir de ahí. Está aterrorizada.
–¿A dónde vais?–
–Entramos… parece una habitación en la planta superior. No reconozco la habitación, ¿debería?–
–Céntrate, ¿qué pasa a continuación?– el tono grave de voz hacía que los órganos de mi cuerpo vibrasen con cada palabra que pronunciaba.
–Sara… Sara vomita en el suelo, está en una esquina de la habitación. En cuanto termina se tumba encima de la cama. Se ha quedado dormida. Yo estoy besando al chico, el… el me baja las bragas y… lo estamos haciendo, lo estamos haciendo encima del tocador que hay frente a la cama–
–¿Qué pasa después?–
–Cuando terminamos, me vuelvo a subir las bragas y salgo de la habitación, estoy muy borracha, salgo de la habitación y dejo a Sara ahí, no sé por qué–
–¿Puede ser que quisieses seguir con la fiesta y te daba exactamente igual lo que fuese a hacer ese hombre con tu hermana?–
–No… no fue así– Balbuceé sintiendo como la vergüenza me ahogaba. –Yo no quería que nada

malo le pasase a Sara. Estaba tan borracha y confundida que… No sabía lo que hacía. Después intento entrar en la habitación, pero está cerrada, golpeo con fuerza. Después de un rato, la puerta se abre y sale caminando el hombre sin dirigirme la palabra. Yo le estoy gritando, pero él no hace ningún caso a mis súplicas. Simplemente vuelve a la planta baja a seguir la fiesta.
–¿Dónde está Sara?–
–Está… está tendida en la cama, está inconsciente, no sabe nada de lo que acaba de pasar, aún no sabe la clase de monstruo que tiene por hermana–.
Me sentí abrumada por la culpa y el arrepentimiento al recordar lo que le ocurrió a mi hermana. Me sentía asqueada conmigo misma y sentía como si una enorme roca estuviera presionando mi pecho. Mi mente se llenaba de imágenes de Sara vomitando y desmayándose en la habitación mientras yo estaba practicando sexo con un extraño en el mismo lugar. La vergüenza y el remordimiento iban a convertirse por primera vez en mis fieles aliados desde aquel preciso instante.
–¿Recuerdas quién es ese hombre?–
Podía sentir cómo mis lágrimas caían al suelo en medio de la oscuridad como si tratasen de llenar un mar de lágrimas, hasta que la idea de que, quizás, si me sonaba ese hombre de algo me estremeció por completo.
–No… no le conozco– Intenté convencerme a mí misma. Pero en mi mente las piezas del rompecabezas empezaban a encajar lentamente, formando una imagen que no quería aceptar.
–¿Estás segura?– Dijo Azrael con un tono suave, pero cargada de una intensidad que hizo que me estremeciera aún más.
De repente, como un rayo de luz, la imagen se formó por completo y vi con claridad el rostro del hombre que había estado conmigo y con Sara en aquella habitación.
–Puedo verlo… vestido con traje de novio. Estoy en un banquete–.
–¿Eres tú la novia?–
–No… no soy yo, pero él no deja de mirarme de arriba abajo. Me recuerda, parece hacerme gestos para ir a otro lugar más íntimo. Yo… yo parezco querer ir–
–Busca antes a la novia–
–No puedo, ella no está. El novio se acerca a mí y me dice que solo quiere estar conmigo en ese momento. Me lleva lejos de la mirada del resto de invitados y… me besa, y yo me siento como si todo mi cuerpo estuviera ardiendo, como si me estuviera consumiendo en el fuego de la pasión.
–¿Cómo te sientes en ese momento?–
–Me siento culpable, pero al mismo tiempo excitada. No puedo controlar mis sentimientos, me siento atrapada en una espiral de deseos y remordimientos. Quiero detenerme, pero no puedo resistirme a él–
–¿Hacéis algo más aparte de follar?– Su tono era firme y seco, solo quería hacerme hablar, le daba igual lo que fuese a sentir.
–Saca… saca una bolsa con varias pastillas de colores, yo no quiero tomarlas, pero él insiste–.
–¿Dónde estáis?–
–Seguimos en la boda, en su boda. Estamos en una habitación, no sé muy bien dónde, pero él sigue vestido de novio. Me siento atraída por su energía, por su forma de hablar, por su presencia, tiene algo hipnótico que te hace obedecerle–
–¿Qué pasa después de tomarte la pastilla?, ¿Se queda contigo en la habitación?–
–Estoy sola, tumbada en la cama, me encuentro mal, realmente mal. Creo que es algún tipo de droga. Martin entra corriendo por la puerta, intenta reanimarme, pero estoy realmente fuera de mí–.

–Puede ser que él fuese la persona que te inició en el mundo de la drogadicción, ¿no?–
–Sí… Supongo… No lo recordaba. Martin está llorando, cree que acabo de consumir drogas, pero no sabe todo lo que acabo de hacer con el novio. Me está abrazando mientras yo tengo la mirada perdida, me dice que me quiere, que todo va a salir bien, pero también me pregunta qué es lo que acabo de hacer. Soy incapaz de balbucear ni una sola palabra.–
–No se merece todo el daño que le has hecho–
Empecé a llorar desconsolada, no sabía que todas esas imágenes que estaba viendo delante de mí se habían producido cuando ya le había conocido.
La mucosa se alojaba en mi garganta y casi no podía expresarme con claridad. –No… no se lo merece– Sollocé.
Me sentía abrumada por la tristeza y la culpa. Las imágenes que me venían a la mente eran como un torrente de emociones que se habían acumulado durante años, y que ahora se desataban sin control alguno. Me sentía atrapada, prisionera en mi propia mente, rodeada de oscuridad y un silencio inquietante.
Sentía que no podía respirar. La imagen de Martin sollozando mientras me abrazaba no podía quitármela de la cabeza. Podía sentir aquel cálido abrazo y su presencia reconfortante, como si estuviese a mi lado en ese preciso instante. Aun así, me sentía a la vez como una monstruosidad, como si no mereciera ser amada ni perdonada.
–¿Crees que Martin te perdona por aquello?– Preguntó Azrael.
–No… no lo sé, pero no merezco su perdón–.
Azrael se quedó mirándome como si le pareciese interesante lo que estaba diciendo. A pesar de estar en completa oscuridad, podía sentir su presencia. Incluso sin ver sus ojos, podía sentir sus pensamientos como si fuesen propios.
–Piensa en Daniel–
–¿Qui…quién es Daniel?– Realmente no quería recordar, pero había algo en ese nombre que me perturbaba. Me sentía como si acabase de verme arrastrada a un vórtice de maldad, que me llevaba hasta lo más oscuro de su ser.
Azrael soltó una leve carcajada ronca. –Ya sabes quién es Daniel, tú misma me acabas de hablar de él. Parece que necesitas un pequeño empujón. Vuelve a dormirte en tu recuerdo. Daniel se casó con tu hermana, ese mismo hombre con el que te acostaste mientras tu hermana se encontraba inconsciente en la habitación y que más tarde abusó de ella con tu consentimiento. Ese mismo hombre que te dio a probar la droga por primera vez mientras seguías desatando tus deseos lujuriosos e impuros.. Dios sabe que cuando conociste a Martin tu deseo se centró en dejar de verle, pero tu vicio y tu pasión te desataron. Tú dejaste que esa clase de hombre se casase con tu hermana–.
Recordé la primera vez que le vi. Parecía ser un hombre encantador, amable, siempre muy atento y sonriente. Pero tenía un lado oscuro, una faceta siniestra y perturbadora que escondía la cara a la luz pública.
Pude ver la primera vez que me dio una jeringuilla. Cómo sonaba el móvil sin parar mientras Martin al otro lado de la línea pensaba que me había ido de fiesta con compañeros del trabajo, cuando realmente había quedado a escondidas con Daniel para desatar mis más oscuros deseos. Unos deseos que jamás debieron de salir a la luz. Pero, como un Demonio, él te susurraba al oído y era capaz de sacar la peor versión de ti misma. Una versión que él quería ver, para así no estar solo en una espiral de decadencia personal tan grande, como inimaginable por cualquier otro ser humano.
Era un monstruo, pero a los monstruos les suele gustar pasar desapercibidos en medio de la

soledad, pero él no. Él era un animal social, con la luz del día era el hombre perfecto. Hijo de una familia bien, con un gran poder adquisitivo en la ciudad. Iba a los mejores restaurantes y todo el mundo le conocía nada más entrar. Era esa clase de persona que cuando llega a un lugar, todo el mundo se gira para observarlo. Quizás me vi cegada por todo lo que conllevaba, esa atracción que es inevitable sentir cuándo alguien sabe decirte lo que quieres escuchar.
Daniel vivía en un mundo de sombras cuando las luces se apagaban, un mundo donde todo parecía estar permitido y nada tenía consecuencias. ¿Quién no puede sentirse atraído por un mundo así?.
Recuerdo las noches en las que me iba a dormir sin haber consumido. La cara de Daniel me perseguía en mis pesadillas, como si quisiera arrancarme el alma de mi cuerpo. Yo intentaba huir, pero era como si estuviera atrapada en una prisión de la cual no podía escapar.
Para él, todo esto era solo un juego. Cuando se casó con Sara, pensé que esa tarde de juegos en su noche de bodas sería la última, pero no fue más que el principio. Él era el depredador y yo su presa fácil y vulnerable. Jamás supe responder a la pregunta de por qué fui tan vulnerable. Puede que algunas personas tengamos más predisposición a caer en las redes de aquellos que saben cómo manipularnos. Parece que puedan olernos, que con tan solo mirarnos digan
–Aquí está mi presa– Y acudan hacia nosotros como lobos feroces y sedientos de tu ser.
Recuerdo su sonrisa cuando me poseía, disfrutaba con mi sufrimiento. Siempre me repetía que era la última vez, pero fui incapaz de no responder a cada una de sus llamadas, como si hubiese una obligación intrínseca en todo aquello.
–¿Recuerdas el sueño que has mencionado antes querida?– Parecía la voz de Nicolás.
–¿Ni… Nicolás?, ¿Dónde estás?– Dije temerosa.
–Aquél sueño en el cual no podías abrir la puerta y te encontrabas el suelo lleno de sangre con Martin dentro de la habitación. ¿Lo recuerdas?. Cierra los ojos de nuevo y vuelve a esa habitación–.
Cerré los ojos y pude volver con una gran facilidad a aquel rincón escondido en mi memoria. Intentaba abrir la puerta de una habitación. Era una puerta robusta, firme, parecía que algo estaba obstaculizando el paso. Pero tras un golpe fuerte con el hombro conseguí abrirla. Me encontré con un espectáculo macabro. El suelo estaba empapado en sangre, creando charcos y ríos carmesí que fluían por la habitación. En el centro, había un cuerpo sin vida.
–¿Qué ves?– Preguntó Nicolás, pero seguía sin poder verle, la habitación estaba totalmente a oscuras.
–Hay… hay un cuerpo en medio de la habitación, esta todo lleno de sangre–. Me temblaba la voz.
El cuerpo estaba cubierto de múltiples heridas y cortes profundos. En la espalda había decenas de heridas producidas por alguna clase de cuchillo. La visión de aquel cuerpo desfigurado y ensangrentado me dio ganas de vomitar.
–¿Quién hay en esa habitación?– Preguntó Azrael con insistencia. Fue entonces cuando vi algo aún más aterrador.
–Está… Martin, de pie, junto con el cuerpo. Le miro a los ojos pero tiene una… tiene una mirada ausente, está en silencio, como si su mente estuviese en otro lugar– Dije temerosa.
La escena parecía sacada de una película de terror, Martin parecía estar poseído por alguna fuerza oscura. Sus manos estaban empapadas en sangre.
–¿Seguro que es Martin el que está en medio de esa habitación cariño?, Fíjate bien, ya casi lo tienes– Dijo Nicolás con ternura.
Sus palabras funcionaban como electrodos en mi cerebro, como si ellas mismas hiciesen que mi

propia mente se despertase hacía un nuevo cajón lleno de recuerdos y sensaciones, que hasta ese momento, habían estado bajo llave. O trataba de desdibujar la realidad con otra realidad paralela para protegerme de mi misma.
Empecé a gritar y llorar. – No… No es Martin–
–Tienes que decirlo, si no lo dices no sirve de nada, dilo en voz alta querida– Pronunció Nicolás.
–Soy…soy…soy yo empapada en un mar rojizo. Yo los maté. El vino a casa, nunca venía a casa. – Estaba histérica, las palabra salían de mi boca a una velocidad que era casi imperceptible por otro interlocutor. –Siempre nos veíamos fuera, pero ya vino puesto de todo y me quería, me quería a mí. Le dije que yo no quería, que Martin estaba a punto de llegar y que en casa estaba… estaba…–
–¿Quién más estaba en casa Be?, Intenta respirar y di todo paso por paso. Monta las ideas en tu cabeza, recuerda cariño, recuerda– Susurró Nicolás.
–¡Mi hermana Sara!– Exclamé entre sollozos.
La respiración se volvió entrecortada mientras hablaba. Parecía estar reviviendo aquellos terribles momentos que tantos años habían estado ocultos en la parte más oscura y secreta de mi psique. Respiré y dentro de mí respiración nerviosa, intenté explicar todo lo mejor que pude.
–En casa estaba mi hermana, Sara. Ella me prometía que me iba a ayudar de salir de ese mundo, íbamos a dejar todo atrás, íbamos a empezar de nuevo. Quería que le ayudase a huir de Daniel, me pide perdón, no sé muy bien por qué, y dice que me perdona por todo. Dice que ya nada tiene importancia. Solo quiere ayudarme y que yo le ayude a salir de ahí–
–Sigue así– Dijo Azrael.
–Pero de repente llegó Daniel. Estaba borracho, drogado. Al vernos a las dos juntas solas en casa, dijo que quería revivir lo ocurrido en la fiesta de la universidad. Intenté apartarlo, pero él me golpeó y me tiró al suelo. Caí contra una silla, la cabeza me empezó a sangrar a borbotones, Robi vino a consolarme–
–¿A dónde va Daniel, va a por ti?–
–No, agarra a mi hermana Sara y la lleva a otra habitación a volandas, ella grita, llora, le golpea, pero no le puede detener. Robi sale corriendo y le muerde la pierna, le muerde con todas sus fuerzas, como el lobo que caza a su presa. Siento miedo, jamás había visto así a mi propio perro. Tiene las pupilas dilatadas, los colmillos largos y afilados como una sierra. Daniel no puede huir, no se puede soltar, mientras el morro de Robi se empieza a teñir de un color rojizo y se empiezan a resquebrajar los vaqueros de Daniel. Su grito sordo se apodera de la casa. Algo se apodera de mí. Siento que una voz me dice que lo haga. Salgo corriendo hacía la cocina, abro un cajón, cojo uno de los cuchillos, y se lo empiezo a clavar por la espalda, Daniel… Daniel cae al suelo–
–¿Y tú que haces, paras?–
–No… no… al caer el suelo, Robi, con sus afilados dientes, hundió su mandíbula en el cuello de Daniel, haciendo que un grito agudo de dolor escapara de su garganta, hasta que dejó de gritar. Había alcanzado sus cuerdas vocales. La sangre empezó a brotar por su cuello de manera descontrolada, llegando a salpicar el rostro de Sara, apartada de la escena totalmente en shock. Mi camiseta está teñida en rojo oscuro mientras Daniel, casi sin vida, intenta forcejear para liberarse del agarre del perro–
–Parece que ese es el final de la historia–
Algo me acaba de poseer y no puedo dejar de revivir la escena con la misma ira que sentí en aquel preciso instante, como si fuese capaz de volver a hacerlo.
–Siento la adrenalina correr por mi cuerpo, me abalanzo sobre Daniel con el cuchillo. Mi rostro estaba contorsionado en una mueca de furia. Mi mirada era salvaje mientras clavaba una y otra

vez el cuchillo en el cuerpo de Daniel– Dije serena.
La sangre seguía salpicando mi rostro y empapaba mi ropa, pero yo seguía apuñalando una y otra vez con frenesí, como si estuviera poseída por un demonio que me obligaba a poner fin con ese monstruo que él había creado. Los gritos de Daniel se habían convertido en gemidos agonizantes y finalmente en un silencio ensordecedor–
–¿Qué hace Sara?–
–Se abalanza sobre mí, me grita que pare, que le deje en paz. Estoy fuera de mí, no tengo control de mis actos, mi mirada está perdida y solamente siento ira y rabia. Sara intenta quitarme el cuchillo de la mano y con un gesto de rabia…– No puedo seguir hablando, la realidad es lo suficientemente dolorosa como para ser descrita.
–Dilo, con un gesto de rabia, ¿Qué haces?–
–Le… le clavó el cuchillo a Sara, le estoy clavando el cuchillo mientras sus labios me preguntan ¿Por qué?, pero sus ojos me dicen que no pasa nada, todo está bien. A pesar de ser la causante de su muerte, parece darse cuenta de que una espiral de violencia y drogas se habían apoderado de nuestra familia sin que nadie hubiese tomado las medidas oportunas. Ella sabía que solamente cabía un final como aquel. Había permitido todo lo que Daniel hacía. Sus ojos me mostraron la verdad. En las cenas de Navidad ella vio cómo me tocaba la rodilla, cómo me desnudaba con la mirada. A pesar de no tener ella la culpa, la sintió como suya, por no haber puesto fin a todo eso, y haber alimentado a ese monstruo.
Cae al suelo de rodillas, la sangre baña su vestido, tiñéndolo. Muerdo mis dientes con rabia, con furia. No soy consciente aún de lo que acabo de hacer. Siento un profundo odio en mi interior, solo quiero acabar con todo. Pienso en clavarme a mí misma ese cuchillo cuando miro a mí alrededor y me doy cuenta de todo el dolor que acabo de provocar. Cómo dejé la ira brotar por mi cuerpo y llegar a realizar un acto tan macabro como el que estaba presenciando–
Robi, ajeno a todo, seguía mordiendo la carne de Daniel, desgarrándola con cada movimiento de su mandíbula, y su pelaje se tiñó de rojo sangre.
–¿Qué haces cuando acabas con la vida de Daniel, como te sientes?– Pregunta Azrael.
–Me quedé parada allí, en medio de la habitación. Hiperventilando, con el cuchillo aún en la mano y la sangre de Daniel en mi rostro. El olor metálico y la visión de la sangre me causaron nauseas, pero también un extraño placer y satisfacción, aún más intensos que cada gramo que me inyectaba. Esta había sido la mejor droga que había probado hasta el momento– Sonreí.–Fue entonces cuando veo a Martin golpear la puerta y casi tirarla abajo. Está dentro, horrorizado Robi agacha las orejas y sale dándose cuenta que también se dejó llevar por sus instintos primarios, pero que se encontraba en una escena que no pertenecía a un animal con un corazón tan noble–.
–¿Dónde está Martin ahora, Be?– Me pregunta Nicolás.
–Está, está en la habitación, acaba de llegar–
–¿Y cómo reacciona?–
–Se confunde, piensa que Daniel intentó abusar de nosotras, nunca se llevaron bien, nunca hablaba de él. Quizás… quizás incluso se imagina lo que pasó, pero busca una excusa o quizás realmente cree que pasó eso, no lo sé. La policía llega, y cuenta que Daniel era un borracho y un drogadicto, intentó asesinarnos, pero que yo me defendí–
–No querida, no te defendiste, los asesinaste a sangre fría. Ese es tu verdadero ser, pero aún estás a tiempo de redimir tus pecados– Nicolás encendió el farolillo y volví a ver su rostro en medio de la total oscuridad. Azrael no estaba, pero tampoco había escuchado salir a nadie de la habitación.
–Por suerte, ya no estás en esa habitación. Eso era solo un recuerdo que habías bloqueado por la culpa, el arrepentimiento, el miedo de darte cuenta de lo que habías sido capaz de hacer ese día, y

durante tanto tiempo. El daño que habías causado a Martin y a tu hermana Sara, ese dolor es más profundo y más hiriente que cualquier cuchillo–
Conforme hablaba Nicolás, una creciente sensación de desesperación y desolación se apoderaron de mí. Sentí abandono y soledad . Me envolvían esos sentimientos en una oscuridad implacable, asfixiándome lentamente mientras me empezaba a dar cuenta de que estaba realmente sola y abandonada en un lugar desconocido e inhóspito. Nicolás estaba conmigo, pero sabía que ese no era su sitio, ni tampoco el mío. Empezaba a ver las cosas con mayor claridad.
–El… el daño en vida, no me lo puedo perdonar– dije.
–Debes hacerlo, primero debes perdonar a los que te hicieron daño, y a ti misma Be, de lo contrario ellos no serán capaces de hacerlo–
–¿A quién te refieres?, ¿A Daniel?–
–No Be, vuelve a cerrar los ojos, ¿Recuerdas tu muerte? Debes perdonarles también a ellos primero, ya estás lista para afrontarlo–
–No, no consigo recordar nada de eso–.
–Te secuestraron. Un grupo de fanáticos se aprovecharon de tus debilidades para hacerte creer que habías perdido la cordura, y le hicieron pensar a Martin que habías recaído en la droga. Pero lo único que querían de ti era tu dinero, y tu cuerpo para llevar a cabo un ritual con el único fin de alimentar su fantasía de que los cuerpos de personas como tú, les hacían ser mejores a ellos y así purgar sus pecados y sanarse. Perdónales a ellos–
Pude ver ante mí los recuerdos. Recuerdo cómo no me llevaron a Galatea, la furgoneta me llevó lejos, mucho más lejos de lo que recordaba. Tenía un capuchón que no me dejaba ver más allá. Cuando me lo quitaron, estaba en una especie de catedral sin luz natural, como si estuviese bajo tierra. Había centenares de personas, todos me miraban, casi me adoraban, como si fuese su salvación.
La atmósfera en la catedral era sofocante, cargada de una energía oscura y siniestra que se podía sentir en el aire cargado. Las personas que me rodeaban tenían sus rostros deformados, como si hubiesen estado varios años escondidos en las profundidades, lejos de las miradas de la gente, su apariencia física había cambiado por su adoración fanática.
Me sentí atrapada, sin saber cómo había llegado hasta allí, o qué era lo que realmente estaba sucediendo . La sensación de confusión y terror se apoderaron de mí, mientras trataba desesperadamente de liberarme de mis captores, pero me habían atado de pies y manos en una especie de altar en un extremo del lugar. Me sentí como una marioneta en sus manos, sin poder controlar mi propio destino.
–¿Qué hacen contigo?– Preguntó Nicolás.
–Me… me inyectan algo en el brazo. Siento un líquido frío fluir por mis venas. Los rostros de las personas que me rodean parecen difusos, distorsionados, como si me estuvieran mirando a través de un cristal empañado–
Lo vi claro, ahora sí podía verlo claro. Intenté pedir ayuda, pero mi cuerpo no respondía, empecé a sentir la respiración más superficial.
El dolor se intensificó en mi pecho, sentí un miedo paralizante mientras mi mente se oscurecía y mis sentidos fallaban. Sabía que me estaba muriendo. Mi cara lo reflejaba. Entonces, vi a Ana, Ana Puyol, pero no me miraba a mí. Estaba abofeteando a la persona que me había inyectado la dosis mortal en el brazo. No lograba entender qué pasó.
–Te querían con vida Be, te necesitaban con vida para su más oscuro ritual. Tu cuerpo inerte, sin vida, no les sirve, no les sirve de nada. Te habían suministrado Pentobarbital, la misma sustancia que te habían ido dando en dosis bajas durante dos días. ¿Recuerdas el agua donde llenaste tu

bidón de agua cuando saliste a correr?. Entraron en tu casa cuando parecía que te habías recuperado de ello, intentaste descansar un poco, y un leve pinchazo te hizo despertar, eran ellos. En pequeñas dosis, tiene efectos hipnóticos, alucinógenos y también es usado como sedante. Eso seguro que te responde a muchas de las cuestiones que te plantees de situaciones que has vivido en los últimos dos días. Pero en dosis altas, puede resultar ser mortal. Obviamente la persona que te lo suministró para calmarte, no es un especialista, y te dio más dosis de la adecuada, causando tu muerte. Si te soy sincero, tuviste suerte. No quiero enseñarte qué clase de muerte te hubiese esperado si eso no se hubiese llevado a cabo, pero hubieses experimentado el mayor de los sufrimientos posibles para un ser humano en vida.–.
Permanecí en silencio. Creí estar en paz, pero algo no me dejaba avanzar.
–Tienes que perdonarles. Al igual que tú, en tu pasado, ellos se vieron arrastrados por una fuerza oscura, una fuerza que no puedes llegar a entender aún, algo que les obligaba a hacer todo aquello. Tienes que perdonar a tu padre, él fue el primer monstruo de tu vida. El hombre que maltrató en vida a tu madre, que llevaba mujeres a casa mientras ella dormía con vosotras en vuestro cuarto mientras escuchabais sus desfases con otras mujeres. Por su culpa, Báratro llegó a ti, a conocerte, a saber de ti más que nadie y sobre todo, sabían lo que podían sacar de ti, con una facilidad que hizo tenerte en bandeja–
Lloré, lloré de tristeza, pero también de alegría, un volcán de emociones se apoderó de mí.
–Sara te perdona, no debió venir, este no es su lugar, pero su amor por ti, la fuerza del amor que siente por ti, le guio como una luz en medio de la oscuridad hasta encontrarte, hasta dar contigo, aunque aquí, no sabe muy bien quién es ni donde está, porque no es su lugar. Este no es su sitio, ella está en un lugar mejor. Solo sabía que tenía que ayudarte en todo este proceso de sanación–
Seguía llorando desconsolada, el saber que Sara me perdonaba por todo lo que le había hecho pasar en vida me alentó como un manto cálido en una noche fría de invierno.
–No lloras por estar aquí, ni por lo que pasó, sientes lo mismo que está sintiendo ahora mismo Martin. A pesar de todo lo que le hiciste pasar, vuestro amor es tan grande, que es capaz de traspasar cualquier barrera, incluso esta. Ahora ves a él por última vez y ayúdale a seguir adelante, él todavía tiene mucho por hacer, tiene un gran futuro, pero necesita tu aliento por última vez, de lo contrario será incapaz de superar tu perdida. Es tu último paso para purgar tus pecados Be–
De repente la habitación se iluminó, ya no estaba en el que había sido mi cuarto de tortura durante todo ese tiempo que no pude controlar ni contar.
Vi a Martin tocando mi cara, la cara de mi cuerpo tumbado en aquel remoto lugar para los ojos de los demás. Extendí mis brazos y rodeé su cintura con fuerza pegando su espalda contra mi pecho, como si quisiera mantenerlo cerca para siempre. Mis manos se juntaron con su pecho y apoyé mi cabeza contra su espalda, sintiendo su calidez junto a mí. Me sentí reconfortada al estar pegada a él, como si nada pudiese dañarme siempre y cuando él estuviese ahí. Le abracé con la esperanza de que este momento jamás terminase.
Sabía que él no podía oírme, pero aun así le hablé, como si realmente supiese que yo estaba ahí con él.
–Siento mucho todo lo que te hice. Gracias por haberme regalado tu amor, te agradezco haber estado en los momentos más oscuros, haber sido mi faro en la oscuridad. Me llena de tristeza el corazón no poder estar presente para ver el futuro con tus ojos. Pero te prometo que os veré a ti y a Robi desde donde quiera que vaya, intentaré veros y guiaros, te lo prometo Martin, perdóname por todo los daños que te hice–
Sentí como Martin se sobresaltaba, como si el sintiese que también estaba allí, junto a él. Fue

entonces cuando por primera vez pude sentir el verdadero, el auténtico amor abrazarme.
–Es la hora Be, debes de ir hacia la luz–

TRES AÑOS MÁS TARDE

El restaurante era elegante, demasiado, para mi gusto. Ya no acostumbraba a visitar este tipo de lugares. En mi primera etapa viviendo en Madrid, era lo habitual. Es el tipo de sitio donde vas para que te vean, para que se note que estás ahí. Ser visto por los demás, era algo que antes me encantaba, casi lo hacía sin esfuerzo. Pero ahora lo detestaba, y después del éxito que estaba teniendo mi primera novela, era casi obligatorio, intrínseco a mi nuevo puesto de trabajo el venir a este tipo de eventos sociales.

El restaurante tenía una decoración moderna y minimalista, como todas las decoraciones de hoy en día. Las paredes están cubiertas de paneles de madera oscura, contrastando con las sillas y mesas blancas de estilo escandinavo. La iluminación es tenue, pero suficiente para crear un ambiente acogedor y agradable. En la entrada, una gran barra de mármol negro brillante llama la atención y da la bienvenida a cada uno de los comensales. Un barman habilidoso prepara cocteles elaborados haciendo un juego de malabares más propio de un circo. El suave murmullo de la gente hablando junto con los platos y cubiertos chocando llena el aire, creando una atmósfera animada y dinámica.

La Cava del Duque se iba a convertir para el nuevo Martin, en el lugar de encuentro donde iba a reunirme con mi nuevo editor, Arturo. Dueño de Jiménez&Galde la editorial más potente en el género de novela negra. Arturo ponía el primer apellido a la editorial, junto con su socio Diego Galde, que además de dueño de una editorial, se dedicaba al negocio de la hostelería, como por ejemplo La Cava del Duque. Dudo mucho que me hubiesen invitado tan asiduamente a esas enormes cifras que reflejaban en las cuentas.

A pesar de todo, el sitio me gustaba. Era un restaurante refinado, pero sus platos intentaban ser una nueva recreación de la cocina típica española. Contaban con una amplia selección de vinos, que se exhibían en una cava climatizada ubicada en una de las enormes paredes del interior del local, solo con eso ya me habían ganado.

El plato que prácticamente Heliodoro, el Maître , solía traerme casi sin preguntar, era el rabo de toro estofado con puré de patatas trufado. Intenté hacerlo en casa una noche que me había revelado contra las aplicaciones de comida rápida, pero no se acercó ni lo más mínimo. Heliodoro me explicó que se elaboraba con cola de toro cocida a fuego lento, en un guiso con verduras y especias, hasta que la carne queda muy tierna y se deshace fácilmente. El puré de patatas trufado no intenté hacerlo. Este es un acompañamiento suave y cremoso que complementa a la perfección el intenso sabor del rabo de toro, solo está al alcance de unas manos experimentadas, y las mías últimamente solo tenían experiencia en darle al botón de repetir pedido en una de las App de comida rápida.

Cierto es, que las nuevas ventajas de ser novelista profesional, eran que podía permanecer encerrado en casa durante semanas, sin dar señales de vida, sin que nadie se preocupase por mí. Mi dieta no estaba siendo la mejor. Torres de cajas de pizza con trozos aún con alguna esquina sin morder campaban a sus anchas por mi salón. Decenas de envoltorios de chocolatinas

custodiaban mi mesa de trabajo que tenía en el propio salón. La cama era el único lugar de la casa que permanecía intacto. No la usaba para nada, prefería dormir en el salón.

Quizás esa había sido la base de mi éxito. Refugiarme en mi mismo, y dar cabezadas mientras no podía dejar de aporrear el teclado, como sí mis palabras fuesen a cambiar el mundo por completo. Realmente lo había hecho para dar a conocer al mundo mi historia. No sabía si iba a ser capaz de expresar todo el dolor que había sufrido en mi piel, pensaba que era una basura. Quería escribir un Thriller intenso, difícil de leer incluso, donde las teorías filosóficas predominasen a la hora de descubrir un inquietante asesinato en un pueblo perdido en las montañas. En lugar de eso, engendre un libro donde el amor entre una pareja era tan fuerte que te hacía derramar mares de lágrimas con tan solo leerlo. Pero por lo visto, esa novela romántica que había escrito, encantaba a los lectores, a miles de ellos.

Oleadas de e–mails llenaban mi bandeja de entrada felicitándome por el gran trabajo que había hecho. Recuerdo la sensación de la primera vez que lo leí. –Bullshit– grité. Tuve que vivir un verdadero infierno en vida para poder escribir algo que mereciese la pena.

Fue Luis el que me animó a enviar el manuscrito a mis contactos en las editoriales. Meses atrás les había enviado el primer borrador a Luis y Elena y les encantó.

–Si a estas dos personas, que compran libros únicamente para almacenar su estantería y decorarla les gustó mi libro… Quizás a todos los lectores con estanterías vacías les gustaría tener mi libro en su casa. Ese podría ser yo, el escritor que nadie conoce, pero que todo el mundo tiene algún libro suyo en su estantería–

Cualquier cosa con no volver a mi antiguo trabajo. Quería evitar las preguntas, que la gente se inmiscuyese en mis asuntos. A ciertas personas les encanta el sufrimiento ajeno, regodearse en él, sentirlo, saborearlo como si fuese un helado apunto de derretirse en el último día de verano. La gente por lo general es mala, es una idea de la cual me había convencido en estos últimos años.

Levanté la vista hacia el resto de la sala y me llamó la atención la figura de una mujer con un batín blanco impoluto en medio de uno de los pasillos que llevaba hacía las mesas. Era… Ana, Ana Puyol. Tenía un enorme cuchillo, corría hacía mí.

–Sr. Milner, ¿desea una copa mientras espera la llegada del Sr. Jiménez?– Preguntó Heliodoro con su característica elegancia.

Me di cuenta de la realidad en cuanto escuché su voz. Tenía los brazos en alto, en posición defensiva ante lo que pensaba que era un ataque por parte de Ana. Seguía viéndola por todas partes. El no tener noticias de su paradero era algo que no me dejaba dormir.

–No, gracias Heliodoro, pero sí te agradecería una copa de vino…Mejor la botella, la necesitaré. Dejo que la elijas tú– Intenté sonreír por educación, pero desde la muerte de Be, sentía que todo aquello quedaba vacío sin poder compartirlo con ella.

Heliodoro puso una media sonrisa con complicidad. Creo que era la única persona de toda la ciudad que no le hacía la pelota a ninguno de los dos socios. Todo lo contrario. Eran ellos por

alguna extraña razón los que me halagaban sin parar a mí. Bueno, extraña razón no, les hacía ganar mucho dinero, más que ningún otro escritor. Les daba exactamente igual si la novela era buena, o era mala, solo se fijaban en las ventas.

–Si me permite la licencia, usted puede llamarme Doro Sr. Milner, así es como me llaman los clientes a los que realmente aprecio– Doro sonrió y yo le devolví el gesto con complicidad.

Hacía solo tres meses que el libro había salido al gran público y ya era la sexta vez que me llamaban para cenar en La Cava del Duque, alguna noticia tendría que darme.

Doro trajo la botella con celeridad, justo cuando se disponía a abrirla para darme a probar, llegó Arturo.
–Hombre Martin, querido amigo. ¿Cómo estás?. Tú siempre tan puntual eh. Puntualidad Británica Raúl, luego dicen de los estereotipos– Dijo Arturo levantando la mano hacía Raúl como el maestro que intenta aleccionar a su alumno rebelde.
–¿Qué tal todo Arturo?, ¿A qué se debe esta cita?– Dije en tono serio pero sin intentar esconder del todo la sonrisa. Las apariencias lo eran todo, pero por suerte, podía esconderme tras la capa de escritor bohemio.
–Siempre tan directo mi querido amigo, nunca cambiarás. Déjame yo serviré el vino– Dijo Arturo mientras quitaba de las manos la botella a Raúl. – Disfruta de la velada Martin, además, aún tiene que venir Diego– Exclamó Arturo emocionado.
Diego no solía venir a las reuniones, ya fuesen cenas o en sus oficinas centrales. Dejaba ese tema a Arturo, así que me sorprendió que fuésemos a esperarle. Una cosa que detestaba de Diego era que siempre llegaba tarde, era el típico hombre de negocios de una gran ciudad, importante, pero siempre impuntual, lo detestaba.
–¿Cómo van las ventas de mi libro?– Pregunté, intentando cambiar de tema.
–¡Bravo!– Dijo Arturo con acento francés, intentando parecer sofisticado. –Eres una flecha, no hay quien te pare Martin– Dijo Arturo mientras me tocaba la mano con fuerza.
–Estás arrasando en las librerías y en internet– Respondió con una enorme sonrisa en su rostro que delataba su estado de felicidad. – Pero no adelantemos acontecimientos, es algo que vamos a tratar ahora–
Arturo era un hombre de unos sesenta años, bajo de estatura, no mediría más de metro sesenta. Tenía un aspecto intelectual y refinado. Su cabello era blanco y corto, con un ligero desorden natural que parecía indicar que acababa de salir de su estudio de escritura. Tenía una barba blanca bien cuidada que le daba un aire sabio y distinguido, y unos ojos profundos y penetrantes que parecían examinar con detenimiento a cualquiera que se cruzara en su camino. Vestía un traje oscuro de corte clásico y una camisa blanca impecable que hacía juego con su pálida piel.
–Pareces inquieto Martin, ¿ocurre algo?– Pregunto Arturo extrañado.
–No…Nada– Intenté esquivar la pregunta mientras mi pie inquieto me delataba.
–Espera… ¿Es mañana el juicio, cierto? No había caído, discúlpame viejo amigo–
–No pasa nada Arturo, no tienes por qué saberlo– Intentaba esquivar la mirada mientras hablábamos, no era un tema fácil de tratar para mí, y mucho menos en un lugar público.
–¿Quieres hablar de ello? Hay que hablar sobre lo que a uno le atormenta para poder superar los fantasmas del pasado, ¿No crees?– Volvió a apoyar su mano sobre la mía haciéndome recordar tiempos pasados.
–Sí… Bueno, mañana empieza el Juicio en Lleida. Quedé allí con Luis y Elena–
–¿Aún no saben dónde escapó?–

–No… Por lo visto no, se esfumó– Dije con una risa irónica mientras mis ojos se empezaban a poner vidriosos.
–Simplemente se esfumó. –
–Nun… Nunca me has hablado de ello, ¿Quieres contármelo? Creo que necesitas alguien que te escuche, ¿estás yendo al psicólogo que te recomendé?– Pregunto Arturo, pero seguí hablando casi sin haber escuchado la segunda parte de su pregunta.
–Cu… Cuando escuché los disparos, pensé que la habían matado, pero no, no era ella. En otro extremo de la catedral, había una habitación, donde habían hacinados decenas de niños con deformidades. Las familias que habían vivido allí durante generaciones, habían mantenido relaciones incestuosas durante años, dando consigo el nacimiento de algunos niños con deformidades–
–Horrible… No puedo imaginar por lo que habrás pasado, ¿pero solo había niños?–
–No, la mayoría sí lo eran, pero aún había algunos adultos. Los extraños rasgos de los niños hicieron que los agentes no supiesen diferenciar entre los adultos y, ellos y superados por el miedo, dispararon contra algunos de ellos. Pero Ana Puyol nunca apareció, simplemente desapareció– Bajé la mirada y fruncí el ceño haciendo un gran esfuerzo por mantener la compostura.
Unos segundos de silencio hicieron de impasse como el descanso entre acto y acto en el teatro.
–Siempre quise hacerte una pregunta Martin, ¿me permites? – Preguntó Arturo como quien espera una invitación.
–Sí… sí claro Arturo–
–Cuando enviaste el manuscrito a varias editoriales, finalmente te decantaste por nosotros. Cierto es que somos de los más fuertes del mercado, pero nuestra apuesta económica por ti al principio no era del todo suculenta en comparación con otras…¿Por qué nosotros?–
–Querrás decir, ¿Por qué tú?– Corregí. Arturo se quedó por un segundo mudo.
–Vine por ti Arturo, yo me reuní contigo, nunca vi a Diego. Me senté contigo y desde el primer momento me hablabas como si me conocieses de hace mucho tiempo, leías a través de mis ojos. No sé, quizás me recuerdas a alguien–.
Acto seguido llegó Diego acompañado de una chica que apenas acabaría de superar los veinte años.
–Caballeros, disculpen por la espera, ya saben, negocios. Toma asiento querida– Dijo Diego mientras ofrecía sitio a su acompañante.
Lucía tenía una melena castaña oscura que caía en ondas suaves sobre sus hombros. Tenía la piel clara y sin imperfecciones, con unos ojos grandes y almendrados de color verde intenso como la primavera, contrastaban con su cabello haciendo realzar aún más sus rasgos. Su figura era delgada y esbelta, con una estatura media. Vestía un vestido ajustado, negro que le sentaba como un guante, y unos zapatos de tacón alto que le alargaban aún más las piernas. Su rostro transmitía una mezcla de inocencia y seducción, lo que hacía que resultase imposible no fijarse en ella, y más cuando acompañaba a un señor que podría resultar ser su abuelo.
Diego era el socio de Arturo. Era un hombre algo más joven que él, estaría cerca de los cincuenta años. Pero el alto ritmo de vida y una dieta poco equilibrada hacían que los años le hubiesen perjudicado más de lo que a él le hubiese gustado. Eso lo compensaba con una cuenta corriente repleta de números.
Tenía un cierto sobrepeso. Su cuerpo había perdido su forma y parecía un poco descuidado si ese día no se había mirado al espejo con astucia. Tenía un mentón pronunciado que le daba un aspecto algo rudo, lo sabía y sé beneficiaba de ello a la hora de hablar con sus interlocutores.

Sus ojos pequeños y oscuros eran casi siempre somnolientos por las largas jornadas de trabajo, pero en cuanto se encendían, revelaban una inteligencia aguda y una astucia inesperada. Vestía siempre con elegancia y llevaba un reloj de oro ostentoso en su muñeca izquierda, el cual consultaba con frecuencia. En la otra muñeca, solía ir siempre cogido de la mano de una chica cada vez más joven, a él le gustaba decir que eran sus sobrinas.
Sentí vergüenza ajena de la sociedad. Me pregunté si cada vez que le reían una gracia era solo por el mero hecho de ser una persona de éxito y de poder. Era el claro ejemplo de la decadencia del ser humano. Siempre pensé que no se parecía en nada a Arturo, parecía un hombre que se había hecho a sí mismo y había alcanzado un cierto éxito gracias a mucho sacrificio y esfuerzo. Imagino que ambos se complementaban el uno con el otro.
–Esta es Lucía, mi sobrina– Sonrió con una mueca pícara impropia de la situación.
–No quiero saber el número de hijas que debe tener tu hermana Diego, cada vez son más jóvenes– Dije mientras daba un trago a la copa de vino que nos había traído Raúl. Bodegas Villa Requena, era el Maître del restaurante por decisiones como esta, aunque fuese fácil elegir vinos para gente con tanto dinero, no debía ser fácil satisfacer los gaznates de semejantes tarugos.
–¿Cómo dices Martin?– Dijo Diego mientras fruncía el ceño.
–Caballeros, caballeros, vamos a tranquilizarnos, siempre estáis como el perro y el gato y no entiendo porque. Diego, conoces de sobra el humor negro inglés de Martin, ya le vamos conociendo, es ese característico humor el que tantos beneficios nos está dando, ¿lo recuerdas?– Calmó Arturo a Diego mientras tocaba su hombro. Era uno de los dones de Arturo, siempre tocaba alguna parte corporal tuya y conseguía llevarte a su terreno.
–¿A qué te dedicas Martin?– Me preguntó Lucía con cierto interés.
–Soy… soy escritor, trabajo de hecho con Diego y Arturo, son mis editores y estoy ansioso por saber cómo van las ventas–
–Wow– Dijo Lucía con gesto de sorpresa mientras habría los ojos a la vez que se expresaba con cierta exageración. No sé dónde habría aprendido a hacer algo así, ni quien le habría dicho que quedaba bien hacer eso. –Y…¿está bien el libro?, ¿Quiero decir… se vende… y eso?– Era más fácil conseguir que aprendiese a hablar castellano a un simio, que esperar a Lucía expresarse correctamente en su propio idioma materno.
–Su libro es una puta mierda– Dijo Diego en un tono de voz elevado, con la mayor sinceridad que se puede esperar de alguien.
Arturo, que había dado un trago largo de vino, lo escupió de inmediato sobre la mesa como si de la fuente de Neptuno se tratase. Lucía no podía ocultar su absoluta sorpresa ante tal respuesta por parte de su querido cliente de la noche. Mientras, Arturo parecía estar fuera de sí.
–No… no pasa nada Arturo– Dije mirándole a los ojos.
–Es verdad lo que dice Diego, es una puta mierda. Es más, el primer manuscrito lo tiré a la basura de lo malo que me pareció. Si hoy se convirtió en una novela de éxito es gracias a Jiménez&Galde– Dije mientras señalaba a los presentes. –Si no llega a ser por ellos, hoy en día, mi realidad sería aún más perturbadora de lo que es realmente–
–Y… ¿de qué trata?– Preguntó Lucía.
–El protagonista se llama Juan, un investigador privado que llega al Valle de Araneu para investigar la desaparición de una joven pareja. A medida que Juan profundiza en su investigación, descubre que la pareja no fue la única que desapareció misteriosamente en el Valle, y que todos los desaparecidos tienen algo en común: Habían visitado una extraña cabaña en el bosque– Lucía parecía estar perpleja de mis explicaciones, maravillada, como si fuese una historia jamás contada y le estuviese revelando los secretos del más allá.

–Mientras tanto, Juan se enamora de una mujer del Valle y tiene que lidiar con los secretos oscuros de la comunidad. Ana, su amante será una pieza clave en la investigación, ya que conoce de primera mano a todos los habitantes desde hace años. Es la panadera del pueblo–
Lucía dio pequeñas palmas a modo de alabanza. – Dios me encanta, no suelo leer mucho, pero mañana mismo me lo compro, ¿Cómo se llama?– Preguntó alterada.
–Quizás eso sea el amor. Misterios en el Valle.–
–Mañana mismo me lo compro, es una historia increíble– Lucía seguía sorprendida, casi excitada.
–Y es por gente como Lucía, que hoy estamos sentados aquí los tres– Contestó Diego dejando en evidencia la falta de intelecto de su acompañante, aunque su índice intelectual y cultural no era lo que le había atraído de ella ni lo que había tenido en cuenta para invitarla a salir.
–Por cierto Martin, tenemos que tratar un tema algo delicado– Prosiguió Diego.
–Déjame seguir a mí– Intervino Arturo.–Martin, hemos vendido casi 100.000 ejemplares, está siendo todo un éxito. Nos han llegado propuestas de traducir tu libro a otros idiomas. Si sigue todo viento en popa, con lo que vas a ganar solo con este libro, te dará para dar el salto a la palestra internacional y centrarte tranquilamente en tu siguiente novela– Dijo Arturo emocionado.
–Pero hay un tema delicado, Martin, un tema que tiene que ver directamente contigo y que no sabemos cómo afrontar– Contestó Diego serio mientras cerraba los puños ante el tema que sabía que iba a proponer.
–Soy todo oídos– Dije mientras me servía una nueva copa de vino.
–¿Has leído las últimas críticas y comentarios acerca de ti?–
–No suelo leer críticas del libro, ni estoy en ninguna red social, la gente hace apología del insulto gratuito– Respondí muy seguro de mí mismo.
Diego tomó un sorbo de vino y suspiró. –No sé si habéis leído la crítica del diario El mundo sobre tu libro, es una crítica voraz, parece querer acabar contigo Martin, aniquilarte, como si les hubieses atacado personalmente a ellos. Pero eso no es lo que me preocupa–.
–¿Y qué es entonces?– Pregunté
–La crítica saca a la luz el juicio al que vas a acudir en relación a todo lo cariacontecido en Esterri hace tres años. Dicen que has querido enriquecerte a base de escribir una historia, pobre, sin alma y sin sentido alguno. Pero eso no es lo peor, te culpan directamente de las muertes de los niños. Tenías que habernos hablado sobre ello antes de embarcarnos en esta aventura Martin. Nos estás poniendo en una tesitura muy complicada– Diego acerco su tronco a la mesa como él que intenta contar un secreto.
–No sé a qué te refieres, parece que me estés culpando a mí de la muerte de todos esos niños– Empezaba a molestarme realmente el tono que estaba cogiendo la conversación.
–Yo no te estoy juzgando, pero podrías habernos dicho todo lo que había ocurrido– Dijo Diego con tono de víctima.
Lucía miraba a todos lados mientras bebía vino, buscando alguna cara conocida que la sacara de esa encerrona a la que se había visto obligada a asistir como espectadora en primera fila. Arturo me miraba fijamente, pero algo me decía que no compartía del todo la postura que estaba tomando su socio, pero sé de sobra que en los negocios no hay lugar para el corazón.
–La muerte de esos niños, fue por unos disparos de los agentes. Igualmente tampoco los culpo a ellos, la tensión, la opresión mejor dicho que generaba ese lugar, hacía que estuviésemos en una realidad paralela. Un mundo bajo tierra siniestro del que nadie había oído hablar nunca, y del que estoy seguro, hay muchos secretos que aún no sabemos. Por no decir, que yo estaba lidiando con

la muerte de mi esposa fallecida, no disparando a niños deformes engendrados en el incesto– Levanté el tono.
–¿Tu mujer falleció?, lo siento mucho– Dijo Lucía mientras ponía los labios en media luna dando a entender su falsa tristeza. Parecía ser la típica que se conecta en las conversaciones cuando escucha una palabra que le es familiar.
–No… no pasa nada, gracias– Le respondí estupefacto ante tal salida.
Diego dio un pequeño sorbo al vino, dejándolo reposar en su boca, imitando a los grandes catadores de vino. Digo correctamente imitando, porque no tenía la menor idea sobre ellos.
–Martin, no te imaginas el desastre que esto genera en nuestra reputación– Aseveró.
Dejé escapar una risa amarga. –¿Reputación?. Han muerto más personas en ese Valle de lo que podemos contar los presentes con los dedos de todas nuestras manos. Y tú te preocupas por la reputación– Deje de intentar estar tranquilo y empezaba a sentirme cada vez más nervioso. Cierto era que no era la persona más cabal que te podías encontrar, pero seguía sin entender a este tipo de personas.
Diego me miró con furia. –No sabes de lo que estás hablando, Martin! Es fácil juzgar desde fuera, pero somos una empresa seria, y no podemos permitir que estas cosas manchen nuestro buen nombre, el de Arturo y el mío–
Miré a Diego con desprecio. –¿Honrado nombre?, ¿En serio?. Lo que hacéis en Tailandia es un desastre. Todo el mundo sabe que utilizáis mano de obra barata, os vendéis a las mafias para ahorraros costes después de haber despedido a decenas de personas aquí. Ahora queréis lavar vuestra imagen a costa mía y de mi libro. Os publicitáis como la editorial que sacó a la luz al pobre escritor extranjero novel que acababa de perder a su esposa fallecida, como si me estuvieseis haciendo un favor. ¿De verdad creéis que no me doy cuenta? No voy a permitir que encima me vengáis con esas–
No estaba preparado emocionalmente para una discusión así, no lo había superado todavía y el juicio no hacía más que hacerme revivir una y otra vez todo lo que había pasado. Estaba furioso e indignado. Estaba cansado de las hipocresías de Diego y de la empresa editorial. Me sentía utilizado y manipulado, notaba como mi trabajo y dolor personal habían sido explotados con fines comerciales, y cuando más ayuda necesitaba, me daban la espalda.
Me sentí vulnerable y preocupado por mi futuro. No sabía muy bien lo que iba a ocurrir mañana. Elena y Luis ya me habían dicho que yo no tenía nada que temer. Yo era la víctima, los únicos que iban a tener que responder por las muertes de aquellos niños eran los agentes que habían disparado, y que aun así, todo saldría bien para ellos.
Miré a Arturo, a pesar de pertenecer al monstruo que me acababa de hacer entrar en cólera, había algo en el que me hacía recordar tiempos mejores.
–¿Tú qué opinas Arturo?– Pregunté más calmado, había algo en su voz que hacía que me calmase por completo y supiese que todo iba a ir bien.
–Martin, querido amigo, entiendo tu frustración, pero debes entender que nuestra reputación es importante para mantenernos en el mercado. Si te comprometes a ir al juicio, estar tranquilo, e intentar estar alejado de los focos. Nosotros nos comprometemos a que todo lo hablado siga adelante una vez pase la tempestad– Dijo en tono sosegado.
–Me encanta escucharte hablar Arturo, pero sinceramente no te comprendo– Dije sinceramente.
–No hables con nadie, no hagas declaraciones, ves al juicio, a los que haga falta, y si tu nombre no se ve salpicado por nada, nos comprometemos a expandir tu novela a nivel internacional y a darte un adelanto suculento para empezar tu segunda novela. Pero si sales perjudicado, no podremos seguir poniendo tu nombre junto con el Jiménez&Galde– Respondió Diego con un

tono grave que haría temblar los cimientos.
Le reté con la mirada. No hacía mucho que trabajábamos juntos, pero nunca nos habíamos caído bien. Creo que yo representaba para él todo lo que odiaba de esta sociedad, y él era el estereotipo de hombre que yo siempre había acusado de deteriorar nuestro sistema. Era el clásico jefe que pensaba que era él el que me estaba haciendo un favor a mí, en lugar de darse cuenta de que sin mí y mi trabajo, no estaría donde está hoy en día. Es fácil olvidarse de los principios cuando miras a todo el mundo desde lo alto de tu torre de marfil.
–Si me disculpáis, creo que he perdido el apetito– Di un último trago largo a mi copa de vino y tiré la servilleta contra la mesa con la fuerza insuficiente como para no tirar la copa contra la mesa. –Un placer Lucía, Arturo– Le hice un gesto de reverencia dándole a entender que a pesar de mi enfado con su empresa, yo a él le respetaba como persona.
Caminé por el restaurante hasta dirigirme a la puerta. Doro corrió tras de mí antes de que pudiese salir.
–Sr. Milner, le prestamos un paraguas, está lloviendo a mares. Hemos llamado a uno de nuestros conductores para que le lleve a su domicilio, está de camino, no tardará, siempre están cerca en el servicio de cenas–
–Gracias Doro– Quise añadir algo más, realmente estaba agradecido con su trato, no era el típico trabajador que se deshace en halagos hacía tu persona, él decía lo justo y era un excelente profesional, le admiraba. Pero sentí una fuerte presión en el pecho que me obligaba a salir de aquel lugar.
Salí del restaurante y el golpeteo de la lluvia sobre mi chaqueta me saludó con fuerza.– Raúl estaba en lo cierto– Pensé. Pero preferí esperar fuera al coche, necesitaba sentir el aire. El cielo se había oscurecido, y las nubes se habían agolpado formando un manto grisáceo que amenazaba con descargar su furia sobre Madrid.
El sonido de la lluvia era ensordecedor, como una música celestial que se filtraba en mis oídos. Sentí el agua por un momento mojar mi cabello, resbalando por mi rostro y cayendo en pequeñas gotas sobre mi cuello. Envolví mi cuerpo en un frío gélido y sentí mi corazón acelerarse. Por primera vez en mucho tiempo volví a sentirme vivo.
A lo lejos, un relámpago iluminó el oscuro horizonte, dibujando sombras inquietantes en las paredes de los edificios. La lluvia arreció con más fuerza, transformando las calles en ríos caudalosos que arrastraban hojas, ramitas y pequeños objetos.
Avancé con cautela, resbalando en los charcos y luchando contra el viento que me empujaba hacia atrás. De repente, sentí un escalofrío en mi espalda, una extraña sensación que me hizo detenerme. Miré hacia atrás y vi una figura borrosa moviéndose en la oscuridad, como un fantasma que emergía de la lluvia.
Mi corazón latió con fuerza, sintiendo una extraña sensación de peligro que me invadía. ¿Era mi imaginación jugando una mala pasada?.
La figura borrosa se detuvo, y pude distinguir un par de faros que se acercaban a toda velocidad. Un coche apareció al tomar la curva, iluminando mi rostro con sus luces. Cubrí los ojos con la mano, sintiendo el calor de los faros en mi piel.
El coche se detuvo a mi lado y una voz masculina gritó: ¿Martin Milner?. Un conductor trajeado me buscaba para llevarme a casa. Abrí la puerta trasera del coche y me metí en su interior, sintiendo la seguridad y el calor que me ofrecía el vehículo.
El coche arrancó y se alejó de la lluvia, dejando atrás las calles inundadas y las sombras inquietantes que se agolpaban en la oscuridad. Me sequé la cara y suspiré aliviado, sentía como mi corazón volvía a latir.

–Sr. Milner, ¿No le han prestado un paraguas con este temporal?– Preguntó el conductor.
–Sí… Sí, no se preocupe, solo que necesitaba volver a sentir. Por cierto, ¿sabe a dónde vamos?–
–A casa, me han indicado en el restaurante que le lleve a su casa, por cierto, me encanta su libro, si me lo permite– La voz del conductor era amistosa, cercana.
–Gra…gracias, me alegro que lo disfrute– Respondí mientras un fuerte dolor en el pecho se apoderaba de mí.
Me sentí atrapado en mi propio cuerpo, con una sensación de vacío y tristeza que no podía sacudirme. La lluvia seguía cayendo sin cesar, como un lamento constante que me recordaba a los días de lluvia que pasé con Be. Los recuerdos inundaron mi mente, como si la lluvia afuera hubiera abierto un dique que había manteniendo los recuerdos reprimidos durante tanto tiempo. Cerré los ojos y traté de calmarme, pero la imagen de Be seguía allí, con su sonrisa radiante y su pelo empapado por la lluvia, corriendo por el Valle hacia casa huyendo de la tempestad. Todo parecía tan lejano ahora, como si hubiera sido en otra vida. La culpa me invadió de nuevo por no haber estado allí cuando más me necesitaba, por no haber sido lo suficiente valiente para enfrentarme a mis miedos y demonios internos.
El coche avanzaba lentamente por las calles mojadas, con el sonido del motor y la lluvia como única banda sonora. Me aferré a mi asiento, sintiendo como si todo el peso del mundo hubiera caído sobre mis hombros. El juicio se acercaba, y no sabía si estaba listo para afrontar tantos recuerdos.
La lluvia seguía cayendo implacable, como una metáfora de mi propia vida. Me sentí perdido en medio de la oscuridad, con la única luz de los faros del coche guiándome a través del camino. Respiré profundamente, tratando de encontrar un poco de paz en medio del caos.
–Hemos llegado Sr. Milner, mucha suerte mañana– Dijo el conductor mientras me guiñaba un ojo. Quizás algunas personas eran la excepción y no todo el mundo era malo por naturaleza.
Subí lentamente las escaleras de mi nuevo hogar. Era un edificio residencial formado por cuatro plantas, una sola vivienda por vecino. Me gustaba porque aunque éramos pocos vecinos, daba mucha privacidad, a pesar de estar ubicado en pleno centro de Madrid. El mármol de los escalones se sentía fresco bajo mis zapatos mojados por la lluvia. Las paredes, pintadas de blanco, reflejaban la luz tenue de la noche que se filtraba por las ventanas en la planta baja.
Al llegar al rellano de mi piso, saqué las llaves del bolsillo y abrí la puerta de madera oscura con un chirrido suave. Al entrar en mi pequeño recibidor, me despojé del abrigo y lo colgué en el perchero. A mi derecha, se encontraba la puerta de un gran salón, más grande que cualquier otro piso en el que hubiese vivido anteriormente, Robi salió corriendo tras él para darme la bienvenida.
Avancé por el pasillo, las paredes las había adornado con algunos cuadros y fotos de los tres, junto con algunas otras fotos de Luis y Elena. A pesar de todo lo ocurrido, se habían convertido en un pilar de mi futuro. Al final del pasillo, se encontraba la cocina, que era hacia donde me quería dirigir.
Me detuve por un momento frente a la puerta del salón, sintiendo un nudo en la garganta. Aquél lugar era ahora frío, sin alma, sabía que Be era la encargada de llenar de calor, color y amor todos los lugares, él solo era incapaz de llenar todos esos rincones que estaban vacíos sin ella.
Al llegar a la cocina, encendí una luz tenue y me sentí reconfortado por el cálido ambiente que se respiraba en ella. La cocina estaba amueblada con muebles de madera oscura, y una pequeña mesa de cristal ocupaba el centro de la habitación. En la encimera, había algunos platos sucios y una botella de vino a medio terminar.
Me apoyé en la encimera y suspiré. La discusión con Diego me había dejado agotado. Miré a mi

alrededor, sintiendo soledad en aquel lugar. A pesar de todo, sabía que era allí dónde necesitaba estar en aquel momento.
Levanté la mirada y Ana estaba de pie, en medio del pasillo que comunicaba con la cocina. Sostenía una cacerola de grandes dimensiones del que sobresalían extremidades. Su rostro era serio como si estuviera en trance y sus ojos parecían mirar al vacío. En ese momento, el ambiente se tornó más siniestro y tenebroso. La luz tenue de la cocina, apenas iluminaba su rostro, lo que acentuaba la expresión misteriosa que tenía. No podía dejar de sentir un escalofrío recorriendo mi espalda mientras me acercaba a ella para ver que tenía en la cacerola. Me sentía atrapado en un ambiente opresivo y la tensión que se había generado era palpable.
Ana desapareció, su figura se transformó en Robi recorriendo el pasillo en busca de mi presencia para ordenarme que le diese de cenar.
Llené su cuenco de pienso. Metió su enorme hocico en él mientras devoraba cada una de las diminutas bolitas de alimento. Me calenté en el microondas restos de pizza que había encontrado en una caja de la cocina, comer se había vuelto un mero trámite.
Cogí mi móvil. Tenía un mensaje de audio de Elena.
–Hola Martin, ¿Qué tal?. Solo quería decirte que aquí está lloviendo mucho, ten cuidado por favor. Tenías que haberte venido una noche antes, eres un cabezón. Recuerda que te esperamos en la estación de tren, y … no te preocupes, todo va a ir genial. Mañana nos vemos, un beso enorme–.
Estaba cansado, lo mejor sería que fuese a mi segundo lugar favorito de la casa tras la cocina, el sofá. Agarré por el cuello a la media botella de vino que quedó en la encimera para que me acompañase hasta que me quedase dormido.
Suspiré y me senté en el sofá, con la cabeza apoyada en una almohada. La lluvia seguía golpeando la ventana y el sonido monótono me sumió en mis pensamientos. Recordé las conversaciones profundas y filosóficas que tenía con Artur. Hablábamos sobre todo tipo de temas, desde política hasta filosofía y religión. A pesar de acordarme tanto de Artur, Luis y Elena habían creado un vínculo conmigo que jamás hubiese imaginado. No solo a raíz por todo lo ocurrido en el pasado. Me habían demostrado que eran unos seres humanos increíbles. Me sentí muy mal por haberlos juzgado y no haberles dado la oportunidad de abrirme a ellos. Realmente juzgaba a todo el mundo, y quizás era un gran error que siempre había cometido.
Reflexioné sobre la amistad en sí misma mientras daba un largo trago a la botella. Me di cuenta de que la amistad era un vínculo complejo, pero a la vez simple. Una amistad verdadera no se basaba en la cantidad de tiempo que habían pasado juntos dos personas, sino en la calidad de la relación. Era más que simplemente tener a alguien con quien pasar el tiempo, era tener a alguien con quién compartir tus pensamientos más profundos y verdaderos, alguien en quien podías confiar plenamente.
Echaba de menos a Artur, nuestras discusiones y debates sobre todo tipo de temas, incluso cuando no estábamos de acuerdo. La amistad no se trata solo de compartir intereses comunes, sino de aceptar a la otra persona en su totalidad, con todas sus virtudes y defectos. Estaba seguro de que Artur se vio obligado a hacer todo lo que hizo, pero que la amistad que forjé con él, no fue nada obligado. Al principio, detestaba cuando decía las palabras con las que empezaba casi todas sus frases Querido amigo o Viejo amigo. Al principio pensaba que era un viejo vecino deseoso de tener alguien con quien hablar, el abuelo cotilla de la zona que quiere husmear la novedad del lugar. Pero cuando poco a poco nuestra amistad se fue forjando como el acero, encontré en él alguien con quien realmente podía compartir momentos de calidad. Supe en aquel instante, que a pesar del vacío que sentía en mi corazón por la pérdida de Be, debía perdonar a

Artur, solo esperaba que algún día pudiera tener una amistad tan sincera y profunda como la que habían tenido.
Cerré los ojos y me dejé llevar por mis pensamientos. Sabía que nunca encontraría a alguien como Be, tampoco quería encontrarla. Lo único que quería, era recordarla mirando las laderas del Valle en un amanecer, girando su cabeza para sonreírme. Las lágrimas acariciaban mis mejillas mientras las imágenes pasaban por mi mente como fotogramas de una película. Por un instante agarré un cuchillo, como si alguien lo hubiese dejado ahí de forma deliberada y me hubiese animado a desgarrarme la carne del cuello para acabar con aquel sufrimiento, pero un lametón de Robi en la mano que empuñaba el cuchillo, me hizo recordar que el amor puede con todo.
Quizás, y esta vez sí, quizás eso sea el amor…